

Meditaciones de cultura
Laberintos de la dominicanidad

Archivo General de la Nación
Volumen CLII

Meditaciones de cultura
Laberintos de la dominicanidad

Carlos Andújar Persinal

Santo Domingo
2012

Archivo General de la Nación, volumen CLII
Título: *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*

Autor: Carlos Andújar Persinal

Ira. edición: enero de 2012

Cuidado de la edición: Tomás Castro Burdiez (editor externo del AGN)
Diagramación y diseño de cubierta: Fundación Educarte
Ilustración de portada: Área de Fotografía Miguel A. Holguín-Veras Roulet
del Archivo General de la Nación (AGN)

Fotografías: Odalís Rosado, Carlos Andújar

© Archivo General de la Nación, 2011
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz Núm. 2, Zona Universitaria
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-074-44-4

Impresión: Editora Búho, S. R. L.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Índice

Presentación	13
Prólogo	17

PRIMERA PARTE

Los laberintos de la identidad. Ensayos

Una perspectiva de la identidad cultural dominicana . . .	23
Los retos de la identidad cultural dominicana	43
Identidad e independencia en Latinoamérica.	55
Santo Domingo, capital afroantillana de la cultura	67
El patrimonio cultural inmaterial y la obra de doña Edna Garrido de Boggs	85
Carnaval e identidad	91
La religiosidad popular: cantera de presencia africana en República Dominicana	107
El liborismo hoy	121
La africanía y los conflictos de identidad dominicanos . . .	141
Los laberintos de la enseñanza de las Ciencias Sociales hoy	151
Dimensión cultural del impacto de la ciencia y la tecnología	159

SEGUNDA PARTE
La cultura en Clave: meditaciones. Artículos

Capítulo I
El mundo de la identidad

Arte e identidad en el Quijote de Claudio Pacheco	181
Las historias locales y las identidades	185
El encuentro de culturas	189
El fenómeno migratorio, y la identidad	193
Migración, identidad y dominicanidad	197
La pertinencia de la palabra	201
Cultura y biología.	205
Música e identidad en el Caribe	209
Arte naif, artesanía e identidad	213
Pelota e identidad dominicana	217
Arte vivo. Una experiencia agradable	221
Navidad dominicana y diversidad	225
Las culturas regionales.	229
La voz de la cocolidad	235
La memoria social	239
Por un turismo sostenible	243
Cocina, paladar y cultura	247
Las hazañas de Sammy Sosa.	251
Diáspora e identidad	255

Capítulo II

La dimensión del patrimonio cultural

Los jóvenes y el patrimonio cultural	259
Un inventario del patrimonio cultural	263
Patrimonio cultural y política	267
La salvaguarda del patrimonio inmaterial	271
El patrimonio oral e intangible y sus alcances	275
Cómo determinar un patrimonio cultural	279
La recuperación del patrimonio nacional.	283
La Chocolatera: un patrimonio de Puerto Plata.	287
La gestión pública en cultura	291
Un guavaberry en honor a Linda	295
Pío Brazobán acompañado de Kalunga.	299
Una sentida desaparición.	303
Una ausencia dolorosa.	307
Don Ricardo Alegría: un patrimonio del Caribe	311
Crónica de un viaje inolvidable	315
Patrimonios culturales y desagravios.	319

Capítulo III

La cultura popular. Una alegoría

Cultura popular: algunas consideraciones	325
La autoría en la cultura popular	329
El perico «ripiao» se vistió de gala.	333
El reggaetón: algunas analogías.	337
La cultura no es parte de la agenda nacional	341
El mundo lúdico.	343
El café orgánico como excusa	347
Artesanía nacional y competitividad	349
Las muñecas de trapo.	353
La creatividad popular en navidad	357
Carnaval como espectáculo. El divertimento (1 de 2) . .	361

El carnaval como teatralización de la realidad	365
La diversidad del carnaval dominicano	369
El carnaval como catarsis social	373
Fotografía y carnaval	377

Capítulo IV El alma sagrada

Herencia y discontinuidad en la cultura	383
Herencia y reproducción cultural	387
La asiduidad de los hermanos Guillén	391
La cultura en tiempos de crisis	395
La salve dominicana	399
La agüita de Liborio Mateo en Maguana Arriba	405
El Barón del Cementerio	407
La fiesta anual del vudú	411
El gagá. Un culto a la fertilidad	413
Una ceremonia hindú en el Caribe	417

Capítulo V Tras los pasos de la negritud

A propósito de esclavitud en América (1 de 3)	425
Obraje y esclavitud en México (2 de 3)	429
Condición social del negro en el México colonial (3 de 3)	433
La diplomacia con los pueblos africanos: un desagravio	435
Africanía y caribeñidad, un encuentro para la historia	439
Haití: el ángulo antropológico	443
El informe de los comisionados de la ONU	447
Haití, un minuto de silencio	451

Capítulo VI
Temas de sociedad y cultura

La cultura, última frontera del desarrollo.	457
La cultura relegada	461
Naturaleza y cultura. Un grito por los Haitises	463
La lección de los jóvenes	467
La crisis de valores	471
Una cultura de la palabra	475
Pedro Francisco Bonó, un pensador cibaeno	479
José Ramón López, otro pensador cibaeno.	483
El arte como filosofía	487
Dos noticias en contrapunto	489
¿Choque de civilizaciones?	493
Una modernidad sesgada.	497
Las redes sociales y los nuevos tiempos	501
Gestualidad y dominicanidad	503
Bibliografía y fuentes	507
Índice onomástico	517

Presentación

Después de meditar sobre cultura en varios medios de comunicación escritos por más de 20 años, agradecemos con gran placer la oportunidad brindada de dialogar sobre estos temas que, como sabemos, no son los más manidos en la opinión pública, ya que la política, la pelota, la farándula y los sucesos del diario vivir, ocupan la atención de gran parte de los dominicanos. No obstante, este ejercicio comunicativo nos ha servido de mucho en nuestro oficio académico y de divulgación de saberes científicos que requieren otra manera de ser explicados a través del periodismo cultural, como es nuestro caso.

Esta vez, nuestra gratitud se dirige hacia dos profesionales del periodismo que nos hicieron un espacio fijo en su periódico digital. Nos referimos a los profesionales Fausto Rosario y Gustavo Olivo y, por supuesto, a todo el personal de *Clave Digital*. Otros directores de medios y de importantes suplementos culturales tuvieron la misma disponibilidad y sin ser periodistas ni mucho menos, hemos tratado de comunicar con brevedad, precisión y profundidad, contenidos y temas que, por su naturaleza, exigen cierto grado de especialización.

De este ejercicio hemos aprendido. De este diálogo con la prensa y los lectores, nos queda una rica experiencia que

queremos socializar, y se reduce al principio de comunicar lo complejo con un lenguaje llano, sin perder la agudeza, complejidad y el rigor.

Estos escritos de prensa nos han familiarizado con una de las profesiones más versátiles y de mayor responsabilidad social: el periodismo y su forma expedita de interacción social, la comunicación de ideas, hechos y noticias a grandes públicos, con el cuidado de preservar la calidad, la eficiencia y la ética.

Meditaciones sobre cultura. Laberintos de la dominicanidad, es precisamente la memoria de nuestros escritos a través de la columna Sendero cultural en el desaparecido diario *Clave Digital*, publicados entre los años de 2005-2010. Así mismo y por recomendaciones de los colaboradores de esta edición, el Archivo General de la Nación, en la persona de su director general, el historiador Roberto Cassá, incluye varios ensayos de igual enfoque para que sirvan de preámbulo y contrapunto. Estos ensayos son visiones sobre cultura e identidad, desarrollados con mayor profundidad que los artículos periodísticos.

Los artículos se agrupan en seis capítulos clasificados por contenidos. *En Meditaciones sobre cultura*[...]se organiza una lectura que nos trae al plano los temas de la identidad y sus múltiples aristas, el patrimonio como nuevo desafío de pueblos y gobiernos, la cultura popular creativa y diversa, la espiritualidad como una dimensión esencial de un pueblo muy religioso, aunque poco militante y la negritud dominicana como ese laberinto que busca el camino y aún no lo encuentra, y finaliza con los temas de sociedad para meditar sobre la cotidianidad del mundo y la sociedad de hoy. Estos constituyen los ejes articuladores de esta propuesta en que la cultura se medita con sentido crítico, los hechos como procesos y la realidad social como una problematización, más que como mera impresión.

Todos ellos nos acercan a una reflexión compleja y crítica del alma nacional, no como conglomerado, sino como proyecto de nación, al que está umbilicalmente unido el sentimiento de identidad, que es la más sublime expresión del ser nacional, como categoría socio-histórica-cultural y jurídico-política.

El autor

Prólogo

Meditaciones sobre cultura. Laberintos de la dominicanidad, es la más reciente propuesta intelectual de Carlos Andújar, cuyos ejes fundamentales giran en torno a los temas de identidad y a las complejidades que implican su abordaje en el contexto dominicano: la negritud, la religiosidad popular, la cultura, el patrimonio y otras problemáticas del ámbito social insertas en la cotidianidad del mundo y la sociedad de hoy.

Estas meditaciones-reflexiones, parten de la diversidad de perspectivas de aproximación a la identidad, enfocando de entrada el conflicto de interpretaciones, cuyo objetivo es dilucidado críticamente en el discurrir expositivo del presente trabajo. Las meditaciones de Carlos Andújar, recorren los laberintos de la dominicanidad, descifran los pasadizos truncados de una identidad concebida como reminiscencia, como una esencia fija e inmutable que sustenta la visión trágica y fatalista de nuestro devenir.

Es la de Andújar, una postura intelectual abierta, dialógica, que parte del presupuesto o reconocimiento de que no es posible concebir un proceso de conformación identitario sin conflicto de interpretaciones. Sin tratar de imponer la suya como verdad absoluta, sin renunciar a ella, reconoce la pertinencia del «diálogo» y hasta los «conflictos».

En sus recorridos por los laberintos de la dominicanidad, Andújar nos evidencia las vías distorsionadas de las categorizaciones de nuestra identidad nacional, que acentúa lo étno-racial y deviene –como discurso– en un reduccionismo biologicista, cosificado y determinista.

Las meditaciones del autor en lo referente a la cuestión étnico-cultural, nos remiten al problema fundamental de nuestra autopercepción, no resuelto: la negritud y/o el mulataje no asumidos o internalizados en el ser nacional dominicano.

Las reflexiones de Andújar resaltan, enfatizan los acentos y distorsiones de una lectura histórica centrada en un concepción esencialista, teleológica diríase, de la consciencia y la realidad nacional.

Un aspecto nodal, a nuestro juicio, abordado por Andújar en el presente trabajo y que distorsiona la comprensión de la identidad nacional, es sobre aquella visión que reduce lo cultural a lo meramente folclórico-costumbrista, perspectiva estereotipada que procura reducir la cultura a lo turística-mente mercadeable.

En este ámbito, nuestro autor expresa una radical oposición a aquella visión folclorizante de las expresiones del sujeto popular y la noción estrecha de reducir lo «popular» a lo «vulgar». En igual sentido, rechaza aquella concepción homogénea, uniforme, monolítica, y no conflictiva de la sociedad, la nación y la cultura dominicana.

Otro eje fundamental de estas meditaciones de Andújar es el abordaje del patrimonio cultural intangible, entendido éste como «expresión de una creatividad humana, que cumple una función social trascendente en los grupos portadores del mismo, asignándole a éstos una significación, una importancia socialmente validada».

En este orden Andújar, nos plantea la necesidad de entender su importancia social y cultural para el desarrollo y

consolidación de las identidades de los pueblos y conocer para valorar y proteger estos patrimonios.

En resumidas cuentas, estas meditaciones de Carlos Andújar, son mucho más que reflexiones y cavilaciones teoréticas sobre un problema ontológico del ser nacional dominicano, ellas suponen y son en sí mismas, una acción que requiere mucho valor y coraje y una convicción a toda prueba, porque en un contexto como el nuestro, la reivindicación de lo negro, lo africano, es visto y tildado como una adscripción al pro haitianismo.

Asumir este desafío, nos reafirma la postura humanista, académica y científica del antropólogo, el sociólogo en defensa de los derechos de los componentes mayoritarios de la población dominicana.

Por eso, en el plano propositivo, las inferencias reflexivas del autor nos proponen, un proyecto de identidad, más que diacrónico, dinámico, supeditado a todos los elementos que históricamente lo han conformado, pero a la vez, trascendido por lo que queremos hacer, con las aportaciones de nuestra realidad de hoy y que nos sitúe con perfiles propios y definidos en el convulso mundo global de hoy.

En síntesis, esta reflexividad a la que nos convoca Carlos Andújar en estas *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*, no son sino, la historia de estos «encuentros y desencuentros» de nuestra identidad cultural y nacional.

RAMÓN PANIAGUA

PRIMERA PARTE

Los laberintos de la identidad

Ensayos





Casa de tablas y zinc. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Una perspectiva de la identidad cultural dominicana

Acerca de la identidad cultural dominicana. Una aproximación etnohistórica

Primero debo definir qué es identidad, para partir de un marco de referencia conceptual. Se dice que la identidad es un principio de alteridad, y el principio de alteridad quiere decir, *yo* en relación al *otro*. Cuando ese principio de alteridad, no existe, tampoco existe la identidad. Cuando se estudia la identidad de un país, hay que ver en qué momento comienza a surgir ese sentimiento de diferencia, que es lo que se llama, el *principio de alteridad*, que hace que se defienda un espacio, un sentimiento, unos valores de los cuales se apropia y ha construido el grupo y que son los que permiten, diferenciarse del otro. Eso es lo que se llama la *identidad*.

Donde eso no existe, no podemos hablar de identidad. A partir de ahí podría existir una identidad en proceso, una identidad distorsionada, y no asumida, pero que existe. Por ende, muchos dominicanos y dominicanas no se asumen como tales; lo cual no quiere decir, que la identidad no exista, el que no la asume es el que presenta esos conflictos, pero está ahí.

La discusión a partir de la definición, es decir, la identidad como un principio de alteridad, (nosotros con relación a los

demás), ha llevado a los estudiosos a tratar de establecer cuándo surge ese sentimiento de diferencia.

En el caso nuestro, la identidad se fue construyendo y los hechos de la cultura que comenzaron a diferenciarnos de nuestros ancestros españoles, africanos y aborígenes, fueron los primeros cimientos de nuestra identidad.

Sobre el concepto «criollo»

Originalmente, el concepto *criollo* tuvo una acepción *biológica*, y se consideraba criollo al español de segunda generación nacido en América. Así lo trabajan los historiadores mexicanos y colombianos, porque el concepto criollo se usaba mucho en Mesoamérica, y todavía se sigue usando. Y criollo era el español de segunda generación nacido aquí, que no volvía jamás a España y que las costumbres de España las recibía a través de los padres, pero si alguna vez viajaba a ese país, los españoles peninsulares lo denigraban, porque lo consideraban un español tosco, distante: un español criollo.

Ese español nacido en América, de segunda generación, tenía por referencias de España lo que los padres le contaban, pero no vivieron allí, y lo que tenía en su (ola) memoria eran registros de una memoria social, pero no vivencial, como sus padres, que tenían vivencias y las trajeron consigo cuando vinieron a este continente.

Luego, el concepto de *criollidad* se aplicó a los africanos nacidos en América. Los criollos eran los que nacían de segunda y tercera generación, porque para los estudiosos, en una tercera o cuarta generación ya se comenzaba a presentar distancia con las madres patrias. Lo digo en plural, porque nos referimos a dos grandes madres: África y España.

Cuando había distanciamiento con esas madres patrias, ya comenzaba a percibirse a América de otra manera, tanto en la mentalidad de los africanos como en la mentalidad de los

españoles, surgiendo luego una *criollidad cultural*, que se fue gestando en América, comenzando así a diferenciarnos de nuestros ancestros fundadores, España y África.

Más tarde, en otras discusiones sobre el concepto criollo, aparecieron dos formalidades de criollismo: un *criollismo político* y un *criollismo lingüístico*. El criollismo político fue el que parió las independencias de América. Simón Bolívar era de origen español al igual que Juan Pablo Duarte y José de San Martín. La mayor parte de los libertadores latinoamericanos eran de origen español, pero al momento de definir políticamente a la nación, no la definieron a partir de España, sino que construyeron símbolos políticos distintos y fundaron las repúblicas americanas.

Se produce pues una ruptura desde el punto de vista político: porque Juan Pablo Duarte era hijo de españoles, y pensaba como español, pero políticamente no lo era, sino criollo. El no tenía ningún conflicto con España. Era de clase media en ese entonces. Simón Bolívar era esclavista, tenía más de 750 esclavos, y los padres de Simón Bolívar eran esclavistas. Sin embargo, Bolívar liberó sus esclavos cuando comenzó la lucha de independencia. Eso quiere decir, que se divorció políticamente de sus ancestros, y eso es lo que se llama el «*criollismo político*».

El criollismo político dio cimiento a la independencia latinoamericana y produjo grandes rupturas, porque la creación de una nación que se desprende de otra nación, es un aborto fuerte, doloroso, no es una simple declaración política, es un proyecto nacional diferente, y para construir un proyecto nacional diferente, se debe tener referencias que lo separen de la madre patria o de las madres patrias.

Por igual sucedió con los negros esclavizados que fueron los primeros guerreros en las luchas independentistas americanas a través de los batallones de negros libertos que solo querían ser hombres libres, no mencionaron en ningún momento retornar a África, y eso, es criollismo político. Los grupos indíge-



Reina del carnaval. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

nas se acoplaron de otra manera a las jóvenes naciones, pero lo hicieron reivindicando sus valores culturales esenciales y lo nacional, en muchos casos, atravesaba lo étnico y por eso se crearon repúblicas multinacionales como en Centroamérica, Colombia y México, entre otras.

El cuarto criollismo, por su parte, es un criollismo lingüístico, y como se sabe, las colonias españolas no tuvieron criollismo lingüístico; contrario a lo que sucedido en Haití, pues en las excolonias inglesas y en las francesas, es *Creole*. Por eso, cuando se trabaja el tema de la identidad con un martiniqueño o de las excolonias inglesas, utiliza con frecuencia las palabras del creole, o del criollismo, que es rasgo fundamental de la identidad de esas excolonias (hoy todavía algunas de ellas colonias). Pero en el caso de República Dominicana, no tenemos criollismo lingüístico, porque los dominicanos no construimos lenguas intermedias. Tampoco Cuba ni Puerto Rico.

El único creole posible cruzado con el castellano es el papiamento, que tiene elementos del castellano, fundidos con elementos neerlandeses, ingleses y franceses, además de las lenguas africanas. Es lo único que se conoce como un creole con ascendencia hispánica. Después, en las demás islas hay criollismo lingüístico. Lo que nosotros sí tenemos son formas particulares de hablar el español, con lo que hemos enriquecido el castellano. Algunas personas piensan que nosotros hablamos mal el español, pero no. Claro que no estamos hablando de un español académico, sino el español normal de la calle, el coloquial, que es el español cultural, y que es el español social que representa la historia y cultura de los pueblos americanos.

Dicho de otro modo, que cortemos las *l*s y que nos apretujemos con las palabras, es parte de una lectura etno-histórica de lo que somos nosotros, porque la lengua no escapa a la construcción cultural que tenemos. Yo no pregonó que hablemos comiéndonos las *l*s ¿ustedes ven a Fidel Castro, con toda la capacidad de verbo que tiene? Fidel Castro no pronuncia una



Ceremonia de recordación al difunto en Villa Mella.
Fuente: fotografía del Archivo Carlos Andújar.

ese, la traga sobre la jota, es decir, las aspira; pero eso es un problema fonético, que tiene que ver con una herencia cultural, y que en vez de atrasar el español, lo que hace es enriquecerlo. En el caso de los puertorriqueños, presentan dificultades al pronunciar la *lɾl* y sobre pronuncian la *ll*.

Sin embargo, el criollismo lingüístico, en el cual no voy a entrar en detalles, entra en la construcción del criollismo general. Así, cuando discutimos con otros pueblos del Caribe sobre problemas de identidad, no partimos de la lengua, ellos sí parten de la lengua (las pequeñas Antillas). Por ejemplo, para los haitianos, una de las cosas que más los identifica, además del vudú, es la lengua, es el creole, porque es el factor unificador del pueblo haitiano y, sabiéndolo así, su exdictador François Duvalier utilizó el creole por primera vez, y lo hizo por la radio para masificar su dominio político, y los otros gobernantes lo han seguido usando desplazando al francés como lengua oficial.

O sea, el creole es un factor unificador en el Caribe inglés y francés, pero no así en el Caribe español. Entonces el tema de la identidad se complica cuando se trata en el Caribe considerando el factor lingüístico. En nuestro caso, la República Dominicana, cuando se comienza a hablar de la identidad, se debe saber, cuándo comenzó a surgir el sentimiento de diferencia, el apego al territorio y el sentimiento de defensa a lo que se consideraba suyo y que no podía compartir con otro. Eso se llama principio de alteridad.

Un marco histórico explicativo

Ahora bien, una identidad no se construye de la noche a la mañana. En un debate sobre la negritud en la República Dominicana, se decía, en un comentario, que el pueblo dominicano estaba alienado de su realidad. No. Sí hay una identidad. Podrá haber un conflicto sobre esa identidad, pero la

identidad existe, lo que hay que ver es cuáles han sido los factores que han construido esa alienación sobre nuestra identidad.

Entonces se afirmaba que el hecho de que Pedro Santana anexara la República demostraba que no había tal sentimiento de independencia y de resistencia del pueblo dominicano. No obstante, donde no hay identidad, no hay república, ni nación ni se forma un Estado, porque nadie defiende nada y a la gente le importa lo que pasa. Los pueblos defienden un territorio, cuando tienen un principio de alteridad, que no quieren que otro lo ocupe, y a partir de ahí surge lo que los sociólogos llaman *cohesión social* o el concepto del «territorio», que es el principio primario de la nación.

Aunque puede existir también un sentimiento de identidad sin Estado, como pasó con los judíos, los palestinos, que no tenían Estado pero eran una nación, un pueblo y, por lo tanto, lo que los identificaba era su cultura. Pero en nuestro caso hay que ver cuándo comenzó ese sentimiento. Leyendo la Historia, manejando la cultura y la antropología para interpretar los hechos de la realidad, nosotros nos hemos dado cuenta de que hay un dato en el pasado colonial que ha pasado un poco desapercibido para los historiadores: la formación de las *cincuentenas*.

Las cincuentenas fueron pelotones de cincuenta hombres, que se formaron después del 1630, es decir, luego de las devastaciones de Osorio en 1605 y en 1606. Podemos ver que una buena parte de la isla, hoy ocupada por la República de Haití, quedó despoblada, porque sus pobladores y reses fueron traídos hacia el centro destruidas y quemadas sus ciudades. Se fundaron Bayaguana y Monte Plata.

La excusa de los españoles para desocupar ese territorio fue la comercialización de los nativos con ingleses, alemanes y franceses en la Costa Norte, actividad que estaba prohibida, por eso se le llamaba contrabando. Por otro lado, los hechos históricos también han sacado a colación el tráfico de Biblia

luterana que se hacía en la banda norte. De modo que esas fueron las dos justificaciones para producir las devastaciones de Osorio.

Pero, ¿qué pasa en 1630?. Fray Cipriano de Utrera en su obra *Dilucidaciones Históricas*, tiene unos comentarios sobre las cincuentenas. Señalamos que eran pelotones de cincuenta hombres criollos, o sea que no eran miembros del ejército español. Eran criollos que cogían una lanza y se iban al otro extremo de la isla a expulsar a los bucaneros, que se quedaban en la parte desocupada. Esos bucaneros eran franceses o ingleses que después de aventurarse en el mar, se asentaban en la isla, en lugares desocupados. Así fueron apropiándose del espacio. ¿Quiénes los expulsaban o quiénes se enfrentaban a ellos? Los pelotones criollos que la historia dominicana conoce como las cincuentenas.

Como tengo un marco teórico que me dice que el principio de alteridad es la base de la identidad, veo que los primeros sentimientos de diferenciación comenzaron después del 1630, y que las cincuentenas fueron un principio de alteridad, porque si esos criollos se identificaban con el territorio no lo defenderían. Sólo se defiende aquello con lo que uno se identifica, además, porque uno considera que está siendo agredido por el otro.

Esos criollos salían con una lanza, con ropa roída, porque no eran soldados españoles. A los españoles no les importaba que se ocuparan esas tierras. No las defendían. Inclusive la historia de las luchas coloniales es muy interesante. Pues España no hacía mucho por defender esos territorios. Cuando se lee nuestra historia colonial, para ese tiempo, sabemos que ya la isla Tortuga jugó el papel protagónico, porque allí se refugiaron los aventureros, los piratas franceses, holandeses, ingleses, y nunca se encuentra que España ocupara la isla Tortuga por mucho tiempo.

España nunca le puso atención a la isla Tortuga, que era el principal enclave para defender el territorio de nuestra isla.

¿Por qué? Porque España, después de 1510 nos abandonó, le interesó más el oro de las grandes minas, de los grandes imperios mesoamericanos. España ni siquiera tomó en cuenta que aquí empezó la colonización, para desarrollar un sentimiento de apego a nuestro territorio. Fueron los criollos los que desarrollaron ese sentimiento, por eso se identificaban con él y lo defendían.

Después de 1680, comienza el proceso de conversión de esos bucaneros que se habían instalado en la parte occidental, cuando el gobierno francés les dio sustentación, les dio patente y los reconoció como miembros de la Corona francesa. Ahí comienza la lucha entre España y Francia por el dominio del territorio occidental en la línea fronteriza. Nacieron el Tratado de Basilea y todos los tratados posteriores. Y nos hemos pasado más de trescientos años definiendo y definiendo ese territorio, y la línea fronteriza.

Entonces hay que decir que esos primeros cimientos comenzaron por esa época. Con Nicolás de Ovando en 1501, por su parte, llegaron los primeros esclavos a Santo Domingo. Eso es muy importante saberlo, porque en Santo Domingo se cree que todo lo que es de origen africano, es haitiano. Donde primero llegaron los esclavos fue a Santo Domingo. Eso quiere decir que el asunto de la herencia africana en Santo Domingo está muy claro, y Haití o la colonia de Saint Domingue se funda 180 años después que se colonizara a Santo Domingo.

Ahora bien, de esos primeros años de 1501-1504, hay un dato muy importante: los esclavos que vinieron eran esclavos de la servidumbre, las españolas no cocinaban, y trajeron sus negras esclavizadas para que les cocinaran. Además, las negras les cargaban los vestidos cuando iban a la iglesia para que no se ensuciaran, estaban los que limpiaban los caballos, etc. Eran negros de la servidumbre, no estaban dedicados a las minas, fue después, que a una parte de los negros los mandaron a las minas a compartir la economía del oro con los indígenas.

Mientras tanto, refiriéndonos a los esclavos de la servidumbre, podemos decir lo siguiente: el sancocho es un plato dominicano. Me decía un cubano: «nosotros tenemos un sancocho en Cuba», entonces le pregunté: ¿cuáles son los ingredientes que tiene? Tales, tales, tales y la batata o ajia-co... Me mencionó uno o dos y yo le contesté que eso no era sancocho, porque un plato lo definen sus ingredientes, y el sancocho tiene sus ingredientes específicos. El mofongo nuestro no se parece al mofongo puertorriqueño, pero es un plato dominicano. Entonces, en algún momento se formaron esos platos, y en ese momento se comenzaron a formar los elementos de la criollidad cultural dominicana. Al menos en la culinaria.

Además, hay que tomar en cuenta que las esclavas cuando cocinaban, no tenían aceite de oliva, entonces tenían que agarrar lo que había, manteca u otro producto, que daba un paladar diferente y es el paladar la esencia de la culinaria. Así comenzó a formarse la comida criolla americana. Y de ahí surge el refrán que reza: «a falta de pan casabe». Los españoles querían pan y lo que había era casabe, entonces asumieron el casabe, como asumieron la torta en Suramérica. Pero así como los españoles consumieron el casabe, las cocineras africanas cocinaban con lo que había y eso creó platos, paladares y nuevos manjares reflejo de la nueva realidad social.

Por otro lado, Simón Bolívar refiere que él tenía una nana de cuna africana, y recuerda que esa nana de cuna le enseñaba cuentos africanos y canciones africanas, porque lo que nosotros no sabemos es, que muchos de los criollos españoles que se fueron formando a partir de la segunda generación en América, obligaban a las africanas a cuidar a sus niños (as), y alquilaban esclavas para que les diera el seno a sus crías, lo cual transmite también afectos. Por eso comenzaron a darse las modalidades que tenemos en la lengua y además expresiones culturales, lo que permitió que los africanos preservaran muchas de sus tradiciones.



Vista frontal de la Puerta de El Conde en el parque Independencia.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Las madres se pasaban el día entero separados de los niños (as). Entonces las africanas tenían que dormirlos y darles comida. Por eso nace la famosa canción que recuperó el folclorista peruano Nicomedes Santacruz: «duerme, duerme, negrito.... que tu mama está en el campo, negrito, trabajando si...». Esa canción es de aquella época; una canción de cuna africana y Simón Bolívar hacía referencia a eso porque él decía que gran parte de sus afectos y de su memoria social con relación a estos temas se los debía a su nana de cuna.

La independencia nacional: una definición política pero no cultural

De modo que el vínculo de criollidad que se forma desde muy temprano en América, es muy complejo, y por eso nosotros, cuando tratamos el tema de la identidad nos negamos a pensarlo como un tema fácil. Nosotros no nos hemos separado de Haití solamente por Haití ser un poco africano o «atrasado» como muchos piensan. También influyó el hecho de que Haití comenzó a confrontar algunos elementos que eran parte de nuestra identidad, como es la lengua y la religión, aunque existían elementos comunes entre los grupos de negros libertos y mulatos. No es tan sencillo decir que nosotros nos separamos de Haití porque eran negros, porque nosotros también nos separamos de España en 1865 y los españoles son blancos.

¿Por qué República Dominicana se separó de España? Tan simple como decir que España no cumplía con una serie de beneficios contenidos en el documento de anexión. No, además de eso también había un menosprecio hacia los criollos dominicanos y los españoles lo decían en las calles. Había discriminación, por lo tanto, se produjo una rebeldía y una separación.

La Guerra de la Restauración fue la más popular y la más violenta de todas las guerras que hemos tenido en la República Dominicana. Lo que quiere decir que la Guerra de la Restauración ratifica el sentimiento de identidad que es el sentimiento de diferencia, y para los estudiosos de la identidad y de la cultura, esto se convierte, además de un hecho histórico y militar, en un hecho cultural por la trascendencia que tiene. De manera que esos primeros cimientos de defensa del territorio no sólo se dieron con las cincuentenas, sino en los primeros años de la colonización: la nana de cuna, la comida, la lengua, de los afectos (porque una nana de cuna no era sólo quien transmitía cantos, sino también afectos). Todo eso fue generando un elemento de criollidad e identidad.

Además, esos períodos, en términos culturales, sientan las bases de nuestras identidades. Es el 1700, el siglo XVIII, el siglo donde se produce lo que algunos historiadores dominicanos llaman la *democracia racial*, palabra que usó Juan Bosch en *Composición social dominicana* y que la usan otros historiadores. La democracia racial lo que plantea es que en los censos de 1750, la población dominicana era mayoritariamente mulata: 70% de la población mulata, 15% blanca, 15% aproximadamente negra. Naturalmente que democracia racial ha generado conflictos de percepción respecto a como se ejerció la explotación esclavista entre nosotros por parte de los españoles.

Esa composición étnico-racial es única en América, porque nosotros somos el pueblo más mulato de todas las islas del Caribe. Esa mezcla racial comenzó a producir un sincretismo cultural muy temprano en la sociedad dominicana. Ahora, ¿Esa democracia racial, esa mezcla altísima que se produjo, lo que quería significar era que los españoles eran más «bondadosos» que los ingleses y los franceses? Ningún colonialista era bondadoso, lo que fueron distintas eran las relaciones de producción. Los españoles tenían un modo

de explotación más débil económicamente que se reflejó en esas relaciones sociales de producción. Porque nosotros, a pesar de ser el país con la primera plantación cañera que se produjo en América en el 1521, y que tuvimos los primeros ingenios, debimos de recurrir a instaurar el hato ganadero y ya en 1585, éste desplaza la economía colonial cañera, debido a la crisis en que cayó la economía azucarera para ese entonces, y por las condiciones impuestas por la Casa de Contratación de Sevilla.

Un hato ganadero se controlaba con tres esclavos. El amo y los esclavos le daban la vuelta al hato, y sólo se necesitaba para suplirlo un poquito de agua y un poquito de comida. Pero en un ingenio, se necesitaban de 75 a 300 esclavos para ponerlo a producir, lo que quiere decir que la actividad y la explotación de la producción cañera era más intensa que la que se producía en el hato ganadero, por lo que se afirma que el hato ganadero sirvió como catalizador de discriminación racial que se manifestaba en el 1750. A pesar de ello, nuestra gente es la más mezclada del Caribe. El hato ganadero fue un vehículo expedito de esa conflictuada democracia racial que tantas polémicas ha generado en la historiografía dominicana.

Ahora bien, ese nivel de mulataje que se produce en 1750, va acompañado de un proceso de mezcla cultural que produce el sincretismo cultural y a su vez, la identidad cultural dominicana, y que da como consecuencia la independencia nacional de 1844. El Caribe tiene más de 17 islas, e independencia solamente la lograron dos: Haití y Santo Domingo. Haití de Francia, y Santo Domingo de Haití. La de Cuba se produce poco después, o sea, que los dominicanos sí podemos hablar de una base sólida de identidad que se ha producido como consecuencia del enfrentamiento con una gran potencia para lograr nuestra independencia, no solamente de Haití, repito, porque si hubiera sido sólo de Haití, la historia hubiera sido muy sencilla, y sólo se tomaría en cuenta la independencia de



Devota de la Virgen de la Altigracia en Bayaguana.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

1844, aunque también se produjo en 1865 y en 1965, frente a enemigos diferentes.

La ideologización de la identidad cultural

Esos elementos consolidan la tesis sobre la identidad cultural dominicana, la cual adquiere en el 1844 una personería política, con la creación y la formación del Estado Nacional y se reafirma en la Guerra de la Restauración, aunque previamente tenía que existir el sentimiento de identidad porque si esos sentimientos no hubieran existido, no se hubieran producido esas dos ratificaciones que son las formas en que se expresa, en el plano político, la identidad cultural.

La identidad cultural está por encima del nacionalismo, porque el nacionalismo es un asunto ideológico de defensa del territorio, y la identidad cultural es un apego y un sentimiento de diferencia, pero no necesariamente de exclusión. La clase dominante nuestra, fue construyendo un discurso de identidad excluyente: todo se pintó, todo se construyó, todo se escribió, y quedaron los negros fuera.

Roberto Cassá y Frank Moya Pons dicen en sus libros de texto que sin el pelotón de los negros libertos y de los negros en sentido general, ni el 1844, ni la independencia se hubiera producido. El ejército haitiano tenía siete mil quinientos hombres, y el ejército dominicano no existía. Sin el pelotón de libertos, Pedro Santana y Antonio Duvergé, no hubiera habido independencia, porque no se hubiera formado el ejército, ya que por encima de la crisis política que había en la República haitiana, la cual fue aprovechada inteligentemente por los trinitarios, se necesitaba una respuesta militar porque una vez proclamada la independencia, la lucha no era de carácter político ni ideológico, sino de carácter militar. De modo que se necesitaba el pelotón de los negros libertos y estos pusieron una condición: luchar, pero no volver a la condición de esclavos.

Cuando decimos que la lucha era militar y no política, queremos destacar que fueron más de 17 las batallas que se libraron para reafirmar la no ocupación por el ejército haitiano, el cual aún después de marcharse, regresó a pelear con saña; y era un ejército poderosísimo, que derrotó al francés en 1802. Entonces, es indudable que la lucha de 1844 denotaba que se producía una definición de la República con un blanco, un enemigo, el cual resultó ser Haití, lamentablemente.

Para muchos estudiosos extranjeros, el problema dominicano es complicado cuando se trata del tema haitiano, justamente por ser el país del cual logramos la independencia, y cuando un país logra la independencia de otro, uno tiene que construir también un cimiento ideológico que permita confrontarle con el ocupante. Ese sentimiento de ratificación de la identidad y de la nación, se construyó dentro de una élite de poder que adversó fanáticamente a Haití, al mismo tiempo que negó la herencia africana. ¿Por qué? porque se entendía que en la construcción de la nueva nación, en lo que llaman los historiadores *la conciencia histórica dominicana*, negar la herencia africana nos separaba de Haití no nos mezclaba, y por lo tanto, la lucha se hizo más compleja.

A partir de entonces, la construcción ideológica de la nación, la hizo la clase dominante. No se dio participación a la herencia africana, se construye esta herencia a partir de los símbolos referentes españoles: Dios, Patria y Libertad, República Dominicana, hispánica, católica y romana y no se asume ningún elemento que tenga que ver con lo africano, para que eso evitara alguna identificación con Haití. A partir de entonces, nosotros nos creemos «más blancos que los españoles», un pueblo que tiene un 85% de negros y mulatos.

Resulta pues indudable, que si nosotros negamos la herencia africana en la República Dominicana, hay un problema de alienación y de no percepción de la realidad cultural dominicana, en la cual no se puede obviar el proceso de las migraciones de finales de 1800, compuesta por chinos, árabes y judíos,

en las que llegaron también los cocolos, martiniqueños, puer-torriqueños, haitianos, negros libertos del sur de los Estados Unidos y otros grupos que vinieron al país como resultado del auge que había tenido la industria azucarera capitalista al final del 1800.

Migración e identidad cultural

En torno a este auge de la industria azucara, debemos decir que los ingenios se habían instalado en 1871, después de la guerra de los 10 años en Cuba, y que el capital que vino a Santo Domingo se desarrolló aquí y demandó mano de obra, la cual se importó, desarrollando así la economía y haciendo posible la llegada de los turcos, que es como nosotros le llamamos a los árabes, a los palestinos, los sirios, jordanos y a todos los que llegaban con un pasaporte del imperio otomano. Pero en realidad no son turcos, sino palestinos, sirios, etc. Esos grupos han enriquecido la identidad cultural dominicana.

Esta inmigración redimensionó el perfil identitario de la nación al integrar en su seno nuevos componentes culturales que hicieron más diversa la cultura dominicana. Más tarde y bien entrado el siglo xx, se suman al mapa cultural de la nación, japoneses, judíos, y españoles venidos después del estallido de la Guerra Civil.

Los retos del discurso sobre la identidad

Cuando usted trabaja la identidad cultural dominicana a partir de los elementos de la cultura popular, entonces tiene que entrar en el tema africano; y ahí viene la acusación de africanista, porque los elementos de la cultura popular dominicana tienen un alto contenido de ascendencia africana: en la música, en la religión, en la danza, en la comida. Entonces

quien escribe sobre la identidad cultural dominicana, tiene que entrar en ese tópico, y el gran fantasma de la identidad cultural dominicana, es la no asunción de la herencia africana. ¡Gran problema!

Cuando seamos capaces de aceptarnos como una sociedad pluralista a la que han contribuido distintos grupos: africanos, europeos, asiáticos, aborígenes y de otros lugares, entonces tendremos una concepción universal y democrática de la cultura, y al mismo tiempo, de nuestra identidad, que es el reto que tenemos. A todo eso se suma el tema de los cambios que se avecinan en la sociedad dominicana producto de la globalización y la modernización, que están acelerando los procesos de cambio y que ponen en jaque los productos de la cultura, que tienen un esquema determinado que se llama la tradición, que debemos preservar.

Dentro del marco de ese avance tan acelerado se destaca la necesidad de proteger nuestro folclore como parte de la memoria social del pueblo dominicano. O sea, que el folclore juega un papel fundamental en la consolidación de la identidad cultural, que sin memoria social no existe, porque es un hilo conductor; pero lo importante es la cotidianidad, lo que estamos haciendo diariamente, lo que estamos construyendo hoy.

Tengo una visión dinámica de la cultura y sostengo que vamos hacia un dominicano y una dominicana de la era cibernética, espacial, que los códigos de referencia son mucho más asimilables que los que nosotros tenemos como referencia y ahí es donde radicaría la capacidad del investigador para entender esos cambios, no para frenarlos, ni para evitarlos, sino para hacerlos digeribles a los pueblos, y evitar el mayor trauma posible. La sociedad dominicana está en un proceso de cambio acelerado, es una sociedad multicultural, dentro de la que sólo nos falta un desagravio, que es el reconocimiento de la africanía como parte de la identidad cultural dominicana.

Los retos de la identidad cultural dominicana

Marco introductorio

La identidad entendida como un principio de diferencia, es decir, yo en relación al otro considerado en ese momento como el extraño, el foráneo, constituye el cimiento de la construcción espiritual de una nación o de un conglomerado de individuo.

Como expresión fiel del interior de un grupo humano, la identidad no es necesaria ni exclusivamente una manifestación cultural de una reducida población o de un Estado moderno jurídicamente constituido. Puede serlo tanto de un grupo reducido local, como de un pueblo errante sin territorio, ni estado formal, ni asiento fijo como fue el caso de los judíos, palestinos y lo sigue siendo de los gitanos en Europa.

La fuerza de los valores culturales como afirman estudiosos de la sociología como el alemán Max Weber, son responsables de la cohesión social y la reproducción del sistema de la sociedad, como lo enfoca el también sociólogo inglés Herbert Spencer de la escuela mecanicista. Para ellos la identidad es parte de una envoltura dentro de la cual se mueve el andamiaje social, que, convertida la identidad en referente

subjetivo, se encarga de crear el componente diacrónico, es decir cambiante, como el constante, es decir sincrónico, de la sociedad como estructura.

La identidad es por demás una construcción permanente de valores que, al modificarse y readecuarse sin perder el hilo conductor, proyecta un sentimiento de pertenencia, de apego a un territorio, a una historia, a un grupo social, a un vecindario, a una familia y a una historia personal, que conjugados, definen un referente identitario propio, que aunque compartido, es particularmente distintivo de un grupo, una región, una comunidad o una nación.

La ausencia o debilidad de estos valores ponen en peligro la identidad de una nación. Su importancia radica hoy ante el avasallante e imponente proceso de la globalización, oponer al modelo de imposición de una cultura universal, la reafirmación de las identidades locales, esto es, oponerle a la globalización, la glocalización, es decir, la lucha por las identidades locales y nacionales.

Los retos de la identidad.

Globalización y mundialización del hecho cultural

La globalización aunque se presenta como una propuesta fundamentalmente económica, lo es también jurídica, política y cultural. Su insistencia en la fusión del mercado, la creación de bloques económicos, internacionalización de las regulaciones financieras, lo es igualmente en las exigencias del marco legal que debe normar las relaciones de las naciones.

En lo cultural se puede traducir por el impacto que provoca, no solo el irradiante influjo de los medios de comunicación, sino la confrontación entre el llamado mundo occidental y el oriental a través de los que muchos llaman hoy el choque de civilizaciones a propósito del conflicto con el mundo árabe, que además de las razones de carácter económico y político,

que son en el fondo sus causas reales, en los argumentos no podemos al mismo tiempo ignorar las razones de orden cultural que se esgrimen en el tejido ideológico de esta confrontación.

En este panorama internacional no olvidemos que somos una dualidad: geopolíticamente somos occidentales, pero culturalmente expresamos una amalgama que conjuga cosmogonías superpuestas, mestizas y recreadas en el continente americano, sin omitir la influencia política netamente occidental en toda la región americana ejercida por los Estados Unidos.

No obstante la unipolaridad del mundo después de la caída del Muro de Berlín que supuso el fin de las ideologías, trajo de su lado aparejado, un conflicto incubado, la confrontación entre oriente y occidente cuyas razones son de tipo económico, pero se escudan en una supuesta oponibilidad cultural, sobre todo en el orden religioso.

Por todo ello, al reafirmar nuestra condición de pueblo occidental, debemos recuperar de nuestra memoria histórica aquellos componentes culturales que forman parte de esa otra herencia oriental que es parte de nuestra identidad, pues el Caribe, definido ya por el poeta guadalupeño Édouard Glissant, es un crisol de culturas que globalizó el mundo hace más de cinco siglos, encontrándose en sus aguas cálidas africanos, europeos, asiáticos y americanos.

En defensa de la diversidad cultural

La historia amalgamada del Caribe es la responsable de construir sociedades diversas. Somos como nos definiera el fallecido intelectual cubano Joel James, una síntesis del mundo. El Caribe es la región del mundo que mejor refleja la simbiosis cultural universal.

Nuestro país enclavado en el mismo centro del Caribe, conjuga esa diversidad que tuvo, por así decirlo, razones de tipo



Entrada al pueblo de Villa Vázquez. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

histórico para que se diera de la forma en que se produjo, una gran diversidad cultural. El respeto, como principio a estas diferencias es un reto al Estado democrático de sus instituciones, al sistema educativo nacional y a la proyección de una verdadera identidad nacional diversa y múltiple.

La dominicanidad nos es posible definirla al margen de los chinos descendientes, los eurodescendientes, los afrodescendientes, los árabes descendientes y más particularmente, dominicanos de origen haitianos, cocolos, libertos, etc. Como vemos, y por razones de orden histórico, no mencionamos a los aborígenes descendientes porque fueron tempranamente exterminados, aunque nos dejaron un importante legado material y de costumbres y tradiciones.

Siendo el Caribe y nuestra isla reservorio, y a la vez, puntal para el resto de la colonización americana, hemos conformado una unidad diversa. La dominicanidad es una particularidad que ha conjugado su diversidad sin que tradiciones y costumbres se hayan perdido. Si solo existieran aislados los componentes de esas identidades, entonces no hablaríamos de la dominicanidad, que se convierte en categoría sociohistórica y cultural en la medida que conjuga la totalidad de esa diversidad en una particularidad, que es nuestra identidad, a la vez que permite las individualidades culturales dentro de un todo (que es su propia diversidad), y que es a la vez la identidad cultural dominicana. El reto es aceptar la dominicanidad como la conjunción de esas unidades particulares como parte de un todo, sin discriminación ni exclusión.

Patrimonio cultural e identidad

Como resultado de la revalorización que la UNESCO (Organización de Las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) ha hecho del patrimonio de los pueblos, tanto el material, como el intangible y el natural, los países, gobiernos,

instituciones responsables y ONG (Organizaciones no gubernamentales) ligadas con el tema, se han involucrado, una más otras menos, en el estudio, valorización, protección y defensa del patrimonio cultural.

La República Dominicana posee tres patrimonios como resultado de esas acciones emprendidas por el organismo internacional: la ciudad colonial de Santo Domingo, como patrimonio histórico de la humanidad, y dos patrimonios intangibles, los guloyas de San Pedro de Macorís y los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella.

El reto, como parte de un esfuerzo y una estrategia de consolidación de nuestra identidad, es profundizar en el estudio, inventario y reconocimiento de otros patrimonios locales y nacionales, que contribuyan a fortalecer la memoria histórica, y transformarla en expresiones importantes de la cultura y de la identidad nacional.

La colaboración de los gobiernos municipales, los ministerios de cultura y turismo, las universidades y las escuelas, debe establecer un inventario de lo que se pueda seguir haciendo con el patrimonio local, municipal, regional y nacional, independientemente de lo que se pueda seguir formalizando con la UNESCO.

En todo este esfuerzo la escuela y el Ministerio de Cultura y los gobiernos municipales son aliados en la medida que podamos involucrar en la defensa del patrimonio a las nuevas generaciones y ciudadanos que estudien, valoren, cuiden y protejan, para que la estrategia de la UNESCO adquiera verdadera funcionalidad en los pueblos.

En nuestro caso particular, debemos reforzar los programas de ayuda y fortalecimiento a los patrimonios motivo de reconocimiento, pero igualmente potenciar a las comunidades para que desarrollen líneas de autogestión que consoliden el trabajo y la operatividad de estas manifestaciones del patrimonio nacional, pero sobre todo hacer que la escuela lo haga suyo en la currícula, con sus acciones dirigidas a estudiar el patrimonio nacional dominicano que es más que los tres motivos del

reconocimiento merecido por parte de la UNESCO. El desafío es no solo inventariar otros patrimonios, sino cómo esto nos puede servir para fortalecer la memoria social y la identidad cultural dominicana.

Cuidemos la autoestima

Creemos que nuestra autoestima debe ser profundamente trabajada como pueblo, que permita transformar un infravalor en un valor positivo, y potenciar el orgullo de pertenencia que sigo pensando es pobre y esquivo.

Si el ruido nos coloca entre los pueblos más escandalosos del mundo, difícil es establecer las razones de esta designación, pues hereditaria biológicamente no es argumentable, más bien es parte de un destape que se ha proyectado por más de cincuenta años después de la muerte de Trujillo, sabiendo que en esta Era el silencio era parte del control político.

Por su parte, el interés de ser tomado en cuenta por el otro, hace que el dominicano se esfuerce por hacerse notar. Desde una visión psicológica que no es mi dominio profesional, suele esto pasar en personas que tienen problemas con la autoestima y su ego.

Hoy es esto, tal vez, una de las distorsiones más lastimosas en el perfil identitario que nos caracteriza. Muchos lo asumen como una característica identitaria dominicana. Seguimos pensando no obstante que es una indisciplina social coyuntural por falta de reglas y regulaciones sociales y la gente hace lo que le parezca no importando si agrede o no al otro, porque tampoco nadie se lo impide en el plano institucional.

La música es una competencia para ver quien la tiene más alta. El carro es una competencia para saber cual es el más lujoso o moderno, la casa no se queda fuera de la competencia y nos encontramos con estilos y diseños verdaderamente

escandalosos y barrocos, que niegan la naturaleza tropical del país, pero de lo que se trata es de destacarnos con banalidades y enrostrar al otro poder.

Hay que hablar subido de tono para que se oiga. Si la fiesta es en casa, que el vecino se integre desde su hogar. Aunque muchos creen que el oído dominicano se ha habituado a los decibeles de la calle, es una mentira porque en los hechos los individuos están enfermos por el ruido aunque no se den cuenta.

¿Por qué tanto afán para que el otro nos reconozca, nos vea, nos tome en cuenta, sepa que existimos, que también tenemos cosas? En el fondo esto nos refiere a un ego enfermo, a una personalidad social traumatizada por la ausencia de un reconocimiento social, por falta de que las instituciones y los gobiernos posicionen en un sitio donde los dominicanos puedan ser oídos, escuchados. El diálogo no ha sido nunca una dinámica de la sociedad dominicana. Gritamos, peleamos antes de dialogar.

La necesidad de ser escuchado, de ser tomado en cuenta por gobiernos, instituciones y los demás es el reto a vencer que eleve la autoestima del yo nacional que está muy baja. En otros pueblos esta crisis de autoestima puede generar conflictos sociales cuando se manifiesta con violencia social e individual; sin embargo, como aquí se interioriza el malestar, se expresa la rebeldía o el conflicto de otra manera, que a mi modo de analizar el fenómeno, es un inusitado y destemplado destape social sin frenos, ni correctores, acompañado de una anomia social preocupante.

Rechazo al complejo de Guacanagarix

Lo extranjero en este país es mejor aunque no sirva para nada. Sin embargo, nadie dice nada. Solo lo extranjero es rechazado cuando viene de Haití por motivos que todos sabemos. Hoy la mano de obra extranjera llamada especia-

lizada, vaya usted a saber, amenaza tanto el mercado profesional dominicano, como la haitiana según argumentos de los nacionalistas.

La genuflexión hacia lo extranjero va más allá de considerar a los profesionales y la mano de obra intelectual o técnica extranjera como superior a la nuestra, sino que se ve en la elección del producto de consumo o la mercancía. Tenemos una debilidad enfermiza por lo de fuera, lo que se hace notorio al hablar de la elección de pareja, que muchas veces es parte del erróneo concepto que se tiene de que una pareja sentimental de fuera es mejor a una pareja dominicana, y no siempre se acierta, pero es parte del desdén por lo nuestro.

Un profesional por el solo hecho de ser de fuera en la competición con el nacional, lleva ventaja, aunque se justifique por las debilidades formativas nuestras, que es otra cosa. Este defecto nos viene porque hemos tenido una clase dirigente extranjerizante y que ha sobredimensionado lo foráneo. Nunca estos grupos han confiado en los nacionales que no sea para sobreexplotarlos, pues si han de poner a alguien en los puestos de mayor gerencia, traen coterráneos de su país o un extranjero cualquiera.

Las leyes nacionales a ese respecto no se cumplen y todo anda mal. Esto afecta en el fondo la autoestima de los dominicanos, pero no tienen forma de revelarse.

Contraoponernos a esto es valorar lo nuestro como parte de lo nacional y de nuestra identidad. Sentir orgullo por lo nuestro es un sentimiento que no siempre se construye sanamente, pues tiende a deformarse con un nacionalismo decimonónico que ya no tiene cabida en las sociedades modernas.

Sin embargo, es oportuno que enfrentar ese mal estructural, pues parece que nos acompaña desde la llegada misma del Almirante Cristóbal Colón que encontró en el cacique Guacanagarix un aliado, que podía protegerlo de los tormentosos ataques a que lo sometía el bravo Caonabo.



Vivencia ancestral. Toque de Palos o atabales en Villa Mella.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

En otros países los extranjeros no logran el nivel ni de aceptación, ni de permisibilidad y acogida que encuentra aquí, lo cual no es malo, siempre y cuando se respete y valore lo nuestro y sin que se haga en detrimento de reconocer importantes aportes que nos vengan de fuera. Lo contrario sería una mezquindad.

Diáspora y nación. La transterritorialidad identitaria

Hoy no es posible definir la nación al margen de la diáspora que, no solo aporta con las remesas, sino con el fortalecimiento de los lazos de pertenencia.

El emigrante se lleva consigo sus maletas con las pertinencias que necesita en su largo viaje, pero la hace acompañar de un conjunto de íconos culturales que, a su vez, forman parte espiritual del viaje: la cultura.

Este instrumental cultural le acompaña en el viaje y el proceso de adaptabilidad, en los momentos de recaída sentimental, afectiva o de melancolía, sin olvidar que la nuestra es una inmigración con retorno, lo cual convierte a la cultura y los valores identitarios en arma de resistencia y recurso psicológico para la adaptabilidad.

Las fronteras de hoy no se definen a partir del territorio convencional. Son transterritoriales porque la inmigración mueve la nación con la diáspora y viceversa, traspasando las fronteras físicas e históricas.

El concepto clásico de frontera se ha transformado y lo transnacional y transterritorial le da a la diáspora una categoría de pertenencia y constructora de valores, que no tenía antes.

Si se viera el problema con el viejo esquema, la nación termina en las fronteras y la identidad con ella. Sin embargo, hoy nación y territorio se conjugan con la inmigración para redefinir la nación y la dominicanidad. La inmigración hoy es considerada parte de la nación.

Por una identidad dominicana y universal a la vez

Somos ciudadanos del mundo desde nuestra condición de dominicanos. Lo contrario nos confina al aislamiento y al fundamentalismo nacionalista cerrado, de finales del siglo XIX.

La nación es un espacio del mundo. La mundialización y la declaración universal de los derechos humanos, confieren al hecho cultural una transparencia propia de la riqueza que lo explica.

La construcción de una identidad que es una realidad factica, incontrovertible, no se da tampoco en estado puro por más aislada y cerrada que se considere, pues los cruces, las influencias, los intercambios, las mezclas y los préstamos culturales son siempre un activo del hecho cultural que posibilitan su permanencia y cambio a la vez.

El reto de esta centrífuga manera de abordar el tema identitario, se observa en la forma como nos asumimos desde la dominicanidad abriéndonos al mundo. Esto es, cómo nos abrimos al mundo, sin dejar de ser lo que somos.

Podemos perfectamente aceptar valores venidos de otras partes del mundo, porque al fin y al cabo, ha sido esa la historia de la cultural humana, pero el día que dejemos de representarnos en los signos y significaciones que nos han acompañado en nuestro devenir como nación, entonces estaríamos ante la pérdida de nuestra identidad y podría resultar traumático y desconsolador para un pueblo. Y este reto es permanente sobre todo en los momentos actuales en que se quiere globalizar todo. Estamos al acecho para que no se produzca tal situación. Solo reafirmando lo nuestro, podemos compartir lo foráneo.

Identidad e independencia en Latinoamérica

El criollismo como base de la identidad latinoamericana

Trabajado más desde el continente, el criollismo es la expresión más genuina y creativa del producto cultural americano. El espacio americano ocupado originalmente por poblaciones autóctonas con diversas manifestaciones culturales y estadios de desarrollos diferenciados, produjo durante una parte del mercantilismo europeo el primer gran encuentro cultural que unió tres continentes en su fase primaria: Europa, África y lo que luego pasó a llamarse América en homenaje a quien la Corona entendió meritorio de ese reconocimiento, Américo Vespucio, para integrar más tarde a Asia y algunas de sus más importantes culturas.

La criollidad es la sustancia primaria sobre la cual se ha de fundamentar la identidad de un conglomerado determinado, dado el hecho cierto que en este primer momento comienza el proceso de diferenciación sobre el cual se cimienta todo fenómeno identitario. Donde no hay principio de diferencias, no hay identidad. La construcción de hechos culturales particulares, la apropiación de formas culturales ancestrales pero reinterpretadas o readecuadas a nuevas circunstancias, producen entidades culturales nuevas, con personalidad propia



Simón Bolívar. Fuente: <http://Wikipedia.org>. Bolívar en Carabobo, pintura por Arturo de Michelena.

y esto es el criollismo, el primer esfuerzo por caminar solos, a partir de los ancestros pero creando nuevas maneras de hacer e interpretar el hecho cultural.¹

América Latina es la integración de variadas influencias, externas e internas, formando un todo cultural, a pesar de las muchas variaciones regionales y locales... El substrato cultural originalmente americano lo es, lo indígena... hoy mezclado con lo africano, europeo y asiático.

Si partimos del enunciado de que la identidad es un principio de diferencia, donde ésta no se ha producido, no se puede hablar de identidad, y precisamente, son esos primeros pasos en que los grupos humanos van impregnado su sello propio a lo que hacen, no importa que tengan la impronta de algún antepasado, de lo que se trata es de cómo el grupo social se esfuerza por adecuar a las nuevas realidades, elementos culturales que garanticen su supervivencia y reproducción. No olvidemos que la cultura no la crean los pueblos para contemplarla, sino para sobrevivir.

Aunque originalmente el concepto de criollo se aplicó al nacido en tierras americanas, posteriormente se trasladó su acepción al hecho cultural original y particular creado en tierras americanas, sea en lo intelectual o espiritual o en las manifestaciones de la cultura material.

El hecho mismo de que comenzaran a aparecer en tierras americanas manifestaciones culturales distantes a las que heredamos de nuestros antepasados, ya era un motivo de interés para estudiosos e investigadores. La distancia con el suelo, paisajes, ambientes sociales y necesidades propias a las sociedades de origen, obligaba a recrear, crear e inventar y adecuar formas y maneras de hacer las cosas que quiérase o no, nos distan-

¹ Birgitta Leander (editora), *La identidad cultural en América Latina culturas: diálogo entre los pueblos del mundo*, París, UNESCO, 1986, p. 16.

ció de nuestros progenitores y nos fue dando una mentalidad y una cosmogonía distante y diferenciada, que a la larga, se constituyó en nuestras identidades.

En ese proceso cada grupo de estas inmensas tierras americanas, experimentó a su manera los procesos de adaptabilidad a las nuevas tierras y vecinos. Estos fenómenos territoriales y, a la vez particulares, fueron creando regionalismos y entornos: sociales, culturales, históricos, económicos, naturales y hasta sensoriales en su relación con la naturaleza.

Esas vivencias a la vez construyeron creatividad y mentalidades propias, más tarde convertidas o transformadas en nuevas visiones y conciencias delineadas por estas circunstancias del momento.

Esta distribución espacial en tierras americanas pudo ser más tarde explicación disonante de los nacionalismos surgidos al momento de iniciarse las luchas de independencias americanas cuyo bicentenario celebramos, razón más que justificada para razonar las causas del fracaso del proyecto bolivariano de la Gran Colombia. La territorialidad y sus matices se habían tragado la estrategia del gran Libertador.

Posiblemente entre las razones de este contradictorio proceso estén los criollismos construidos en fases anteriores y causantes de identidades múltiples que, a la vez, demandaron nacionalismos y repúblicas distintas para cada criollismo regional. Por eso el criollismo es inseparable del alma de una nación, de su identidad y de su propia memoria histórica, distintas para cada caso, y a la vez, necesarias para su existencia.

Identidad y sentimiento de independencia en Latinoamérica

El sentimiento de independencia latinoamericano podríamos decir que contó con muchos inspiradores entre los cuales podríamos citar la Guerra de Secesión de los Estados Unidos,

la propia Revolución francesa alentadora de un legado democrático de igualdad y solidaridad, que además de constituir la base de los Derechos Universales como guía, influyó en la Revolución haitiana iniciada por los esclavos en 1792 a quienes ayudó mucho el Libertador americano Simón Bolívar conservando buenas relaciones con sus principales dirigentes a quienes apoyó en su lucha.

Si los esclavos pudieron realizar solos una revolución contra el ejército más poderoso del mundo, el napoleónico, y también fundar una república en 1804, estos hechos servirían de motor para impulsar las luchas libertarias en suelos sudamericanos.

Abandonando a sus más de 700 esclavos, Bolívar se compromete con el movimiento independentista encabezando sus más decisivas batallas. La crisis que afectaba a España fue bien aprovechada por los revolucionarios latinoamericanos para producir una ruptura política con la antigua metrópolis.

A todo ello se suma un sentimiento de identidad latinoamericana que hervía entre intelectuales, pensadores y políticos criollos que veían en la independencia el único camino para producir nuevas alternativas sociales que permitieran separarnos de España, y fundar repúblicas con sentimientos, concepciones, mitos, conciencias y símbolos distintos, haciendo que América encontrara por su propia iniciativa, las vías de construir nuevas sociedades sin la tutela de España, el antiguo imperio.

La suma de sectores sociales de las tierras dominadas hasta entonces por España, hizo posible alcanzar el ideal libertario y conjugar los intereses de las oligarquías emergentes producto del comercio mercantil con la metrópolis, los grupos de clase media amparados en un pensamiento positivista militante pero distante a la vez del alma nacional y de las costumbres autóctonas de los pueblos indígenas portadores de esas tradiciones y por igual, aunque con reserva, se integraron los indígenas y los negros a la causa nacional.

Para nadie es un secreto que los escudos de las independencias americanas fueron, en gran medida, los pelotones de

negros libertos, y este aporte a la constitución de las naciones americanas, ha sido agraviado con su exclusión, al momento de definir el proyecto de nación.

Estas circunstancias centrífugas son comunes en una América que no pudo consolidar las naciones surgidas de las luchas libertarias y el empobrecimiento a que fueron sometidos sus pueblos debido a la guerra y la desarticulación del aparato productivo, que en vez de traducirse en una causa militante de impulso al proyecto de nación, más bien hizo que muchos grupos dominantes volvieran su mirada al viejo orden colonial y fundamentaran la conciencia nacional en una visión compartida entre el latinoamericanismo, el hispanoamericanismo y un americanismo poco defendido.²

La crisis generada en las nuevas repúblicas produjo un sentimiento de arrepentimiento de las élites latinoamericanas hacia España, tanto ante el hecho de la colonización inicial como de las propias independencias y se fueron dejando a un lado los viejos rencores hacia España y se comenzó a pensar en un patrimonio común de la identidad histórica.

Las patrias políticas y las patrias culturales

El esfuerzo político y militar en la búsqueda de alcanzar las repúblicas americanas es loable y meritorio. Este esfuerzo de definición tocó lo político, social, económico y lo jurídico, no así lo cultural.

Las élites de poder latinoamericanas cabezas del movimiento libertario, oponían la culturalidad criolla al mundo y cultura hispánica. Este hecho fue más que suficiente para desarraigar del proyecto nacional la esencia misma de estas jóvenes naciones. El nacionalismo se fundamentó no en una recuperación

² *Ibíd.*, p. 61.

de las tradiciones como lo sucedido en el romanticismo europeo de mediados del siglo XIX, sino más bien en una vuelta a la cosmogonía española vista como contraria a la sajona, y refugio político de estos grupos dominantes americanos. Es cierto que en sus inicios la hispanidad era negada por el concepto de latinidad, visto como más genérico y menos dependiente de España.

El caso mexicano cuenta entre las extrañas experiencias de la región, debido a que el movimiento libertador tuvo conductores sociales diferentes y menos comprometidos con el poder fáctico, y su arrastre popular le dio un toque de pueblo innegable. Este dominio de personalidades populares y con lideratos venidos desde las entrañas del pueblo, hicieron posible un nacionalismo tenido como el más fervoroso en Latinoamérica.

La burguesía cubana, aunque más distanciada de esos momentos históricos y sobre todo de esas fechas pasionalmente decisorias para Latinoamérica, ha tenido por igual una formación diferente de otros grupos oligarcas de América. Comenzando por el fuerte rechazo entre sus grupos dominantes hacia el negro cubano y su cultura, constituyen un racismo de los más afianzados en el Caribe, pero la cubanía contradictoriamente ha tenido en sus valores de criollidad, un aliado que posibilitó la formación de una conciencia nacional que no se separó de las bases identitarias más esenciales del pueblo cubano y, supo finalmente esa oligarquía, integrar esa cultura popular como parte del proyecto de nación.

Los grupos aborígenes como sabemos son en América el componente débil de gran parte de las sociedades latinoamericanas, pero sin ellos no es posible definir el ser nacional. Su folclore, su signo particular se tienen como portaestandarte de lo nacional en muchos de estos pueblos, aunque se use como una versión folclorizante de la cultura.

Este hecho debe ser superado de manera que posibilite un fortalecimiento de las identidades y de la propia conciencia latinoamericana.

Las oligarquías latinoamericanas ante el proyecto nacional

Las oligarquías nacionales y regionales encabezaron las luchas, definieron políticamente el proyecto de nación, se sirvieron en muchos casos con la cuchara grande de los beneficios económicos y de la subsecuente explotación de los grupos oprimidos, pero nunca tomaron en consideración ni el aporte de los grupos aborígenes indígenas en la construcción de estas repúblicas, ni su cultura.³

Algunas versiones de la historia indican que, durante la época colonial, fue creándose una clase criolla que pronto reclamó para sí los beneficios de la riqueza humana y natural de sus respectivos países.

Hasta hoy gran parte de los gobernantes latinoamericanos son de perfil racial europeo. El mapa de pobreza en muchas de estas sociedades latinoamericanas no se distancia de los niveles de marginalidad y pobreza en que vivían durante la colonia. La exclusión social es parte de un sistema estructurado que parece como algo natural.

Similar situación se hace evidente respecto a la movilidad social de estos grupos y de sus descendientes con relación a políticas discriminatorias que aun perviven como parte de un viejo modelo de explotación no superado.

Raza y poder social son parte de un mismo escenario en estas antiguas sociedades coloniales en las que sus grupos dominantes y oligarcas han vivido de espaldas de sus realidades americanas y miran hacia Europa o Norteamérica, no solo en términos de mentalidades, sino culturalmente.

³ Lourdes Arizpe, «El indio: mito, profecía, prisión», *América Latina en sus ideas*, Coordinación e introducción por Leopoldo Zea, 1ra. edición, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 340.

Los pueblos originarios les sirven en gran medida para enriquecer sus arcas, pero cuando se trata de un reconocimiento a los aportes de estos grupos portadores de la identidad cultural, se producen muchos recogimientos y retorcimientos.

La intelectualidad latinoamericana se ha postrado, una parte de ella, en muchos casos al poder de las élites, sirviéndole de reservorio conceptual y teórico a muchas desafortunadas teorías acerca del alma y la estirpe de los grupos primarios fundadores de las naciones americanas, como se extrae de esta cita del intelectual Leander de la obra ya citada.⁴

Nada de discriminación contra España, los sudamericanos que reniegan de su origen son suicidas morales y parricidas a medias.

Mapuches en Chile, tucumanos y patagónicos en Argentina, guaraníes en Paraguay, diversos grupos de Brasil, Colombia, Venezuela, México, Centroamérica y las poblaciones de ascendencia negra en toda América, han tenido dificultades para ser reconocidas como parte de las naciones latinoamericanas en igualdad de condiciones. Todavía muchos pensamos con la cabeza en Europa.

Latinoamérica: pluricultural, plurinacional, diversa, sincrética y multiétnica

Sin embargo, y, a pesar de los contratiempos del discurso, la historia y la cultura han producido sociedades híbridas cargadas de vivencias, experiencias y riquezas que han convertido a América en el principal escenario de la mezcla racial del mundo. Nunca un lugar en el mundo había sido portador de tanta

⁴ *Ibíd.*, p. 61.

riqueza cultural, de tantas mezclas étnicas y raciales, de tanto resultados culturales sincretizados.

El mestizaje en Latinoamérica constituye su principal capital cultural. En eso radica la diferencia: lo real maravilloso del que hablaba el autor cubano Alejo Carpentier, de los personajes excéntricos y folclóricos de Gabriel García Márquez, de esa literatura exuberante de Jorge Amado, de esos cuentos fantásticos de Juan Bosch, de esa excelsa inteligencia de Jorge Luis Borges y su sublime pluma. Solo el mundo mágico y tortuoso a la vez que latinoamericano, puede producir tales motivos para esta intelectualidad criolla.

Pero de esa capacidad de moldear identidades diversas, de crear otros mundos culturales en tierras prometidas como el futuro de la humanidad, como la definiera el filósofo alemán Hegel, es responsable esta amalgama cultural que se encontró en tierras americanas para nunca separarse a pesar de los esfuerzos de omisión de la historia, el poder y los discursos altisonantes de algunos intelectuales y políticos latinoamericanos.

América ha sido motivo de reflexión para la literatura. El encuentro de culturas es potenciador de la ciencia de la antropología surgida pocos años después, el mestizaje cultural y racial, las formas singulares de su espiritualidad, el aporte musical y danzario al mundo, hacen de Latinoamérica un destino necesario. Un punto para la vuelta a la esperanza y, citando al ilustre Pedro Henríquez Ureña que en 1926 y dentro del viejo concepto muy usado en la época de la lejanía nos decía:⁵

Sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro, mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habrían de crearse nuevas artes, poesías nuevas.

⁵ Ídem.

Múltiples étnias en gran parte de sus naciones, cohabitación en otras, de culturas diferenciadas como sucede en la selva tropical amazónica, poblaciones enteras que aún se sostienen sobre el manto de sus ancestros indígenas, mentalidades construídas sobre la rebeldía y la supervivencia como el indigenismo americano y la tradición afroamericana, mitos recuperados como las profecías mayas, son parte de un pasado que no termina de cerrarse.

Una historia contada desde la voz del colonizador, desde la palabra del otro, desde el pensamiento occidental, requiere un reencuentro, un nuevo dialogo que abra caminos al entendimiento y los nuevos procesos que se exigen hoy como necesarios, para democratizar estas tierras amenazadas por mucho tiempo por la intolerancia cultural, política y social, además de religiosa.

Sin la diversidad que presentan sus distintas sociedades no se puede armar el mapa cultural de América Latina. Cada nación es un depósito cultural diverso o cuando no, multinacional. Una república cualquiera del continente posee múltiples herencias culturales que se conjugan y conviven armando un tejido extra étnico para serlo nacional también, pero lo nacional suele ser primero étnico en muchos casos. Lo particular es la riqueza de la gama étnica que compone este laberinto de pueblos, naciones y culturas que es Latinoamérica.

Su reto es democratizar los viejos moldes sociales, quebrar los prejuicios de la confrontación y las oponibilidades, aceptar las diferencias como expresión de riqueza y sentirnos parte de una patria grande, multicultural y multiétnica: Latinoamérica, en la que incluimos también al Caribe.



Convento de los Dominicos. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Santo Domingo, capital afroantillana de la cultura

Un acercamiento histórico necesario

La ciudad de Santo Domingo cuyo nombre le viene desde muy temprano ligado al dominio colonial español por la popularidad que para la época tenía Santo Domingo de Guzmán en el mundo religioso católico y, que también designó a toda la isla, que por demás fue el primer enclave de dominación colonial en América.

Otras ciudades comparten por igual la nombradía de Santo Domingo de Guzmán, pero su importancia histórica se debe más bien al protagonismo cultural jugado por la ciudad en la época colonial. El esplendor arquitectónico y artístico de muchos de sus monumentos coloniales, el inicio de las primeras instituciones americanas, el tránsito de importantes intelectuales de la época por la ciudad, el centro político que constituyó la ciudad de Santo Domingo en los primeros años de la colonización, el accionar de las más destacadas órdenes religiosas españolas del momento, son otras de sus tantas cualidades.⁶

⁶ Mariano Lebrón Saviñón, «El ambiente cultural de la época de Leonor de Ovando», *Anuario 2*. Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, adscrito a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 2002-2003.

Santo Domingo, cuna de América, único país del Nuevo Mundo habitado por españoles durante los quince años inmediatos al Descubrimiento, es el primero en la implantación de la cultura de Europa. Fue el primero que tuvo conventos y escuelas (¿1502?); el primero que tuvo sedes episcopales (1503); el primero que tuvo Real Audiencia (1511), el primero al que se concedió derecho a erigir universidades (1538 y 1540).

La ciudad desde el período colonial

Considerada la Atenas del Nuevo Mundo, Santo Domingo fue escenario de importantes manifestaciones culturales de las expresiones clásicas de la cultura, pero también hervidero de las manifestaciones culturales populares de aquellos grupos europeos marginados que vinieron con los primeros conquistadores coloniales, y que trajeron consigo hechos culturales populares de grupos marginados que, a su vez, se identifican con manifestaciones culturales del mundo campesino y popular de la Europa medieval, de los grupos aborígenes y más tarde de los negros esclavizados.

Este hecho más que evidente, hacía posible definir una ciudad con intereses y manifestaciones culturales disímiles. Por un lado desde el poder colonial y los representantes de los grupos dominantes, se expresaba una cultura clásica, europea ligada a la nobleza y con valores que reflejaban los cánones de las élites de poder de Europa. Refiriéndose a estas formas duales de la cultura en la Edad Media, el autor Mijail Bajtin, nos afirma:⁷

Todos estos ritos y espectáculos organizados a la manera cómica, presentaban una diferencia notable, una diferen-

⁷ Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza Universidad, Madrid, Alianza Editorial, 1990, p. 11.

cia de principio, podríamos decir, con las formas del culto y las ceremonias oficiales serias de la Iglesia o del Estado feudal. Ofrecían una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferente, deliberadamente no-oficial, exterior a la iglesia y al Estado; parecían haber construido, al lado del mundo oficial, un segundo mundo y una segunda vida a la que los hombres de la Edad Media parecían haber construido, al lado del mundo oficial un segundo mundo y una segunda vida a la que los hombres de la Edad Media pertenecían en una proporción mayor o menor y en la que vivían en fechas determinadas.

No obstante, en la cotidianidad de la ciudad colonial se movían otros intereses, interactuaban otros grupos que forjaban una cultura híbrida y en muchos casos centrífuga entre lo africano, lo aborigen y lo hispánico a partir de lo cual se podría conformar una cultura urbana criolla responsable de las manifestaciones culturales mestizas que terminó conjugando lo africano, lo hispánico y en menor medida, lo aborigen.

Una primera aproximación a la definición cultural de la ciudad de Santo Domingo

Los textos históricos muestran perfectamente no solo la convivencia entre estos distintos grupos étnicos sino cómo la ciudad era el escenario de sus expresiones culturales, lo cual no niega en absoluto el papel de las plantaciones cañeras y de la ganadería en la composición social y cultural de nuestra vida colonial.

Por eso vemos que las primeras manifestaciones del carnaval colonial se dan en la ciudad de Santo Domingo (Dagoberto Tejada Ortiz, *El carnaval dominicano. Antecedentes, tendencias y perspectivas*, 2008, p. 69). Las primeras organizaciones religiosas aunque de origen hispánico, y que presentaban elementos



Callejón de Regina, ciudad Colonial, Santo Domingo, patrimonio histórico mundial.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

«contaminantes» (por decirlo de alguna manera) populares afrodominicanos, surgen en la ciudad de Santo Domingo aunque no exclusivamente en ella.

Este protagonismo urbano genera cierta centralización del mundo cultural alrededor de la ciudad como eje político, social y cultural. No olvidemos que la ciudad de Santo Domingo fue también centro de desarrollo económico, centro de las principales instituciones políticas coloniales, centro demográfico y comercial.

Es obvio que estas características convirtieron a Santo Domingo en una importante ciudad en los primeros años de la colonización.⁸

Desde siglos atrás factores económicos, geográficos, sociales y políticos fueron perfilando a Santo Domingo como el centro urbano dominante. Ya en los años 20 (del siglo XX. CA), se estaban concentrando en dicha ciudad la mayor parte de las actividades comerciales, industriales, bancarias, culturales y de servicio.

Siendo como fue Santo Domingo, cabeza de los ingenios coloniales, sus alrededores también se transformaron en activos espacios poblacionales de los grupos afrodescendientes ligados a la industria azucarera y portadores de muchas de las tradiciones que, hoy dan fisonomía cultural a la ciudad que, posee, por cierto, bolsones poblacionales coloniales aún, como expresión por demás de su fase económica azucarera colonial, como son los casos de Bayona, Engombe, la Sabana Larga del Espíritu Santo de Villa Mella, San Lorenzo de los Mina, Mendoza, parte de Villa Duarte, Cancino, Haina, Arroyo Hondo y sus poblaciones originarias.

⁸ Varios autores, *Antología Urbana*, Santo Domingo, Ciudad Alternativa, p. 13.

Como vemos la ciudad de Santo Domingo posee una población antiquísima ligada a su propia naturaleza económica y las formas en que se produjeron los asentamientos originales, muy estrechamente relacionados con las formas económicas coloniales.

Una vez disminuida esta actividad económica del azúcar y sustituida por el hato ganadero, aparece una sociedad más rural que desplaza el protagonismo social hacia ciudades del interior y atenúa el papel político y social de la ciudad de Santo Domingo.

A pesar de ello importantes manifestaciones culturales forjadas en el período colonial tuvieron vida en los alrededores de la ciudad, como las cofradías, constituyéndose muchas de ellas fuera del centro urbano de la ciudad de Santo Domingo, pero en la periferia los negros libertos y los negros esclavizados conservaron la tradición con rasgos afrodescendientes.⁹

Desde principios del siglo XVI que llegaban los primeros africanos a Santo Domingo se inicia el proceso de vinculación de la raza negra en la vida de la colonia española y su inserción, estabilización y desarrollo en la evolución de la sociedad dominicana.

Arropada culturalmente por asentamientos urbanos periféricos afroamericanos de vieja data y de grupos empobrecidos urbanos, desde muy temprano la ciudad de Santo Domingo fue definiendo un perfil cultural con expresiones culturales populares debido a, que en la medida que la ciudad de Santo Domingo se ensanchaba hacia su circunferencia perimetral, se juntaba con poblaciones que desde tiempos coloniales residen en estos lugares, antaño rurales, hoy parte integrante de la ciudad, terminando este fenómeno de crecimiento urbano,

⁹ Carlos Larrazabal Blanco, *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*, 1ra. edición, Santo Domingo, ediciones La Trinitaria, 1998, p. 169.

de configurar una fisonomía cultural con grandes presencias de asentamientos afrodescendientes.

Ciertamente que este desbordamiento urbano de la ciudad de Santo Domingo se acentúa con la desaparición del dictador Trujillo que trajo consigo una fuerte inmigración campo-ciudad teniendo a Santo Domingo y Santiago como principales ejes de este desplazamiento demográfico.¹⁰ Este hecho de orden sociológico impactó por igual en el nuevo mapa cultural de la ciudad, integrando valores culturales acelerados a esta ciudad, hasta el momento, de ritmo lento y aun poco poblada.

Centro político-colonial, cultural, social y económico el dominio cultural que ha ejercido la ciudad de Santo Domingo

La revisión del papel social de las demás ciudades del país, nos evidencia un monopolio casi exclusivo de la ciudad de Santo Domingo que se refleja, a su vez, en el dominio cultural que ha ejercido la ciudad sobre las demás y de su impacto no solo en el repertorio, la oferta, promoción y desarrollo institucional de la actividad cultural, sino que por su propia complejidad cultural, con excepción de Santiago de los Caballeros que posee una tradición propia, Santo Domingo produce un escenario cultural diverso en el que también está presente lo afrodominicano y el surgimiento de una cultura popular en los barrios tradicionales de la ciudad.

¹⁰ Como desprendimiento de la ciudad colonial los barrios populares crean una mitología del barrio. La creación de valores y los traumas causados por la nueva construcción de edificios en plenos barrios, alejados de la arquitectura tradicional de estos. Amparo Chantada, *Del proceso de urbanización a la planificación urbana de Santo Domingo*, 1ra. edición, Santo Domingo, Editora San Juan, 1988, p. 83.

Esta fuerza cultural de la ciudad de Santo Domingo se hace evidente en la existencia de un conjunto de manifestaciones culturales populares que se producen alrededor de la ciudad, como los toques de atabales y la existencia de cofradías en los barrios y poblados de la parte norte y sur de la ciudad: Los Mina, Mendoza, Villa Duarte, Villa Mella, Haina, Bayona y sus entornos, Engombe, Palavé, Duquesa, Arroyo Hondo y Arroyo Manzano, Cancino y Sabana Perdida.

De este cinturón cultural se puede tejer un verdadero calendario de celebraciones importantes de la cultura dominicana y expresiones de la cultura popular muy iconográficas de la ciudad de Santo Domingo, como son los casos de los atabales, cofradías, peregrinaciones, carnaval de la ciudad, el son y la bachata que han tenido en los barrios populares su principal escenario. En la arquitectura popular urbana: las casas de madera con colores encendidos rojo, azul, verde, amarillo de Villa Consuelo, Villa Francisca (fundada a finales del siglo XIX, como resultado de una lotificación de solares de un antiguo ingenio azucarero), Villa Juana, Villas Agrícolas, además de toda una estructura de economía informal que sostiene la actividad económica de sus habitantes: buhoneros y pregoneros, venduteros de todo tipo, colmados, talleres, artesanos, manualidades y otros oficios, todo lo cual le da un aire particularmente afroantillano a la ciudad.

El vudú dominicano encuentra en los principales barrios tradicionales de la ciudad de Santo Domingo un nido de reproducción y práctica de la tradición, como el barrio colonial de San Miguel en donde se celebra la festividad de San Miguel cada 29 de septiembre y cuya tradición viene desde la época colonial o la celebración de San Carlos Borromeo en el barrio San Carlos, correspondiendo en el sincretismo religioso afrodominicano a las deidades de «Belie Belkan» el primero y «Candelo Sedife» el segundo.

También alrededor de la iglesia de Los Mina aun se celebra un peregrinaje de feligreses acompañados de música, baile,

comida, alegría y fe en una fecha que se hace historia y cultura e integra mucha gente de los barrios cercanos.¹¹

En nuestras investigaciones muy al norte de la zona, hemos podido establecer materiales del siglo xv y xvi, en los alrededores de la iglesia de Los Mina, lo que nos resulta extraño, pues no hay evidencia documental de ocupación de este sitio muy entrado el siglo xvii.

La Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella en Mata los Indios, declarada Patrimonio Intangible de la Humanidad por la UNESCO en el 2002, constituye un complejo cultural que involucra más manifestaciones de la cultura popular y afrodominicanas como el baile pri-pri, las velaciones de santos la tradición de los Comisarios del Cristo de los Milagros.

Presente en muchos barrios de la capital, está la adición por la música y la danza. El son de la parte norte de la ciudad se hizo famoso en dos locales de esta parte de la ciudad: la Vieja Habana y el Monumento del Son. En esa parte norte de la capital se conoce la culinaria del chicharrón convertida en una manera muy particular de la comida de esta zona.

Pero como precursor a este enclave de Villa Mella, el son se enraíza en una parte marginal de Villa Francisca fundada a fines del siglo xix, después de lotificar una finca que fuera primeramente un ingenio azucarero, Borojol, ligado al desarrollo portuario de Santo Domingo en los años 40 del siglo pasado. Fue popular, por igual, el bolero en toda la capital y otras ciudades del país para esa época.

No olvidemos que poco más tarde una emisora radial de altísimo alcance nacional se desarrolla en el centro mismo de la ciudad, Radio Guarachita, con la finalidad de divulgar una espe-

¹¹ Marcio Veloz Maggiolo, Elpidio Ortega, *La Fundación de la Villa de Santo Domingo*. Santo Domingo, Colección Quinto Centenario, 1992, p. 14.

cie de cultura campesina pero que, indudablemente, potenció por igual a una cultura popular urbana marginal en la ciudad de Santo Domingo donde también se desarrolla un mercado discográfico y de espectáculo que aumenta la identidad de esa cultura urbana popular y marginal alrededor de la llamada canción de amargue, luego conocida como bachata.¹²

La bachata creció como formaailable aupada, a partir de los años en los que Radio Guarachita y Radhamés Aracena la apoyan grabando discos de venta suburbana, hasta llegar a convertirse en un modo de cantar amarguras...

Muchas creencias y costumbres tradicionales, algunas trasladadas desde la época colonial como las brujas que chupan niños y cuyas creencias son muy difundidas en los barrios marginados de la zona norte de la ciudad de Santo Domingo, se enraizaron fuertemente en el imaginario popular de estos barrios de la ciudad y son responsables del aumento de la mortalidad infantil en un momento del historial de salud del Hospital Materno Infantil Robert Read Cabral.

Hace tiempo que en muchos de estos barrios marginados (históricamente más reciente) y populares (con más tradición de tejido sociocultural, historia, construcción de valores propios y signos identitarios urbanos-populares) eran frecuentes los cantos y funerales de baquiní como ceremonia de despedida de niños fallecidos a temprana edad y considerados angelitos no pecadores, creencia muy divulgada en la Europa medieval trasladada y radicada en estos sectores de la sociedad de Santo Domingo.

Pero esa tradición cultural de la ciudad también registra las Peñas, como espacio de socialización urbano o espacio

¹² Marcio Veloz Maggiolo, y otros, *El Bolero. Visiones y perfiles de una pasión dominicana*, vol. 6, Santo Domingo, Colección Popular CODETEL, 2009, p. 189.

público,¹³ además de cultural y afectivo siendo una tradición más bien de ascendencia hispánica. La capital de la República ha registrado por momentos más de cuarenta peñas de temas muy diversos que van desde políticos, deportivos, literarios, intelectuales propiamente, hasta triviales o simples encuentros amistosos siendo de mayor peso los temas intelectuales.

El ocio no ha sido en la ciudad de Santo Domingo de hoy canalizado de igual manera que en las ciudades del interior donde es el Parque Central el espacio público de divertimento y recreación. Sin embargo, estos parques y plazas públicas ocuparon un sitio de importancia después de la Primera República, a fines del siglo XIX y bien entrado el siglo XX, donde se paseaba a final de la tarde como en la tradición española, se conversaba de lo cotidiano y se recreaba el visitante. Se hacía acompañar la actividad de los parques con las presentaciones de las orquestas públicas en las tardes o las Retretas.

Esta cultura de los parques recreativos fue desplazada por el colmadón y los clubes culturales, deportivos y recreativos, sobre todo en los barrios posteriores a los años '60 del siglo pasado. Las esquinas fueron el ángulo de la socialización de barrios y urbanizaciones hasta que las boites y discotecas se adueñaron de la intimidad de parejas y grupos de amigos. Es una nueva cultura urbana que obliga a diseñar nuevas políticas interactivas con estos grupos poblacionales urbanos.

Hoy la ciudad de Santo Domingo tiene una configuración social y espacial muy particular y es a la vez expresión de procesos más amplios de transformaciones urbanas tocados por la globalización y la modernidad. Los grandes centros comerciales y plazas de la misma naturaleza, acaparan no solo la atención de la gente, sino sus gustos y tiempo libre.

Cultura barrial propiamente se ha asignado a los barrios populares de la capital (Villa Francisca, Villa Consuelo, Villa Juana,

¹³ Marc Augé, *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2003.

San Carlos, Villas Agrícolas, Villa María, San Antón, Santa Bárbara –zona antigua de recepción del comercio de esclavos como muestra su antiguo lugar conocido como la Negreta–, San Miguel, Pajarito en la margen oriental de la ciudad, donde se conjugan, hoy amalgamados, procesos de sincretización religiosos. Más refinado y de clase media, Ciudad Nueva, que junto a los sectores de la Joya y los Pepines de Santiago constituyen los de mayor tradición de cultura popular urbana del país y cuyos orígenes se pierden en la vida colonial de la ciudad de Santo Domingo.

Algo parecido sucedió con algunos enclaves antaño rurales en La Habana como Baracoa y otros barrios de la ciudad y San Juan de Puerto Rico como el Barrio la Perla, cuya cercanía con los grandes puertos urbanos de la época y en donde se comercializaba la pieza de ébano, sirvieron luego de escenario para la instalación de grupos negros que con el tiempo fueron tejiendo perfiles de hibridización urbana, que ha tenido en Santo Domingo una verdadera ciudad afroantillana con ribetes claramente afrodescendientes en muchos de sus pobladores y manifestaciones culturales mezclada.¹⁴

En las playas vecinas a la Habana, Mariel, Cojimar, Batabanó, Bahía Honda, Jaimanitas y Baracoa, fueron frecuentes los alijos más o menos tolerados.

A pesar de que las cirugías urbanas hechas a la ciudad de Santo Domingo han contribuido a desestructurar la red de esa cultura popular barrial, que es una cultural afectiva de relaciones sociales y de referentes culturales propios, estos ciudadanos se vieron de pronto aislados por avenidas, mega construcciones, puentes y elevados, que afectó en gran medida

¹⁴ Fernando Ortiz, *Los negros esclavos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996, p. 106.

el tejido solidario que le era propio, pero de todas maneras estas formas culturales barriales han recreado otras alternativas de socialización.

Todo este proceso complejo de conformación cultural de la ciudad de Santo Domingo contribuye a ofrecer una oferta cultural muy diversa a pesar del esfuerzo que desde la vida colonial se ha hecho por presentar una versión limitada de eso que se denomina cultura urbana, o cultura capitalina de la ciudad de Santo Domingo, donde se integran de manera híbrida las viejas tradiciones de la ciudad con nuevos contextos sociales y con la asimilación de las expresiones culturales afrodescendientes que por años circundan dicha ciudad.

Dos símbolos representan esa grandeza cultural de la ciudad de Santo Domingo. La Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella y todo el complejo cultural que le es familiar incluyendo formas lingüísticas particulares y la ciudad colonial de Santo Domingo, ambas patrimonios de la humanidad, uno intangible y el otro monumento histórico.¹⁵

El propósito de este ensayo es examinar la neutralización de la /d/ intervocálica en el español de Villa Mella, una dialecto de la República Dominicana, y las implicaciones que les presenta a las jerarquías de fuerza.

Estos dos patrimonios nos acompañan desde la colonia y han transitado el tiempo para seguir erigiendo un icono del pasado que también tiene una dimensión presente y de ahí su importancia en el ajedrez y tejido cultural de la ciudad.

¹⁵ Rafael Núñez Cedeño, «El español de Villa Mella: en desafío a las teorías fonológicas modernas», *El Español del Caribe*, Orlando Alba (editor), Santo Domingo, PUCMM, 1982, p. 223.



Parque Duarte, ciudad Colonial, Santo Domingo.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Una ruta cultural posible de la ciudad de Santo Domingo

La riqueza cultural de la ciudad de Santo Domingo propicia una articulación de un programa de actividades culturales animado, popular, institucional, académico, clásico, histórico y recreativo.

a. Desde la *ciudad Colonial* y sus majestuosos monumentos, muros, calles e instituciones que son expresiones de un pasado de esplendor y riqueza social, cultural y político. La ciudad colonial posee museos, galerías, restaurantes, monumentos y plazas de múltiples usos públicos y de gran potencial cultural y recreativo.

b. *La Plaza de la Cultura*. Es el lugar de la ciudad que concentra la mayor presencia de instituciones culturales estatales que pueden ofertar un programa cultural de calidad y competitivo con los de las ciudades de igual perfil. Arte, identidad, danza, historia, música, teatro y otras formas de animación pública en sus jardines y edificios serían parte de su propuesta cultural.

c. *Museos y galerías privadas*. Constituyen una oferta intensa y dinámica que solo requiere una coordinación con las actividades culturales del estado para mantener una oferta cultural diversa y de gran interés para distintos públicos.

d. Una ruta por la *música popular urbana*. Siendo como somos un pueblo sonoro y cadencioso con una pasión particular por la danza, las discotecas, colmadones, cafeterías y otros espacios públicos son escenarios de encuentros musicales para oír y bailar, dos divertimentos esenciales de la vida espiritual del dominicano y que encuentran en la ciudad de Santo Domingo múltiples espacios y lugares para el ejercicio sano de esta diversión.

La Vieja Habana, el Monumento del Son, El Patio de Jo-seito, el Sartén en la ciudad colonial, colmadones como La Venganza, y otros lugares que hacen posible convertir la vida nocturna de la capital en un lugar festivo y de alegre interacción social.

e. *La ruta del chicharrón* en Villa Mella. Toda la zona de Villa Mella no se puede explotar como ruta cultural si no se crean los lugares o enclaves para la visita del público reuniendo las facilidades para ello. No basta con ofrecer el chicharrón como culinaria del lugar, aunque las condiciones del sector son favorables para incluirlo en una ruta culinaria popular, pero hay que tomar en cuenta para ello, los acondicionamientos necesarios para su uso como espacio público con esas características.

f. *Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella*. Como patrimonio intangible de la humanidad, la cofradía conserva un valor cultural sin igual, su inclusión como parte de una ruta cultural es un capital agregado a la oferta cultural de la ciudad no solo a los ciudadanos del país, sino a los visitantes extranjeros. Es oportuno crear las condiciones para que este enclave cultural esté en las mejores condiciones posibles que permitan proyectar la tradición dignamente.

g. *La Ruta de los ingenios*. Este proyecto cultural que envuelve la parte suroeste de la capital tendría por finalidad articular el potencial cultural de los entornos de la ciudad cuyo perfil afroamericano que, no solo muestra vestigios de la historia colonial, procesos de ocupación proyectados en el tiempo, sino también construcción de identidades en los sitios ocupados por sus antepasados, con cambios e hibridaciones de grandes componentes populares, hoy de marcada procedencia afroamericana y de articulación con antiguos espacios coloniales ligados a la industria azucarera, quedan estas ocupaciones

relacionadas con los cambios sociales y la modernidad que enfrenta el país moderno.

Esta ruta de los ingenios se desplaza por la parte sur y oeste de la capital, mientras que la cofradía de los congos y demás manifestaciones culturales que le son familiares, expresaría una ruta que envuelve la parte norte de la capital.

h. La ruta intelectual y recreativa de las *peñas* de la ciudad. Luego de inventariar exhaustivamente el estado, permanencia, singularidad, asiduidad y vigencia de muchas de las peñas de la ciudad de Santo Domingo, establecer un recorrido por algunas de las más representativas y con un toque selectivo de diversidad, que incluya además de un diálogo con los contertulios, intercambios de correos electrónicos, intereses comunes profesionales o temáticos, direcciones, teléfonos, convirtiéndolas en espacio de intercambio intelectual y espiritual.

Este recorrido envuelve un contacto con la gastronomía dominicana en los casos que se haga posible, dulces y bebidas refrescantes nuestras, así como la adquisición de libros y literatura dominicana en general.

El público a quien va dirigido el recorrido es especialmente extranjero: funcionarios de organismos internacionales, turistas culturales, investigadores y académicos internacionales, estudiantes de intercambios, diplomáticos, artistas y demás públicos nacionales interesados.

i. Una *ruta culinaria* autóctona. Sin muchas pretensiones porque tal vez reconocemos que no la tenemos. Se puede establecer un recorrido por cinco a seis restaurantes con los que previamente se entablarían acuerdos, para que no solo mantengan un menú nativo, sino su decoración y programación cultural para visitantes, igualmente apegada a la dominicanidad, con expresiones que expongan desde la lírica nacional, el son, la bachata, hasta el bolero, el merengue, los trovadores, ferias artesanales, teatro, etc.

Pero igualmente puede haber una programación con imágenes, textos y exposiciones del arte y la cultura dominicana. Como sugerencia atrevida: Maniquí en la Plaza de la Cultura, Adrian Tropical, El Mesón de Bari en la ciudad colonial, el Conuco en Gazcue, La Barra Payán de la calle 30 de Marzo, Repostería La Francesa, El Palacio de la Esquizofrenia frente al parque Colón.

Este marco aquí expuesto no trata de presentar un estudio completo del perfil cultural de la ciudad Santo Domingo que sabemos de antemano es más complejo y rico en su calidad y potencialidad, sin embargo hemos propuesto un enfoque que permita la recuperación y articulación sectorial de la cultura que no solo reconozca la importancia histórica y clásica de la misma y el papel que juega en todo ello la ciudad de Santo Domingo, sino también las expresiones de la cultura popular urbana y su tradición afroantillana, ausentes muchas veces de los enfoques tradicionales, convencionales u oficiales. Este aporte de aproximación sirve a su vez a un rediseño de la oferta y potencial cultural de la ciudad de Santo Domingo.

El patrimonio cultural inmaterial y la obra de doña Edna Garrido de Boggs

Acerca del patrimonio cultural

Todo hecho cultural que es expresión de una creatividad humana, que cumple una función social trascendente en los grupos portadores que le asignan éstos una significación, una importancia socialmente validada, es un patrimonio cultural.

Pero también un patrimonio cultural debe encerrar otras consideraciones, como su conservación temporal, la transmisión oral, su contribución a la reproducción del grupo, su correspondencia con los valores identitarios del grupo y su capacidad de continuación, a pesar de las adversidades que le amenacen.

En definitiva, quienes asignan fuerza patrimonial a un hecho cultural son los grupos portadores o las comunidades en las cuales dichas tradiciones cumplen un cometido, no solo de naturaleza propiamente cultural, sino afectivo, familiar, recreativo, sagrado, lúdico, de pena o dolor, así como de fortalecimiento de la memoria social del grupo, y como encuentro social y como expresión de catarsis y terapia colectiva e individual.

Por la necesidad de entender su importancia social y cultural y dentro de una visión de desarrollo y consolidación de las



Edna Garrido de Boggs. Fuente: fotografía Carlos Andújar.

identidades de los pueblos, la UNESCO inició un programa bajo la dirección de su antiguo incumbente el señor Kôitsirô Matsuura, para proteger los patrimonios nacionales convirtiendo muchos de ellos, en patrimonios universales.

Clasificados en tipos de patrimonios encontramos: el material, el intangible o innatural, el monumental y de sitios históricos y el más reciente, que es el de la memoria. Nuestro país posee tres patrimonios. La ciudad Colonial de Santo Domingo (1992), El Complejo Cultural de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella (2002) y el Teatro Popular Danzante de los Guloyas de San Pedro de Macorís (2005).

Conocer para valorar y valorar para proteger y salvaguardar, ha de convertirse en una de las tareas primordiales de instituciones públicas del ámbito cultural, del sector privado, de gobiernos municipales y ONGs.

La obra de doña Edna Garrido de Boggs y el patrimonio cultural dominicano

Indudablemente que todo el esfuerzo intelectual e investigativo de la folclorista doña Edna Garrido de Boggs se centró en manifestaciones culturales de carácter inmaterial o intangible: cuentos, adivinanzas, romanceros, juegos, canciones, música, danza, leyendas, creencias.

El valor de la obra de Edna Garrido es de orden teórico-metodológico, por el rigor y la calidad que presentan sus resultados de investigación y la organización de su trabajo de campo, además del componente teórico que la orientaba. Acompañada en su contemporaneidad por otros folcloristas como Flerida de Nolasco y René Carrasco, además del trabajo de Casandra Damirón, rápidamente su obra de investigación superó los trabajos que sobre el folclore se hacían en esos años de la segunda década de gestión del régimen de Trujillo, años de 1940 en adelante. Su investigación es comparable con la

obra clásica antecesora de José Andrade, *El cuento folclórico en la República Dominicana*, publicada por la Universidad de Santo Domingo en 1930.

El folclore infantil en Santo Domingo, por solo mencionar la de mayor difusión y utilidad institucional y metodológicamente bien lograda, puede ser un medio perfecto en las escuelas para recuperar el interés, conocimiento y valoración, por el patrimonio intangible dominicano en las nuevas generaciones.

Así, de múltiples formas, la obra de doña Edna Garrido potencia las posibilidades de trabajar el patrimonio cultural, y sobre todo conocer y estudiar el patrimonio cultural intangible, pues sus investigaciones tocaron varios aspectos de la cultura nacional como la música, la danza, la oralidad, etc.

Doña Edna Garrido de Boggs. Maestra, humanista e investigadora

A pesar de la lejanía en que le tocó vivir después de haber producido una de las obras más importantes del folclore dominicano, doña Edna Garrido de Boggs, se despidió dejando un legado bibliográfico, que no puede ser ignorado por aquellos que se preocupan por el folclore de los pueblos y de sus manifestaciones culturales esenciales, y esa es la herencia que nos deja esta mujer infatigable y entregada al folclore como única vocación.

La grandeza de esta mujer fue más allá de su propia obra intelectual y de investigación, para serlo también social y de vanguardia en una época en que la mujer no solo se atrevía poco, sino que la sociedad le permitía poca movilidad y protagonismo social.

Sus obras son consulta obligatoria para expertos y estudiosos del folclore dominicano. *Versiones dominicanas de romances españoles* (1946), *Folclore infantil de Santo Domingo* (1955), *Panorama del folclore dominicano* (1961) y la más reciente compendiada por

el Ministerio de Cultura y la Dirección Nacional de Folclore: *Reseña histórica del folclore dominicano* (2006). Este es el legado que deja doña Edna Garrido de Boggs para que sirva su estudio y conocimiento al fortalecimiento de la memoria social del pueblo dominicano y de su patrimonio intangible.

La salida de doña Edna Garrido de Boggs a los Estados Unidos en los años de la década de los 50 del siglo pasado con su esposo Ralph Boggs, quien ejercía como docente en la Universidad de Carolina, interrumpió un rico estudio de campo que había iniciado en los años de 1947 después de sus estudios hechos en Norteamérica. Sus vínculos con el país luego serían más distantes y esporádicos, por cuyas razones sus obras más importantes datan de un período limitado en el tiempo. La calidad, proyección y rigor de las mismas han permitido eternizar su obra, convertida hoy en fuente bibliográfica de gran significación para el país.

Ciertamente que una parte importante de su obra centra el enfoque en el llamado folclore hispánico, entre otras razones por la época en que le tocó salir al campo a registrar e inventariar nuestras manifestaciones folclóricas más populares para ese momento. Ella acusa una ausencia marcada del llamado folclore afrodominicano en las zonas rurales, donde había comenzado sus investigaciones y grabaciones.

Estas confesiones hechas en conversaciones con el autor de este escrito no se divorcian mucho del momento político que vivía la nación bajo la férrea dictadura de Trujillo, y sobre todo el esfuerzo del régimen por presentarnos como un país blanco, hispánico y católico sin mencionar el antihaitianismo como doctrina del régimen. Es posible que muchas expresiones culturales populares de raigambre afrodescendiente, fueran menos evidentes aunque no necesariamente ausentes. El vudú dominicano fue legalmente restringido por una ley de 1943, por solo referirnos a una de ellas.

En mi opinión doña Edna Garrido, no encontraba en los recorridos que hacía en los diferentes campos del país, manifestacio-

nes afrodominicanas como las que le sorprendían al visitar el suelo que le vio nacer en los años posteriores a la década de los 80' del siglo pasado. La sorpresa la llevaba a veces a dudar de la dominicanidad de muchas de estas manifestaciones culturales, lo cual la confrontaba con una parte de los nuevos investigadores del folclore dominicano con enfoques más diversos.

No obstante, el respeto a su obra y a la persona misma de doña Edna Garrido, nunca estuvo en dudas, pues el reconocimiento de la trascendencia de su obra radica en la calidad académica del estudio realizado, el aporte metodológico y la fuerza que representó el trabajo de campo.

En mi caso, establecimos una amistad que no tuvo frontera ni en la edad ni en el marco teórico. Destaco con orgullo, sus aportes al estudio del folclore dominicano sintonizados además con los más avanzados enfoques teóricos de la época.

Hasta sus últimos días el folclore fue su gran preocupación y su pasión. Consejera, asesora, maestra, amiga y un gran ser humano, doña Edna Garrido de Boggs, siempre será recordada por su pueblo, familiares, investigadores y amigos sinceros que compartieron con ella más que una amistad, una enseñanza permanente llena de humildad, desprendimiento y sabiduría.

Carnaval e identidad

Acerca de la identidad cultural dominicana. Una aproximación

Primero debo definir qué es identidad, para partir de un marco de referencia conceptual. Se dice que la identidad es un principio de alteridad, y el principio de alteridad quiere decir, yo en relación al otro. Cuando ese principio de alteridad, no existe, tampoco existe la identidad. Cuando se estudia la identidad de un país hay que ver en qué momento comienza a surgir ese sentimiento de diferencia que se llama, *principio de alteridad*, que hace que se defienda un espacio, un sentimiento, unos valores, de los cuales se apropia el grupo que los ha construido, y que son los que le permiten, diferenciarse del otro. Eso es lo que se llama la *identidad*.

Donde eso no existe, no podemos hablar de identidad. A partir de ahí podría existir una identidad, una identidad distorsionada, y no asumida, pero que existe. Por ende, muchos dominicanos y dominicanas no se asumen como tales; lo cual no quiere decir, que la identidad no exista, el que no la asume es el otro, pero está ahí.

La discusión a partir de la definición, es decir, la identidad como un principio de alteridad, (nosotros con relación a los demás), ha llevado a los estudiosos a tratar de establecer cuándo surge ese sentimiento de diferencia.



Comparsa de indio en carnaval dominicano. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

En el caso nuestro, la identidad se fue construyendo, y los hechos de la cultura que comenzaron a diferenciarnos de nuestros ancestros españoles, africanos y aborígenes fueron los primeros cimientos de nuestra identidad.

Carnaval e identidad

Es obvio que las fiestas de carnaval han alcanzado en los últimos tiempos niveles sorprendentes de aceptación, nunca antes vistos en nuestro país.

Es necesario un análisis detenido de los factores que se han conjugado hasta lograr ese nivel de popularidad de una de las manifestaciones más importantes de nuestra cultura.

En estos hechos entran en juego múltiples razones, pero es interesante saber porqué, ante la réplica de que se pierden nuestros valores y tradiciones, el carnaval, que es una de las más expresivas manifestaciones de nuestra identidad, ocurre lo contrario, se fortalece.

Pueden influir varios factores al mismo tiempo; por un lado, un repunte en la búsqueda de nuestra identidad subsumida por la globalización y la desagregación que vive el mundo de hoy, convertida en una frontera ante tales arrastres, y por el otro, una presión de que el empuje de estas tradiciones puede ser también un mecanismo o fuente de recurso y de oferta turística ante los demás, capaz de producir recursos y medios de subsistencia a los pueblos.

En el caso de La Vega, es evidente que el carnaval se apoya en lo que podemos denominar una *industria del carnaval*, que bien organizada puede servir como válvula de escape al déficit de empleos de la zona. ¿Por qué decimos esto? Por el costo de los trajes y la parafernalia que le sirve de adorno.

No podemos solo ver el costo que encierra la preparación de un traje de carnaval, sino las implicaciones que otras personas pueden tener en su elaboración, y así se crea una red



Mono de Simónico de Villa Duarte. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

que envuelve a muchas personas, y es cuando hablamos de industria del carnaval.

En Santo Domingo, ya podemos ir pensando en eso, pues en vez de disminuir su simpatía, el carnaval se acrecienta en el gusto de la gente y cada vez son más los que piensan en, no solo ser simples observadores, sino también parte del carnaval, con sus propios disfraces, haciéndose por tanto, más envolvente la participación de la gente en esta fiesta popular.

Estos hechos y la competencia sana que se está generando entre los distintos carnavales del país, aceleran la participación de los distintos sectores y convierte el carnaval de una simple y mera diversión, en un proyecto nacional de festividad y compromiso popular en el que también se compromete a las instituciones estatales, privadas y otras, para enfrentar el reto de hacer un carnaval cada vez mejor y que supere con creces las deficiencias del anterior. De esa manera nos podría convertir en la primera atracción de la región caribeña en términos de carnaval.

Con ello diversificamos nuestra oferta turística y nos divertimos como pueblo con la calidad, gracia y creatividad que el pueblo sabe representar. No por ser pobres, una comunidad presenta una mala comparsa. La prueba en el carnaval pasado lo demostró la comparsa de Barahona una de las primeras en desfilas.

Todos sus cuerpos embadurnados de pintura, con formas corpóreas típicas a la población que la creó, es decir, sin rebuscamientos estéticos falsos, con una coreografía y una carga de color enteramente caribeños que la hicieron la principal atracción, en términos de creatividad popular, del carnaval de Santo Domingo.

Por otra parte, mis observaciones sobre las festividades de carnaval de este año, van también hacia la cantidad de personas que asistió a la mayoría, de los mismos, entiéndase: Bonaio, La Vega, Santiago, Santo Domingo, Cotuí y San Francisco de Macorís, entre otros.



Comparsa de fantasía en carnaval dominicano.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

En el caso de La Vega y Bonao, se entaponaron las carreteras de acceso. Por su parte Santiago mostró un esplendor y entusiasmo sin igual. Santo Domingo no se quedó atrás y desbordó todos los pronósticos de asistencia de público. Desde hace más de 15 años que soy jurado, nunca había asistido a una convocatoria de tanta masificación como la del domingo 4 de marzo de 1984 en la capital.

Otro factor está relacionado con el entusiasmo con que las personas asumían la fiesta de carnaval (padres, hijos e hijas, adolescentes, personas mayores). En todos los sitios, y con la manera en que se expresó la creatividad popular en las comparsas, las carrozas y en las individuales. La participación masiva se produjo en todos los escenarios, lo que implica que hay un despertar de las comunidades con relación al carnaval. Pero, igualmente se pudo observar un interés particular de los turistas y extranjeros residentes, que se motivaron a participar en las distintas manifestaciones carnavalescas. Hubo también comparsas de comunidades que asistían por primera vez al carnaval nacional, como la de Las Charcas de Azua.

Otro elemento contradictorio surgido como resultado de una polémica insulsa, es con relación a carnaval y fiestas patrias. No sé por qué se ha querido contraponer una cosa con la otra. La patria es la identidad misma. No puede existir un proyecto nacional donde no hay identidad cultural.

En esta ocasión se separó, al menos en la capital, festividades patrias de carnaval, debido a que en las demás provincias del país, la gente siguió con su carnaval, sin dejar de venerar la figura de los Padres de la Patria, pues una cosa no niega la otra.

Sin embargo, pudimos ver como se repartía la esfinge de Duarte, dentro del carnaval, en muchos casos cualquierizándolo. Así no se puede contrarrestar lo que se quiere al mismo tiempo separar. La patria es la cultura y la cultura es la patria misma.

No hace bien al país, enfrentar estas dos verdades: la cultura y la patria. A pesar del desinterés que suelen mostrar los jóvenes hacia los aspectos de nuestra cultura tradicional, el



Diablo de Santo Domingo. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

vuelco entusiasta que producen hacia el carnaval hoy, es un factor positivo de integración de las nuevas generaciones hacia el reconocimiento de nuestras manifestaciones culturales más importantes. Debemos cuidar el celo exagerado de los valores, para que no se rompa la porcelana.

Una cosa dejó claro este último carnaval. Es necesario un comité formado por especialistas y gentes ligadas al tema. Nuestro carnaval requiere de un trabajo más sistemático, profesionalizado e institucional, para convertirlo en una verdadera industria del carnaval, tomar sin sonrojo el emblema de convertirnos en una verdadera atracción turística, envolver a toda la comunidad en las festividades carnavalescas y pensar en la posibilidad de realizar dos días de carnaval, en vez de uno.

La diversidad del carnaval dominicano

La República Dominicana presenta una variedad inmensa de manifestaciones carnavalescas que abarca casi la totalidad del territorio nacional. La mayoría de los pueblos celebra carnaval. No tenemos un carnaval nacional sino más bien carnavales por provincias.

Este hecho es revelador de la diversidad cultural dominicana y la dimensión lúdica alcanzada por el carnaval entre los dominicanos, de tal manera que cada provincia busca un símbolo, un referente histórico, una razón cualquiera que le permite justificar su carnaval. En esa búsqueda, se vuelven creativos, imaginativos, fantasiosos y auténticos, lo cual le impregna una particularidad a cada uno de ellos y aun guardando ciertas semejanzas entre ellos, resalta el esfuerzo por la diferencia, que es donde se expresa lo identitario, lo diverso y el talento popular.

No podemos acusar este esfuerzo de «una fiebre de carnaval», aunque bien podría pensarse. Más que todo es un



Los pollitos, carnaval dominicano. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

interés por crear una forma de diversión propia de algo que ya es nacional. Los pueblos no construyen en laboratorios los hechos culturales, sino que son la resultante de procesos naturales que fluyen espontáneamente. Por tanto, descartar estos esfuerzos por descubrir un carnaval propio, contraviene elecciones a los que tienen derecho los pueblos. Nadie es culpable ni responsable del auge y entusiasmo que ha originado el carnaval. El hecho mismo de que seamos uno de los pueblos americanos con mayor variedad carnavalesca por regiones y de mayor cantidad de carnales, nos da una singularidad que no puede ser omitida al momento de estudiar el impacto que ha tenido el carnaval en la sociedad dominicana.

La lucha por reafirmar una identidad propia entre los carnavaleros de cada provincia, en vez de hacerle daño al carnaval como manifestación festiva, le hace bien en la medida en que lo convierte en un reto creativo, de investigación, de originalidad y de signo identitario propio. Lógicamente que esta empresa amerita la integración de gran parte de la población para que tenga un sello de pueblo, de esfuerzo colectivo y no de dos o tres vanguardistas.

Sabemos que cuando los pueblos son sustituidos por quienes se creen portadores del conocimiento y la verdad, atropellando la sabiduría popular y el acervo de experiencia de la gente común, estas experiencias abortan y terminan frustrando lo que pudo haber sido originalmente algo natural, creado a partir de una necesidad del colectivo y no por pareceres particulares, de cuyo vicio debemos cuidarnos.

Puede el carnaval dominicano erigirse como el más extensivo e intensivo, además de variado y diverso en toda América, sin sonrojo. San Juan de la Maguana, Azua, Cabral, Barahona, Baní, San Cristóbal, la Capital, San Pedro de Macorís, la Romana, Bonao, San Francisco de Macorís, Tenares, Cotuí, La Vega, Santiago, Constanza, Navarrete, Río San Juan, Salcedo, Montecristi, Samaná, Puerto Plata, San José de Ocoa, entre



El policía, carnaval dominicano. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

otros, son de los que podemos recorrer en una romería que puede tomarnos dos meses y más, pues cuando termina el desfile de uno, comienza el otro. Ya hoy no es posible hablar de que febrero es el mes del carnaval, se ha quebrado la propia fecha de la festividad y es posible encontrar desfile de carnaval hasta después de Semana Santa. Esta anarquía que registra el carnaval nuestro, rompe claramente el marco histórico y conceptual de los orígenes iniciales del carnaval ligado al período precuaresma.

No obstante, el ordenamiento del pensamiento estructural de los pueblos a veces no actúa con el racionalismo clásico, lo cual obliga a una relectura de la dimensión que tiene esta festividad en estos pueblos mitad occidentales y mitad orientales desde el punto de vista de la llamada cosmovisión, del pensamiento y las mentalidades propiamente. Solo esto podría explicar la distribución espacial y temporal del carnaval dominicano y que nos confronta a una especie de posmodernidad del carnaval, si es válido el término.

Carnaval e industria cultural

Es un hecho incuestionable que el carnaval dominicano ha alcanzado ya los pantalones largos. Esto se hace evidente no sólo en la cantidad de multitudes que es capaz de convocar durante todo el mes de febrero, en distintas ciudades al mismo tiempo, para culminar en la ciudad capital con el desfile nacional que reúne cientos de miles de personas en un desbordante ambiente de risa, alegría, creatividad popular y explosión de coloridos.

Las caravanas que atiborran los fines de semana la Autopista Duarte hacia La Vega, Bonaio, Santiago y otros pueblos, nos indica cuan entusiasta es la festividad carnavalesca en el país. Pero en la capital también se siente el sonido contagioso de las



Alí Babá, carnaval dominicano. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

comparsas que circulan en distintos lugares, como anunciando el espacio de la gran fiesta.

En otras partes del país y en otras fechas salen comparsas carnalescas, rompiendo la vieja tradición y dispersando el motivo y la naturaleza de lo que se conoce como carnaval, pero así lo asumen diferentes pueblos dándole riqueza y diversidad sin igual a nuestras fiestas.

Sin embargo, falta aún impregnarle al carnaval dominicano un sentido de industria cultural que involucre distintos sectores, familias enteras, empresarios pequeños y medianos, comercio de chucherías, empresas, artesanos, artistas y toda la creatividad popular, esta vez con sentido empresarial de envolver esta magnificencia festiva en una verdadera industria que produzca recursos y se invierta en ella sin temor.

En otras partes del mundo como Nueva Orleans y Brasil, el carnaval es aprovechado como industria cultural, deja beneficios, no sólo a quienes lo disfrutan y viven de su catarsis, sino también a aquellas personas vinculadas a él por la fuerza del trabajo y la comercialización que necesariamente se deriva de una actividad que mueve tanta gente, tantos recursos dispersos, tantos intereses y como si fuera poco, compromete igualmente al sector turístico, que por su propia naturaleza se beneficia de su celebración.

No es posible que con tantos intereses envueltos en el carnaval no podamos diseñar un proyecto de industria cultural que genere una cadena de intercambios con el fin de hacer del carnaval una verdadera fuente de promoción cultural, así como una alternativa de vida de mucha gente, sin saber los beneficios que éste puede generarle.

No se trata de desconocer la incipiente industria existente ya, de lo que hablamos es de cómo presentar una infraestructura comercial y creativa especializada en el carnaval que eleve la calidad de las carrozas, los recursos usados como parafernalia del mismo, las distintas comparsas, produciendo una cadena humana y comercial que complejice los resultados mismos

del carnaval, en cuanto a su calidad creativa, colorido, diseños, trajes, paisajes, temas y otras tantas manifestaciones propias.

Esta iniciativa en nada afecta la espontaneidad del carnaval, ni lo distorsiona como tradición cultural. El concepto de industria cultural, aupado por organismos internacionales como la UNESCO, por el contrario permite que la gente valore el hecho cultural como un medio de vida, además de ser una expresión de identidad y de satisfacer una necesidad interior de los pueblos.

La religiosidad popular: cantera de presencia africana en República Dominicana

Como otros especialistas en el tema han dicho, tanto la música como la religión son las dos fuentes nutricias en que la cultura africana una vez en América, y bajo condiciones adversas pudo pervivir y proyectarse rompiendo las barreras del tiempo, moldeándose a las nuevas condiciones, pero permitiendo que sobre ese tiempo impiadoso se levantara incólume el vestigio de lo que algún tiempo marcó la vida y el sentir del hombre africano, para –proyectada en América– se convierta en el péndulo de equilibrio de esa nueva cultura, surgida a la zaga del amo, la trata... esto es la cultura negra o bien afroamericana.

En consecuencia en los países de tradición negroide o de cultura negra o presencia de esta, el estudio del fenómeno religioso o bien el elemento de la música tradicional, no solo ameritan de una cierta especialización –sobre todo la música– sino que su enfoque debe plantearse indiscutiblemente desde una perspectiva antropológica, que sin desestimar otras áreas del saber (sociología, historia, etc.) permita una retrospectiva completa del objeto de estudio, una globalidad que pueda justidimensionar el flujo que éste –lo africano– ha producido en estas sociedades americanas.



Botellas preparadas según necesite la consulta popular del curanderismo o medicina tradicional. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Por esta razón, en nuestro caso estudiamos el fenómeno de la religiosidad popular, no solo por la importancia que reviste en la detectación de esos elementos africanos envueltos con elementos de otras culturas, sino la gama de manifestaciones que son capaces los pueblos de producir en torno al fenómeno mágico-religioso, y la capacidad no sólo creativa sino como mecanismo de resistencia cultural, en el difícil proceso de conformación de una nueva identidad: caribeña, criolla, afroamericana, antillana, o como se quiera llamar, pero resaltando que en este proceso, la religión o el fenómeno de lo sobrenatural, adquiere una fuerza imponente, marcando el paso en la construcción de esa nueva realidad. Por eso el sincretismo cultural envuelve una complejidad extrema, propia de las sociedades que le han dado origen.

Al analizar el fenómeno religioso dominicano, nos encontramos con un nivel bajo de investigación que del mismo se ha hecho y más que todo lo entremezclado que se expresan sus elementos, lo cual ha complicado no solo nuestro estudio, sino una caracterización del mismo.

Ciertamente la religiosidad popular dominicana no sólo se ve matizada de influencia africana, sino que en parte de sus manifestaciones se dejan ver creencias populares de la Europa medieval con parte de los elementos del llamado catolicismo oficial, como por ejemplo: las Hermandades de la iglesia, las salves católicas, la tradición del espiritismo (kardecianismo), etc.

Sin embargo, un vistazo rápido del hecho religioso nos permite colegir que sus principales manifestaciones, guardan una estrecha relación con elementos de la sacralización y del mundo mágico-religioso africano. Se puede ver en el llamado «vudú dominicano» y la tradición de las cofradías, las cuales se ocupan no sólo de la celebración de las fiestas de Santos, sino de los ritos que acompañan el enterramiento de sus muertos (los cofrades). Mencionamos básicamente estas, pues en ellas se concentran muchos elementos de otras partes, principalmente europeos.



Gagá de San Luis, zona oriental de Santo Domingo. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Hemos trabajado la religiosidad popular en tres sujetos:

1. Las prácticas al Barón del Cementerio. (Fundamentalmente en el Cementerio Nacional de la Máximo Gómez, Santo Domingo capital de la República).
2. Religión y Sociedad en un Batey del Este del país. Esto es, Vudú Haitiano e integración dominicana (relaciones inter-étnicas).
3. La muerte en una zona del país. El culto a los muertos en las comunidades de Villa Mella.

Estas temáticas nos han permitido escudriñar cómo cohabitan fenómenos culturales distintos y son capaces de crear nuevas entidades culturales, forjadas no sólo con el tiempo, sino por las necesidades que tienen los grupos humanos de sobrevivir a las presiones, al poder... a la sinrazón. Así se forjaron esas instituciones o grupos culturales, así como en las mentes de nuestros pueblos se forjaron mentalidades... no selectivas, más bien funcionales. Tampoco esas entidades son «racionales», ya que la cultura no se detiene como objeto a pensarse, el hombre y la mujer –hacedores del discurso– la piensan, la hacen excluyente y selectiva.

El hecho cultural es un resultado, muchas veces no pensado, más bien asumido, que no sólo cohesiona al grupo, sino que es, en muchos casos, su única referencia del pasado, de lo vivido. Por esa razón los «hechos religiosos» son absorbentes, inconscientes y en muchos casos residuales.

Un fenómeno tan complejo como lo sobre-natural, no puede ser exclusivista ni «puro». Sólo existe en tal estado en los ingenuos o manipuladores del «hecho cultural». Por esa razón, al estudiar el fenómeno de la religiosidad popular en nuestro país, encontramos una identidad real, pero marginada no tan sólo por el discurso del poder, sino hasta por la propia alienación de sus sujetos... lo cual explica que el dominicano nunca admita ser practicante del vudú... o que asista a una ceremonia



Cabo de año de un familiar muerto en Villa Mella.
Fuente: fotografía Odalís Rosado.

de vudú. El vudú, para el ser cultural dominicano es algo exterior a él, pero sentido y asumido en una especie de doble personalidad cultural, una «oficial», otra «oculta» o cuando no, inconsciente.

Estudiar en consecuencia la repercusión que tienen estos fenómenos en la vida psíquica, en el interior del dominicano es una pasión y una necesidad y por estas razones presentamos algunos aspectos de importancia encontrados en las prácticas de la religiosidad popular de nuestro país y que a su vez conservan un alto componente de origen africano: de estos estudios el relacionado con la muerte ocupó en nosotros especial atención por las razones siguientes:

El culto a los muertos

En un estudio realizado en la comunidad de Villa Mella, próximo a la capital de Santo Domingo, en las comunidades de Jacagua, Ponce, Guaricano y el Casabe. Villa Mella se caracteriza por estar bajo el influjo de la llamada cultura Congo-Angola. La tradición del culto a los muertos, nos permite ver que en ella se ha conservado (aunque recreado) esta tradición muy propia a las religiones provenientes de la región de África ya mencionada, y que pudo pervivir gracias a las Cofradías o Cabildos en Cuba que podrían ser comparadas con los de Villa Mella, tanto la de San Juan Bautista, como, fundamentalmente, la del Espíritu Santo: «Al igual que el mundo religioso africano, la muerte, en los moradores de esta y otras comunidades del país, se concibe como un pasaje que va del mundo de los vivos al de los muertos, y los ritos, el sistema que permite construir esa unión simbólica, pero además profundamente efectiva en términos psico-terapéuticos» (Ponencia: El Banco de Palo: ceremonia de culto a los muertos en República Dominicana, 1990).



Ofrenda a Santa Marta la dominadora, vudú dominicano.
Fuente: Odalís Rosado.

Los ritos consisten en la celebración de varias ceremonias, a los 9 días, al año (conocida también como «Cabo de Año» y a los 7 años que se conoce igualmente como «Banco de Palo» propiamente cuando se quitan el luto.

No sólo el conservar el culto a los muertos relaciona las co-fradías con África, sino también gran parte de su simbología, veamos:

- Celebración todo un día de la ceremonia. De 9:00 a. m. a 6:00 p. m.
- Participación de amigos, familiares y vecinos, que la convierten en ceremonia social, amén de su función sagrada.
- Preparación de la vivienda, la Cruz (llamada del Espíritu Santo), un Túmulo o «túmbulo» que es un altar al espíritu del muerto.
- Preparación de comida para los invitados (y brindis de ron, café, golosinas, etc.)
- Toque de tambores llamados Palos o Congos, depende el ritmo que sea, cuyas características, toques y contexto sagrado, lo refieren indefectiblemente a África.
- Baile en pareja durante toda la ceremonia.
- Frecuentemente posesión del espíritu del muerto, en cabeza de un familiar, con el fin de bailar (expresando satisfacción) o para comunicar algo.

A todo ello se suma la algarabía que se produce entre los participantes, que bajo la enramada, con cuentos eróticos, conversaciones y otros temas «montan», por así decirlo, un ambiente paralelo, completamente diferente... como una forma, no de evadir el hecho de la muerte sino más bien de hacer cohabitar los dos mundos, el real y el mágico, lo secular y lo sagrado, la vida y la muerte: «Pues estos pueblos producen sus propios mecanismos de defensa –que ya anteriormente había llamado psicoterapéuticos– para combatir el dolor causado por



Barón del Cementerio (1er. muerto sepultado en el cementerio), Cementerio Nacional de la avenida Máximo Gómez. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

ésta –la muerte–» (Banco de Palo... ídem), y siendo la muerte en estas sociedades... «Burlada ritualmente: por eso los comportamientos aberrantes, las conductas grotescas y obscenas, posturas ridículas» (Louis, Thomas-Vincent, *Antropología de la muerte*, 1975, pp. 449-450). Como podemos apreciar parte de estos comportamientos son visibles en la tradición del Banco de Palo por nosotros estudiada.

El Barón del Cementerio

En relación con las prácticas del Barón del Cementerio destacamos de paso la cantidad de personas que acuden al lugar diariamente, como prueba evidente de esa doble personalidad cultural, de cómo arrastra la cultura sentida pero no asumida, de cómo influye al ser cultural real.

Aunque en investigaciones realizadas por nosotros, pudimos comprobar, que estas prácticas se realizan en la mayoría de los cementerios de la capital del país, gran parte de su componente refiere a una cosmogonía africana o con sus componentes:

- Ofrenda de comida a la deidad.
- Posesión de deidades en cabeza de algunos practicantes.
- Cánticos en honor a los seres-deidades.

A pesar de que, ciertamente, estas prácticas al Barón, no existen como tal en la tradición africana, es decir, que se reserven cultos ceremoniales en el cementerio a una deidad, pues en la tradición africana en los tiempos de la esclavitud americana, no existía como tal el cementerio. Los muertos se enterraban en el patio de las viviendas, por lo que suponemos que las prácticas al Barón del Cementerio son entidades culturales criollas, pero con componentes litúrgicos tanto africanos y europeos como criollos. Sin embargo, estas ceremonias le dan un carácter más popular y de masa al llamado «Vudú



Sacerdote de Gagá en San Luis. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Dominicano», cuya práctica se realiza fundamentalmente en hogares de algunos que fungen como sacerdotes (debo aclarar que este nivel de jerarquización se pierde en nuestro pueblo, nos referimos al sacerdocio).

Además permite esta práctica romper el círculo familiar y estrecho que muchas veces se producen (barrial, pueblerina), y hace que la gente interactúe en un lugar, un punto de encuentro más amplio... estructurándose como una fuente reproductora del Ser cultural dominicano.

Estas prácticas igualmente han sido afectadas por la represión y el discrimen oficial, siendo prohibidas en varias ocasiones, aunque estas medidas no han impedido su desarrollo y mantenimiento.

El vudú del batey

Por su parte, el batey presenta un cuadro interesante para estudiar no sólo la interacción dominico-haitiana, sino cómo perviven y se proyectan los elementos negroides en nuestra sociedad, básicamente por la reproducción de la cultura haitiana en ese mundo fascinante y depresivo que es el batey.

Así el estudiar el papel de la tradición haitiana en el batey, nos permite hablar de una gran influencia africana o negra, conformándose una personalidad cultural particular y propia, en donde se reproducen los marcos culturales referenciales negroides con mayor fuerza.

El interés de esta investigación, es determinar el nivel de influencia que ejercen los elementos de la cultura haitiana en el dominicano que habita el batey o que lo suele frecuentar.

De hecho la cultura haitiana influye y supera en demasía a la cultura dominicana en el batey (tomando esto frecuentemente como factor clave por los anti-haitianos de la clase dominan-

te del país...). Fundamentalmente en todo lo que respecta al mundo religioso, donde el espacio está ocupado por la tradición haitiana, que se erige en esas relaciones como dominante, permitiendo, en consecuencia, una referencia a la cultura africana o negroide a través de la cultura haitiana que aporta un mayor grado de componentes en su cotidianidad, el cual se transmite de manera directa o indirecta al dominicano.

Por esta razón, el dominicano respeta al haitiano en el lugar que ocupa en estas prácticas religiosas de la comunidad, integrándose y ocupando con convicción y sin conflicto su lugar, recibiendo por tanto una gran influencia haitiana en estas relaciones interétnicas.

Así estos estudios nos permiten afirmar que la religión de origen africano o bien las entidades nuevas que se han originado en América, han contribuido en gran medida, no sólo a la construcción de una identidad particular de nuestros pueblos, por la cantera de componentes de origen africano que contiene, sino también como mecanismo de resistencia en procura de la conservación de uno de los pilares ancestrales de nuestra cultura, el de corte africano.

Finalmente, creemos que el fenómeno de la religiosidad popular, es determinante en la comprensión y el estudio de los hechos de identidad, como prueban los casos de las sociedades caribeñas, que tienen en sus sistemas de creencias, formas particulares de diferenciarse, de asumirse... Los cultos afroamericanos inmediatamente refieren al otro; una cultura, un escenario: América, y de ésta a las sociedades afroamericanas.

El liborismo hoy

Presentación

Desde tiempos iniciales del siglo xx, el nombre de Liborio u Olivorio Mateo ronda la mente y el imaginario de muchos campesinos y pobladores allende a San Juan de la Maguana, que, por múltiples vías han oído hablar de esta figura a veces legendaria, vilipendiada por el poder y la jerarquía eclesiástica por ignorancia o desconocimiento, reducido a la condición de «brujo» por gente común del pueblo con quienes compartía la desdicha de una sociedad marcada por la desigualdad y la exclusión social en esos campos lejanos del sur del país.¹⁶

En la primera fase antes de darse a conocer a la vida pública... que hubo una gran tormenta, un huracán en San Juan de la Maguana para el año 1980. Olivorio Mateo desaparece. Sus familiares no saben donde se encuentra y lo dan por muerto. Entonces, en medio del rezo de los nueve días, reaparece diciendo que el venía de muy lejos.

Esta vez no queremos reiterar lo que ha sido abundantemente tratado por especialistas y conocedores del tema,

¹⁶ Sobieski de León, «Liborio y los americanos», taller la ruta hacia Liborio, Cercado, San Juan de la Maguana 27 de junio de 2002.



Olivorio Mateo, El dios de los pobres, Fuente: http://1.bp.blogspot.com/_u9JLfSM5dUc/SZnY4vpPgQI/AAAAAAAAAFg0/MKC_raVA6GA/s1600-h/olivoriomateo.jpg

el liborismo como movimiento socio religioso e histórico, sino el de gran raigambre popular que ha traspasado las barreras del tiempo para convertirse en una creencia viva y de importancia vital en la vida y costumbre de los lugareños de la lejana San Juan de la Maguana.

Recientemente hemos comenzado una investigación para conocer la pervivencia del liborismo en la provincia de San Juan de la Maguana, toda vez que este ha sido el lugar por excelencia de este culto mesiánico. Aquí se han proyectado a través del tiempo sus prácticas, creencias y seguidores, sin dejar de reconocer que gran parte del sur lejano se ve influenciado por el liborismo y que, por demás hay seguidores, creyentes y practicantes en todo el sur y parte del Cibao, sobre todo los que viven del lado opuesto a San Juan de la Maguana, en la Cordillera Central.

Una motivación explicada

Todo enlace con la provincia de San Juan de la Maguana, rica por demás en expresiones culturales variadas y fervientes como la fuerza de la tradición indígena entre sus pobladores, intelectuales e investigadores locales, la masiva presencia del vudú dominicano en gran parte de sus rincones urbanos y rurales, tan fuerte en uno como en otro espacio social. Pero de igual manera presenta San Juan de la Maguana dos expresiones de cofradía en su territorio o comarca: la del Espíritu Santo que tiene su sientto en la zona conocida como el Batey próximo a la ciudad y la llamada cofradía de San Juan Bautista, en territorio de dominio del liborista, La Maguana.

De pronto nos encontramos que todo huele a liborismo en la región, que todo se entrecruza con el liborismo y que no es posible explicar una radiografía cultural del lugar sin una necesaria reiteración al liborismo. Jóvenes, niños, adultos, envejecientes, mujeres, hombres, campesinos, ciudadanos,

profesionales, analfabetos de las letras, espigados pequeños burgueses o ricos hacendados, así como el hombre pobre rural o urbano, tiene algo que decir en esta larga historia que no termina de contarse y a la que parece ser que faltan muchos capítulos por escribir para entender el fenómeno en su verdadera dimensión socioantropológica y por qué no, política y espiritual.

Quizás sea en esa riqueza de la oralidad, la memoria, la palabra robada convertida en verbo explicativo por sus originales protagonistas donde se transforma el liborismo en una temática no solo reiterativa, manoseada, sino variada y prolífica que permite cada vez más reiniciar el cuento contado y narrarlo con nuevos escenarios, argumentos, guiones e interlocutores.¹⁷

Los tipos de transmisión-recepción encierran estilos de interacciones según se establezca la relación pensamiento, voz, palabra, tono, gesto y silencio. Este proceso se produce en dos campos: el de la tradición y el de la actualidad. Así, hay transmisión de tipos, estilos y asuntos tradicionales y transmisión de tipos, estilos y asuntos de la actualidad. Una nos lega el pasado y la otra, el presente.

De esa manera nos envolvimos en esta nueva radiografía del liborismo, para diagnosticar no un paciente o un moribundo, sino un hecho histórico, social, antropológico, político y religioso, que se niega así mismo a renunciar del lugar que su pueblo le ha deparado.

Las motivaciones pues llovieron desde diferentes ángulos para reiniciar esta historia que solo persigue diagnosticar el estado actual del liborismo contado desde la palabra del otro, es decir el informante, que más que facilitador del verbo, y cono-

¹⁷ María del Carmen Victoria Ramos, «Lo oral en la encrucijada», *La oralidad. ¿Ciencia o sabiduría popular?* Ana Vera Estrada (Comp.), La Habana, Centro de Investigación Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2004, p. 15.

cedor de hechos y situaciones fijadas en su memoria como un sello gomígrafo, es por demás practicante, creyente o portador de la tradición o en su defecto, pero de igual valía, estudioso o investigador, que aunque distante, deja filtrar a veces sus debilidades distanciadas del racionalismo clásico.

Usando dos instrumentos de obtención de la información –entrevistas–, uno para creyentes, practicantes y portadores y el otro para intelectuales, profesionales y gente de clase media urbana, quisimos extender el estudio para profundizar las raíces actuales del liborismo, y tomando en cuenta la oralidad que como dice Joxemartin Apalategi «el conjunto de la producción oral popular de una comunidad es el documento reflexivo más genuino de la misma comunidad acumulado a través del tiempo» (*Introducción a la historia oral*, Apalategi, Joxemartin, 1996, p. 19). Aplicamos estos instrumentos, no solo en los centros tradicionales del culto sino en los espacios que atípicamente les son familiares en el mundo urbano y hasta político entre personas de cierta formación académica, lo cual los convierte en los primeros de ese perfil en el país.

La pervivencia del liborismo hoy

Preguntado uno y otro informante acerca de la pervivencia, presencia y vitalidad del liborismo hoy, no se hicieron esperar las respuestas afirmativas:

El liborismo ha tenido y tiene tanta influencia especialmente en Maguana Arriba que se está en trámite de hacerle un museo donde se podría ver con facilidad vestigios conservados de Liborio: la pipa o cachimbo, el bastón, el libro de miembros, fotos, sombrero, etc. Estudio de campo estudiantes del Curo, en Maguana Arriba septiembre octubre 2010.

Sí el liborismo pervive. Porque en nuestros campos del sur perviven los altares laboristas, altares aparentemente

católicos que conservan una imagen de Liborio Mateo. Entrevista al intelectual sanjuanero, Sobieski de León, octubre 2010.

Está más vivo que nunca. Leopoldo Figuereo. Periodista, intelectual y abogado laborista de San Juan de la Maguana.

Para muchos de los informantes no es posible hablar de religión popular en la provincia de San Juan de la Maguana sin mencionar el liborismo. Esta creencia y modo de vida permea la sociedad entera y sus vientos se sienten en todos los espacios sociales como parte integrante de la identidad de sus gentes.

Podríamos pensar que a tantos años de la aparición de esta tradición mesiánica con matices de culto socioreligioso, el liborismo estaría enterrado en el olvido, sin embargo es todo lo contrario, fluye como manantial de sabiduría, acciones de magnitudes epopéyicas, leyenda, revelaciones, profecías y otras múltiples maneras en que el imaginario popular de San Juan de la Maguana lo recrea para satisfacción de sus convencidos seguidores y orgullo de la región.

Al estudiar esa presencia en la vida cotidiana de San Juan de la Maguana, vemos que la gente lo recuerda como historia viva contada como fe y convicción de los poderes del mesías. En todo caso, se hace más referencia en la tradición oral a papá liborio que el relanzamiento hecho por los Mellizos de Palma Sola al culto en los años de 1960, pues la oralidad de las comunidades rurales de San Juan de la Maguana está cargada de historias que contar cuyo protagonista es Liborio. Sus hazañas curativas, su buen corazón para con los demás, a pesar de las acusaciones y oprobios, lo convierten tal vez en el principal personaje histórico de la región por encima de muchos políticos, hombres públicos, empresarios y artistas.

El papel de la transmisión oral en el mantenimiento del culto es determinante. Mucha gente no practica el culto, pero conoce de Liborio más de lo que se cuenta en los libros e historietas. Esta influencia familiar, que pudimos detectar

en esta investigación, condiciona la relación del individuo con la tradición que, en muchos casos, termina influenciándolo de una forma u otra, lo cual explica la presencia del culto entre jóvenes que aunque no vivieron el momento histórico, la fuerza de la palabra lo ha transformado en el hecho de mayor relevancia del lugar y esto le crea adhesiones inconscientes como es el caso de los jóvenes y otras poblaciones más incrédulas que terminan, al menos, respetando el marco de las prácticas.

Vive hoy el liborismo para muchos de sus seguidores, creyentes, practicantes y estudiosos porque él es el icono referencial más fuerte que atrae a todo el sanjuanero, no solo en la dimensión propia espiritual, sino también como símbolo de la resistencia, como signo identitario particular y como estilo de vida que creó hasta hábitos en las formas de vestir como la ropa de promesa liborista presente aun en muchas partes de la región y con la cual se visita los días de celebración liborista, muchos de los centros liboristas activos hoy en la región.

¿Qué podría explicar esa presencia de estas prácticas y creencias hoy?

1. LA FUERZA DE LA PALABRA

Todavía hoy tiene cabida la transmisión de la tradición a través de la palabra. La modernización no ha desplazado el valor de la oralidad en el mantenimiento de estas creencias. El factor de decirle a los otros lo que sucedió, quién fue Liborio, cuáles sus hazañas, hacen de la palabra el principal recurso de permanencia de esta vieja tradición. Palabra, fe y memoria se conjugan para hacer posible que un hecho acaecido hace más de 100 años, permanezca en la memoria colectiva con una gran vitalidad.¹⁸

¹⁸ *Ibíd*em, p. 17.

La palabra ha sustentado el estilo de comportamiento público y privado de un grupo, su historia, leyes, conjunto de conocimientos laborales y técnicos, junto con sus sueños, creencias más trascendentes y deseos.

2. LAS SIMILITUDES EN LAS CONDICIONES SOCIALES

Si bien es cierto que no podemos comparar de forma mecánica la situación social del San Juan de la Maguana de la época de Liborio con el actual, sí es posible extrapolar situaciones de miseria, abandono y marginalidad que, guardando la distancia, es posible evaluar como semejantes. Esta realidad de pobreza en que apenas la provincia comienza a percibir algunas inversiones importantes y que el agro se descompone hacia una economía de bienes raíces, no implica necesariamente que la situación de la mayoría de la gente de la provincia ha cambiado. Sigue un estado crítico en el campo, el abandono del sector ha provocado la expulsión de grandes contingentes de gente hacia Santo Domingo, en y la ciudad de San Juan, por tanto, ha crecido una especie de miseria urbana, al mismo tiempo se deprime la vida en el campo. Este panorama permite reanimar el culto que ya tuvo un cuadro social parecido en los de 1960 con los Mellizos de Palma Sola. Por lo que consideramos pertinente considerar este factor como explicativo del fenómeno estudiado en la actualidad.

3. EL INCREMENTO DE LA CRISIS DE VALORES QUE ALIMENTA ESTE TIPO DE CREENCIAS

A todo ello se suma una profunda crisis de valores en el país que alimenta el vacío existencial y fortalece opciones de carácter religioso, sea de este tipo, protestantes o la propia católica. De todas maneras se pelean porque hay gente para todas en

el liborismo, que aunque, atacado moralmente, hoy se considera un arma sucia usada por sus enemigos, sus seguidores se tienen como responsables, socialmente intachables. Liborio fue de conducta pública incuestionable, por lo que debemos pensar que ante este fracaso ético y moral de la que la Iglesia católica ha formado parte, al menos en sus complicidades, el liborismo sale bien parado.

4. EL ARRAIGO POPULAR QUE DESDE UN PRINCIPIO LE HA ACOMPAÑADO

Campesino pobre, analfabeto, de una zona rural extrema, y por demás desinteresado por el dinero, Liborio Mateo encarna una parte de la imagen del hombre de pueblo. Como tal, reproducía también algunos de sus hábitos, las mujeres le gustaban, aunque reconociendo previamente que sus cualidades de líder le atraían mujeres, la libertad con que se manejaba el ambiente dentro de los campamentos permitió la reproducción de marcos societales populares y, además, se hacía acompañar de música, cantos y un espacio social de libertad que permitía la reproducción de la cultura popular y su creatividad. Eran, en todo momento la gente del pueblo pobre sus principales seguidores, y sobre todo, campesinos.

5. LA COMPROBACIÓN DE MUCHAS DE SUS PROFECÍAS

Hoy mencionar algunas de las profecías de Liborio le da vigencia. Cuando ayer afirmaba que dos montañas se acercarían en San Juan por un gran manto de agua, hoy la Presa de Sabaneta le da la razón, o cuando decía que habrá una cosa que volará como los pájaros, el avión lo confirmó, y eso, en antropología es de los factores que permiten no solo que una tradición se mantenga, sino que se multiplique y se reproduzca a partir de

la validación social que la acompaña. Profecías confirmadas en esta lista aportado por estudiantes en su trabajo de campo hecho en la zona rural de San Juan, en septiembre del 2010:

–«Predijo que la tierra se voltearía de abajo para arriba, refiriéndose al arado y las maquinarias agrícolas».

–«El ganado vacuno sería usado para trabajar la tierra haciendo referencia al uso de bueyes en la faena agrícola».

–«Que vendrían pajaritos para transportar personas, luego llego el avión».

–«Las piedras se convertirían en batatas, uso de estas en la construcción».

–«Que amanecieran con sus vasijas llenas por que en cualquier momento los ríos se secarán. Hoy hay más de 500 agotados en sus cauces».

–«Dos montañas serian unidos por el agua: la Presa de Sabaneta».

6. LA AUTENTICIDAD DE SU MAGNETISMO

Sin saber leer ni escribir, con una personalidad introvertida y tímida, supo ganarse la atención de sus seguidores cuando hablaba, por lo locuaz y seguido de sus palabras y la firmeza de su verbo considerado por él don divino.

Este factor y la firmeza de sus convicciones y sus pruebas y testimonios, le dieron una atracción magnética propia de grandes líderes, como se advierte por el gran número de sus seguidores.

7. LA SINTONÍA DEL CULTO CON LOS REFERENTES IDENTITARIOS DEL LUGAR Y SU CAPACIDAD DE CREAR UN MARCO IDENTITARIO PROPIO.

San Juan de la Maguana era para la época una sociedad eminentemente rural, de tradición agrícola y con montería.

Quien habría de representarla espiritualmente, vendría de ese mundo, de ese cuadro cultural y por tanto, era más fácil emparentarse y dialogar al venir con alguien que le resultaba al común de los residentes del lugar, como uno de los suyos. No olvidemos que en ese momento las clases sociales poderosas vivían de espaldas al país y sus costumbres, y la Iglesia católica daba sus misas en latín. Este campesino Liborio con los valores propios del lugar supo encarnar las aspiraciones populares y espirituales de la mayoría de sus pobladores, sintonizándose con sus hábitos culturales de manera natural porque también eran suyos. La comarca, la cinta en la cabeza, los atabales, la salve, el libro de registro, el campamento de libertad y espiritualidad, fueron creaciones auténticamente liboristas.

8. SU SENTIDO DE REBELDÍA Y SU CONSECUENTE NACIONALISMO

Su lucha antiimperialista inculcada por uno de su lugar-tenientes, el cocolo Samuel, le llevó a un rechazo firme y de confrontación con la ocupación norteamericana a la que combatió hasta al final de sus días. Este otro factor logra una sintonía con las aspiraciones del pueblo que veía en esa ocupación una usurpación a la patria. Su convicción de lucha lo llevó hasta la muerte, pudo negociar su situación, no quiso. Rechazo que reiteró a través de varios mensajeros en distintos momentos.¹⁹

Casi de inmediato, en 1917, hacen su arribo los norteamericanos a San Juan, y comienza la persecución de Olivorio [sic por Liborio] Mateo. Desde el punto de vista de estos, representa un obstáculo para la extensión de sus planes de lo que ellos dieron en llamar modernización.

¹⁹ M. del C. Victoria Ramos, «Lo oral en...», p. 192.

9. LA FUERZA DE LOS TESTIMONIOS CONVERTIDAS EN PALABRA
ANDANTE, PERO QUE ES SU MEJOR DEFENSA Y TRASCENDENCIA
HISTÓRICA

Todavía se narran los testimonios de hazañas de Liborio como si fueran de un recetario de cuentos. Cada quien cuenta uno, y los hay que se desplazan de boca en boca, como aquel en que le mandó preparar una sopa a la difunta, y cuando le preguntaron que para quien era la sopa, dijo, «para la señora que está muerta», y media hora después se levantó la difunta y se bebió su sopa. Esta se considera de las de mayor impacto entre sus seguidores e incrédulos de la época, como nos comenta el profesional, escritor local e investigador sanjuanero, Caamaño, en entrevista realizada.

10. SU DESPRENDIMIENTO MATERIAL Y SENTIDO DE LA SOLIDARIDAD

Hoy que todo el mundo piensa en lo que la patria podría aportarnos y no en lo que podemos hacer por ella, Liborio Mateo se revela como un desprendido del dinero que no cobraba por sus múltiples acciones y que solo le interesaba el bien. En los casos que la memoria popular lo relaciona con el dinero, de inmediato se aclara que ese dinero era repartido entre los pobres. Ese elemento le atrajo mucha simpatías entre la gente del pueblo por que lo veían como un enviado. Esta imagen de mesías, aun se acrecienta hoy más que nunca.

11. SU CURIOSA Y ENIGMÁTICA INTROSPECCIÓN

A pesar de que sus padres lo consideraban medio raro, desde muy joven le comunicaba a su padre que era curandero, cómo preparar determinados brebajes y otros comentarios

que luego se comprobaban. Es decir su introspección tenía sus propios límites, pues actuaba cuando tenía que hacerlo y todo cambia cuando regresa de su desaparición después del ciclón de principio de siglo xx. Fue declarado muerto, y al regresar a su comunidad hablaba más que un perico.

12. SUS PODERES CURATIVOS

Su sanación es tal vez su principal don, e incuestionables son sus hazañas e historias en este campo. Aunque se le conoce con múltiples funciones (líder, mesías, profeta, curandero, brujo para algunos, etc.), la de curandero fue la que mejor ejerció y la que más validación social produjo en su persona en relación al grupo y a los demás de sus seguidores.

13. SU VERBO CONVERTIDO EN ACCIONAR SOCIAL Y PROFUNDAMENTE SUGESTIVO

Cuando hablaba, a veces lo hacía en forma de metáfora. Una vez un compadre le llega con una preocupación de una hija que le habían embarazado y quería vengarse. Liborio le dijo, espera que ésta será tu salvación. El campesino nunca entendió nada. Posteriormente la hija fue asumida por el padre de la niña quien era, además, comerciante y económicamente pudiente. Esto lo hizo muchas veces, hablaba de manera indirecta y proponía soluciones con frases entrecortadas, a medio decir o figuradas. Pero para sus seguidores, las obras de sanación era la mejor prueba de que era dios en la tierra o como dicen algunos de sus seguidores «había sido tocado por Dios». Señor Caamaño de San Juan de la Maguana.

14. SUS DOTES DE CONOCEDOR REAL DE LA MONTERÍA Y SUS
LABERINTOS POTENCIARON AUN MÁS SU DIMENSIÓN MÁGICA Y ESPIRITUAL

Solo un hombre de la cultura montera de Liborio Mateo podía jugar con los caminos, las distancias y los escondites atravesando, montes, montañas y vericuetos para pernoctar, un día aquí y otro en el extremo, jugando así con sus enemigos y con el destino que le acompañaba. Sus cualidades de montero fueron tan grandes que existe un liborismo cibaño si se me acepta el atrevimiento. Sus tantas noches y estancias en el otro lado de la Cordillera Central, le crearon adeptos, seguidores y continuadores en ese Cibao de la serranía y donde su leyenda atraviesa las montañas como la flecha el corazón de cupido.

15. SU IDENTIDAD CON LOS POBRES AL MISMO TIEMPO QUE MANTENÍA
GRANDES AMISTADES CON PODEROSOS

El concepto de la amistad le fue tan familiar que pudo crear amigos entre personas de poder que, atraídas por sus divulgadas acciones, se impresionaban y lo visitaban para consulta y en muchos casos para compartir un momento o para ofrecerle una información pertinente. Cuenta la palabra en boca del señor Caamaño, informante de San Juan de la Maguana, que cuando fue perseguido en los días previos a su muerte, el ejército logró conquistar para sí un compadre y lo puso además al frente del grupo de hombres que buscaba a Liborio. Enterado él de la traición del compadre, le dijo a sus seguidores, mi compadre no sabe que no retornará vivo al pueblo. En el camino para encontrarse con Liborio, la conciencia remuerde al compadre traidor, se detiene, se posa en un árbol y se dispara en la sien. Otras de las grandes profecías que han trascendido del también llamado Maestro.

El liborismo como estilo de vida

Reconocido el liborismo como el principal foco de la religiosidad popular de San Juan de la Maguana hasta por la jerarquía eclesiástica, sus huellas están presentes en muchas de las formas de vida del ciudadano común de la región que, no solo usa vestuario sagrados liboristas, como el traje de promesa azul y gris, sino que su entorno, su habitabilidad, se ve marcada por el liborismo, sea con la cruz de madera que está a la entrada de muchas viviendas, sobre todo rurales de los campos de San Juan. Si bien es cierto que está relacionada con el Espíritu Santo, también esta cruz para los liboristas representa el lugar donde fue sacrificado el Mesías Jesús, equiparable para ellos a Liborio.

Pero «la agüita» del arroyo de Liborio forma parte de los remedios caseros en muchas viviendas urbanas y rurales de la provincia. Traída en los viajes y peregrinaciones, esta agua es bebida como remedio y usada para hacer despojos en el hogar y como su protección. Antes, en el lugar de peregrinación, el visitante se baña y se frota con agua, bajo la creencia de que en el arroyo se bañaba Liborio Mateo y por tanto es un agua bendita. Este ritual es prácticamente el fin último de esta peregrinación al lugar.

La existencia de banderas azul o blanca con una cruz en el medio, es señal de que en el lugar hay liboristas, pues es la bandera que los ha distinguido siempre.

La paloma, igual que la cruz al frente de las casas, podría considerarse de doble significación, por un lado su relación con el Espíritu Santo y por el otro con Papá Liborio, por tanto hay que ver con curiosidad de investigador este símbolo sagrado del liborismo en toda la zona de San Juan de la Maguana. Como también el calvario, que es un símbolo por excelencia del liborismo, hasta el punto que antes de llegar a la Agüita de liborio en Maguana Arriba, hay que visitar el calvario de Liborio y su altar custodiado por misioneros.

La foto de Liborio nunca falta en aquellos altares, cuyos dueños sienten alguna devoción por el campesino analfabeto, curandero y profeta Liborio Mateo.

La capacidad de hibridización del liborismo

Sin embargo puede ser que la capacidad de moldeamiento, adaptabilidad, hibridización y acomodados sea la clave que explique por qué está vivo el liborismo en San Juan de la Maguana. Todas las expresiones religiosas del imaginario sagrado popular en la región van acompañadas de manifestaciones, músicas, toques, imágenes, cánticos o salves y componentes iconográficos del liborismo, como la bandera, en la mayoría de las expresiones religiosas de las comunidades de San Juan de la Maguana.

Este hecho único le da múltiples posibilidades al liborismo de reproducirse, convivir y moldearse a nuevas circunstancias que a la vez permiten que no se extinga.

Esto podría ser una explicación, y otra es, la manera que ha encontrado el liborismo para no perecer. Tal vez inteligentemente muchos de sus más diestros seguidores han desdoblado sus creencias, y sin despojarse del liborismo inicial u ortodoxo, continúan otras prácticas religiosas en las que se cuelan componentes liboristas en la música, la liturgia, los símbolos, los cantos, etc.

Este factor es también una manifestación de rebeldía que encuentra en estas formas no sincretizados pero evidentes, una manera de pervivir y continuar la misión liborista.

Es posible que hoy no sea tan fácil enarbolar el conjunto de argumentos del culto liborista que haga posible que las nuevas generaciones lo siga sin cuestionarlo, pero sí es posible montarse en otras prácticas religiosas como las celebraciones de la Virgen, las fiestas patronales, las velaciones de santos, el vudú, la cofradía y hasta en las propias actividades de la Iglesia

católica y desde allí, retomar a su manera sus antiguas convicciones, mezclándolas con los ritos y ceremonias que les sirven de cobija.

En el altar de doña Ramona Uribe –ya desaparecida– en la comunidad rural de Cañafistol camino a la Maguana, comparte la foto de Liborio Mateo con la de los santos el lugar sagrado y el agua curativa que se da a tomar, proviene de «la agüita» de Liborio unos cinco a siete kilómetros más adelante. En este caso se cruzan vudú y liborismo con el curanderismo muy influenciado por el liborismo, por cierto.

Sin embargo hay otra explicación posible y más compleja que está relacionada con el hecho casi evidente de que muchas de estas prácticas religiosas populares están integradas en gran medida por antiguos y actuales liboristas que encuentran en ellas una forma nueva de recuperar el culto o, al menos, de que no se pierda, sino que se traslade a estas manifestaciones, menos rechazadas socialmente.

Hay evidencias de cantos de salves liboristas al inicio de celebraciones de santos, posesiones liboristas en ceremonias de vudú, salves liboristas en las peregrinaciones de la cofradía del Espíritu Santo de la comunidad del Batey y por si fuera poco, la cofradía de San Juan Bautista tiene su asiento principal en la Maguana, núcleo fundamental del liborismo de antaño, siendo la mayoría de los pobladores liboristas, como nos comenta el antiguo Presidente de esta Hermandad de Cofrade cuando con inteligencia académica nos dice:

Liborismo y catolicismo es lo mismo, porque Liborio es un enviado de Dios y la iglesia no se puede meter en eso.
Somos liboristas y católicos y no hay contradicciones.

La propia Iglesia católica se ha hecho indiferente por conveniencia ante la presencia de muchos liboristas en su seno, los prefiere así que perder su fe, liderazgo y membresía.



Olivorio Mateo en litera, muerto a manos de las tropas de ocupación norteamericano de 1922, después de cinco años de persecución por parte de las fuerzas interventoras norteamericanas. Fuente: <http://4.bp.blogspot.com/-9V1aULb42Po/ThL4YeJSOTI/AAAAAAAAAFiE/7m9xDy3Hknc/s1600/olivorio%2Bcadaver.JPG>

En el mundo urbano, el culto se reduce a una militancia sobre todo intelectual y de fe, no de práctica aunque esto no implica ausencia del culto, sobre todo en los barrios populares de la ciudad donde el culto sigue teniendo muchos adeptos. Esta forma de liborismo se inscribe con frecuencia, desde una óptica diferente a la tradición, se asume la defensa y la identidad con el culto sin rubor (caso solo acaecido en San Juan de la Maguana y sobre todo con este culto).

Este compromiso, para muchos, se relaciona más bien con una tradición familiar que le enseñó el respeto y la fuerza del culto. Criado en ese medio social, el liborismo encontró una solidaridad urbana inusual para la época y los resultados están dando frutos en estos profesionales, intelectuales, investigadores y funcionarios públicos que siguen su apego a la tradición sin conflictos, aunque sabiendo muchos de ellos que el espacio se reduce, en la medida que conflictúan con su mundo social y sus marcos filosóficos racionalistas, pero, extrañamente, se amparan en argumentos de fe y sobre todo de realce a la figura principal del culto a Liborio Mateo.

El futuro del liborismo

El futuro del liborismo no parece amenazado ante el hecho de que encuentra formas múltiples de reproducirse. Su encarnación de la identidad regional lo catapulta y proyecta en el tiempo, sus pruebas a diario se comentan y se compara lo que dijo en vida el profeta con lo que hoy sucede, y la multiplicación de fe se acrecienta como resultado de sus comprobaciones o al menos, los esfuerzos por homologar lo dicho con lo sucedido. En trabajo de campo realizado en la comunidad rural bastión del liborismo, Ginova observó lo siguiente como pervivencia liborista:

La Sucusión es una festividad liborista presente en la comunidad que consiste en el toque de tambores o atabales, se da la vuelta a las tres cruces del calvario liborista todos los martes, y cuando muere un cofrade, va acompañada dicha celebración con comida, bailes y bebidas alcohólicas. Los jóvenes se visten de blanco con las banderas típicas del liborismo con la cruz central.

La preocupación, sin embargo, de muchos radica en el destino de articulación del liborismo versus la población joven garante de la continuidad histórica del culto. Este factor visto con preocupación, sin embargo no fue motivo de tratamiento particular por seguidores, practicantes, investigadores y otros, dado que hoy se cree que hay más de cinco puntos liboristas importantes en toda la región, siendo considerada Las Matas de Farfán como uno de los más destacados y masivos lugares del culto en la actualidad.

La educación, divulgación, debates y acercamientos desprejuiciados a estas manifestaciones, se tienen como auxiliares ante la recaída que pueda sufrir como resultado de los cambios sociales que se esperan ya se producen, y de la propia modernidad.

Independientemente de la preocupación de intelectuales e investigadores, el culto sigue siendo motivo de estudio, lecturas, comentarios y adhesiones, lo cual augura un futuro promisorio, al menos así lo vemos en estos momentos. No se mañana qué pueda suceder que cambie esta tendencia.

La africanía y los conflictos de identidad dominicanos

La visión que sobre nosotros mismos tenemos, desde diferentes ópticas del pensamiento y del quehacer cotidiano, se convierte en un interesante ejercicio de lealtades, fantasmas, peripecias, incomprensiones, falsedades, reafirmaciones y excesos.

Desde distintas visiones ya muchos pensadores nos han interpretado, descargando desconfianza, temores, dudas y pesimismo acerca de nuestras posibilidades como nación y de la viabilidad de un proyecto nacional. Tenemos los casos de José Ramón López, Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle, Joaquín Balaguer, por solo citar algunos de los más destacados.

Sus obras fueron un esfuerzo de desciframiento de nuestro ser nacional y de nuestra constitución y perfil cultural.

Con el período de Trujillo esta visión de desconfianza y a veces, elitista de lo dominicano, como categoría socio-histórica y cultural, encontró base de reproducción multiplicándose de forma asombrosa.

Estos laberintos del pensamiento social dominicano, encontraron un escenario en el imaginario popular que traspasó, su otro yo (el negro), al baúl de los recuerdos.

Guardado el negro en la memoria social, nos hemos representado a través del blanco y del indio.



Trujillo, en una salutación formal. Fuente: Fuente: Área de Fotografía Miguel A. Holguín-Veras Roulet (AGN).

Por eso en nuestro país todo lo negro es haitiano y lo africano es un referente lejano, y por si fuera poco, el Caribe se nos reduce casi siempre a Cuba y Puerto Rico.

Si bien es cierto que en nuestro país no hay institucionalmente hablando discriminación racial, sí existe sutilmente o soterrada. El concepto de buena presencia como slogan principal en los clasificados de solicitud de empleos, denota una vara de medición que insinúa una exclusión de antemano, porque debemos partir del hecho, que cuando se busca empleo, todos salimos para impresionar. La aclaración no es necesaria, al menos que no transmita un meta-mensaje, que se registra en el inconsciente.

Todo ello deja un manto de huida ante la percepción que nosotros mismos tenemos acerca de lo que somos.

El refranero popular es fuente rica de ilustración de ese conflicto de percepción. «El negro si no lo hace a la entrada la hace a la salida», «Él es negro pero inteligente», «Él es negro pero simpático», «Él es negro, pero con alma de blanco». Quiérase o no a fuerza de repetición, como decía el jefe de la propaganda hitleriana, la mentira se convierte en verdad.

Esa representación que tenemos de nosotros nos lleva a seleccionar, al momento de hacer pareja de matrimonio, las personas de color blanco, para «refinar la raza». Por tanto, no es solo una simple representación del inconsciente, sino que pasa a formar parte de nuestro estilo de vida y condiciona nuestros valores y actitudes.

La ética publicitaria y su dilema

En la publicidad se hace muy evidente un manejo irreal del dominicano (a). La familia está concebida como la ideal: monogámica, nuclear, cristiana y en muchos casos blanca. Salvo raras excepciones, como es la serie presentada por una casa licorera sobre un aspecto destacable de la cultura de nuestros

pueblos, campaña publicitaria que impactó, vendió y asumió una representación del dominicano tal cual es.

Se argumentan razones de distintas procedencias como, por ejemplo, el hecho de que la promoción de un producto no debe apoyarse en los valores negativos, como sería presentar un concepto de familia matrifocal, en la que esté ausente el padre que el negro sea el dueño de la empresa o de un Banco y quien le sirve como subalterno sea un blanco. En tales casos se rompería con la norma.

Claro que esta manipulación de la realidad también se presenta en otros países latinoamericanos, pero el factor de discriminación y distorsión es otro elemento, *verbi gratia*, el indio.

Además, se arguye que a la publicidad le interesa vender el producto, no polemizar; pero, es oportuno recordar que la publicidad parte de un marco social determinado donde se promueven valores, donde existe una ideología equis, por tanto, la publicidad es una de la que con mayor fuerza presiona y presenta una imagen predeterminada del dominicano (a).

Hay una ideología que nos condiciona a pensar como el otro quiere; hay una imagen social que se vende como nuestra, hay un conflicto de asunción y de reconocimiento interior y social y todo ello contribuye a trastocar nuestra imagen y nuestra representación.

Resituar nuestra imagen y nuestra representación como reto

A pesar de todo lo anterior, se hacen esfuerzos de replantear, desde diferentes sectores de la sociedad dominicana nuestra propia percepción, transparentando nuestro interior, dejando salir los obstáculos que nos limitan en el proceso hacia el encuentro con nosotros mismos.

Por su parte, los ensayos aparecidos en los libros de Hugo Tolentino Dipp *Raza e historia en Santo Domingo*, *El indio, el negro y el blanco* y *el prejuicio racial dominicano* de Carlos Esteban Deive y más recientemente el de Dagoberto Tejeda, *Cultura popular e identidad nacional*, el libro de la doctora Josefina Zaiter acerca del perfil psicológico de la identidad dominicana, los escritos del psiquiatra Fernando Sánchez Martínez referente a la psicología social del dominicano, todos ellos precedidos del famoso ensayo del doctor Antonio Zaglul: *Apuntes*. En todos estos casos se inició una visión distinta de la interpretación del dominicano y de la manera en que se va construyendo su imagen ante los demás.

Carlos Larrazabal Blanco, Carlos Esteban Deive, Fradique Lizardo, June Rosenberg y de otros importantes autores, acerca de los estudios y los aportes negros a la cultura nacional, contribuyen a esclarecer el camino en cuanto a la importancia de los componentes negros en muchas cosas de la cotidianidad del pueblo que, se hacen sin pensar en su procedencia.

Además, es bueno destacar que nuestra sociedad caribeña como las demás de la región, está cargada de un simbolismo mimético negroide: el contorneo del cuerpo, sobre todo en nuestras mujeres, el uso de prendas de vestir con colores encendidos, colores de las viviendas populares igualmente encendidos, adornos, como el pañuelo atado en las cabezas de las mujeres. Todos son huellas negroides.

La comida, los gestos, las formas de bailar y hasta la manera de caminar, nos refieren a un mundo lejano: África, pero reciclada en este espacio del mundo que es el Caribe, en el cual cada sociedad se apropió lo que de África le resultaba más práctico y conveniente para resistir a la ignominiosa explotación colonial.

Imagen y representación se acompañan en el camino. La imagen matizada por la fuerza del símbolo y la representación marcada por el discurso de la palabra. A pesar de la fuerza de la imagen que sugiere un vínculo estrecho con una tradición

negroide, la codificación de la misma de parte del imaginario popular, no siempre responde a sus significados, lo cual no deja de ser un problema.

Educación: imagen y representación en los libros de textos

En cuanto a los libros de texto, en estos últimos años se hace un esfuerzo por reorientar la imagen que del dominicano (a) suele aparecer, como resultado de la reforma curricular iniciada por el Gobierno dominicano con el apoyo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en República Dominicana (PNUD).

En ese tenor, se hace hoy mayor hincapié en la calidad de la foto, no sólo que preserve lo visual, sino el contenido que transmite, y los contenidos mismos, los cuales procuran un acercamiento a nuestras raíces culturales y nuestro verdadero pasado histórico.

Por eso, es menos probable encontrar en los nuevos libros de texto niños y niñas blanquitos en detrimento de mulatos y mulatas o negros y negras; el equilibrio se hace evidente, cambia el tratamiento anterior que daban los libros de texto a lo dominicano como composición étnico-racial.

En algunos casos se ha hecho evidente esa distorsión de la imagen del dominicano, como suele pasar frecuentemente con Salomé Ureña de Henríquez, que ha sido presentada de múltiples aspectos físicos que van desde mulata hasta blanca, siendo realmente mulata.

Así se presenta también a los descendientes de los taínos, que en sus esculturas en las plazas públicas, tienen más bien un perfil grecolatino, más que la tipología de los grupos étnicos del Amazonas y la cuenca del río Orinoco, lugar de procedencia de los aborígenes que habitaban la isla a la llegada de los españoles.

En este caso, prima, amén de una melancolía por lo que quisimos ser, un rechazo a todo lo que nos reafirma como pueblo caribeño.

Arte e imagen de lo dominicano (a)

Así mismo, el artista nativo, nos representa en el manejo de los colores, en los temas o estampas nacionales y los rostros. *Jorge Severino*, por citar uno entre muchos, es un exquisito reproductor de la imagen de la mujer nuestra; al menos la negra; destaca toda la belleza de sus labios, pelo, pechos, elegantes vestidos y porte señorial.

Guillo Pérez no se aleja de los temas más rurales como son el gallo y la carreta de caña. *Cándido Bidó* usa con destreza el azul y el amarillo, extensivo del trópico que lo inspira.

El cubismo de *Cuquito Peña*, rompe el referente europeo para atravesar en el mundo cultural nuestro con rostros, colores y temáticas que lo hacen más auténtico de esta cultura que una obra de artesanía pura.

Pero, igual representación de lo nuestro tienen los sembradores de *Dionisio Blanco* o la fuerza mística de las pinturas de *Polengard* que se adentra al imaginario sagrado popular con una gracia y dominio temático, que nos traslada a sus escenarios de inspiración como un sueño mágico, o las populares estampas rurales y urbanas del paisajista y costumbrista *Yoryi Morel*. Para mayor información los refiero al artículo del crítico de arte *Manuel Núñez*: «Imágenes de lo dominicano en las plásticas». Aparecido en el *Órgano Informativo del Museo de Arte Moderno*, año 2, No. 2, 27 de febrero de 1999.

Con todo ello, imagen y representación presentan un divorcio entre lo dominicano ideal, soñado y representado en un discurso ideológico excluyente y selectivo, y lo dominicano que se construye sabiéndose caribeño, multiétnico. En una palabra lo dominicano real, el de la cotidianidad.



Gagá. Una manifestación de nuestro legado cultural en San Luis, zona oriental de Santo Domingo. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

A manera de conclusión

La imagen del dominicano se debate entre lo que somos por efecto de la historia y la cultura, y cómo nos pensamos como consecuencia de la distorsión que produce la construcción ideológica. En ese dilema nos debatimos.

La imagen que sobre nosotros tenemos nos lleva a situaciones tan insólitas como las que experimenté con una joven dominicana muy humilde y mulata, casada con un italiano, cuyas familias al conocerla siempre le hacían referencia a que estaba nuestra isla en el Caribe y nos confundían con frecuencia con Haití, cosa que molestaba sobre manera a la chica dominicana, hasta que en un viaje a nuestro país con la familia del esposo, se ocupó de pasearlo por Naco y otros lugares de asentamiento mayoritariamente blanco, de forma que sus anfitriones en Italia, vieran que no solo somos negros...

Cosa que le preocupaba tanto que llegó a girarme una visita de consulta al Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas INDIA de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), con el fin de satisfacer algunas inquietudes sobre el tema étnico y racial que tanto le preocupaba a esta ¿mujer dominicana? Todo su esfuerzo con aquella nueva familia italiana, era que ellos no nos vieran como un pueblo negro.

Peor aún, estamos tan lejos de lo que somos que llegamos a descubrirnos como mulatas o mulatos, o bien negros y negras, cuando salimos al exterior, donde los grupos raciales presentan cierta uniformidad visual, y en donde en la clasificación nos colocan del lado de los grupos de color negro o con el apelativo de latinos (EE. UU.), que agrupa a distintos pueblos latinoamericanos con el denominador común de la discriminación racial. Entonces verdaderamente nos descubrimos en nuestro propio ser.

Los laberintos de la enseñanza de las Ciencias Sociales hoy

Las ciencias sociales desafíos y retos

La situación del pensamiento social atraviesa por una profunda crisis de definición igual que el resto de la ciencia, debido en gran medida, a la poca correspondencia con las expectativas que la humanidad se había creado sobre los resultados anunciados después del inicio de la modernidad, en el siglo XVIII.

Presencia de un racionalismo puro, las Ciencias Sociales articulan un discurso que se hace sentir durante el siglo XIX alrededor de importantes escuelas, dos de las cuales se hacen dominantes al final del siglo XIX: el positivismo de Auguste Comte y el marxismo de Carlos Marx.

Entrado el siglo XX es evidente un predominio del pensamiento social marxista que se prolongará hasta después de los años de 1960, cuando comienza a reflejarse un desgaste de las teorías sociales tradicionales y por tanto un fallo de los argumentos, los paradigmas, y el modelo societal marxista que resquebraja aún más la crisis del pensamiento social occidental.



Universidad Autónoma de Santo Domingo. Fuente: Área de Fotografía Miguel A. Holguín-Veras Roulet (AGN).

La presencia del marxismo permeó el mundo entero, recorrió las universidades, los cónclaves internacionales, el debate de especialistas y todo escenario donde las ideas reinaban como puntal esclarecedor, procurando una sociedad más justa y equitativa, teniendo en las ideas un arma del pensamiento que guiara el destino final de este viaje hacia el porvenir.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el marxismo se enfrasca con otras escuelas del pensamiento social que disputan su hegemonía. Lamentablemente en América Latina estos debates apenas llegaban como destellos y nos quedamos en los enfoques más tradicionales retrotrayendo los temas y las discusiones.

Las universidades latinoamericanas fueron invadidas por el pensamiento dominante, el marxismo, y se confundió la razón de ciencia de la teoría, con el compromiso social que ella trasluce. Este hecho complicó el sentido crítico del ejercicio intelectual y atiborró las ideas, dogmatizando la función transformadora de la teoría. Encerrada en su laberinto, la teoría social latinoamericana despierta tardíamente de su letargo y justo después de la caída del muro de Berlín y mucho antes, aunque de forma esparcida, se retoma un pensamiento crítico aunque no dominante.

Con el tiempo, las universidades, que son en Latinoamérica de los pocos escenarios para el oficio del pensamiento libre y del despertar de las ideas, se atomizan y quedan presa del pasado ideológico que las normó y ha dado brega sacudirlas de su compromiso con la sacralidad del mito.

El mejor ejemplo lo constituye la enseñanza de las Ciencias Sociales en las universidades y la educación pública. El espanto causado por el rechazo a ser vistas con simpatía por los alumnos, podría tener varias explicaciones, por un lado la subjetividad del objeto de estudio (la sociedad o la cotidianidad misma de los individuos) que de por sí encierra una necesidad de abstracción que complica toda mente simple. Pero por otro lado, encontramos las estrategias de enseñanza. Siendo como

es intangible el objeto de estudio de las Ciencias Sociales, su enseñanza obliga al uso de instrumentos facilitadores que posibiliten un acercamiento de la gente con las preocupaciones con las que se maneja el pensamiento social.

La opinión del común de los mortales es que a los científicos sociales no se les entiende, que tienen un lenguaje rebuscado y que no son precisos en la defensa de las distintas interpretaciones de la realidad, produciéndose una eclosión teórico-interpretativa de un mismo hecho, generando cierta desconfianza e inseguridad en el otro.

Esta última parte, tal vez no preocupe tanto pues como ciencia no sujeta a Biblia o recetarios, no tiene por qué sumarse a una unicidad que embote la complejidad del hecho social. No obstante, suscribimos lo relativo a la madeja del discurso que suele emplear el científico social para explicar cosas ciertamente complejas pero que requieren un manejo conceptual llano, no simple, que llegue a la mayor cantidad de gente posible.

Tampoco creo que ayudara a las Ciencias Sociales el predominio que adquirió la escuela de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) en un momento del desarrollo social latinoamericano, aunque reconocemos el papel que desempeñó en la línea de consolidar y hacer respetar la opinión profesional de estas Ciencias y posibilitar con sus enfoques determinadas políticas de desarrollo, contribuyendo con ello a crear las condiciones de una mayor apertura de las Ciencias Sociales a nivel institucional. Pero el exceso de uso de modelos matemáticos y numéricos la convirtió en una propuesta técnica y operativa, perdiendo en algunos casos su sentido crítico.

El laberinto de las Ciencias Sociales hoy

Prisionera de un pasado profundamente cargado de teorías, esquemas y epistemologías, las Ciencias Sociales han visto pasar su período de esplendor cayendo en estos momentos en el gran reto de adecuar el discurso a la realidad. Hasta el momento observamos un esfuerzo agónico por adaptar la realidad a las formas, referentes y teorías que han normado el pensamiento social en el siglo xx.

La necesidad de incluir nuevos sujetos sociales los cuales habían sido omitidos por los marcos teóricos convencionales, el tema del género, los movimientos sociales y la cuestión étnica, irrumpen abruptamente en el debate, obligando a los científicos sociales a repensar la realidad.

En el marco de la enseñanza académica urgen nuevos discursos pero sobre todo, nuevas técnicas y métodos de aprendizajes del oficio, al menos de su correcta y entusiasta transmisión. No podemos pensar que todo alumno, es un potencial cuentista social y tratarlo como tal en el aula. No olvidemos que también enseñamos dentro de una formación profesional integral.

En nada hemos querido negar el aporte del pensamiento social y de las ideas al desarrollo, tan sólo queremos acercarnos con cierta humildad al vendaval crítico que azota al mundo moderno y evitar así el complejo de avestruz.

En la República Dominicana preocupa la alta tasa de rechazo o reprobación venidas del área de las Ciencias Sociales en la educación pública. Ante tal realidad, o anda mal el método pedagógico o la gente (las nuevas generaciones) han perdido la sensibilidad social de antaño, o tienen otras sensibilidades menos ideologizantes.

Pero igualmente, su causa puede radicar en una carencia de actualización discursiva de docente universitario y de muchos cuentistas sociales que aún repiten definiciones, conceptos y categorías estructuralmente frágiles hoy, por muchas veces

tenidas como verdades absolutas, incluida universidades parisiñas como vimos en mayo 1968, síntesis de un movimiento de una aspiración y cuyos líderes hoy están asimilados al sistema como tecnócratas.

La enseñanza de las ciencias sociales hoy, duerme a los alumnos en las aulas, porque se sienten distantes de lo dicho por el profesor o sencillamente porque no entienden la manera de explicar esa realidad compleja. Tal vez uno de los retos inmediatos es releer nuevas teorías que, combinadas con algunos de los enfoques vigentes del marxismo, permitan acercarnos a una sociedad cada vez más atomizada, con nuevos sujetos sociales convertidos en problemas sociales o en hechos sociales, como hicieron una vez los padres fundadores de la sociología, hacer de la pobreza, la marginalidad, la delincuencia, los movimientos sociales de mediados del siglo XIX, objetos de estudio y «hechos sociales» propiamente.

Hoy vemos que muchos de estos temas siguen en la agenda como la pobreza, la marginalidad, la delincuencia, la prostitución, pero que los movimientos sociales tienen otros enfoques como el de género, el étnico. Así mismo, la droga es el gran problema social de la segunda mitad del siglo XX, que permea todas las esferas de la sociedad, y se convierte en nuevo sujeto social tomado en consideración para explicarlo, analizarlo y sugerir alternativas de solución. Muchos de estos temas fueron relegados y hoy conviven con los llamados temas clásicos de los estudios sociales.

En estos momentos articular todas las formas de metodología de análisis de la realidad, enriquece el pensamiento, contrario a lo que se creía anteriormente, que solo veíamos una manera de entender la sociedad y su maraña. *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de la socióloga chilena Martha Harnecker, desempeñó un papel importante en la manera de estudiar la realidad social, pero desde el momento en que sólo era posible esta teoría para comprender la madeja social, el reduccionismo se hizo dueño del pensamiento. Las universidades por muchos años lo asumieron como el Libro Rojo.

Todavía hoy en programas de clase y en las cátedras universitarias, reiteramos discursos que el tiempo y la realidad han superado. Hay que adecuar la teoría de la enseñanza de las Ciencias Sociales a los grandes cuestionamientos y desconfianza con determinadas teorías. No hay hoy espacios para los fundamentalismos teóricos, para los dogmas ni mucho menos para la esperanza de paradigmas.

Por el contrario, la enseñanza de las Ciencias Sociales, visto lo sucedido, debe contribuir desde el aula, a construir, sociedades e individuos críticos, escépticos, bien formados, abiertos al debate de las ideas con las esperanzas de que juntos construiremos un nuevo paradigma humanamente más sensible, crítico, de espíritu desmonetizado, con identidades propias, institucionalmente democrático y participativo, con innegable dominio del espacio académico, sin roles distantes de su naturaleza, con apoyo a la calidad y eficiencia académica. Cumplidos estos propósitos y compromisos de las universidades con la sociedad y el porvenir, entonces y solo entonces, podemos hablar como Thomas More, de una utopía.

No podemos hoy imaginar la sociedad que le tocó vivir a nuestra juventud, llena de sueños y utopías encontrando en el pensamiento social nido y motivación para seguir hurgando en la teoría y encontrar respuestas ante tantas interrogantes, mientras que en la actualidad, el vacío de postulados encuentra acomodo en una mentalidad conservadora muy marcada y en un refugio religioso de moda y creciente.

Las generaciones actuales, no sólo carecen de utopías, sino que los síntomas de inquietud, la psicorrigidez y el racionalismo con que a veces se teje el discurso social, mutila estas iniciativas e intereses por parte de estos jóvenes.

La revisión sugerida ante tantas encrucijadas, no contraviene el rigor científico ni la calidad académica, más bien proponemos formas de articulación que no sacrifiquen la calidad y el papel determinante del pensamiento social en el mundo de hoy, pero que seamos capaces de abandonar más la retórica

retorcida para que la gente nos entienda y a la vez se justifique la función social de las ideas, sin las cuales corremos el riesgo de construir un mundo de autómatas.

Tampoco es efectivo que en América Latina el 50 por ciento de los estudiantes estén ligados a las Ciencias Sociales bajo el argumento de que son más fáciles, o que ayudan a resolver los problemas sociales o simplemente que las matemáticas son difíciles. Tampoco se trata de masificar el oficio, de lo que se trata es de reflejar a través de ellos, la necesidad de construir una sociedad mejor, dejando a un lado las pasiones, la ideologización, la manipulación, el maniqueísmo, el racionalismo puro y los fundamentalismos teóricos, y tal vez, agregándole al discurso y al oficio un dejo de flexibilización en la interpretación de la realidad social, que siempre será más compleja de cómo la conceptualizamos desde el pensamiento.

Dimensión cultural del impacto de la ciencia y la tecnología

Cultura y tecnología, un marco necesario

Desde la óptica antropológica, cultura y tecnología van de la mano. Los primeros esfuerzos humanos por adaptarse y sobrevivir tuvieron como aliados el hacha de mano, el punzón, el cuchillo, el majador, el raspador, tenidos como las primeras tecnologías humanas, partiendo de la definición simple pero profundamente antropológica que tecnología es toda intermediación entre el ser humano y la naturaleza. Todo aquello que condiciona esas relaciones, muchas veces conflictivas y no de buenos amigos, estaría normada por recursos de la naturaleza adulterados, intervenidos y transformados para lograr objetivos concretos en la lucha por la vida que le tocó vivir a los primeros géneros humanos.

Por tanto, de entrada, no son contrapuestos los términos cultura y tecnología. Ciencia por su parte encierra una complejidad del conocimiento aparecida en tiempos más dilatados de la vida humana.

Los griegos se encargaron de oponer ciencia y saber, el uno académico, el otro popular. Así vemos que la manera de abordar el conocimiento de los fenómenos naturales y de todo tipo, por parte de los griegos, condujo a crear un paradigma nuevo: la lógica, la interrelación entre lo causante y su efecto.



En la necesidad de sobrevivir el ser humano fue creando cosas y medios de vida hoy parte de la cultura humana. Fuente: Área de Fotografía Miguel A. Holguín-Veras Roulet (AGN).

Esta retórica griega, no excluía un pasado acumulado de conocimiento depositado en las antiguas civilizaciones egipcias, macedonicas y fenicias que le precedieron, sin embargo creó una ruptura mental que devino en una especie de superioridad entre un conocimiento y otro.

El antropólogo francés Lucien Lévy Bruhl sostiene que el pensamiento primitivo o ágrafo como lo llama Claude Lévy Strauss, se desarrolló complejizando la realidad, solo que se vio matizado por una condicionalidad mágica que sustituyó el pensamiento abstracto, pero influida por elementos, para los griegos, contaminantes, por la presencia de lo mágico, forma en que el saber se manifestaba en las sociedades prehelénicas.²⁰

Las sociedades primitivas son esencialmente místicas y de mentalidad pre-lógica en el sentido mágico-religioso.

La cultura como recurso de vida

Todo lo anterior no impidió el obligatorio desafío humano de dominio de la naturaleza en lo que la escuela alemana de antropología ha dado en llamar la relación natura-cultura (Naturaleza y cultura). Como consecuencia de ello se van produciendo resultados en ese esfuerzo que, acumulados, dieron como producto importantes civilizaciones cuya grandeza le viene de la eternización de su sapiencia, de sus testimonios y rastros que no solo perviven hoy sino que su majestuosidad ha permitido su proyección histórica.

En la necesidad de sobrevivir, el ser humano fue creando cosas y medios de vida hoy parte de la cultura humana, algunos de procedencia inmaterial como la familia, el lenguaje y otros

²⁰ Jaume Vallverdu, *Antropología simbólica*, Barcelona, Editorial UOC, 2008, p. 87.

hábitos de vida, al que acompañó de un instrumental –tecnología y que posibilitaron su adaptabilidad y reproducción.

El cambio de hábitat sufrido por los homínido que antecedió al ser humano, obligó hace más de 6 millones de años, a crear medios de vida más allá de los instintos, que permitieran resistir las adversidades naturales y proveerse de los recursos de vida indispensables, cuya evolución cuenta más de 2.5 millones de años.

Sobrevivir sin las tecnologías creadas y sin los ejercicios intelectuales requeridos para cazar, pescar y protegerse, era una muerte segura de la especie.

No olvidemos que ya los griegos habían dividido la ciencia en varias ramas, una de ellas, la ciencia práctica o de la tecnología, por lo tanto en los griegos existió una noción de ciencia pura y otra, la ciencia para la vida práctica. Esta última es tal vez equiparable a los primeros esfuerzos del pensamiento humano capaz de crear objetos y utensilios, ideas, creencias y formas de vida colectivas que fueron responsables de que apareciera una especie cualitativamente distinta a los animales: el ser humano.

Los retos de la modernidad

El devenir humano como resultado de la revolución neolítica ha sido de ascenso continuo, inequívoco y cada vez más complejo, que con el fin de alcanzar un estado de bienestar se ha convertido en su reto y utopía.

En todo ese proceso socio-histórico y cultural, ciencia, tecnología y cultura caminan de la mano. El eje central del neolítico fue el arado, que impactó en la agricultura, y que a su vez era un medio de vida. Su repercusión influyó en otras esferas de la vida como el crecimiento de la población, la cerámica, la sedentarización, el poder político, las ciudades, la organización compleja de la vida social, etc.

Sin embargo, los modelos de desarrollo sociales privilegiaron la inequidad social, el aprovechamiento concentrado del beneficio, y las ventajas particulares y de grupos. Se rompe el colectivismo y se inicia un acelerado proceso de acumulación de riqueza, poder y beneficios que traerían conflictos y luchas sociales. A pesar de todo se impone al atraso social de la esclavitud y el feudalismo, la modernidad burguesa apoyada en la ciencia y la tecnología.

Volvimos sin querer al pasado y al debate cultura-natura, que esta vez, convertido en paradigma de la modernidad, se proponía reivindicar la condición humana, elevar su calidad de vida, y lograr el desarrollo y el progreso deseado. En sus propósitos se hizo acompañar la modernidad de la ciencia y la tecnología: la Revolución Industrial.²¹

En su forma más ambiciosa, la idea de modernidad fue la afirmación de que el hombre es lo que hace, que, por tanto, debe existir una correspondencia cada vez más estrecha entre la producción, mejorada en su eficacia por la ciencia, la tecnología o la administración, y la organización de la sociedad regulada por la ley y la vida personal, animada por el interés, pero también por liberarse de todas las coacciones.

Afianzada la burguesía como clase social, económica y política, el compromiso se fue olvidando. Ciertamente que la ciencia y la tecnología han producido impactos innegables en la vida de las sociedades del mundo, sobre todo en los países industrializados cabeza del capitalismo mundial. Este impacto se reduce cuando hablamos de los países periféricos de una parte de Asia, África y América Latina.

²¹ Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, España, Fondo de cultura económica, 1993, p. 13.

El alejamiento de la ciencia y la tecnología de los propósitos de la modernidad ortodoxa en estas regiones, provocaron dos maneras de asumir este discurso, esta utopía. De un lado, los resultados que este proyecto ha creado en Europa y los llamados países ricos y por el otro, el desplante que los países pobres reciben de la ciencia y la tecnología. Estos pueblos se resisten a dejarse omitir por la modernidad y de forma implícita se articulan modernidad y tradicionalidad y vivimos el mundo moderno, a contrapunto.

¿Cómo sobreviven estos pueblos pobres y excluidos, en un mundo global, que no sea echando mano a la cultura? ¿Qué son los recursos propios y el capital agregado como único medio, si es la cultura la última frontera del desarrollo como acuña la UNESCO?

La resistencia al cambio cultural

Como parte del estudio de la cultura, es obvio entender que determinadas innovaciones generan reacciones de rechazo al mismo tiempo que se asimilan a ciertos procesos. Es una dinámica de aceptación y rechazo al mismo tiempo. También es evidente que la tecnología tiene caras diversas. Los medios de vida creados para subsistir, las tecnologías propias de estos procesos, son también la resultante de las limitaciones y a la vez la creatividad y talento con las limitantes materiales del entorno que obligan a sobrellevar la vida a pueblos que solo se valen para ello de su reservorio cultural, de su pasado y de su memoria social.²²

Quizás explicase mejor lo que queremos decir, el término desarrollo tecnológico-social, puesto que el desarrollo es bastante más que la aceptación manifiesta de los adelantos

²² G.M. Foster, *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 14.

materiales y técnicos. Es también un proceso cultural, social, psicológico.

Es evidente que hoy ante el avasallante avance de la globalización, los pueblos han contrapuesto la glocalización, medio al través del cual se resiste a lo global, asumiéndose las identidades locales y nacionales. Esta búsqueda de lo local, de lo identitario refiere un recurso de protección, un escudo ante la desmemoria social y la ausencia de un rostro cultural que puede incubar la pérdida de la identidad, y evita desarrollo sin alma espiritual. En estos casos son recursos de reafirmación del ser nacional que se usan como mecanismo alternativo ante el poder y la fuerza destructora de lo global en la cultura.

A pesar de esto, los pueblos avanzan hacia un reencuentro multicultural, empujados por los medios tecnológicos modernos alimentados por la aldea global y la globalización. De forma centrifuga lo moderno se monta en lo tradicional y viceversa. Se resiste al cambio al mismo tiempo que nos tienta la modernidad y lo que ella conlleva.

Es innegable que el ser humano apoyado en la tecnología procura el menor esfuerzo y esto conlleva una reflexión compleja en la que, al mismo tiempo que se resiste, nos tienta la innovación y lo nuevo como desafío. Por eso la modernidad y la globalización, se resisten como respuesta a la desmemoria que los campaña, pues ante la ausencia de un rostro, los pueblos prefieren lo tradicional. Además lo tradicional representa el marco identitario y el soporte afectivo para abordar la despersonalización del mundo actual.

Cambio y resistencia son parte de un mecanismo de reconstitución identitario que da paso a la diacronía (los cambios), sin perder la sincronía (lo constante). Posiblemente esta discontinuidad histórica que presenta la modernidad en nuestros países, su descontextualización y deficiencias prácticas, la convierten en mito del desarrollo, el cual puede considerarse

al mismo tiempo un conflicto atemporal debido a que su apesentamiento de la modernidad en el Caribe y en particular en nuestro país, es instrumentalizada por el poder político, de poco impacto multiplicador en cuanto al desarrollo y calidad de vida de la gente y, por supuesto, reducida a obras de infraestructura a veces aisladas y desconectadas de un proyecto global de desarrollo que contagie a los pueblos y los comprometa con sus propósitos.

Cultura, conocimiento y saber

La cultura en sentido estrictamente antropológico es más que conocimiento y saber, aunque saber hacer cosas, dominar técnicas, retener en la memoria individual formas particulares de la cultura, expresión de las tradiciones, es una forma de saber. No obstante este dilema no implicaría una oponibilidad entre cultura y conocimiento pues al fin y al cabo, fabricar un hacha de piedra en la fase paleolítica, era un saber, suponía el dominio de técnicas de fabricación.²³

En cuanto a la humanidad ha permanecido en un nivel en el que la mayoría de sus miembros poseían un inventario de conocimientos relativamente reducido, se ha considerado como ciencia el traspaso de la frontera marcada por la media, generalmente coparticipada de conocimientos y, como científico, aquel que acumulaba conocimientos que eran inasequibles para, o desconocidos por, la generalidad de los componentes de una determinada sociedad.

De todas maneras las formas de la cultura tradicional se mantienen y se transmiten gracias a la tradición oral que da fe y testimonio de lo existente, de lo primordial en las cos-

²³ Alfonso Maestre, *Antropología social*, España, Editorial Akal, 1974, p. 59.

tumbres y formas de vida de un grupo social. La oralidad no sustituye lo textual sino que mantiene su vigencia a pesar de lo textual, sin perder su fuerza y su vigencia.

La radio y la televisión, al que se agrega hoy la computadora y el celular, han impactado de manera vertiginosa sobre los grupos humanos impersonalizando el discurso y disminuyendo la fuerza de la palabra. Sin embargo, en sociedades como las nuestras, muchas tradiciones se mantienen gracias al papel de la oralidad en el sostenimiento de la creencia y funcionalidad en la operatividad de muchas manifestaciones culturales, que hoy se expresan porque aún se transmiten verbalmente de generación en generación, con la salvedad de que como todo hecho cultural, también lo que es fruto de la palabra, cambia de un portador a otro o simplemente por efecto mismo de los cambios culturales que de una u otra manera afectan el hecho cultural.

Lo contrario niega que muchas de estas tradiciones se batan con la globalización como modelo de vida. El contagio de la televisión y la influencia de la imagen, la pasión de la radio, la adicción del celular y el computador, pero a pesar de la impronta tecnológico de estos últimos iconos de la Revolución Industrial contemporánea, la cultura establece su propia agenda, su interlocutor y por supuesto, su propia forma de dialogar con los públicos, de continuar reafirmandose constituyendo en estos países, el prisma por el cual ha de interpretarse nuestras identidades.

Fuera de lo estrictamente tradicional, seríamos un grupo más del montón, sólo nos hace diferentes lo que nos distingue y particulariza, que en gran medida, no siempre, pertenece al espacio de lo tradicional, es decir lo que hacemos por costumbre, por obligación, por convicción y acto de fe o simplemente por justificaciones personales y coyunturales.

El conocimiento popular es la otra razón, la otra verdad no institucionalizada que intenta describir la realidad y abordar los fenómenos con una epistemología diferente, precisamente

hoy que el pensamiento se sacude por críticas asidas desde la corriente postmodernista. Estos enfoques encuentran validación, no necesariamente comprobación o aceptación pero si validación para intentar abordar la realidad desde una perspectiva distante a la del racionalismo puro inicial.

Saber y conocimiento se entrecruzan buscando verdades y subjetividades que fueron excluidas por el discurso científico y que hoy se recuperan como posibles alternativas de encuentros y diálogos capaces de explorar otras maneras de conocer, quizás no la verdad absoluta, pero verdades y enfoques diferentes.

Que se acepte la medicina tradicional entre los programas de prevención de salud social en algunos países europeos, que la acupuntura logre niveles de aceptación óptimos, que aceptemos otras cosmogonías como parte de un mundo global y, a la vez, diverso y múltiple es un reto para la ciencia de hoy.

Contraponer ciencia y cultura tampoco es un criterio correcto debido a que la ciencia es una responsabilidad de la cultura en la medida que cada hecho de ciencia transforma y contribuye con elevar la calidad de vida de la humanidad y esto es un acto de creación humana. No olvidemos que el fin último de la cultura, es el menor esfuerzo, que no solo se logra con aparatos y nuevas tecnologías, sino con complejos sistemas de pensamiento que problematicen la inteligencia humana para obtener logros extraordinarios que, de seguro, repercutirán en beneficio del ser humano, aunque hoy una parte importante de estos resultados científicos y tecnológicos estén secuestrados por el poder económico y político. Esto es otro problema.

Quizás lo único pesimista que habría que advertir es de evitar que el sendero científico y tecnológico, ante el paradigma antropológico del menor esfuerzo, nos conduzca hacia una atomización y automatización del ser humano.

Los retos del desarrollo y la cultura

Sin cultura puede haber desarrollo porque este se reduce a resultados medibles. Sin embargo, sin cultura no se logra el desarrollo pleno del ser. No se trata de producir muchos alimentos, buena tecnología, mejores obras de infraestructura, si no tenemos claro que el fin último ha de ser el ser humano. Hoy lamentablemente la cultura es la última frontera del desarrollo. Se piensa en ella cuando ya se han agotado otros enfoques teóricos y de modelos de planificación.²⁴

Una de las paradojas de la globalización es que desaparecen las utopías en el momento en que la humanidad esté técnicamente en condiciones de definirse como cuerpo social unificado. La utopía ha tomado diversas formas a lo largo de la historia...

Sin embargo no es posible alcanzar una sociedad óptima sin que se piense en el desarrollo espiritual. La cultura es el alma de las sociedades, su contrapeso espiritual e intelectual y por tanto, sin ella alcanzamos logros con espacios interiores vacíos. Diseñar estrategias de desarrollo humanizantes o sostenibles no contraviene al desarrollo mismo, todo lo contrario, oponer desarrollo a cultura, identidad cultural a modernidad, no contribuye a ensamblar una nación, que es cuerpo jurídico, marco político, aparato productivo, espiritualidad y cultura. Sin pensar en cada uno de esos componentes no se arma el rompecabezas de un proyecto de nación que es más que desarrollo económico, para serlo también intelectual y espiritual, lo cual es profundamente subjetivo y simbólico, pero necesario en la búsqueda de la cohesión social de la que habló el sociólogo alemán Max Weber.

²⁴ Marc Augé, *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*, España, Gedisa editorial, 2004, p. 155.

Conjugar estas piezas obliga a repensar el modelo de desarrollo que nos ha normado, no solo por sus implicaciones económicas de exclusión social y marginalidad, sino porque, a veces, se piensa que la planificación de una nación es materia de expertos que solo piensan y calculan en cuartos fríos, los resultados, no humanos y sociales, sino financieros y materiales en sentido general.

Los resultados de este esquema de desarrollo han sido profundamente cuestionados por el pensamiento crítico moderno acompañada de una necesaria revisión crítica que se ha hecho a sus programas y objetivos alcanzados. Todavía nuestros pueblos tienen la opción de encaminar un desarrollo que sin negar la ciencia y la tecnología, advierta sobre el impacto humano, cultural y social de programas de planificación y desarrollo que muchas veces olviden el principal capital de un proyecto de nación, sus gentes y sus valores culturales, como traduce el enfoque del sociólogo francés Alain Touraine:²⁵

La idea de progreso es la que mejor representa esta politización de la filosofía de las Luces. Ya no se trata simplemente de dejar pasar la razón apartando lo que obstaculiza su marcha...

La tecnología hoy. Impacto en los modos de vida, la cotidianidad y la mentalidad

Evidentemente que las sociedades del siglo XXI son fundamentalmente digitales, tecnológicas y electrónicas. El espacio ganado por la Internet, sus redes y sistemas comunicacionales abiertos como el Facebook por solo mencionar uno, ha creado una revolución social y una generación electrónica, digital y cibernética, adicta-dependiente a estos medios tecnológicos

²⁵ *Ibíd*em, p. 87.

sofisticados y efectivos en la tarea de estrechar los caminos de la comunicación e información humanas.

El celular es, en estos momentos, la prenda personal más preciada, usada y demandada por nuestra generación joven y no muy joven. La comunicación intercelular y por Internet, individual o de grupo de personas a la vez, ha fragmentado la noción clásica de la socialización en espacios físicos y a través de instituciones convencionales como la familia, y la escuela, entre otras, para pasar a serlo en mundos ciberespaciales. No hemos analizado aun el impacto que tendría en la naturaleza biogenética del ser humano su uso y abuso, aunque se habla de determinados efectos de salud producido en el porte del celular en determinadas cercanías corporales. Lo cierto es que ya hoy son nuevos productos culturales que se suman al inventario existente.

Este nuevo medio dialógico e impersonal, es a la vez efectivo convocando gente y públicos diversos para motivos diversos, sustituyendo sistemas convencionales y tradicionales usados hasta hace poco por la gente y, es innegable su impacto en las convocatorias sociales y de matiz político en los últimos tiempos, teniéndose al celular y la Internet como los protagonistas de importantes y recientes movimientos sociales y políticos acaecidos en el mundo como la propia votación electoral del presidente de los EE. UU., Obama, así como los acontecimientos del Medio Oriente y los países árabes, los convulsos documentos de Wikileaks de la esfera diplomática internacional y en nuestro país, las movilizaciones, convocatorias y acrecentamiento del movimiento cívico juvenil de lucha contra la instalación de una cementera en la zona de los Haitises y el llamado movimiento de la «ola amarilla del 4 por ciento para la educación» y Coalición Digna, de indudable relación con oleadas de jóvenes y gentes que apenas se conocen físicamente pero son capaces de tumbar gobiernos, mover funcionarios, cambiar políticas estatales y hasta remover diplomáticos y agrietar relaciones diplomáticas entre países y gobiernos, modificando formas tradicionales del lenguaje, y creando códigos comunicativos



Vista aérea de la ciudad de Santo Domingo. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

propios, la Internet y el celular, expresan a través del «chateo», que se han convertido en una forma moderna de comunicarse, socializarse, relacionarse e interactuar socialmente y en lo personal las nuevas generaciones.

No es extraño en nuestra modernidad atemporal caribeña, que contemplemos con asombro para algunos natural para nosotros, fenómenos sociales contrapuestos u oponibles, como un celular usado medio de una ceremonia de religiosidad popular, en plena ruralidad o en el marco de una marginalidad extrema, como suele suceder en estos mundos desfigurados de América. Llevar un símbolo de modernidad que como el teléfono sea usado como objeto ritual para comunicarse con las deidades en el altar de un sacerdote de vudú del batey Cangrejo de Monte Llano, Puerto Plata, durante sus horas de consulta.

En estos casos el hecho cultural no altera su función más bien, se produce un traslado simbólico por así decirlo, una especie de reciclaje en el que sigue poseyendo valor ritual lo que se hace, aunque cambie el marco simbólico para ejecutar el hecho en sí, como sucede con el cuerpo y la sangre del Señor Jesús en la religión católica y que, en las misas pasa a serlo el vino y la hostia, sin que ello afecte el valor simbólico y referencial de la tradición.

Consideraciones finales

La *modernidad* latinoamericana y por supuesto caribeña, no se aquilata de la misma manera en una región y otra. Matizadas por asimetrías temporales marcadamente diferenciadas, estos procesos han sido percibidos y recibidos de manera muy dispares.

La *clase política* se ha apropiado del concepto de modernidad contaminando sus reales propósitos y reduciéndolo todo a obras de infraestructura cuando sabemos que la modernidad al ser un paradigma, es también y por lógica, una forma de

mentalidad que ha de acompañar estos procesos materialmente transformadores.

La *ciencia* en los países pobres se tiene como cenicienta en cuanto a inversión de recursos y atención del Estado. Por este motivo poco se puede esperar que no sea lo que nos viene de fuera. Brasil ha roto un poco este axioma Pakistán y la India, además de Corea, Filipinas y Singapur, muestran que el reto concierne a cualquier nación que se lo proponga seriamente con criterios claros, firmes y bien conducidos y sobre todo, privilegiando en el presupuesto a la educación.

El *pesimismo* dominicano nubla la posibilidad que con nuestro vino amargo, pero nuestro, podamos salir del atraso social, económico y político. Para resistir a esta posibilidad, es obvio confiar y valorar lo nuestro en todo el sentido de la palabra incluido lo cultural y los valores espirituales del pueblo muchas veces decantados en este tipo de proposición, tal vez bajo el sesgo, de que un pueblo mulato, bullanguero, jugador, apasionado con las mujeres, el deporte y la política, como enuncian nuestros más destacados e ilustres intelectuales de finales del siglo XIX, es difícil alcanzar la meta de progreso y bienestar social.

Cultura, ciencia y tecnología más que contrapuntos de una misma melodía en beneficio de la humanidad, se confrontan desde el terreno del discurso, pues en lo cotidiano todo hecho de supervivencia se fundamenta en un recurso de la tecnología o la ciencia. Reconociendo en todo momento que la resistencia, en ocasiones, es debido a que las mentalidades establecidas, por naturaleza, son conservadoras y resisten, más que todo por instinto de preservación a los cambios, más que a la tentación a que son convocados los pueblos.

Nuestros pueblos caribeños, cada vez más lejos de la *modernidad clásica*, con necesidades del siglo XIX como electricidad, agua potable, transporte y otras oportunidades de la utopía que aún no terminan de anidar en la región, se ha visto compilado a hacer de la emigración un recurso de vida, que por

demás se ha convertido hoy en una diáspora, y precisamente lo cultural transforma la diáspora de hoy en transnacional, trans-territorial y transfronteriza. La cultura emigra con los pueblos, se mueve y resiste con melancolía el exilio forzado. Una vez en territorio ajeno lo apropia y construye nuevos escenarios en el que la identidad elástica, acompañando el tránsito y los enclaves migratorios del caribeño en New York, Londres, Puerto Rico, Miami, Madrid, París o cualquier otro lugar. Identidad y diáspora son parte de una misma maleta viajera y se hermanan para resistir. Hoy no es posible definir la identidad de un país al margen de su diáspora.

En estos pueblos atemporales el desafío ante lo global fue asumido desde un concepto cómodo y mutante, *Glocalización*. No podemos ignorar el hecho irreverente de la globalización, lo que sí podemos es dar respuestas más auténticas y nuestras, evitando los extremos del nacionalismo cultural, los imperia- lismos culturales y por que no, las *egolatrías culturales*. El orgullo de pertenencia no implica la exclusión del otro.

Contraponer modernidad a tradicionalidad en realidades culturales mágicas e imaginarias como el Caribe, es desde el punto de vista conceptual y operativo, un contrasentido. El Caribe vive una atemporalidad que a su vez es su propia fantasía, es ese real imaginario de Alejo Carpentier, que nos convierte en un reducto especial de las culturas del mundo, su laboratorio experimental y su propia originalidad, todo proyecto futurista y paradigmático en el Caribe ha de partir de estas condiciones que son, además de climáticas y paisajísticas, socio-históricas y culturales.

Apego y fervor al ciberespacio y los celulares, es a la vez, tentación y reto, pues debemos transformar ese potencial tecnológico en insumo al servicio del progreso y el desarrollo, y usar las facilidades que brindan en la comunicación e información modernas.

Impactado del Caribe por el turismo, la modernización tardía, pero modernización al fin y al cabo, la inmigración y

la fuerza penetrante de los medios de comunicación, la estrategia de reafirmación ha de ser particularmente cuidadosa y permita abrirse al mundo sin perder su rostro, reafirmarnos en el Caribe sabiéndonos ciudadanos del mundo, ser capaces de integrar nuevos valores culturales sin que ello ponga en peligro las raíces autóctonas nuestras. En fin, manejarnos en la perspectiva en que siempre se ha movido la cultura, innovación, cambio, resistencia y creación permanente. Lo contrario nos conduciría a la deculturación absoluta.

SEGUNDA PARTE

La cultura en Clave:
meditaciones.* Artículos.



* N. del E. sección del periódico *Clave Digital*, semanario (16-03-2006 al 5 de agosto del 2010), cerró debido a la crisis financiera que afectó al mundo y a la República Dominicana, desde septiembre de 2008.



Un Quijote caribeño, obra de Claudio Pacheco. Fuente: <http://unquijotecaribeo.blogspot.com/2011/09/arte-e-identidad-en-el-quijote-de.html>

CAPÍTULO I

El mundo de la identidad

Arte e identidad en el Quijote de Claudio Pacheco

El arte dominicano se ha construido desde una visión nacional o procurando una inclinación en el péndulo temático, por los paisajes (Yoryi Morel, Dionisio Blanco, Cándido Bidó), los rostros (Celeste Woss y Gil, Jorge Severino y Jaime Colson), los pasajes históricos (Luis Desangles), los ambientes sociales (Guillo Pérez, Federico Izquierdo), los temas de la realidad política (Asdrúbal Domínguez, Silvano Lora, Ada Balcácer) y los hechos culturales nuestros (Ledesma, Ricardo Toribio, entre otros artistas representativos).

El siglo xx produce las escuelas de formación académica y viene con ello la influencia del mundo europeo dominante en la definición de la obra de arte. Sin embargo, nuestro arte sigue en procura de un signo, de un embrión, que permita encontrar esa manera de traducir en el lienzo, nuestra realidad social y cultural, sin negarnos al mismo tiempo, a recibir lo mejor del exterior, muestra de lo cual es evidente en las vivencias de muchos de nuestros grandes pintores en el mundo exterior, sus escuelas, técnicas, referentes teóricos y otras influencias que han resultado de sin igual importancia en la definición de un arte nacional, a la vez que posee la calidad académica necesaria.

Así, *arte e identidad* son parte de un mismo eje, por cuyos motivos encontramos con frecuencia una referencia del ser nacional en la mayoría de las obras de nuestros pintores. Esta preocupación no ha descuidado el arte abstracto, pues si bien es cierto que el arte expresivo está en muchas de sus representaciones, también lo subjetivo del arte no figurado, se cuele entre los lienzos de muchos de nuestros artistas que también han encontrado, en esta forma particular de comunicación, un medio para expresar estados interiores del alma y el espíritu, además de los estados anímicos que se le asocian, como entes sensibles de la sociedad y como seres humanos.

En su exposición *Un Quijote del Caribe*, del pintor santiaguero Claudio Pacheco encontramos esos esfuerzos renovados por la búsqueda de nuestros orígenes, de nuestras identidades esenciales como pueblo caribeño, multicultural y diverso. Tomando como referente la figura histórica de don Quijote, Claudio Pacheco, nos traslada la novela, sus personajes y símbolos a un Caribe lleno de luces, de vegetación tórridamente tropical, de colorido y ritmo distanciado de la Europa medieval que acompañó al personaje de la novela de Miguel de Cervantes y su indisociable compañero, Sancho Panza.

En estos héroes anónimos de la historia gallarda que tomó al Caribe como escenario de encuentros y desencuentros de mundos, culturas y cosmogonías, capaces de rehacer la historia a partir de las hazañas desconcertantes y decididamente romántica de sus quijotes caribeños.

Hombres y mujeres apasionados por el mar y la radiante luz solar que hace compañía cada día, en un laberinto social de entrecruzados escenarios de una realidad agreste y desventurada. Venidos de mundos distintos para contar una historia de azares y casualidades. Nuestros grandes hitos históricos no son más que hazañas de quijotes, porque nuestras historias y sociedades no son más que el resultado de estos caballeros caribeños que arriesgaron su vida, para convertirse en leyenda, tan fuertes como las que representan los grandes hombres de la corte europea medieval, época del Quijote Mayor.

Siendo el Caribe un espacio donde se encuentra el mundo, el *Quijote caribeño* de Claudio Pacheco es una lectura invertida de éste, una apropiación legítima de nuestros referentes a partir de un personaje universalmente conocido y sin exclusividad de patente. Por tanto, su interpretación queda a la libre elección de nuestros quijotes modernos, los propios artistas.

Este quijote del Caribe, puede ser el artista mismo reflejado en su obra como expresión de lo quijotesco del oficio en sociedades sufridas y condenadas al ostracismo como las nuestras. Pero también puede ser, una forma en la que el artista describe la quijotada o como diría Gabriel García Márquez, la macondada, de nuestros personajes sociales. El quijote de Claudio se me convierte sin querer como analogía, en el *Macondo* del novelista colombiano.

Pero también ese quijote del Caribe puede ser un esfuerzo temático del artista en reinterpretar la lección que encierra la obra de Cervantes, como esfuerzo de reafirmación de una identidad social, cultural y natural. Entonces ante tal explicación posible, nos encontramos frente a un *arte conceptual* que elige el espinoso tema de la identidad como trasfondo de reflexión, para ayudar a caminar juntos los senderos de búsqueda de una identidad que se readecua, se recicla y en muchos casos se pierde, aportando de esa forma la muestra de Claudio Pacheco, *El Quijote caribeño*, a una contribución profundamente interior del ser humano, su identidad.

Por tales razones, nos embriagan sus destempladas estampas, sus ausencias de sobriedad, sus atenuados colores, casi queriéndose perder en la tela, como advertencia tal vez, que nos conduzca hacia el estado de nuestra identidad, o la descontextualización del molino en los campos dominicanos y tropicales, contraste, insinuosamente sugerente, de la asimetría de las leyendas contadas, con la gracia de un pincel juguetón, atrevido, satírico y profundamente retórico o al menos, a partir de los recursos reinterpretados por el artista, en esta vieja leyenda de la Europa de héroes y caballeros. Los quijotes nuestros se

pueden sintetizar tal vez, en los *aventureros* que circundaron los mares del Caribe del pasado colonial o en muchos de nuestros *caudillos*, verdaderos quijotes caribeños más recientes.

Las historias locales y las identidades

La necesidad de fortalecer las identidades locales, barriales, provinciales y regionales en los últimos años se ha fortalecido mucho con el fin de que contribuya no solo a retener en la memoria social de sus habitantes los hechos y acontecimientos más cimeros de su pasado, sino también que con ello se alienta a consolidar las identidades de sus pobladores, debido a que se promueve el principio de que cuando se conoce el pasado, se valora y se protege como parte de un patrimonio comunitario.

En los años de la formulación de la Reforma Curricular auspiciada por la Secretaría de Estado de Educación,^{*} se favoreció que una parte del currículo fuera completado por los componentes propios de cada comunidad, como forma de favorecer la construcción de una historia y una identidad que diera participación a las comunidades en la definición del protagonismo histórico de las que ellas son parte, contribuyendo dicha iniciativa por demás a fortalecer el conocimiento de hechos y acontecimientos locales, muchos de los cuales tenían que ver a su vez, con hitos de la historia nacional, lo cual eleva la autoestima y el orgullo de pertenencia.

Hoy más que nunca guarda importancia esta iniciativa de especialistas y preocupados en conocer el pasado de su comunidad

* N. del E. hoy Ministerio de Educación cambio de nombre por Decreto no. 74-10 del 12 de febrero de 2010.

y escribirlo. Precisamente en estos momentos críticos en que nos embate un modelo de globalización que intenta borrar las bases identitarias de los pueblos, la difusión de este tipo de información contraviene estos propósitos y se erige como frontera de resistencia a la igualación universal que acompaña la globalización.

El impacto que este fenómeno produce en los pueblos y las interpretaciones diferenciadas a la que se presta este nuevo ordenamiento mundial, ha llevado a muchos autores a contraponer globalización, al término glocalización, es decir una lucha entre existir como pueblos o desaparecer en el anonimato del mundo. El doctor Rafael Emilio Yunén en su Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia en julio del 2005, dedicó una parte del mismo a la importancia de la *Historia local* en las sociedades de hoy.

Con una historia que se acerca al cuarto Centenario, San José de las Matas, en la Sierra de la Cordillera Central, es una de esas ciudades nuestras que tiene mucho que contar y que aportar al conjunto de acontecimientos históricos, sociales, culturales, económicos y políticos del país.

Los cambios en los estilos de vida y formas tradicionales, son resultados de la inmigración, la modernidad y las transformaciones acaecidas en la comunidad producto del tiempo y los procesos naturales que se producen como parte de la dinámica a que se ven sometidas muchas de estas comunidades, y de lo cual no escapa San José de las Matas. Recoger su pasado, sus historias, estampas, personajes y momentos críticos, ayuda a recomponer los referentes identitarios de sus gentes. De ahí su importancia y valor agregado como parte del objetivo que persigue fortalecer la memoria histórica, tanto nacional como local.

De clima favorecido por su baja temperatura, tierras productivas y adecuadas para el ganado, sus bellos paisajes la convierten en un paraíso y que según los documentos y técnicas de la historiografía moderna, sus primeros asentamientos podrían

estar ligados a los procesos de las devastaciones de Antonio Osorio de 1605-1606, en cuyo desplazamientos, algunos de los afectados se quedaron en sus atractivos campos.

Con técnicas diversas que van desde los documentos parroquiales, documentos oficiales e institucionales, cartas personales, uso de la tradición oral como fuente histórica, al método de la genealogía y otras fuentes, el historiador local, rompe esquemas y analiza una historia de hechos y personajes desconocidos, pero de trascendente valor para explicar incluso, las historias nacionales. Este enfoque también se conoce como parte de la historia de lo cotidiano en la que son protagonistas, muchas personas de la vida común, pero que tienen mucho que contar.

Este fue el desafío al que se enfrentó el doctor Piero Espinal Estévez en su obra *Crónicas de San José de las Matas* (tomos I-II) y que fue nutriente del Encuentro de la Memoria organizado por el Centro León el pasado martes 10 de septiembre del 2006, en su *Auditorium*. Con esta iniciativa compartieron muchos de los protagonistas o informantes de esta comunidad, convertidos en ese momento en testimonios vivos de su propia historia.



La primera expedición de Cristóbal Colón partió el 3 de agosto de 1492 desde el puerto de Palos, llegando a Guanahani (hoy en las Islas Bahamas) el 12 de octubre de dicho año. Fuente: Own work, copyleft: Multi-license with GFDL and Creative Commons CC-BY-SA-2.5 and older versions (2.0 and 1.0) en <http://Wikipedia.org>

El encuentro de culturas

El 12 de octubre se ha convertido en gran parte del mundo hispánico o de habla castellana y en toda América, incluida la del Norte, en una celebración importante que ha tenido distintas denominaciones que van desde el Día de la Raza (como se conoce en los Estados Unidos), el descubrimiento de América, como se le dice por estos lugares y más recientemente y desde un ángulo crítico, también se le llama Encuentro de Culturas o Encontronazo, como le dicen los cubanos.

En todo caso se trata evidentemente de una fecha y un momento singular en la historia de los pueblos de América y su relación con el viejo continente europeo. Cristóbal Colón, el gran navegante genovés, partió del Puerto Palos en la ciudad de Huelva, a conectar de nuevo a Europa con el comercio de las especias, interrumpido después de la caída del Imperio bizantino ante los turcos en 1453. Bizancio era la capital del gran Imperio.

Interrumpido el tránsito terrestre hacia Asia, ruta de las caravanas de mercaderes, Europa queda privada de los importantes productos venidos de tan exóticos lugares: clavo dulce, canela, malagueta, pimienta, incienso, mirra, cera, perfume, seda, pólvora, espejo, y otros que constituyeron en ese momento productos de mucho interés entre la nobleza europea, impactada por los beneficios y resultados de los mismos.

Cristóbal Colón vende un proyecto de ruta que fue apoyado por los Reyes Católicos. Después de mucho trajín, emprendió su viaje marítimo llegando varias semanas después a la isla de Guanahaní o San Salvador el 12 de octubre de 1492 y a nuestra isla el 5 de diciembre del mismo año. Aquí decide emprender un camino de exploración, conquista y más tarde colonización, conocido como Empresa Colombina.

Como acucioso marinero, Colón entendía que por el océano Atlántico se podía llegar a la India y convenció finalmente de sus ideas a los grupos que lo apoyaron en tan desesperanzada iniciativa. Sin embargo, no encontró Especies aunque sí una población y una riqueza natural, con las cuales hubo de retornar a España a enamorar a sus apadrinadores para que su éxito no se convirtiera en fracaso.

De su hazaña ha nacido otro mundo distinto al que habitaba las tierras americanas a su llegada, pero también diferente a España y toda Europa y por igual distante del continente sacrificado en la Empresa colonial: África. El juicio histórico que debe acompañar estas celebraciones quinientos años después, debe tomar en consideración, no sólo el contexto en que se produce el viaje y las ideas que se movían en esos momentos, sino la importancia que tenía Asia para los grupos de poder europeos, que fueron capaces de emprender varios proyectos con miras a recuperar el contacto con ese vasto continente de inventos y conocimientos hasta ese momento ignorados, aunque de ello había dado evidencia Marco Polo hacia el siglo XIII. Ya antes los portugueses habían iniciado la exploración de las costas africanas en 1415 encabezada por los marineros Diogo Cão y Vasco de Gama.

Estas razones históricas no exculpan a Cristóbal Colón de sus graves errores en el manejo de la conquista inicial de los territorios americanos, sobre todo los isleños; pero nos aconseja un manejo del discurso histórico menos apasionado en procura de encontrar un termino medio que nos permita aquilatar el alcance de tan grandioso acontecimiento.

Por demás, somos los latinoamericanos la conjunción de estos procesos históricos, políticos, sociales y culturales. Negarlos implica negarnos a nosotros mismos en la medida en que el acontecimiento que implicó la llegada de los europeos a tierras americanas, trajo consigo el encuentro de culturas más diverso que haya experimentado la humanidad, hasta ese momento y en ningún otro lugar y tiempo.

De por sí esto tiene una significación sin igual en los pueblos del continente, donde se ha ido acomodando cada identidad en, y a partir de la gravitación que ha tenido sobre cada una de ellas un polo cultural u otro. Por ello que hablamos de tres Américas (como la designa el antropólogo francés Roger Bastide): una amerindia –sobre todo en mesoamérica–, una europea, en el cono sur, –exceptuando a Paraguay– y otra bajo influencia determinante afroamericana (el Caribe, sus costas continentales bañadas por el mar Caribe, Brasil y parte del sur de los Estados Unidos).

Por tanto, más que una apología al sentido colonizador del acontecimiento histórico, proponemos niveles de reflexión que contribuyan, sin exclusiones ni absolutismos, integrar críticamente la fecha como parte de un proceso necesario de interpretación de nuestras identidades, ricas y variadas como complejo y múltiple ha sido nuestro pasado. Somos la síntesis cultural del mundo. En ningún otro lugar del planeta conviven tantas herencias culturales distintas y distantes, pero que han encontrado, sobre todo en la región del Caribe, el mejor escenario para, no sólo representarse, sino reafirmarse como una unidad en la diversidad.



Una especie de lucha por el dominio del espacio entre el ser humano y la naturaleza. Fuente: Art Explosion 525,000 images.

El fenómeno migratorio, y la identidad

Desde los inicios mismos de la humanidad, el ser humano se ha desplazado de un lugar a otro, casi siempre empujado por las necesidades materiales de supervivencia. La propia transformación de la especie está ligada a cambios del nicho ecológico producidos por los homínidos que trajeron consigo cambios físicos, que hicieron posible la adaptabilidad de la especie a nuevos medios ecológicos y climáticos y que culminaron en importantes transformaciones cualitativas del ser, todo ello determinado por la movilización, la búsqueda de nuevos espacios de habitabilidad.

Así siguió la humanidad poblando el mundo y desafiando los paisajes y climas más agrestes, en una especie de lucha por el dominio del espacio entre el ser humano y la naturaleza y cuyos riegos envolvían la propia naturaleza biológica nuestra, creándose tipologías diferentes dentro de la propia humanidad, y todo como resultado de las migraciones que siguieron a la población inicial del continente africano (cuna de la humanidad), llegando el recorrido tan lejos, que se poblaron cuatro de los cinco continentes rápidamente. Se dice que América recibe los primeros pobladores venidos a través del Estrecho de Bering, hace más de 50,000 años, los cuales buscando animales de caza, se distanciaban de su suelo original, el norte de Asia.

El Caribe es ocupado hacia el 8,000 a. de C. y nuestra isla sitúa su poblamiento primario en los años 4,000 a. de C. Esta cadena de ocupaciones es el resultado, no de la aventura, sino más de la necesidad de la especie por suplir demandas de alimentación y en interés de encontrar medios de vida prósperos que hagan más fácil la cotidianidad y la lucha por la vida.

El principio migratorio ha sido el mismo siempre, con alguna que otra variante subjetiva que a veces impregna la compleja visión del mundo que acompaña al individuo. No obstante, a estas ya tradicionales normas migratorias, se agregan otras que han complejizado el proceso y como las guerras, los factores religiosos y el intercambio comercial, entre otras razones de menor peso.

Una lectura a las oleadas migratorias que han cambiado el mapa cultural, demográfico, religioso, político, étnico-tipológico de los grandes conglomerados humanos y de sitios y regiones geográficas del mundo, no deja dudas en que la migración es y ha sido un factor diacrónico que ha transformado esquemas, tradiciones, patrones de vida, estructuras mentales y hasta formas alimenticias.

Aunque en términos convencionales, hoy se vincula la migración a razones estrictamente económicas ligadas a las grandes diferencias económicas, de servicios, y de calidad de vida entre los pueblos del norte y los pueblos del sur, por no decir los más ricos y los más pobres del planeta. En términos inmediatamente explicativos, es obvia la gravitante influencia de lo económico en el actual mapa migratorio que rige las relaciones entre los grupos humanos. Sin embargo, la migración incluye en la maleta de viaje, una enorme y sustancial base cultural, que sin quererlo se hace parte del paquete del viajero.

En todos los momentos el que se va, parte con sus referentes culturales primarios, no importando el momento histórico; pero es igualmente cierto que al entrar en contacto con otras realidades sociales, culturales, medioambientales se ve obligado a modificar patrones conductuales ancestrales, a partir de

ahí la migración es más que un fenómeno meramente económico o simplemente cultural. Llega hasta lo más profundo: lo afectivo, lo emocional.

La complejidad de lo migratorio, trasciende el marco de lo sociológico, lo antropológico o lo económico propiamente. Se instala la migración como parte de una constante intrínseca al ser humano. Sus huellas borran o reescriben la historia donde se adueña de los espacios naturales y sociales. Grandes civilizaciones son hechas de las migraciones y otros aportes universales como la escritura o el arado por sólo mencionar dos, permitieron saltos cuantitativos y cualitativos en las culturas humanas, gracias a la migración.

Hoy no es posible interpretar y mucho menos entender el mapa cultural del mundo al margen de un riguroso análisis del fenómeno migratorio, responsable en gran medida de dichas cirugías culturales, sociales, económicas y por qué no, conflictivas como parte de un rechazo y confrontación que se produce en toda relación interétnica. Sin embargo, la globalización o el empequeñecimiento del mundo convierte lo migratorio en un sujeto social renovado y de múltiples aristas, cuyo tratamiento debe ser acompañado del tamiz exigente de la ciencia. Todo inmediatismo empobrece el análisis, todo simplismo lo reduce a una receta médica y toda intolerancia lo convierte en válvula de escape que encuentra nido en los conflictos étnicos.

La sociedad dominicana, se ha transformado en una sociedad de emigrantes. Su presencia migratoria en muchas importantes ciudades del mundo, convierte este fenómeno en otro de mayor impacto nacional: la diáspora. Este concepto último permite entender la migración como parte de un fenómeno dual o de doble vía, al cual no se renuncia por decreto ni se excluye por prejuicio, para instituirlo como tema de agenda de Estado, como preocupación permanente y desafío en la necesaria redefinición de lo nacional, lo étnico, lo cultural y lo identitario.

Por tanto, migración, mestizaje, sincretismo, readecuación, reinterpretación, cohabitación, adaptabilidad, intolerancia,

conflictos interétnicos, diversidad cultural y la identidad como una construcción permanente, abierta y local a la vez, son ejes de una misma realidad. Siendo como es la migración un fenómeno de la modernidad, respecto a su masificación actual, es natural que sus implicaciones nos comprometan, con una redefinición de su impacto y alcances en nuestras sociedades, donde ya no es posible definirnos excluyendo la diáspora, componente determinante de nuestras identidades.

En este nuevo escenario, también lo nacional se tambalea, los fundamentalismos por igual, sin que ello ponga en peligro nuestras identidades originarias, pues no olvidemos que el espejo ante el cual nos encontramos con nosotros mismos, no es más que en el momento en que nos apartamos de nuestros referentes culturales originales, que es cuando sentimos con melancolía su lejanía, y convertidos en soldados protectores, nos abrazamos a ellos como única barrera ante el ausentismo y la despersonalización cultural. Entonces la cultura es el último recurso de resistencia.

Migración, identidad y dominicanidad

El fenómeno migratorio se ha convertido en un sujeto social cuando analizamos el marco de la nueva sociedad dominicana, impactada además por la ya cacareada globalización, la modernización, sus cambios estructurales y superficiales, así como también por el arrastre de los medios de comunicación de masas.

A todo ello estamos expuestos, pero atención particular merece el migratorio, derivación por cierto de estos tiempos transterritoriales en que no solo se pretende que sucumban las fronteras, sino que también se sacudan las identidades que habrían de conjugarse con nuevos componentes que al mismo tiempo que desmarañan el tejido identitario, terminan por coser otros tan complicados y diversos como los primeros, en una batalla entre globalización y glocalización a que nos vemos sometidos en este Nuevo Orden Internacional, que no es más que otra manera de dialogar con la Guerra Fría, esta vez unipolar y altamente deshumanizante.

Sin embargo, de lo que se trata esta vez, es de los trasiegos de la migración y sus distintas maneras de representarse y manifestarse dentro y fuera de los pueblos envueltos en este laberinto.

La nuestra pasó de una sociedad enclaustrada en la época de Trujillo, donde se contaban los que tenían pasaportes y

permiso de viaje al exterior como parte del control social a que nos vimos sometidos, a una sociedad abierta, que saltó rápidamente de la migración a la constitución de una diáspora como muestra del enorme impacto de ésta en la sociedad dominicana de hoy.

Esta migración no ha sido lo suficientemente abordada por expertos, dependencias gubernamentales responsables, ni las propias universidades nuestras. Como otros de la agenda nacional, se ha convertido en un tema marginal.

Mientras tanto, nuestra migración pautada inicialmente y como patrón dominante, por una población dedicada al trabajo, al sacrificio, ha carecido de una postura solidaria como colonia, distinto a otros grupos migrantes como los italianos, los cubanos, los chinos, que piensan primero en sus gentes y luego en los demás al momento de extender una mano solidaria.

Igualmente, hay un aspecto vedado entre nuestro pueblo al momento de analizar el impacto causado por nuestros migrantes en pueblos distantes y distintos cultural y socialmente. La imagen que, a veces, hemos construido desde mucho de nuestros mejores valores.

Si bien es cierto que lo migratorio trae consigo el comercio ilícito o el tráfico de personas deseosas de probar mejor suerte, al mismo tiempo esto se ha convertido en una excusa para justificar el desbalance que generan algunos enclaves nuestros en el exterior, donde los dominios de espacios públicos y medios de vida, dejan mal parado lo más digno de la patria.

Cuando otros nos acusan, nos revelamos, pero tampoco lo abordamos con paciencia, seriedad, estudio y la flexibilidad que el caso requiere. La patria es causante de la expulsión de una parte importante de estos migrantes, pero esto no justifica apropiaciones inadecuadas de espacios sociales, con inconductas y revuelos que nos condena a todos y por qué no decirlo, refleja los desmanes y el desorden social interno.

A las instituciones del Estado responsables de ocuparse de estos temas, solo les interesa el voto del dominicano ausente, cuando los problemas son de mayor envergadura y responsabilidad social de parte de nuestro país para con esos grupos, que en muchos casos, sufren de adaptaciones sociales y conflictos de inserción en las sociedades receptoras, haciendo de la cultura nacional un emblema y a veces la única forma de resistencia a la asimilación cultural, transformándose en un combate y una expresión de rebeldía.

A pesar de esas grandes ausencias, la cultura sigue creando el puente dialogante entre las dos patrias, aquella que se construye o se piensa desde los puertos de destino y las grandes urbes, como desde la mismicidad del paisaje nacional, que obliga a repensar la nación como un solo tejido, con retos y esperanzas comunes y amenazados por los mismos fantasmas y aquejados por las mismas epidemias y males sociales, algunos coyunturales y otros –los más– estructurales; pero la nación es un proyecto de todos. Desde el momento mismo en que excluimos, la negamos, sin omitir que la igualación solo sirve para unir en este caso.

La realidad nos presenta muchas maneras de asumir la patria que van desde la posición social, la ideológica, la étnico-cultural, la religiosa, la política, la de género y la del dominicano de aquí y el de allá. Por eso es mejor hablar de identidades.

Los temas de prostitución, inconductas, y otras maneras afines, no siempre encuentran razón en un enfoque sociológico que ve todo a partir de la situación económico o condición social de estos grupos. Creo que hay más de ahí, lo cual nos reta como país.

Se trata del desmoronamiento de valores que se agolpan con furia ante otros procesos de descomposición que permea la sociedad dominicana de hoy, que amerita una más aguda y desapasionada mirada crítica, que posibilite un reencuentro con una sociedad más sensible, más tolerante, más crítica, más exigente consigo misma y con los demás, más austera en sus

formas cotidianas, más humilde en la percepción de sí misma y más dispuesta al sacrificio, sortija que ha de ponerse una parte de la diáspora, como una mayoría de los nacionales que comparten el terruño o el suelo patrio.



La imagen que a veces hemos construido desdice mucho de nuestros mejores valores. Grupo de Palos. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

La pertinencia de la palabra

Hace poco escribí acerca de la manera en que usamos los tiempos e intervenciones en los encuentros, seminarios, congresos y debates, ignorando completamente al otro y haciendo de nuestras intervenciones, kilométricas conversaciones o cuando no, divorciadas de los contenidos tratados.

Esta vez reflexionamos acerca de la pertinencia de la palabra, esto es qué decir, cómo, cuándo, con quién y en qué lugar. Es saber jugar con los contextos y los temas al momento de tomar la palabra, para no importunar al público presente y hacer de nuestra comparecencia un desacierto y un tedio.

Siempre lo oportuno es válido para todas las cosas; así es que al momento de tomar la palabra en un espacio público, debemos pensar con antelación lo pertinente de lo que vamos a decir, pero también qué aporta de nuevo nuestra intervención a lo que se trata en ese momento. No es sano pensar que siempre debemos hablar no importa qué. Es parte del criterio erróneo de que en un espacio de debate, todos debemos hablar, lo cual no necesariamente es cierto. De ahí lo de pertinencia de la palabra.

Como pertinente debe ser lo que se dice en los distintos públicos, pues no todo público asimila determinados niveles del lenguaje y el portavoz de la palabra puede adecuar el discurso a los distintos públicos sin sacrificar su nivel y calidad. Un

lenguaje llano no supone un nivel intelectual pobre. Cuando las palabras usadas no permiten que el público nos entienda, estamos ante un divorcio respecto al papel de la lengua que es, en todo caso, un medio de interlocución dialogante, inteligible.

Si el tema del debate es uno, no tome la palabra para proponer otro tema de discusión, no tome la palabra para reiterar lo que otros han dicho, no insista para hablar recalcando su punto de vista como si fuera un maratón de quien propone más. No diga lo que no debe decir porque todo no es *vox populi*. Aprenda a guardar como una tumba determinadas conversaciones, secretos o intimidades y hasta verdades, por que la palabra también tiene ética, pues es comprometedora.

La temporalidad acompaña la palabra, por tanto las cosas deben ser dichas en su momento. Hay que aprender a callar, para hablar cuando menos se espera. Escuchar entre los dominicanos es más difícil que oír. No bien el otro inicia un diálogo ya tú lo has interrumpido. Entre los grupos, cuando alguien habla, otros mantienen conversación paralela, muy común entre nosotros y expresa un altísimo irrespeto por el otro. En estos casos, esa palabra sobra.

Los espacios públicos y de diversión: bares, restaurantes, plazas públicas, oficinas y demás entre los dominicanos se convierten en galleras, no importando la clase social. Nos resulta una tarea imposible conversar en voz baja. Voceamos antes que hablar, resultando molesto para un nivel medio de conversación y más cercano al ruido. El oído está habituado al ruido que nos invade por doquier y cuando alguien se nos acerca con voz pausada y tenue, le respondemos alterados.

La palabra encierra una poderosa fuerza vital en nosotros que la hace portadora de una identidad, de un modo de vida y de una socialización capaz de romper silencios, alterar estados anímicos y convertirse, por exceso de uso, en banal e intrascendente.

Es en ese momento en que la palabra es impertinente, cuando nos permitimos desvalorizar su personalidad y función

comunicativa para transformarla en un medio más de reiteración. También la palabra es interlocutora de muchos sujetos sociales, su reiteración le hace perder legitimidad y la cualquieriza a tal grado que ya no se le sitúa en el rango de autoridad social al que se suele relacionar.

Debemos pues hablar lo necesario, decir lo preciso, callar oportunamente, cuidar los excesos, controlar las emociones que desbordan el rol de la palabra. Preguntar lo necesario, cuestionar con sentido constructivo, evitar la madeja en que a veces nos envuelve la palabra, posiblemente pensar y luego hablar y no hablar pensando. Parece un buen ejercicio, pero puede resultar en un laberinto del verbo.

Hoy no hablamos de la palabra como práctica cultural sistémica, sino más bien de la pertinencia de su uso, aunque no de su empleo, que siempre será un magnífico ejercicio del intelecto que ayuda a la fluidez de las ideas y el pensamiento. De lo que se trata en ambos casos, es de precisiones puntuales que eviten abusar de su uso temporal, contextos y conceptos.

Cultura y biología

Por muchas razones, la antropología como ciencia de la cultura le ha prestado singular importancia a la comida y a la cocina como ritualidad social, expresión de placer, arte y valor gustativo, además del puro hecho de su valor reproductor como fuente alimenticia.

Precisamente ese valor gustativo está relacionado con lo que denominamos cultura y biología. La relación intrínseca entre lo preparado como sabor que construye a su vez un paladar, un gusto, en que se combina en ello la flora y fauna del entorno, las especies, olores, aceites, raíces y otros ingredientes hasta llegar a la exacta combinación que produce un sabor particular que ya es de hecho cultural. Todo ello termina por delinear una manera de hacer y combinar, plantas, especias, cocción y tiempo y manera de preparación.

Es esta ritualidad que se concreta en un paladar lo que convierte un plato en parte de la cocina de un grupo. Lo individual no es culinario de un grupo, sino aquello que al socializarse y colectivizarse, es validado por el grupo, demandado por este y preparado con una receta normalmente oral, en la que ha de expresarse el gusto del conglomerado, a través del paladar que es su medición expedita.

Si bien es cierto que en la preparación de la cocina el individuo trasluce su creatividad, su ingenio propio, su manera de

hacer, dándole un toque particular a lo que ya existe en el imaginario del grupo. Sin embargo, lo colectivo es lo que termina imponiéndose. Podemos hacer un locrio como lo queramos, al margen del modelo socialmente existente.

Ahora bien ¿cómo se expresa la validación social de la cocina, que no sea a través del paladar, lo cual es profundamente biológico pues es una construcción físico-sensorial? por lo tanto en el proceso de transformación de los alimentos hasta convertirse en comida, se conjugan dos factores: la cultura en la espontánea y creativa actividad de seleccionar y combinar las fuentes de alimentación, vegetal o animal, y luego, en el arte de seleccionar con cuales otras hierbas, plantas y raíces combinarlas y de qué manera producir ese proceso de mezcla o conjunción de sabores que culmina en un plato determinado.

A estos pasos selectivos y procesuales le llamamos cocinar. Para la antropología esta parte constituye un primer rito para decirlo de alguna manera, pues una vez cocido el plato viene el marco sociocultural que impregna la cocina como manifestación social. Una segunda ritualidad, la sociocultural, es decir los contextos sociales y culturales en que se consumen estos platos de la cocina de un país y su vinculación social, en muchos casos inevitables en que un plato de la cocina dominicana, por ejemplo el sancocho, casi siempre guarda relación con determinados acontecimientos trascendentes lo cual le transfiere al mismo un carácter de ritualidad social.

No obstante, de lo que se trata aquí es de relacionar estos platos, ritualizados o no, convencionales o majestuosamente elaborados con un paladar social que sirve de patrón o juez para aprobar o reprobar la calidad de la cocina. Es la cocina un patrimonio inmaterial porque sus técnicas de fabricación, recetas, combinaciones y hasta los trucos y secretos del chef o del grupo familiar, se conservan en la memoria del grupo y su aprendizaje de una generación a otra, es a través de la oralidad familiar.

Aunque existan las recetas escritas, cocinar se aprende cocinando y obviamente sin vocación y deseo, no de comer, sino de comer bien, no es posible lograr una buena combinación, porque como parte de esa relación entre cultura y biológica en la culinaria, la preparación de la cocina influye, hasta en el estado anímico del cocinero y cuando psíquicamente no está relajado, mejor es no cocinar, ya que el producto final reflejará el estado anímico de quien la produce.



La música y la religión como entes constitutivos y nucleadores de la caribeñidad en el marco de la identidad caribeña. Botánica popular, Mercado Modelo Santo Domingo. Fuente: fotografía Odalís Rosado.

Música e identidad en el Caribe

La música y la religión son para muchos de los estudiosos de la identidad caribeña, los entes constitutivos y nucleadores de la caribeñidad y ejes de articulación y unicidad de un Caribe marcado a veces por la fragmentación y el distanciamiento.

Somos pueblos con musicalidad, sonoridad y cadencia que se expresan no sólo en la manera de bailar, hablar, sino hasta en las formas de caminar y escenificar otros estados anímicos, sea de alegría, tristeza o congoja.

La rítmica está presente en el Caribe multicolor que ha sido escenario del encuentro de diversas herencias culturales que se han conjugado en este mar de piratas, aventuras y bellas playas. La historia nos ha reservado para contar grandes epopeyas, leyendas y tejer en sus cálidas aguas, un «real maravilloso» como lo definiera el escritor cubano Alejo Carpentier.

Precisamente, en una parte de este Caribe, se encuentra de nuevo el mundo esta vez en el II Congreso Música, Identidad y Cultura en el Caribe, auspiciado por la Secretaría de Estado de Cultura,* El Instituto de Estudios Caribeños y el Centro León, teniendo como ciudad anfitriona a Santiago de los Caballeros y al Centro León.

* N. del E. hoy Ministerio de Cultura cambio de nombre por Decreto no. 74-10 del 12 de febrero de 2010.

De nuevo nuestro país encabeza el protagonismo de importantes jornadas de reflexión y más de 20 países de todos los continentes nos acompañarán para escuchar a más de 64 ponentes en cuatro mesas de trabajo, intercambiar ideas, opiniones y argumentos acerca de dos de los ritmos musicales que junto al merengue y la bachata, sin dudas han concitado el gusto del planeta. Nos referimos en este caso, al *son* y la *salsa*, temas de debate en este foro de especialistas, donde musicólogos, antropólogos, sociólogos, artistas, investigadores y demás interesados, trataron de encontrar un puente de comunicación y diálogo, con la música como telón.

Precedido de una exitosa convocatoria del Congreso anterior (2005) y que tuvo por temática el merengue, este Segundo Congreso augura un resultado igual o superior al obtenido la vez pasada, el cual permitió una internacionalización nunca vista entre públicos diversos del mundo, con un único interés compartido: la pasión danzaria y musical.

Sin dudas que estamos ante un evento de sin igual significación para el país, los investigadores, los músicos y el propio público, destinatario final de la producción musical, tanto por ser consumidores, como usuarios directos del hecho musical. Precisamente hoy que nuestro país ha logrado una acentuada irradiación en el mercado internacional del disco, y del gusto de países con culturas diferentes y muy distantes como Japón, este tipo de encuentro ayuda a definir políticas y estrategias a aquellos sectores interesados y que, necesariamente, deben conocer las tendencias del mercado, del gusto y de la proyección de la música como producto cultural y comercial al mismo tiempo lo que obviamente fortalece los cimientos identitarios nuestros.

Ese doble valor, convierte el hecho musical en un fenómeno de particular importancia en sociedades que como las nuestras (caribeñas) son maquinarias musicales, capaces de impactar el gusto internacional e imponerse, como lo hiciera y aun lo hace el rock uno de los grandes productos musicales de la historia

o el jazz, guardando en todo caso, la distancia con realidades económicas y sociales, marcadamente diferenciadas.

El Caribe, en ese contrapunteo de la música es, y ha sido, fuente matriz de géneros musicales de difusión internacional y Cuba junto a la República Dominicana han coronado esa globalización de la música. Por todo ello no sorprende la cantidad de ponentes de Cuba que nos visitará a propósito de este Congreso de Música en el Centro León en la ciudad de Santiago, en esta primavera del 2007.

Los homenajes a importantes artistas, tanto de la salsa como del son, son un reconocimiento y una humildad de parte de los organizadores, sobre todo en relación con los cubanos que se llevan el gran mérito, por ser un país en donde la música es como si fuera parte de lo cotidiano y sobre todo los grupos afrocubanos, que han encontrado en la música, una manera de expresar una identidad y una espiritualidad sonora, tan rica y variada que todo el Caribe se sintió representado en ellos, sobre todo con el desarrollo de la radiofonía que permitió la difusión de muchos de sus grupos musicales en las décadas 30 y 40 del siglo xx.

Por su parte, la salsa estará excelentemente representada por uno de sus grandes figuras, Johnny Pacheco, que además de santiaguero, se involucró en los Estados Unidos con uno de los proyectos más importantes de proyección de este género musical en todo el mundo: La Fania y quien recibirá un merecido homenaje, así como los reconocimientos a Héctor Lavoe y Rubén Blades.

Celebramos este importante espacio de discusión, búsqueda y reciprocidad documental, en momentos en que la agenda nacional es monotemática y esta convocatoria hace posible respirar otros aires, que ayudan a su vez al espíritu y nos permite reencauzar nuevos caminos de investigación y búsqueda, tan necesarios para reciclar el interior y deshollar el alma.



Candido Bidó, nacido en Bonao el 25-05-1936, falleció 7 de marzo de 2011. Fue considerado como uno de los principales exponentes de la plástica dominicana en los últimos 50 años. Fuente: <http://elplanetasm.blogspot.com>

Arte naif, artesanía e identidad

El arte naif está muy ligado a las formas espontáneas con que el artista maneja la realidad circundante o el tema de inspiración. La manera suelta o libre de conducir los trazos, la aparente ingenuidad de las formas artísticas, la desproporción figurativa, la jocosidad de los temas y la explosión de colores, convierten el arte naif en una forma particular de estética y comunicación visual.

Posiblemente alimentada en las maneras primarias del arte rupestre, las culturas tradicionales han encontrado distintas formas de dialogar con su mundo cercano, creando una simbología de códigos que transmite una idea, un mensaje, un contexto, una manera de representación que juega con las formas, los estilos y la inventiva del artista popular.

En nuestro país hemos descuidado ligeramente este estilo de arte popular, cubierto hoy en día por la tradición del arte naif haitiano que ha dominado el mercado. Para el común de la gente, arte naif es sinónimo a Haití. Sin embargo, esta tradición artística, es y ha sido, una manera estética de representar la realidad y su entorno muy antigua y que ha adquirido distintas formas de expresión en muchas partes del mundo.

En nuestro país tenemos trabajos de grandes artistas como Yoryi Morel, Bidó y otros que manejan formatos en algunas de sus obras propios del llamado arte naif. En la tradición

popular nuestra encontramos reproducciones de lo que podría ser considerado arte naif en su estado más puro, en los letreros y vallas que hacen referencia a los negocios y establecimientos en barrios y sectores populares, donde los artistas del pueblo pintan o dibujan determinados paisajes, casi siempre relacionados con el motivo del producto anunciado.

También encontramos estas manifestaciones de arte popular naif, en bares, barras y establecimientos de expendios de bebidas de las zonas rurales y barrios marginados. Con frecuencia observamos una desproporción en el manejo de las formas y tamaño de las figuras, así como ingenuidad en el manejo de las figuras humanas, animales y el paisaje natural.

La artesanía dominicana no ha podido encontrar un sendero por el cual construir un icono popular que sirva como patrón estético y estilo propio que permita desarrollar un mercado y una producción de arte naif, que pueda a la vez competir con el haitiano y sudamericano, que congestionan nuestro mercado turístico.

No se trata en este caso de excluir del mercado la producción haitiana. El reto sería crear o desarrollar la propia, capaz de generar interés, entusiasmo entre los artesanos, construir una tradición y al mismo tiempo, competir con el resto de la que ya existe en el país, sobre la base de la demanda del público nacional y extranjero, poniendo énfasis en la creatividad, el ingenio y el talento, desafiando la timidez, los espacios ya creados por la artesanía foránea y atreviéndonos a explorar otra dimensión posible de trabajo, creando una escuela, un estilo propio y signos identitarios que se abran caminos y fortalezcan el referente de marca-país, esta vez en lo que respecta a la artesanía nacional.

La lucha por crear iconos referenciales de nuestra artesanía, obliga a andar nuevos senderos, a explotar técnicas y métodos innovadores, a investigar sobre los componentes identitarios nuestros que permitan acercar cada vez más la creatividad artesanal a la identidad cultural dominicana, de manera que

genere códigos y simbologías más cónsonas respecto de lo que somos como país.

Esto no quiere decir que nuestra artesanía no refleje los componentes de la identidad cultural nuestra. No, se trata más bien de potenciar todos los factores que permitan hacer confluir en una gran sinergia, aquellos procesos que nos ayuden a encontrar vías de constitución de un referente artesanal que sirva, sin ninguna duda, como marca-país.

En la búsqueda de este propósito, no debemos descuidar ningún otro esfuerzo en procura de diversificar la oferta artesanal nacional (de ahí el interés por el arte o artesanía naif), que a la vez de competitiva, la compromete con otros públicos, con otros gustos, con otros desafíos y al mismo tiempo la hace más creativa y diversa en la oferta.

Pelota e identidad dominicana

Es innegable la pasión por el béisbol mostrada por jóvenes, viejos, niños, gente del campo y de las ciudades, ricos y pobres, blancos, negros, mulatos, las mujeres, que han incurrido en las últimas décadas como nuevas protagonistas de los estadios y en algunos casos, comentaristas de pelota y hasta discuten de este deporte y su complejidad.

Béisbol y cultura en nuestro país son equiparables, son parientes, forman parte de un mismo rompecabezas; por esta razón, es el béisbol una de las maneras por las que se hace posible explicar la dominicanidad sin transgredir marcos conceptuales, sin atropellar a nadie y sin que se vea algo traído por los moños.

Tan solo observar la manera en cómo el dominicano se envuelve en un juego de pelota, cómo hace de este deporte un entretenimiento colectivo, y del play un lugar terapéutico donde expulsar tensiones, vociferar por su equipo de simpatía, discutir sin agresiones, pero con convicciones, con su contrario, mostrar dominio memorístico de reglas de juego, acerca de jugadores y jugadas. Todo ello convierte al béisbol en una gran pasión, una de las grandes pasiones nuestras junto a la música, el baile, la política, el carnaval y en otro lindero, la fe religiosa.

Desde la apropiación hecha por los sectores populares del béisbol, hemos conocido también la capacidad creativa del

pueblo, las ingeniosas maneras de jugarlo o apropiarnos de éste y las múltiples formas del lenguaje beisbolístico empleadas en la cotidianidad del pueblo, muchas de ellas, con sentido distante del usado en el juego de la pelota. Por tanto esta vez, el béisbol aporta al lenguaje, al imaginario popular, conceptos y maneras nuevas para referirse a situaciones y cosas desde el léxico beisbolístico y esto, además de expresar una plasticidad del deporte de la pelota, enriquece y complementa aspectos de nuestra identidad, venidos en este caso, desde las gradas del llamado deporte rey.

A pesar de la decidida manera de vivir la pelota que caracteriza a los dominicanos, la sangre no llega al río como en otros deportes donde la pasión y el fanatismo deportivo desborda frecuentemente la copa y terminan en trifulcas y tragedias. Sin embargo, e independientemente de la violencia que nos arroja hoy, extrañamente esta violencia social no se hace presente en el béisbol nuestro, con todo y la militancia atiborrada de los estadios.

Como el carnaval, tal vez el de mayor parentesco ritual con el béisbol, la pelota rompe los esquemas clasistas, sexistas, raciales y políticos para transformarse en lugar de todos sin excepción, que no sea las preferencias de los palcos o las gradas, por cierto este último es el preferido por muchos fanáticos, por el sazón de su ambiente social con olor a pueblo, a diversión espontánea y a disfrute pleno, jocosidad y humor.

Desde los inicios de este deporte, a fines del siglo XIX, los dominicanos hemos hecho un esfuerzo de apropiación que ha permitido impregnarle al béisbol, estilo propio, a tal punto que hemos roto las fronteras del mercado internacional y nuestros peloteros son hoy embajadores de una patria carente de representantes y motivos de orgullo y de pertenencia. A pesar de ello el béisbol, como bien menciona el comunicador social Pablo McKinney, es gestora de orgullo, eleva la fe de pertenencia, la autoestima y la confianza en la nación, haciendo del béisbol un desafío de muchos jóvenes, un proyecto, un

sueño, y del país, el principal exportador de peloteros del mundo, glorias en Grandes Ligas e iconos de jóvenes, niños y adultos que los siguen como líderes y eso permite reconstruir un tejido social descompuesto por acciones desventuradas, en un país que se juega el futuro sobre la base de una redefinición de valores y de un proyecto de nación independiente.

Las dotes de nuestros peloteros ha sido motivo de importantes estudiosos del béisbol en el mundo. La calidad de nuestros atletas, sus records y competitividad, nos llenan de orgullo, multiplican aún más la pasión por la pelota y diluyen el béisbol, como pasatiempo preferido entre los dominicanos, con el laberinto identitario. Sus rasgos particulares hacen del béisbol dominicano un signo identitario único, compartido en su fuerza paradisíaca solo con el carnaval, espacio lúdico de grandes dimensiones, participación y creatividad popular.

Precisamente por esa fuerza gregaria, popular y significativamente valorativa desde el punto de vista identitario, el Centro Cultural Eduardo León Jimenes, nos ha convocado desde principios de año 2008 a compartir esa dominicanidad expresada desde el play, con una exposición cargada de informaciones, juegos y tecnologías, ritualidad, júbilos, sueños y grandezas de la pelota en la historia, la sociedad y la cultura dominicana. Hecha con la gracia y dinámica profesionalmente lograda, esta exposición: «Nos vemos en el play: béisbol y cultura en la República Dominicana», conjuga los procesos históricos, sociales y políticos que han acompañado al deporte dominicano más popular, los espacios del juego, la manera popular en que se juega, los ambientes familiares que le han sido propios, las técnicas, complejidades y los procesos de institucionalización de tan especial deporte.

Con elegancia y orgullo nacional de pertenencia, el Centro León logró mancomunar los esfuerzos y sintetizarlos en tan agradable exposición que, reafirma una vez más la relación inequívoca entre pelota y dominicanidad.

Arte vivo. Una experiencia agradable

El trabajo de gestión cultural en los actuales momentos atraviesa por una profunda crisis, entre otras razones por la situación de precariedad económica con la que se desarrolla la vida misma, la subsistencia de cada uno de nosotros. Sobrevivimos en una vorágine de ausencias que limita la creatividad misma.

A todo ello se suma una indiferencia y desidia del sector público que, preso de un clientelismo político que sólo privilegia el continuismo gubernamental y la inmediatez en las políticas públicas, naturalmente que el panorama no es nada grato. No es plausible que el dinero del sector público sea conducido para comprar gentes, para granjearse aliados políticos, para comprar franquicias partidarias y nominar adeptos, porque en todo ese estercolero no aparece nada para apoyar el alma y el espíritu, es decir el trabajo cultural de que tan necesitados estamos.

Esta vieja dolencia no es exclusiva de esta gestión política. Otros gobiernos y responsables partidarios han conducido con agendas erróneas, el espacio cultural que, por demás, se ha reducido a un clientelismo partidario como en los demás ámbitos de la sociedad en detrimento de la calidad y la buena gestión.

Pero de todo ello podemos hablar la vida entera, y posiblemente no terminar con un rosario de quejas, culpables, responsables

y de esa receta estoy cansado. Ante tantas y prolongadas limitaciones es urgente reflexionar tomar iniciativas y actitudes que tiendan a romper la modorra y crear mecanismos alternos de proyección de la cultura, alimentación necesaria ante la crisis, económica y de valores éticos.

El Festival Arte Vivo, es una iniciativa loable que hace posible la recreación sana, la recuperación de una gerencia cultural capaz de romper obstáculos y franquear múltiples limitaciones con la que ha de lidiar este tipo de proezas por decirle de alguna manera. A todas aquellas instituciones, grupos de personas o entes individuales que hacen esfuerzos ingentes por mantener tradiciones, festivales, concursos, ferias, jornadas o encuentros, en medio de tanta aridez de espíritu y de tanta sequedad en la solidaridad social, los llamamos quijotes y soñadores.

Arte Vivo es un proyecto de un grupo de artistas, gestores culturales e instituciones de Santiago que bregan con la cultura y que decidieron un día soñar, aventurarse en el camino de los festivales culturales y encuentros por el arte y han convertido a Santiago, su sede citadina, en un hervidero cultural durante una semana que recién finaliza, entre otras de sus grandes hazañas, haciéndole un reconocimiento merecido y varias presentaciones, al artista puertorriqueño y nuestro, Danny Rivera, uno de sus muchos y grandes logros, en esos días inolvidables de este festival.

La poesía, la danza, el canto, el debate cultural, la música, tuvieron días de regocijo en tan importante evento que, bajo la firmeza de sus organizadores, pudo vencer la lluvia, la apatía que hoy se cierne sobre la criticidad pública, y hacer de Santiago un lugar del arte y la cultura por más de una semana; la ciudad respiró un aire cultural intenso y sus convocatorias fueron igualmente respondidas por el público.

Quizás la lección que nos queda es la posibilidad de vencer el miedo, superar la falta de confianza en lo que hacemos y dejar atrás la queja, que muchas veces se convierte en un estilo

de vida pero que también esconde imposibilidades y una determinación de emprender nuevos caminos. Aún desafiando los reveses de la vida se puede, y este festival de Arte vivo no solo es un ejemplo de éxito, sino de que es posible sistematizar las cosas cuando hay organización y vocación de hacer, además de una eficiente capacidad de gestión cultural.

La gestión cultural es una manera de administrar y potenciar la creatividad de la gente, que desde el ángulo de la sociedad civil, se expresa en una conducción y canalización de procesos e iniciativas espontáneos del hecho cultural.

En fin, mis más gratos reconocimientos a estos muchachos que con las manos pelada, han continuado la tradición de su festival, que cumple una función en la divulgación del debate y las manifestaciones culturales, confirmando que con la cultura como arma, se puede vencer el silencio, contribuir a la creatividad y al debate y ser capaces, como catarsis, de encontrar un momento para alimentar el espíritu y liberar el alma.

Navidad dominicana y diversidad

La diversidad cultural dominicana se hace presente en la manera en que muchos dominicanos celebran la festividad o la fecha de la Navidad. Por un lado tenemos lo tradicional marcado por el motivo mismo de la convocatoria, es decir, el matiz cristiano de la misma y por tanto su componente religioso. El nacimiento, el pesebre, la misa del gallo y las demás convocatorias sagradas. Este aspecto, está presente en una parte importante de los dominicanos que por tradición familiar lo han asumido de esa manera y relacionan la ocasión con este tipo de compromiso, lo cual no impide que, concomitantemente, se asuma por igual la parte festiva de la ocasión.

Los *cocolos*, grupo descendientes de inmigrantes procedentes de las islas Saint Kitts, Nevis y Tórtola asentados en la región de San Pedro de Macorís y otra parte pequeña en La Romana hacia finales del siglo XIX, concentran su esfuerzo el 25 de diciembre saliendo en comparsas carnavalescas y pantomímicas, para escenificar la batalla de Goliat y David, en una vieja tradición heredada de sus antepasados y que aún se conserva que ligada, a su vez, a la cultura sajona inglesa, conocida con el nombre de *Guloya's Coming*, es festejada en forma de desfile, sobre todo en el barrio *Miramar* de San Pedro de Macorís donde participa un gran número de sus habitantes y visitantes. Esta festividad se extiende todo el día y se hace acompañar de la bebida típica

conocida como guavaberry, hecha de la fermentación de esa fruta.

Los dominicanos de creencias protestantes, en algunos casos, no tienen en agenda la celebración en la manera como la hacen los católicos. La membresía de estos cultos en nuestro país crece cada vez más y por tanto, son parte de una minoría que se acrecienta cada vez y diversifica culturalmente nuestro diciembre. Para algunas de estas religiones, la fecha de nacimiento de Cristo no está aún clara y por tales motivos no la asumen como celebración.

Lo mismo ocurre con los llamados *negros americanos de Samaná* conocidos también como *libertos* llegados aquí durante la ocupación haitiana después de 1822, por iniciativa del presidente haitiano Jean Pierre Boyer, teniendo como lugar de ocupación, la franja norte del país: Puerto Plata, Sánchez y Samaná, donde podemos observar como parte de su impronta cultural, la *arquitectura victoriana* desarrollada grandemente por estos grupos inmigrantes procedentes del Sur de los Estados Unidos y que en Samaná han conservado un legado importante de su pasado.

Por su parte en los bateyes del país que suman más de 200 a nivel nacional, se celebra en honor de los dioses que han favorecido a los miembros de la sociedad o de la familia. En muchos casos se convierte en la única y más importante fiesta de esas comunidades transformándola en una fiesta sagrada y lúdica al mismo tiempo.

La navidad se hace presente en muchos grupos seguidores del vudú en gran parte del país, que sin entrar en contradicción con las celebraciones católicas, también asumida por muchos de estos feligreses, se hace un punto y aparte para celebrar con referentes distintos la fecha o las fechas.

La *Church* o iglesia protestante de la ciudad de Samaná es símbolo urbanístico de la misma y lugar de celebración de las festividades de *Watch Night* o Noche Vieja (de penitencia y duelo), *New Year* o de Año Nuevo, dedicada la bendición de

los ancianos y *First Sunday* (Primer domingo del año), que se celebra en esta época del año como parte de una tradición de agradecimiento a la prosperidad del año y la promesa de que el que venga sea igualmente beneficioso. Es de profundo recogimiento espiritual. Es una festividad distinta del resto de las celebradas en el país y expresa un rasgo de identidad particular de estos grupos.

Pero no olvidemos que la emigración dominicana y la apertura mental que representa para una parte significativa de nosotros, implica igualmente que muchos de estos dominicanos (as) tienen como referente la tradición sajona del *pavo*, el *arbolito* de Navidad, que es a su vez opuesto al nacimiento. *Papá Noel* que también es distinto a los *Reyes Magos* y los regalos que se distribuyen el 25 de diciembre, no el 6 de enero, y todo eso es la dominicanidad de hoy, una unidad en la diversidad.

Por razones de seguridad, la gente ha ido sustituyendo la fiesta casera por encuentros sociales en lugares públicos, la *parranda* navideña como se le conoce en Puerto Rico o *aguinaldo* entre nosotros, por otras actividades y nos quejamos que ya la Navidad no se celebra igual que antes, pero obviamente que el pasado nunca puede ser un referente conminatorio para identificarnos, sino un componente de nuestra *memoria social*. Todo cambia y a ese precepto tampoco escapa la *tradicción de la Navidad*, que ha de reflejar los vientos que soplan en el mundo moderno. Lo importante, en todo caso, es vernos dentro de una *identidad diversa* y una Navidad diversa.

Las culturas regionales

Con apenas 48,000 km², la República Dominicana presenta una variada muestra de formas culturales por región que contraviene al espacio territorial en que se ha desarrollado como nación. Igualmente se afirma la diversidad con relación a sus climas y paisajes, registrándose más de 47 microclimas y formas paisajísticas, cambiando las características naturales y de la flora de un lugar a otro. Estas diferencias marcadas en algunos casos, también se hacen notar en las formas culturales de una región a otra, tendiendo como marco referencial la clasificación de tres grandes regiones: la Norte que incluye al Cibao, la región Este y la región Sur, que incluye la capital del país.

Desde el punto de vista cultural cada una de estas regiones posee particularidades propias que podríamos considerar *rasgos de identidad regional*, aunque no impliquen distancias importantes entre una y otra con relación al patrón de identidad nacional, que se construye a su vez de la diversidad existente en todo el territorio nacional, es decir, que la identidad nacional no es más que el conjunto de las manifestaciones que componen las identidades locales o bien regionales.

El Cibao

- Además de la calidad productiva de sus tierras, que ha generado una difundida forma de propiedad de la tierra marcada por el pequeño y mediano propietario. El habla del español en esa región define un perfil diferente del resto de los dominicanos, pues se registra la sustitución de |r| y || a final de sílaba, por |i|; en cambio, por ultracorrección en sílabas terminadas en |i| la sustituyen por |r| o ||.

- Por su parte, el «perico ripiao» de gran difusión nacional, es un ritmo particularmente de la región cibaëña, que posee además el llamado merengue liniero y pocas manifestaciones de africanía en su entorno, aunque no inexistente.

Con relación a la comida, podría pensarse la ausencia de particularidades, sin embargo encontramos que la habichuela guisada se cocina con un acento considerable de orégano, y el sancocho es más suave y ligero que el de otras partes del país, por sólo mencionar dos platos.

- En el marco sagrado, encontramos una espiritualidad menos pautada por la africanía que en las demás regiones, con una gran influencia del catolicismo tradicional. La peregrinación a la virgen de las Mercedes tiene una influencia del catolicismo popular, pero con un dominio de la iglesia institucional, aunque con sus variantes propias de nuestra complejidad y de nuestro sincretismo cultural, lo cual tampoco niega la presencia africana en muchas de sus creencias y prácticas, que se encuentran diseminadas por todo el país.

- En cuanto al carnaval, podríamos afirmar que es la región que presenta mayor variedad de este tipo de manifestaciones y con más representaciones locales: San Francisco de Macorís, Bonao, Santiago, Cotuí, Puerto Plata, Monte Cristi, La Vega, y Salcedo entre otras tantas.

La Hora Santa es más frecuente encontrarla en el norte que los toques de tambores en honor a los difuntos que, existen pero menos, siendo más frecuente en la región Sur y en menor medida en la región Este.

- Por ser el Atlántico un mar que obliga al contacto con culturas europeas, además de los Estados Unidos, algunas importantes ciudades de la franja norte y costera han tenido referentes culturales más abiertos que el resto del país, alimentado hoy por el turismo y otras circunstancias históricas, como lo muestra la inmigración de los negros libertos procedentes del sur de los Estados Unidos ubicados en tres ciudades del Norte: Puerto Plata, Sánchez y Samaná, dejando su influencia visible en la arquitectura llamada Victoriana por sus decorados sobre madera y estilo de techo de zinc particular con varios vuelos, así como por la tradición religiosa de corte protestante.

- No es posible hablar del Cibao sin mencionar la fuerte adhesión de la región con el equipo de pelota de las Águilas, símbolo de todo buen cibaeno y carta de presentación, convertido a su vez en un rasgo de identidad regional.

El Este

Se hace evidente en esta zona del país la influencia del hato ganadero en parte importante de su territorio, lo cual ha generado una cierta especificidad a su cultura. Las caballerías que acompañan a las fiestas patronales son fenómenos propios de la región este, así como tener la única Plaza de Toros del país, en la ciudad de *El Seibo*.

En términos musicales, el oriental se enorgullece de poseer toques de palos particulares de su región y la tradición religiosa de la virgen de la Altagracia ha gravitado sobre toda la región por ser la peregrinación más importante de nuestra vida

religiosa, creando la tradición a su vez de los Comisarios del Cristo de Bayaguana, cuya peregrinación junto a la de la Basílica, se convierten en las dos más importantes del país, con alto contenido popular, sobre todo esta última que tiene también el *canto de toro* o de porfía, que consiste en un desafío entre *decimeros*, quienes improvisan décimas a partir de un pie o tonalidad vocal, que los distancia de otros cantos de porfía, como el de los chuineros de Baní.

También de esta región es propia la cultura de la caña, el batey y la influencia haitiana en gran parte del imaginario sagrado popular de sus gentes, por el peso de su presencia regional. En la zona está presente igualmente, la influencia de varias culturas que tienen más de un siglo instaladas en la región, dando una rica variedad a su identidad, como son los casos de los cocolos en San Pedro de Macorís y La Romana (con todo lo que representan sus aportes en la culinaria, el deporte, la música y la danza), los árabes, también en la misma ciudad y los haitianos.

Por su parte, el turismo ha desarrollado unas relaciones interétnicas que han producido algunas alteraciones de las formas culturales tradicionales. Posiblemente es la región, junto a la parte norte, con mayor contacto con el exterior, como resultado del auge del turismo, factor que produce modificaciones de los patrones culturales tradicionales. Sin embargo, esto no es particularmente importante en las expresiones de identidad que diferencia esta región del resto del país, ni lo citado pone en peligro la identidad regional, por el contrario le ayuda a reciclarse y a reacomodarse, presionada por los nuevos vientos de modernización y globalización que les son familiares.

El Sur

Con una fuerte presencia de un imaginario popular cargado de creencias y leyendas, el Sur lejano posee sus señas propias que lo diferencia del resto: la casa de tejamanil es propia del Sur, aunque también la vemos en otras partes del país (la frontera), pero no con el conjunto de rasgos que posee la sureña, como el colorido de su pintura de cal y los vevés.

Pero también en ese Sur encontramos la Cofradía de San Juan Bautista (desde Baní hasta San Juan de la Maguana) y la Cofradía del Espíritu Santo en poblados del norte de la ciudad capital y parte del sur cercano, que reúne a grupos de cofrades alrededor de un líder o heredero de la tradición, teniendo por misión rendir reverencia al muerto familiar, cumplir con las velaciones de santos y ayudar a los miembros del grupo. Su influencia africana es evidente, aunque es considerado un culto sincrético, pues lo católico es parte de su estructuración, sin olvidar que nos vino de Europa a través de los españoles.

También encontramos la presencia de los bateyes, que aunque no posee la misma cantidad de plazas que en el Este, sí es notoria la presencia e influencia haitiana en muchas de sus creencias y prácticas, al mismo tiempo que se preserva con fuerza un catolicismo con alto contenido popular. Otro aspecto singular de la región es el pri-prí, el vudú dominicano, el mesianismo, sobre todo la tradición *liborista* de gran arraigo en toda la región y escenario de los hechos de Palma Sola acaecidos en 1962.

La comida deja ver su influencia haitiana con el Chacá y el Chenchén y otros platos que se tienen como propiedad de la región, como el *Sancocho de guandules* y la Biajaca. La tradición aborígen se mezcla en el imaginario sagrado popular, con las distintas creencias populares como la de la Ciguapa, el Bien-Bien, Bacá, brujas que chupan niños, entre otras creencias. La única región que toca palo sólo para ser bailados como espacio de diversión, es la región Sur y en menor medida en el

este del país, ya que los palos son instrumentos sagrados de la religiosidad popular dominicana y están presentes en todos los rincones del territorio nacional, con sus particularidades y modalidades de fabricación, diseño, adornos y toques característico por zona.

En términos lingüísticos, al igual que el cibaño, posee el Sur una forma particular de pronunciar el español predominando la [r] como forma fonética (sustituyendo la [r] por la [l]), además de los tonos y musicalidad que diferencian a las distintas zonas dentro de la región en sentido general, sin olvidar que el capitaleño, que es sureño en esta clasificación, sobre dimensiona la [l] en la pronunciación del español y elide algunos fonemas como [r] y corta finales de palabras, dando una entonación fonética de influencia africana, sin contar con el *pororó* que es una forma lingüística de la gente de Villa Mella de pronunciación y entonación del español muy particular.

La voz de la cocolidad

Recientemente me tocó la enorme oportunidad de disfrutar de un conversatorio animado y conducido por Nadal Walcott acerca de la comida cocola y sus características. Este encuentro pertenece a la tertulia «Comer como un dominicano», que se realiza con regularidad en el Centro León, acercando la dominicanidad desde el prisma de la cocina como diálogo. Sin contar que ya Nadal tiene un lenguaje propio, otro interlocutor es el pincel y su gracia e ingenuidad pictórica, para decirnos muchas cosas de sus ancestros.

Parecería que oiríamos hablar de la riqueza de la comida cocola, sus momentos especiales y sus aportes a la cocina nacional, sin embargo, el diálogo trascendió a temas insospechados que motivaron al interlocutor, quien desde su experiencia como cocolo del ingenio Consuelo, narró su niñez, su juventud, sus vínculos con la sociedad dominicana de la década de los 40 de la Era trujillista, y otras vivencias que, más que recetas de cocina, el encuentro narró una vida, un contexto social y cultural, un momento de la historia y una perspectiva personal de la cocolidad, que podría o no parecernos contradictoria, pero que es una interpretación vivida y narrada por un protagonista de esta importante inmigración venida a fines del siglo XIX a la región Este y que se relacionó con el azúcar, el ingenio, el béisbol, la música y el carnaval, además de la comida y otras

formas de organización social, como las sociedades mutualistas y la fuerza de la religión anglicana.

Para Nadal Walcott, el cocolo fue sumiso y eso le desagradó siempre, versión conflictiva, dado el hecho de que asumir posturas críticas desde el ángulo de los intereses del protagonista del hecho histórico y cultural, es algo poco común y tal vez sea en esto que haya radicado el impacto causado por su participación ese día en el Patio Caribeño del Centro León.

De mi parte, felicito el valiente comentario de Nadal, pues el romance con un hecho cultural o político, no debe cegar el nivel de criticidad y los hechos de la realidad que serán siempre más complejo que la percepción que sobre el mismo tenemos.

Sus relatos de cómo fue criado por su abuela, de haber nacido en un ingenio propiedad de los norteamericanos que no le definió con claridad una pertenencia territorial o si era dominicano o norteamericano, una declaración de nacimiento tardía que le crea confusión con su aniversario, su adjudicación libre de nombre y apellido como parte de su rebeldía interior, sus distancias con tíos y otros familiares respecto a la actitud complaciente para con los «amos norteamericanos», la adhesión y reverencia de los cocolos a la Corona inglesa, a pesar de la distancia y la ya desprendida relación umbilical con la antigua metrópolis, todo ello fue el escenario que armó Nadal Walcott para introducirnos a la comida cocola, su influencia inglesa, sus encuentros con la tradición culinaria dominicana, las diferencias entre una cocolidad y otra, que se expresa también en algunos platos culinarios.

La cocolidad, como bien dice Nadal, no es una totalidad, tampoco lo es la africanidad, pues hablamos de diversidades. Aquí vinieron inmigrantes de diferentes islas del Caribe bajo dominio inglés, desde Tórtola, Saint Kitts, Barlovento, Nevis, Anguila, Islas Turcas y Caicos, Saint Croix, y otras, con algunos elementos convergentes y otros menos familiares y particulares. Tal vez la comida servía para establecer esos dominios particulares, pero una vez como enclave en la Repú-

blica Dominicana, la cocolidad sirvió como escudo y frontera de diferencia y resistencia. Al mismo tiempo y desde ella, se construye un marco cultural muy particular que ha pasado a configurar una de las herencias culturales que compone el mapa étnicocultural dominicano.

Desde su óptica, la comida cocola se basó en la harina y algunos vegetales como el molondrón, pero se hizo acompañar del pescado con coco, el cerdo relleno en Navidad, el guavaberry como bebida típica, los pudines y panes, además del yaniqueque, torta de harina muy difundida en la totalidad del territorio dominicano. La sopa de habichuelas, y otros buenos platos de la dieta cocola fueron descritos por Nadal como parte de una realidad vivida que también observó con descontento en sus inicios. El apelativo cocolo era un término despectivo para referirse al descendiente de estos inmigrantes, aunque reconoció que frente a la haitianidad, su discriminación fue menor o diferente para llamarlo de alguna manera distinta, entre otras cosas, porque los cocolos fueron una inmigración alfabetizada, que dominaba el inglés y que fue una mano de obra especializada de operarios para el trabajo del ingenio.

La impronta inglesa es evidente en su religión, su estilo de vestir, los sombreros de sus mujeres, el paraguas inglés, la impecable vestimenta, el porte señorial del cuerpo, el dominio elegante del idioma, la influencia sajona en algunos de sus platos de cocina, pero igualmente la cocolidad es más que eso; es guloya, la bebida fermentada de sus momentos lúdicos (el guavaberry), la influencia africana de muchos de sus platos e ingredientes como el coco y el molondrón, por tan solo citar algunos rasgos particulares.

Pero también, la musicalidad y contagio rítmico y danzario, la destreza en el deporte, el creole materno –base de la cultura ancestral– y otras maneras de socializar la vida y de sobrevivir, que hicieron de la cultura cocola, una de las más importantes tradiciones de este rompecabezas cultural que

representa la República Dominicana y que, en voz de Nadal Walcott esa noche, se convirtió en testimonio y reflejo de una cosmovisión, de otra manera de interpretar la dominicanidad sin negarla.

La memoria social

Muchas cosas forman parte de la memoria social de un pueblo, un grupo o comunidad, por tanto, el concepto es diverso e incluye una memoria nacional, una memoria comunitaria o de grupo amplio y una memoria local.

Tal vez la de mayor interés ha sido la memoria colectiva, que resulta más impersonal pero penetrantemente socializada y masiva. No obstante, el reto para los pueblos y sus instituciones responsables, es mayúsculo. El término suena bien pero es de grandes compromisos su desempeño, su funcionalidad, su efectividad, sus resultados, máxime en sociedades sometidas a una presión externa intensa, a una presencia sobredimensional de los medios de comunicación masivos que permean y contaminan junto a la globalización como modelo dominante, las identidades y particularidades de los grupos humanos.

La UNESCO en atención a tales momentos y circunstancias que amenazan la integridad cultural de los pueblos, ha diseñado estrategias de preservación, valoración y salvaguarda de esa memoria, bajo un principio elemental: el día que se pierda la memoria social de los pueblos, se borra su identidad o se construye sobre sus cimientos otra, posiblemente de una gran fragilidad.

Valorar para conocer, conocer para proteger y salvaguardar, son los retos a que hacemos referencias en líneas anteriores.

La conciencia histórica, los soportes fundamentales de la identidad, la fuerza de la palabra, la validación de la tradición sin que ello conlleve una confrontación con la modernidad, la recuperación de toda forma de referencia con el pasado: imágenes, sonidos, documentos y otras formas de refrescar el ayer, la preservación de los espacios naturales, los sitios históricos, la lucha por defender las identidades arquitectónicas de las ciudades, son parte de un tejido armonioso en que, gobiernos, ONG, grupos portadores, sociedad civil y sector privado, además de activistas y gestores culturales, han de unirse para organizar políticas y planes de trabajo con el fin de alcanzar determinados objetivos en el plano requerido ante tal malestar cultural.

En todo ese proceso, la memoria es eje transversal para lograr determinados fines. Pero ¿quiénes y cómo fortalecen la memoria social, o lo que llamo, el tejido del pasado con el presente visto como desafío a la vez? Desde los discursos históricos, la conciencia de un pueblo se consolida a partir de la fuente que suministra el historiador y la manera de jugar con la interpretación de los hechos del pasado que nos explica como país y que a la vez, explica otras cosas del entramado social, hasta llegar al papel de las instituciones estatales.

Como la identidad se construye desde el territorio, la protección del medio ambiente, los sitios históricos y los monumento, se convierten en formas particulares de preocupación de gobiernos e instituciones para que, protegidas, sirvan como soporte de la memoria social. Pero de igual manera nos referimos a las manifestaciones de la cultura popular, esencia de la memoria de un país y pieza determinante de la identidad cultural a la que agregamos otras formas de fortalecimiento de la memoria, como la fotografía, las grabaciones musicales, los documentales o fílmicas y otras formas de testimonios del pasado como documentos y correspondencias, además de una importante y exclusiva bibliografía.

Sin identidad no hay desarrollo, porque el bienestar material por sí solo, no garantiza la emancipación de la humanidad y entonces la memoria se transforma en el referente más directo de los pueblos a su pasado y a su identidad presente, por tanto es un mecanismo vivo de preservación de la identidad y la dignidad de los pueblos ante tanto maquillaje social, avasallante y creciente incorporación de la globalización en la cotidianidad de los pueblos y de otras razones como la migración, la modernización, el turismo, y el impacto de los medios de comunicación, entre otros.

Por lo que, crear planes que tiendan a fortalecer la memoria social se entiende como una tarea primaria de los estados en procura de involucrar distintos mecanismos y estrategias para fortalecer la memoria histórica, descontaminar sus componentes negativos y viciados como los ideológicamente pautados, así como, atender las cosas que la UNESCO prioriza para valorar la memoria y la identidad de los pueblos y apoyados siempre en el enfoque de la diversidad cultural.

Son pues retos que involucran instituciones como las universidades, la Secretaría de Educación, la Secretaría de Cultura, Secretaría de Turismo,* y por otra parte, la necesaria toma de conciencia de los grupos portadores o depositarios, únicos responsables directos de la creación y funcionalidad del hecho cultural. Es decir son muchos los agentes involucrados.

A pesar de todo esto no es tema de la agenda nacional y vivimos sin percatarnos y valorar el pasado, de ahí la fuerza de la desmemoria, porque tampoco nos importa el presente, de ahí el inmediatez social e institucional. Y así no vamos a ninguna parte.

* N. del E. hoy Ministerio de Turismo cambio de nombre por Decreto no. 74-10 del 12 de febrero de 2010.

Por un turismo sostenible

Hacer de la actividad turística un medio de vida que beneficie a muchas personas y familias es un esfuerzo loable al que debe vincularse no sólo las instancias gubernamentales concernientes como el Ministerio de Estado de Turismo, sino el sector privado inversionista y las poblaciones aledañas que habrían de beneficiarse de esta manera de generar riqueza.

Sin embargo, para que sea sostenible el turismo, debemos tomar en consideración algunos factores para que la iniciativa luego no se torne en una encrucijada difícil de resolver. Por lo pronto está el dilema medio ambiente-desarrollo turístico, entendiendo que sin vencer la oponibilidad hombre-natura no se alcanzan los óptimos resultados esperados. La naturaleza en toda su dimensión no se acaba de entender como un capital agregado a la inversión turística, sino en un enemigo, y decimos esto debido a que algunos proyectos de desarrollo turístico si bien ciertamente toman en cuenta la naturaleza integrada a la calidad de la oferta que hacen, vinculan la naturaleza con un maniqueísmo absurdo, que finalmente termina por matar la gallina de los huevos de oro.

Sabemos que todo esfuerzo en integrar armoniosamente naturaleza y desarrollo turístico requiere de grandes inversiones y conciencia de sus promotores acerca de la importancia que implica la conservación del entorno natural. A veces este

detalle tiene que ver con el costo de mantenimiento y de inversión, y se maneja de forma inadecuada, haciendo fracasar este necesario acomodamiento entre inversión turística y preservación de nuestros recursos naturales dentro de un proyecto realmente integrado.

Pero muy alejado de este conflicto hay otro sin resolver, nos referimos a la manera en que las comunidades de amortiguamiento de los grandes proyectos turístico se han de beneficiar de la inversión hecha y de los recursos naturales y económicos generados en la zona.

Podría pensarse ¿qué puede ofrecer un simple campesino o las comunidades pobres y marginadas que apenas subsisten? El censo que ha de acompañar el estudio de impacto socioeconómico y cultural, debe levantar igualmente un perfil del potencial social y cultural de sus moradores de manera que se pueda integrar en programas de articulación en que las comunidades ofrezcan servicios y capital agregado como el de la cultura (que de seguro lo tendrá) y entonces esas comunidades, como en un momento lo ha hecho la naturaleza, aporta su cuota al turismo de la zona, que evita convertir la oferta turística del lugar en algo puramente contemplativo y lo transforma en sensorialmente enriquecedor, con las particularidades culturales, y la manera de ser que de seguro tiene un elemento innovador al paquete turístico que además de sol y playa, permite un diálogo cultural capaz de hacer que el visitante se quede con un recuerdo de nuestras bellezas naturales, además de quedarse con un fresco y penetrante contacto con una cultura y un sello humano indeleble.

Logrados estos esfuerzos, entonces podemos hablar de un turismo sostenible que aproveche todo el potencial nuestro y haga de la oferta turística, una competitiva manera de diferenciar: inversión económica, potencial humano y capital agregado, eje triangular con el cual se logra recomponer el actual modelo de desarrollo turístico que finalmente se queda entrampado en pocos beneficiados y muchos interlocutores sin voz.

A la industria turística y la dependencia estatal responsable, se le hace de obligatoriedad un inventario de potenciales turísticos naturales, humanos y culturales que permitan una programación del desarrollo turístico que logre articular esos tres ejes y revelar todas las formas posibles en que el país puede hacer del turismo un medio de vida y un buen sector de inversión con capital de retorno seguro y a la vez de impacto socialmente rentable.

Entre los componentes a tomar en consideración encontramos la artesanía local, la producción agrícola de la zona, las identidades locales y aportes históricos de cada lugar en particular, los recursos naturales y la manera de regular y reglamentar su uso, y cómo la zona, en especial, condiciona determinados tipos de turismo como el de salud, montañas, anti-stress, de aventura. El sector turismo está obligado a modificar el todo incluido y el turismo de claustro. Las aldeas de artesanos es un recurso nada despreciable y puede ser perfectamente una industria local, que atenúa el desempleo e integre a las poblaciones y sus potencialidades en todo este esfuerzo.

Lo de sostenible, no sólo es protección, cuidado y manejo de recursos naturales, sino también integración, articulación e impacto social de esta industria sin chimeneas, en las comunidades que de por vida han sido sus portadores y representantes, en las malas y también en las buenas.

Cocina, paladar y cultura

La cocina, la música, la lengua, la religión y el sexo son para los antropólogos centro de atención por su impacto en las mentalidades y pasiones humanas porque marcan como un sello indeleble el comportamiento, las preferencias y particularidades de los pueblos.

Cada una de las manifestaciones mencionadas encierran dimensiones envolventes tan absorbentes que obligan a un estudio particular. Estudiar y conocer una de ellas es a la vez, desmenuzar la esencia misma de los pueblos. En ella está presente la ritualidad, la creatividad, el talento, lo lúdico, lo propio, lo exclusivo, lo particular, para desde ella entender las mentalidades.

Esa valoración es la que sintetiza a la cultura de un país a través de estos ejes explicativos y en la cual la cocina es una lectura que impregna un grupo cultural específico a su paladar y sabores. Es la cocina imagen de la identidad de un grupo determinado. Sus platos, condimentos, especias, preparación, ritualidad, socialización, maneras de comer, manera de socializar la comida, selección de productos culinarios, presentación o forma de servirlos, estética de presentación, combinaciones, contextos sociales, préstamos y readecuación de los platos, se convierte en un curioso diálogo con el extraño o visitante.

Tal vez sea el paladar uno de las cosas más curiosas al momento de probar el sazón de un país o sentarse a comer un plato típico, como el perro filipino, la rana china, los chiles picantes de Sudamérica y en especial de México. Un país puede ser fácilmente ubicado por su comida, sus platos y especias.

La riqueza que muestra el estudio de la culinaria de un país nos lleva más allá de lo visualmente palpable, como las celebraciones populares, manifestaciones religiosas, actividades lúdicas, socialmente rituales, cotidianas. Esta dimensión de la cocina le da una función social más allá de su uso y permite que la cocina esté presente en distintas manifestaciones de la vida social. Muchos platos están ligados a determinadas tradiciones culturales.

Pero la comida también expresa las estructuras y diferencias sociales en base al tipo de plato y sus componentes. Los grupos sociales dominantes tienen una alimentación distinta aún respetando platos tradicionales. Pero obviamente que conociendo los distintos platos y los momentos sociales en que son usados, supone que todo el mundo en una sociedad no come los mismos alimentos. La carne y otros productos de alto contenido proteico es claro que pertenecían y aún pertenecen a determinadas capas sociales altas, pero ello no impedía que al mismo tiempo se integraran a las formas de la culinaria tradicional. Es así como se va formando la cocina que identifique a una nación.

Por otra parte, el estudio de los alimentos y especias usados en la preparación de los platos implica un dominio de la flora y la fauna y también una visión del mundo, como dicen los chinos: para Buda, todo lo que los dioses han dejado en la naturaleza sirve para la alimentación del ser humano por cuya razón todo se puede comer, porque nada de la naturaleza está supuesto a producir malestar, por lo que la tradición culinaria oriental se basa mucho en diversos alimentos de la naturaleza, sin contar que, a pesar de esto, todas las culturas humanas

tienen animales y plantas tabú, muchas veces por cuestiones religiosas.

Los pueblos que basan su economía de subsistencia en la pesca, fundamentan su alimentación en las llamadas frutas del mar. Pero igualmente aquellos pueblos ganaderos se especializan en una alimentación de carne. Otras sociedades primarias y recolectoras, buscan desde hormigas, insectos, raíces, frutas, semillas, reptiles, etc., para sobrevivir en base a lo que el medio ambiente le proporciona.

Nuestro país es el resultado del mestizaje de distintas culturas que se refleja en la variada cocina dominicana, el casabe, el plátano, el arroz, el quipe, el chaniqueque, el chofán, el cocido, los embutidos, el chenchén... pero también tenemos platos muy criollos como el sancocho, el locrio, la bandera nacional: arroz blanco, carne y habichuela, el morí soñando, la habichuela con dulce, etc.

Sólo en este párrafo anterior encontramos distintos platos que representan a su vez grupos étnicos diversos y constitutivos de nuestra identidad nacional. Cada plato es un aporte de esos grupos a la nación. Pero también cada plato es símbolo de identidad de esos grupos y sabemos que la culinaria es una manera de encontrarnos en cada plato con nuestras esencias, constituyendo la cocina un patrimonio cultural inmaterial singular.

La parte socialmente ritualizada de la cocina que ocupa el interés, sobre todo de los antropólogos, permite conectar un tipo de comida con una expresión cultural específica.

Las bodas, los nueve días, regreso de familiares del exterior está estrechamente ligado al sancocho. La habichuela con dulce y el pescado a la Semana Santa, chivo guisado y chenchén en muchas actividades de la religiosidad popular, el mofongo es ocasional, la sopa o caldos como el cocido, en momentos festivos y cuando el clima lo condiciona, pero en la religiosidad popular encontramos la cabeza de cerdo, el chivo, la gallina y el gallo negro, acompañados de moro de habichuela negra, arenque, batata, casabe.

Por todo ello, cocina y cultura es una manera de conocer los pueblos y sus identidades. El dominio del arte culinario va moldeando un paladar que con el tiempo va definiendo un gusto que a veces es tan exclusivo que lo hace muy propio como los dulces picantes de los mexicanos.

Comida y cultura, es una forma de enlazar, sabor, creatividad y necesidad biológica, creando una tradición culinaria particular y exclusiva, es decir un signo de identidad propio.

Las hazañas de Sammy Sosa

Muchas cosas se han dicho de los esfuerzos de transformación al que se ha sometido nuestro atleta nacional de proyección internacional, Sammy Sosa quien ha dado muchas veces tema de comentarios por su excéntrico comportamiento, que muestra algunos complejos no superados y ligados a su origen humilde y racial que, no ha encontrado aun donde anidarse, ni social ni físicamente.

Lo que le sucede a Sammy Sosa es un hecho reiterado entre artistas, políticos y hombres y mujeres públicos quienes una vez llegado a un sitio de popularidad, les coge con cambiarse algo del cuerpo que les parece irregular o simplemente no les interesa que les siga acompañando en su nueva vida. ¿Qué sucede? Que casi siempre los órganos intervenidos en términos de cirugías plásticas son los mismos: labios, nariz, pelo, senos y obviamente el grosor del peso y el estómago.

Las cirugías estéticas son decisiones personales que debemos respetar. Esto no está en juego, sin embargo, como cientista social puedo afirmar que, cuando un fenómeno social se hace reiterado y frecuente se transforma en un hecho social al que hay que prestarle atención. El suicidio como hace más de un siglo estableció el gran sociólogo francés Emile Durkheim, no es más que una situación muy estrictamente individual, hasta que no se estudien varios casos que, tomados como muestra,

te produzcan ciertas interrogantes y conexiones más allá del espacio individual y es entonces cuando lo individual está influenciado por lo social.

En el caso dominicano, es natural aunque no es auténtico, que con la técnica del Photoshop, los candidatos políticos se cambien prácticamente el rostro y aparezcan más jóvenes de lo que son. Pero en esa limpieza también se llevan de paro rasgos físicos importantes de la identidad de quien hace de la imagen un medio de interacción con el gran público.

Hay pues dos maneras de despersonalizarse físicamente, la de borrar parte de tu propia identidad visual: una la representa el avance de la digitalización de la imagen y por otra parte, el esfuerzo que hacen muchos por cicatrizar estéticamente, por opacar una parte de sí, que extrañamente resulta ser coincidente en muchos de esos casos: nariz, labios, pelo.

Sammy Sosa, se esfuerza en quitarse parte de sí pero para acercarse al tipo biológico caucásico o blanco que no es su origen. ¿Que necesidad había para ello que no sea el discurso conflictuado que también otros hoy asumen como algo natural?

Es obvio que este tema de blanquearse desde el momento mismo que se generaliza, se hace una rutina sobre todo entre nuestros hombres y mujeres públicos, y se convierte de hecho en un tema de debate acerca de la identidad y los conflictos que pervive en una parte importante del inconsciente de nuestros pueblos, pues este tema es retomado en otras islas del Caribe, pues no es exclusivo de nosotros como pueblo, como ya lo estudiara el psiquiatra martiniqueño Frantz Fanon, expuesto en su obra *Piel negra y máscaras blancas*, donde destaca el autor que entre sus pacientes el tema del desarraigo cultural y de identidad biológica, se había convertido en una rutina en su consultorio y por tanto en tema de estudio y análisis para entender el complejo proceso de la identidad en el Caribe, pero que también lo es en otras partes del mundo donde la gente posee otros fantasmas a los cuales les teme y con los cuales lucha como el Quijote de Miguel de Cervantes Saavedra.

Sammy Sosa, es una expresión de lo que finalmente otros tantos harían, en el caso que pudieran económicamente; borrarían los problemas de autoestima, sus huellas y signos identitarias en procura de transitar otro camino que finalmente no produce más que un desencuentro entre el yo social y el yo individual, que podría profundizar en lo más interior del ser, estos conflictos no resueltos.

Diáspora e identidad

La emigración dominicana a distintos puntos del mundo se ha convertido en uno de los grandes fenómenos del momento. De explicación múltiple, la salida de dominicanos en procura de nuevos horizontes, se inicia después de los acontecimientos de la guerra de abril, a partir de lo cual se incrementa la cuota de visado de los Estados Unidos al país.

Desde ese momento se inicia un proceso en espiral y creciente de viajes, primeramente a los Estados Unidos, primer destinatario de la diáspora y luego Puerto Rico, Venezuela, más tarde las islas del Caribe (Aruba, Curazao, Bonaire), y también Panamá, San Martín entre otros lugares.

Con el tiempo se desplazó el punto receptor y por la propia saturación en la gran Urbe de Nueva York, comenzamos a viajar a otras partes, sobre todo Alaska, Canadá y finalmente en los años de 1990 Europa toma un protagonismo inusual.

Hoy se habla de más de un millón de dominicanos esparcidos en el mundo entero, incluyendo Japón, Australia y otros lugares distantes. De lo que se trata en este enfoque no es de las causas y razones del desplazamiento migratorio nuestro, sino de cómo en esa brega por sobrevivir y triunfar, los dominicanos tienen como arma de resistencia y recurso espiritual para la descarga emocional que produce la lejanía con el suelo patrio, a los componentes básicos de la identidad cultural.

La diáspora nuestra no produce una ruptura con el país, ni económica, ni afectiva ni mucho menos cultural. Este perfil migratorio dificulta a los grupos emigrantes su inserción en el nuevo escenario que les sirve de anfitrión. El cordón umbilical con el terruño no se interrumpe y en todo momento se piensa en el retorno, aunque sea como ficción redentora o pie de apoyo emocional o simple terapia psicológica que fortalece el ánimo para seguir adelante.

Otros pueblos poseen el recurso de ser migraciones sin retorno, como el caso particular de los chinos, sin embargo, su vinculación con su país se da a través del círculo cerrado que acompaña su circulación por el mundo. No retornan pero tampoco se asimilan. En nosotros, la melancolía de retorno se convierte, en muchos casos, en un conflicto de adaptabilidad, sólo superado por el referente cultural que sin negar el contacto permanente con el país, lo cultural se convierte en factor además de nucleador, de solidaridad, de fortificación emocional, vector de aliento para continuar adelante y sobre todo, en un apoyo indispensable para soportar la lejanía, por ser la nuestra, una emigración con retorno.

En todo ese escenario, la identidad cultural es la principal convocante. Nunca hace más falta el país y sus cosas, por más simples que aparenten, que cuando no las tenemos cerca. La cotidianidad nos hace perder el interés por la cultura diaria, la mismicidad del ser la omite, la impersonaliza. No obstante, una vez alejados del lugar que nos construye como entes culturales distintos y a la vez iguales, los pequeños detalles se convierten en grandes cosas, por ello es la identidad cultural, el factor de unicidad de la diáspora, es su puente de comunicación con el destierro que produce la emigración y por tanto, más que una maldición, es una salvación, a pesar de sus entuertos y conflictos.

CAPÍTULO II

La dimensión del
patrimonio cultural

Los jóvenes y el patrimonio cultural

Un país que no conoce su patrimonio cultural, que no aquilata la singularidad de su riqueza patrimonial está condenado al fracaso. No vale ningún otro esfuerzo de los gobiernos por lograr metas de desarrollo si no se tiene claro cuál es el valor del patrimonio cultural en la dimensión humana.

La UNESCO, tal vez ocupada más detenidamente en estos menesteres, no solo advierte de la necesidad de que los gobiernos miembros se preocupen por salvaguardar su patrimonio cultural (material e intangible), sino de establecer políticas y programas de defensa y protección del mismo.

En ese sentido es oportunamente refrescante el recién concurso juvenil Conoce y Evalúa tu Patrimonio Inmaterial, auspiciado por Unión Latina, UNESCO y el Centro León, con la finalidad de involucrar a los estudiantes universitarios en la investigación de nuestro acervo patrimonial, esta vez inmaterial, y de esa manera acercarlos al conocimiento, investigación y valoración de esta gran riqueza cultural que posee nuestro país y que la escuela formal debe esforzarse también por priorizar entre sus objetivos y metas y que los estudiantes nuestros conozcan más sobre las particularidades y especificidades de nuestra cultura y su patrimonio, por cuyas razones lo recomendamos como patrimonios.

Las universidades por igual tienen mayor compromiso ante este reto y deben procurar que en sus clases se estudie más

de cerca el patrimonio cultural nacional, su importancia y sin igual valor como eje articulador de la identidad.

Por todas esas razones celebro la convocatoria hecha por las instituciones mencionadas y esperamos que cada año se integre un ejército mayor de jóvenes, porque de una forma u otra, esta iniciativa deja una preocupación en ellos, una curiosidad, un conocimiento que nunca será despreciado entre estos estudiantes universitarios participantes, que más que el reconocimiento y la premiación propiamente, su singularidad debería radicar en la investigación acerca de uno de nuestros patrimonios nacionales.

Esta vez, el premio consiste en 1,000.00 dólares y la publicación de una obra el año siguiente al concurso junto a los demás ensayos de un libro conteniendo todos los trabajos que merecieron reconocimiento por parte de las instituciones convocantes y que circula en gran parte del mundo bajo la cobertura y responsabilidad de la UNESCO, hecho que de por sí encierra un significado esencial en esta participación, que en todo momento debe resaltar una competitividad sana, de calidad, que permita nuevos conocimientos sobre la cultura dominicana a cada participante, más que la premiación, que sin dejar de ser importante, no debe convertirse en el norte del esfuerzo de los jóvenes participantes.

No olvidemos que nuestro país tiene dos patrimonios intangibles de la humanidad y uno arquitectónico o monumental; el Complejo Cultural de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella –2003–; el Teatro Popular Danzante de los Guloyas de San Pedro de Macorís –2005– y –la Ciudad Colonial de Santo Domingo –1990–. Por el momento poseemos la vanguardia de este tipo de reconocimiento en el Caribe (patrimonio intangible), lo cual debe hacernos sentir orgullosos, pero este sentimiento de regocijo solo es posible cuando se conoce, se valora y aprecia lo nuestro en términos culturales, que es cuando se protege como parte de un legado nuestro a las nuevas generaciones y al mundo.

Un país que no protege su patrimonio contribuye a diluir su memoria histórica y a perder su identidad cultural en momentos en que los vientos soplan contrarios a la defensa de las identidades locales y nos sugieren identidades sin fronteras, globales, desterritorializadas; todo esfuerzo que hagamos para fortalecer nuestro patrimonio contribuye a construir una identidad moderna y abierta, pero al mismo tiempo local y con rostro.

Debido a ello, el país debe abocarse a elaborar su listado de patrimonio en las áreas de sitios naturales, históricos, monumentales e intangibles. De esa manera podemos producir una declaración nacional de nuestro patrimonio cultural y natural nacional, partiendo de que no todo hecho cultural es un patrimonio, sino aquellos que por su exclusividad y particularidad son únicos en sus características. Pero los primeros que debemos estar claros somos los dominicanos. En ese listado y una vez declarados, elaborar políticas y programas de conservación y valoración, sin que medie la UNESCO, pues es un mal hábito reconocer lo nuestro cuando es nombrado como tal por organismos internacionales. La iniciativa debe partir primero de nosotros: Estado, instituciones privadas y la sociedad civil.

Las aulas nacionales universitarias y de la educación formal, deben abrirse al patrimonio cultural del país que no está precisamente dentro de la escuela o las universidades, sino por el contrario, en las calles, campos, ciudades y comunidades rurales, portadores de nuestro acervo cultural, de nuestro patrimonio cultural. De esta manera rompemos el mito de que la cultura la produce la educación formal o universitaria, para entender que la cultura es una producción colectiva, de todo un pueblo (analfabeto o no), en la que la educación es uno de sus pilares.

Este nuevo reto nos permitiría una familiaridad entre cultura popular y educación que haga más ligero el proceso de reconocimiento de nuestros iconos culturales fundamentales, base de nuestro rico y variado patrimonio cultural: natural, intangible y material, sostén de nuestra identidad cultural, diversa y sincrética.

Un inventario del patrimonio cultural

Como caso curioso, se ha despertado en los países un interés inusitado por valorar, reconocer y proteger las distintas maneras de su patrimonio, tal vez como resultado de un empuje desde la UNESCO y por iniciativas de sectores locales que han visto en el patrimonio cultural de los pueblos, el último recurso de supervivencia ante la gran batalla que se libra por la reafirmación de las identidades en momentos en que se expande la globalización como parte del paquete que acompaña el Nuevo Orden Internacional.

Sin embargo, esta labor es de gran envergadura para los pueblos e instituciones responsables de ubicar, estudiar, inventariar, para proteger y poner en valor los distintos recursos del patrimonio de un país. Hablamos de que en estos momentos se han clasificados éstos en cuatro áreas: el Monumental e histórico, el Natural, el Intangible/Oral y el de la Memoria.

La tarea inmediata consiste en la elaboración de un inventario por renglón que permita conocer qué posee cada nación como patrimonio en cada una de las áreas, primeramente reconocidos como tales por cada país independientemente de las consideraciones de la UNESCO.

Somos nosotros, los dominicanos, quienes debemos tener primeramente claro cuál y por qué escogemos tal o cual

patrimonio, son los pueblos y sus equipos de investigadores y responsables institucionales los que han de abrir los senderos.

De estos patrimonios escogidos por áreas, debemos pasar luego a una elección de aquellos cuya importancia e impacto reviste un valor y trascendencia regional o universal o simplemente, en los cuales su exclusividad es incuestionable.

Esta labor de inventario, búsqueda, discusión, escarceos, evaluaciones y particularismos, de estas manifestaciones del patrimonio, como vemos, no puede descansar en una sola mano, en una sola institución.

La complejidad y diversidad de los patrimonios obliga a un enfoque multidisciplinario que permita aquilatar todas sus aristas, alcances y radiación en el ser humano al que le sirve o en el que ha servido de referencia por años, y por tanto las razones pueden ser de múltiple naturaleza al momento de seleccionar un listado nacional o local. De éste se escogería un listado de piezas ponderables a ser presentadas como nominación nacional o regional a la UNESCO en cualquiera de los escenarios posibles.

De ello se desprende que, con calma, pero con decisión ha de comenzarse a trabajar el inventario por sector de interés, y que en los casos que se inicien los trabajos por instituciones responsables, que éstas se constituyan en un equipo colegiado, multidisciplinario, del sector público y de la sociedad civil, de manera que pueda ser representativo del conjunto de personas y grupos interesados y evitar la exclusión que podría sesgar la iniciativa.

La existencia de tres patrimonios en nuestro país: la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella, el Teatro Popular Danzante de los Guloyas y la ciudad colonial de Santo Domingo, nos compromete a continuar escudriñando otros patrimonios igualmente importantes y que podrían ser nominados por el Organismo de Cultura Internacional.

Cada renglón del patrimonio debe tener un equipo especializado que trabaje un inventario, y procure un reconocimien-

to y nombraría por parte del Estado dominicano a través del Congreso de la República, luego y con detenimiento, escoger piezas a ser presentadas a la nominación internacional, acatando los criterios y normativas de éstos expertos, pues se trata de un documento de rigor y exigencias técnicas estrictas. En todo caso, el contagio de la pieza presentada puede ser de hecho el tiro de gracia inicial.

Los pueblos y gobiernos acostumbran a fijarse en el patrimonio para los casos en que se selecciona una pieza a ser nominada al listado de las que componen el grueso de las que se presentan cada dos años al organismo internacional por las demás naciones, sin embargo, cada país debe dedicar una parte del tiempo a la elaboración, siempre creciente, de una lista de su patrimonio por áreas, independientemente de su presentación o reconocimiento internacional. Esto es como un compromiso con los valores más importantes de nuestro patrimonio y la necesidad de su reconocimiento, valoración y protección interna, no solo para la ocasión del concurso internacional.

En todo caso debemos tomar en consideración que estos patrimonios tengan una fuerza determinante en el acervo cultural de la nación, conserven una vieja tradición, estén en peligro de extinción y tengan una importancia singular en la región o en el plano internacional, o simplemente que sean de particularidad única para nosotros y por tanto, como patrimonio mundial. Velando siempre por la elaboración de un plan de protección, valoración y divulgación que permita su recuperación del olvido o de su desaparición definitiva.

En nuestro país tenemos pendiente continuar el esfuerzo de presentar la Ruta de los Ingenios, la Plaza Ceremonial de San Juan de la Maguana, La Vega Vieja, La Isabela, la ciudad de Puerto Plata, como sitios históricos y arquitectónicos de sin igual valor para el país, la región del Caribe y de importancia mundial.

Así mismo, en el patrimonio natural debemos insistir en la particularidad del Parque del Este, la isla Beata (por su

biodiversidad), la isla Cabritos, o la belleza espectacular del Parque Jaragua y la Bahía de las Águilas, entre otros bellos lugares naturales y de biodiversidad que deben ser protegidos.

En lo que respecta al patrimonio inmaterial podemos continuar con el carnaval dominicano y su diversidad y riqueza, los chuineros, el complejo socioreligioso del liborismo, la complejidad en forma de cofradía de la Sarandunga de Baní, el merengue, y otros ritmos nacionales como la bachata, por solo citar algunas de estas manifestaciones.

Por último, no por ello de menor valor, el patrimonio de la memoria que ha sido asumido por un conjunto de instituciones públicas y de la sociedad civil, ha de continuar la tarea de inventariar y elaborar ese patrimonio sonoro, de imágenes, fotográfico y documental-bibliográfico, para poder presentar una buena nominación, que de seguro la tenemos en este importante ámbito de la memoria, sin la cual se pierde el rostro identitario de un país. Se trabajan en estos momentos dos piezas que podrían ser canalizadas para tales fines: *Memoria de la resistencia 1930-1961* y el *Libro de bautismo de esclavos (1636-1670)*, a través del Comité Nacional de la Memoria.

Como vemos, el trabajo es de gran dimensión y requiere flexibilización, apertura, rigor, acuciosidad y entereza para acometer sus metas y elaborar como primera medida, un listado de esos patrimonios por áreas y luego un esfuerzo por su reconocimiento interno, para pasar luego a su presentación internacional como pieza mundial del patrimonio en los renglones: natural, sitios históricos y monumentos, oral e intangible y memoria del mundo.

Patrimonio cultural y política

El patrimonio cultural es una propiedad de toda la nación. Su reconocimiento, protección y salvaguarda es compromiso de todos y en especial de los propios concernidos que deben tener plena conciencia de la importancia que tiene lo que hacen y por qué lo hacen.

Pero de la defensa de ese patrimonio también debe velar el Estado y sus instituciones responsables así como ONG y demás instituciones de la sociedad civil, cuyas funciones y razón de ser tienen que ver con la cultura o el trabajo cultural.

Como es de todos conocido nuestro país posee tres Patrimonios de la Humanidad: la ciudad colonial de Santo Domingo, el Complejo Sociocultural de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella y el Teatro Popular Danzante de los Guloyas de San Pedro de Macorís. Estos últimos, patrimonios oral e intangible.

Orgullo como pueblo debe darnos tales reconocimientos y obliga a las instituciones responsables del trabajo cultural, hurgar en otras expresiones nuestras de gran valor nacional e impacto internacional para poderlas incluir luego como pieza del patrimonio mundial pero sobre todo, elaborar un listado consensuado sobre nuestro patrimonio nacional o local de importancia y que reúna las condiciones para ser declaradas por nuestras instituciones (el Congreso de la República) como

patrimonios culturales locales, independientemente que lleguen a alcanzar en algún momento, la condición de patrimonios universales, debemos comenzar por organizarnos y valorarnos nosotros mismos.

En tal sentido, esta labor concierne en primer lugar a las instituciones estatales ligadas a la labor cultural, pero en coordinación con otras del sector privado, ONG y agrupaciones de la sociedad civil, como ya expresamos anteriormente y para que tenga un sentido verdaderamente democrático.

No obstante, quisiera expresar una notoria preocupación surgida a propósito de una visita realizada a la comunidad de Mata Los Indios de Villa Mella en casa del fallecido Sixto Minier para cumplir con sus familiares ante tan doloroso momento.

Luego visité la casa de Enerolisa Núñez a solicitud de ésta y me extrañó ver en ambos lugares propaganda político-partidaria gubernamental. Ellos obviamente como ciudadanos, tienen todo el derecho de asumir y poseer la simpatía que quieran, es su derecho y no debemos cuartarlo. Pero las instituciones estatales responsables del trabajo cultural deben evitar confundir el agua y el aceite.

Si una tradición cultural ha sido regularmente identificada con una bandería política desde su fundación misma, causa menos espanto, que cuando tu visitas por mucho tiempo un lugar de viejas tradiciones culturales y de un momento a otro te encuentras con esas promociones clientelares que desdican mucho de la intención estatal.

Estas iniciativas desvirtúan la naturaleza y la pertenencia de estas manifestaciones culturales, que por su importancia en el espectro de la cultura nacional, tienen una adhesión múltiple, una simpatía diversa y un compromiso con distintos sectores de la sociedad y por demás expresan un sentimiento libre y espontáneo de la gente.

La instrumentalización cultural ya hizo mucho daño en época del realismo socialista en los países del este y otras esferas del mundo socialista, pero también sabemos que como parte de

la ideología, es un fruto codiciado por políticos y partidos en distintos momentos de la historia, teniendo resultados fatales para los pueblos. Pensemos tan sólo en la época de Trujillo.

No es una práctica sana contaminar las manifestaciones culturales con estigmas político-partidarios, porque en vez de beneficiar la tradición, que es lo que se quiere y se aspira en el fondo, terminamos por inferirle un golpe mortal de impredecibles consecuencias.

Pero igualmente responsable de tan desacertado proceder resulta la posición de indiferencia de los organismos estatales que deben proteger esos patrimonios, una de cuyas funciones es velar siempre por la transparencia y la limpieza con el que deben conducirse hacia dentro y hacia fuera, garantía de que todo agente contaminante, no importa su procedencia, ha de ser separado del hecho cultural para que esta pueda seguir siendo una voz autorizada de los grupos portadores y genuina representación de sus valores identitarios más auténticos y sanos.

Por tanto, sugerimos tomar cartas en el asunto a aquellas instituciones que deben velar por evitar tales prácticas y, sugerimos que los grupos portadores se distancien lo más posible de todos esos agentes distorsionantes que ponen en peligro la tradición y su continuidad, por el bien de la cultura y del país.

Descongestionemos de una vez por todas de la vida nacional, la ideologización y politización de todo... hasta de la cultura.

La salvaguarda del patrimonio inmaterial

En la 32° Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial auspiciada por la UNESCO en octubre del año 2003, donde tuvimos como país una destacadísima participación, se ratificó el compromiso de los Estados Miembros con el Patrimonio inmaterial y la necesidad de legislar y tomar medidas tendentes a revalorizarlo, protegerlo y promoverlo con las nuevas generaciones.

Una vez tomada dicha iniciativa, queda a los Estados Miembros legislar al respecto de forma que estos esfuerzos del organismo internacional no queden en el olvido o no se conviertan en letras muertas. La necesidad de comprometer a los gobiernos y otras instancias de poder de los Estados, se convierte en un reto para la UNESCO, de manera que su prédica cuente con el visto bueno y los deseos de colaboración y asistencia para con estas importantes tradiciones culturales afectadas por un conjunto de limitaciones que las ponen en peligro.

Recientemente los señores senadores hicieron suya tan magna iniciativa y ratificaron el documento de la UNESCO, de forma tal que se comenzaron los pasos pertinentes para que el Estado dominicano y sus distintas instancias acojan el mismo y comiencen no sólo su implementación, sino a beneficiarse el país de una serie de programas de ayuda

tendientes a salvaguardar nuestro Patrimonio inmaterial amenazado por situaciones que van desde los cambios resultantes de la globalización, la apertura comercial, la inmigración, la modernización y el explosivo avance alcanzado por los medios de comunicación masivos.

El Senado envió a la Cámara de Diputados la resolución conocida y aprobada en la segunda semana de este mes de marzo a la espera de su ratificación por esta otra sala, donde sin dudas se impondrá el buen juicio de nuestros legisladores respecto al impacto que este tipo de convenio implica para el apoyo de programas y proyectos que, junto al Estado dominicano, se puedan impulsar en colaboración y coauspicio de la UNESCO u otras fundaciones y recursos a los que podamos acceder.

Sabiendo la importancia que reviste este punto en la agenda de los legisladores, no cabe dudas que el señor Presidente de la Cámara de Diputados pondría en agenda muy pronto el conocimiento del mismo. Así mismo esperamos que el Poder Ejecutivo lo convierta en ley tan pronto salga del Congreso y de esa forma poder cumplir los requisitos del marco legal en estos casos para poder ser beneficiados en el primer paquete de países que se compromete institucionalmente con los marcos referenciales de la 32^o Convención de la UNESCO sobre la salvaguarda del Patrimonio Inmaterial y que entrará en vigencia a partir de junio de este año.

Para nuestro país es de vital importancia involucrarse en todo lo que implique el patrimonio cultural inmaterial del cual poseemos ya dos Piezas: el Complejo Cultural de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Mata los Indios en Villa Mella y el Teatro Callejero Danzante de los Gulo-yas en San Pedro de Macorís: su conocimiento, valoración, salvaguarda, protección y aprovechamiento de los mismos dentro de políticas de desarrollo sostenible que haga posible que nuestros patrimonios inmateriales, además de valorarlos y protegerlos, nos brinden todo el placer espiritual de su recreación, contemplación y disfrute bajo el cuidado de un

conjunto de normas y procedimientos, que junto a organismos como la UNESCO y los que desde el país tengan responsabilidad sobre el mismo, nos permitan establecer lineamientos claros de intervención y protección de los mismos.

El patrimonio oral e intangible y sus alcances

Después del éxito obtenido por la UNESCO y los gobiernos miembros, con relación al reconocimiento y puesta en valor del Patrimonio monumental, que alcanza hoy más de 1,100 sitios y monumentos en todo el mundo, a finales del siglo xx el organismo internacional se preocupó por el patrimonio inmaterial, oral e intangible (1997), que son las distintas denominaciones con la que se define toda aquella producción humana que no puede ser tocada con las manos o materialmente evidenciada.

En tal sentido, y tomando en consideración que una parte importante del anterior reconocimiento recaía sobre los países grandes y ricos por poseer éstos una grandiosa historia arquitectónica y de trascendente impacto sus pueblos y ciudades en la historia universal, la UNESCO entendió oportuno ante el evidente peligro de que se perdiera una importante fuente de la memoria social universal, auspiciar el reconocimiento a estas formas culturales: lengua, danza, música, formas de organización políticas, económicas y sociales, mitos, leyendas, juegos y distintas expresiones del mundo lúdico, así como otras maneras de representación de la creatividad humana, y que sirviera como soporte en la tradición identitaria de estos grupos, teniendo ya más de 90 piezas a nivel mundial.

En esa lucha y preocupación sostenida por la Dirección General de la UNESCO en la cabeza de su máxima autoridad el japonés Kōitsirō Matsuura, se inicia recientemente el reconocimiento al patrimonio intangible tomando en consideración una serie de normativas que acompañan la presentación de estas piezas del Patrimonio oral, primero a la UNESCO y luego ésta la distribuye entre especialistas por área en todo el mundo (constituidos en jurado), quienes al final dictaminan su veredicto a favor de determinadas tradiciones que reúnan el conjunto de criterios considerados como necesarios para el otorgamiento de dicho reconocimiento.

En todo momento hemos dicho reconocimiento y no premio, pues se trata más que todo de un pergamino de reconocimiento a dicha tradición, amparado en los criterios de participación establecidos. No implica el mismo representación metálica, aunque sí la oportunidad de usar dicho reconocimiento con fines de obtener recursos con Fundaciones y otros organismos internacionales que, en base a un «plan de acción» previamente sometido en el dossier de la UNESCO, puedan canalizarse recursos para cumplir con esos propósitos iniciales de intervención en las distintas tradiciones y procurar su recuperación, revitalización y protagonismo de antaño.

Los Estados signatarios de la UNESCO y que han enviado sus piezas como parte de la convocatoria formulada por el organismo con sede en París, Francia, deben igualmente, una vez obtenido tal reconocimiento, desplegar su propia estrategia de ayuda y respaldo material a dicha iniciativa, que además de realzar el patrimonio local, lo internacionaliza de manera que el mismo pasa a ser parte del inventario de patrimonios mundiales, y deja de ser únicamente propiedad nuestra, para pasar a serlo de toda la humanidad, y en tal caso, el compromiso de los gobiernos trasciende la mera intención burocrática y pasa a tener una prioridad extraterritorial. Por lo tanto, internamente también puede haber una búsqueda de recursos más allá del Estado mismo y convertir tal reconocimiento en un

proyecto de toda la nación. El contagio es problema de quien posee en ese momento la responsabilidad de su supervisión y dirección técnica.

Por otra parte, la UNESCO reconoce al grupo o la instancia cultural que aparece como simbólicamente representativa de la tradición, aunque tenga más de una. Sabemos que la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo, es una entre más de 100 grupos de igual naturaleza en el país, sin embargo, por múltiples razones, muchas de ellas subjetivas, se escoge una que sea por demás fielmente representativa del conjunto.

No obstante, al momento de reconocer o nombrar, el organismo de cultura internacional, designa un nombre, un lugar, una tradición, unos responsables, una historia oral, un contexto, una situación particular, un diagnóstico específico, y obviamente si la tradición guarda indefectiblemente vínculos con otras manifestaciones de la cultura que le sean familiares. Es parte, entonces, de un *complejo cultural*, pero es a ella en especial que se reconoce, no al conjunto, evitando de esa manera dispersión, confusión y disgregación en cuanto a los planes y estrategias que habrían de establecerse para recuperar la memoria.

En tal sentido para que la iniciativa de la UNESCO, tenga algún efecto ulterior y a la vez resultados tangibles, debe ser concisa y precisa en la naturaleza del reconocimiento otorgado. Naturalmente este tipo de solución genera a su vez algunos conflictos interpretativos con relación a los alcances y la naturaleza del reconocimiento como son:

- Normalmente los grupos portadores, cansados de vagar en procura de ayuda, entienden el reconocimiento como un premio que acarrearía beneficios materiales inmediatos, lo cual no es cierto.
- El salto al estrellato produce ciertas dislocaciones distantes al proceso natural con el que estaba antiguamente articulada este tipo de tradición.

- Las sobreexpectativas genera conflictos internos y luchas de poder, que anteriormente no existían.
- El reconocimiento origina la aparición de nuevos mesías o intermediarios.
- A veces los grupos portadores no le dan importancia a la aplicación de los planes y programas de recuperación y transmisión de la herencia.
- Esta denominación y sus implicaciones, sobre todo material, genera *oligarquías culturales* que sobresalen del conjunto y crea celos y enfrentamientos innecesarios, lo cual debe evitarse.
- Puede producir un protagonismo exagerado de los organismos burocráticos del Estado responsables de su aplicabilidad y hacer abortar los fines.
- Un mal manejo de la proyección social de estos grupos venidos del anonimato nacional, puede torcer la intencionalidad y espontaneidad original y reducirlo todo a lo material, lo comercial y lo publicitario, en cuyo caso se pierde el rumbo con el cual se tomó esta hermosa iniciativa.
- A todo esto, sabemos que los países industrializados, sobre todo de Europa, no les interesa mucho lo del patrimonio oral e intangible porque su fuerte son los monumentos y sitios, lo que quiere decir que de entrada, surge el mismo con una debilidad estructural y para lo cual también debemos estar preparados.

Cómo determinar un patrimonio cultural

Quizás una preocupación generalizada es la que tiene que ver con la nominación de patrimonio local, comunitario, regional, nacional y obviamente, mundial. Como vemos se trata de una gran lista, pero que tiene grados de importancia o significación relativos y hasta subjetivos al momento de determinarlos.

Esto así, debido a que quien define la importancia de un hecho cultural son los grupos portadores del mismo, aquellos que lo han creado, lo practican y lo proyectan como parte de su identidad.

La funcionalidad que tiene el patrimonio para estos grupos en cuestión, lo catapulta como un hecho cultural relevante en la comunidad y como parte de su esencia existencial y trascendencia más allá de lo individual, más bien de todo el grupo o de una parte importante de éste.

Es cierto que el concepto de patrimonio es reciente al menos como lo dimensiona la UNESCO, dando un carácter de importancia social además del que le asignan los grupos portadores, para serlo también institucional y formal. Sin embargo, en los hechos estas manifestaciones culturales han existido al margen del reconocimiento de los demás, lo cual tampoco es minimizado, simplemente es destacar la

importancia o significación en quien se apropia de una expresión de la cultura y la transfiere en valor social de magnitud señorial que es lo que sucede con muchas de esas prácticas culturales, que la asiduidad, la presencia de públicos, la fuerza magnética de su convocatoria, lo emocionalmente representativo en ellas, la reciprocidad solidaria que tiene entre los individuos que la asumen, la engrandece más allá del hecho cultural fortuito.

Es posible en consecuencia que al momento de inventariar eso que denominamos patrimonio cultural de una nación, equivoquemos el tiro al seleccionar ese patrimonio esparcido en el territorio, sobre todo si no se define claramente el tipo de patrimonio cultural del que hablamos.

Es decir, no es todo lo que la gente de un país es capaz de crear y que entra dentro de los linderos del hecho cultural propiamente que se considera patrimonio, al menos para estos fines, sino de aquellas manifestaciones culturales que, sin importar el grupo que la practique, la cantidad de miembros que la haya hecho suya o la difusión en el territorio nacional, para los grupos portadores, son aquellas manifestaciones culturales que adquieren una relevancia y significación particular y por tanto son un patrimonio de la comunidad, como podría serlo para una región o una nación completa.

Los criterios de selección del inventario de estos bienes culturales, varían en función del impacto nacional, local o regional de un hecho de la cultura, pues es en esa misma medida que se reflejaría su importancia social y su nominación como patrimonio.

Por tanto, de lo que se trata en estos momentos es de atrevernos desde la instancia cultural que sea, de inventariar el patrimonio cultural de las comunidades, no importa el tamaño de estas, luego ver qué proyección territorial posee y si puede ser considerado un patrimonio regional, pero también si su gravitación es nacional o podría serlo de toda la humanidad.

El concepto mismo de patrimonio nacional tampoco tiene que ser de una manifestación cultural con presencia en todo el territorio, pues esta consideración viene dada de las características, particularidades y singularidades que lo podrían convertir en un patrimonio nacional y mundial al mismo tiempo como sucedió con los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella y el Teatro Popular Danzante de los Guloyas de San Pedro de Macorís, que son regionales o bien locales, sin embargo, la fuerza expresiva, significativa, el contagio y la valoración que el grupo le asigna, los convirtió en patrimonios nacionales y al ser nominados por la UNESCO patrimonios de la humanidad, adquirieron igualmente dimensión universal.

¿Quién asigna esta distinción de patrimonio? como vemos son los grupos, la gente en sus comunidades, en la manera en que lo valoran, lo integran a su cotidianidad, a sus fiestas, a su identidad, a sus rasgos más originales y a sus historias y acontecimientos más destacados, sin importar que se trate de un hecho religioso, de la lengua, una creencia, una danza, una música, un plato de la culinaria, un aspecto de las técnicas de producción y supervivencia mantenida a través del tiempo o una manifestación festiva, un estilo artesanal o formas particulares de arte popular, teatro y otras formas de la cultura.

En la elaboración de este inventario o lista del patrimonio, los especialistas deben auxiliarse de la gente del pueblo de manera que el mismo esté lo más apegado posible a las expresiones que guardan una particular atención para los grupos practicantes. Es cierto que las consideraciones y marcos referenciales del especialista contribuyen a evitar una atomización clasificatoria que resulte luego en una imposibilidad de establecer fronteras, porque de todas maneras, no hablamos de la totalidad del hecho cultural sino de una parte muy esencial de este, sobre todo para quienes así lo han concebido y así lo asumen.

Conjugar ambas realidades es la tarea actual para evitar una generalidad que conceptualmente y para estos fines es

incorrecta. De todas maneras se hace perentorio iniciar esfuerzos para que cada comunidad comience a inventariar su patrimonio, lo haga respetando ciertos criterios clasificatorios y conceptualmente claros, y al conocerlo, comenzar a valorarlo y, que esto contribuya a su preservación y protección para las futuras generaciones.

No debe ser motivo de preocupación que el esfuerzo no sea acompañado de un reconocimiento o Premio de organismos internacionales e incluso de estamentos institucionales importantes como el Congreso Nacional o los ayuntamientos, lo importante es que ese patrimonio sea valorado, respetado, protegido y salvaguardado, por quienes lo tienen como parte de sus existencia misma, en quienes tiene significación social, afectiva y emocional, además del cultural propiamente.

La recuperación del patrimonio nacional

Con tres patrimonios mundiales, uno monumental, la ciudad colonial de Santo Domingo y dos inmateriales: los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella y el Teatro Popular Danzante de los Guloyas, nuestro país alcanza en el Caribe un sitio importante en este tipo de reconocimiento, sin comentar negativamente que a pesar de la diversidad climática y belleza paisajista, no hemos logrado colocar nominaciones en áreas protegidas, donde a pesar del esfuerzo hecho, no alcanzamos el reconocimiento del organismo internacional para tal designación.

La riqueza de biodiversidad, climática y paisajística, además de la diversidad cultural, la importancia de su historia en la región del Caribe, su impacto en la historia universal, aún debemos persistir en lograr reconocimientos de importantes sitios históricos como la Plaza Ceremonial de San Juan de la Maguana, la pintura rupestre abundante en nuestras cavernas y la ruta de los ingenios. Los gobiernos deben actuar con diligencia y rapidez en procura de elaborar un listado de su patrimonio por área y que las instancias estatales correspondientes declaren, aquellos patrimonios comunitarios y nacionales de significación para los grupos portadores y toda la nación.

Acompañados de estudios y de un listado de estos patrimonios, se deben elaborar planes de acción para la recuperación,

protección y salvaguardia de estos patrimonios que involucren a los comunitarios a través de organizaciones de la sociedad civil, representantes del gobierno, ONG y funcionarios municipales, además de grupos portadores y que juntos planifiquen y ejecuten medidas mancomunadas que contribuyan a su recuperación y proyección histórica.

En todo caso no se trata de concebir políticas de protección puras que aislen las comunidades y a visitantes, del disfrute de estos valores de la cultura de trascendencia sin igual para aquellos grupos humanos a las que estas manifestaciones culturales les sirven de práctica y sostén de una tradición, con una funcionalidad efectiva y socialmente reproductora del marco identitario del grupo. Los espacios culturales considerados patrimonios culturales, no implican su conversión en espacios cerrados, concebido como bola de cristal que no puede ser tocado, ni mucho menos sin interacción con la sociedad. No es esto que evitaría su deterioro y extinción.

Lo más importante es crear conciencia entre los usuarios del patrimonio y aquellos a quienes le llega por contagio, a que se valore su importancia social, se respeten sus normativas, se acepten los cambios internos que lo mantengan fresco y dinámico, se intercambie con otras manifestaciones culturales afines o familiares por cercanía o parentesco y se articulen con los fenómenos actuales como la inmigración, la modernidad, la globalización y demás factores, por mucho tiempo considerados agentes contaminantes y que ya hoy estos criterios absolutistas y románticos han sido teóricamente superados, sin dejar de reconocer el impacto que puedan causar a la tradición. Pero el desafío es parte del riesgo para que un hecho cultura perviva.

Como vemos, en todo este esfuerzo de recuperación del patrimonio se hace evidente la importancia de la educación de actores, grupos interactivos y poblaciones de trasiego que entran en contacto con la tradición cultural por múltiples razones y que será siempre un vector de cohesión social del grupo,

ente componedor del tejido identitario y por supuesto, base sustancial del estado emocional y reafirmación de la autoestima del grupo portador del mismo. Además de ser la fuente nutricia de su memoria colectiva, el patrimonio cultural debe ser tema de los contenidos curriculares de la escuela, que posibilite un mayor acercamiento entre estudiantes, comunidad y patrimonio.

Así mismo, las políticas de recuperación del patrimonio, su salvaguardia y protección deben ser consensuada entre los grupos e instituciones responsables bajo la consulta con organismos del estado directamente relacionadas con estos temas. La democratización y participación ciudadana es garante de las mejores intenciones de que el esfuerzo cuente con la más grande cobertura de los distintos sectores.

Igualmente es de rigor reconocer el papel hegemónico de los grupos portadores y comunidades directamente influenciadas por el aura cultural irradiada por el patrimonio correspondiente. En tal sentido, nos oponemos a que el criterio de salvaguarda predominante sea en base a la conservación estática y separada de los grupos practicantes y visitantes. El patrimonio sin la participación de la gente pierde dimensión social y funcionalidad cultural. No se trata de recuperar el pasado para observarlo desde fuera, sino para integrarlo a la cotidianidad de las comunidades, única manera en que el patrimonio adquiere un valor agregado, más allá del que le asigna la historia y los grupos portadores.

Como sabemos hay dos maneras de concebir la recuperación y salvaguardia del patrimonio, por un lado los que se oponen a todo uso del espacio público por las generaciones actuales o bien en los casos del patrimonio inmaterial, oponerse a todo cambio, rearticulación o reciclaje del hecho cultural. Por otra parte, tenemos a quienes entendemos la recuperación de los patrimonios, como una continuidad generacional, entre el pasado y el presente. No hay tiempo para la melancolía que su-

ponga una ruptura entre un pasado de esplendor y el presente, considerado a veces como depredador y que obliga pues a distanciarlo para mantenerlo en estado puro e impoluto.

La democratización del patrimonio debe promover políticas de protección y salvaguardia, respeto de la significación social de la tradición para los grupos portadores, la participación ciudadana en sentido extenso e intenso, apoyado en políticas educativas que construyan nuevas conciencias de acercamiento hacia estos patrimonios que respeten su importancia histórica y social.

Por supuesto a estos esfuerzos han de integrarse instituciones como el Ministerio de Estado de Educación, el de Cultura, el de Turismo, las universidades, las juntas de Vecinos y demás cofradías como expresión genuinas de los grupos portadores, además de las ONG y los organismos municipales como las sindicaturas locales y las asociaciones de jóvenes y otras instancias de la sociedad. Sólo la educación construye el reconocimiento de estos valores históricos y culturales, transforma la percepción que sobre el patrimonio se tiene y fortalece la conciencia de la gente acerca de la importancia del patrimonio como parte de la memoria histórica y social de toda la nación y en particular de los grupos practicantes y sus comunidades.

La Chocolatera: un patrimonio de Puerto Plata

Desde la ciudad del Atlántico se mueve un viejo sueño: La Chocolatera. Espacio público pensado por los culturólogos de la zona, amigos solidarios e instituciones del Estado, como un lugar para el arte, la cultura y el disfrute de su vegetación.

Esta vez la rueda la mueve la Oficina Nacional de Patrimonio y su incumbente la señora Lourdes Camilo de Cuello, los distintos sectores culturales y turísticos de la ciudad del norte, con el auspicio del Ministerio de Cultura de Francia. El Atelier realizado los días 6-9 de julio, concentró a personalidades, trabajadores culturales, representantes de institucionales del Estado e instituciones del sector privado.

Con una historia larga, el espacio público de La Chocolatera, cedido en la gestión gubernamental pasada a el Ministerio de Estado de Cultura, obliga a los sectores dinámicos de la cultura en Puerto Plata y el propio Ministerio de Cultura a proponer una forma de uso del espacio que contemple además de lo cultural, lo recreativo, el divertimento sano y el ocio, de manera que pueda ser potenciado todo el lugar incluido un parque ecológico que convierta el sitio en una especie de pulmón de la ciudad y lugar de ejercitación física y mental.

Los talleres del Atelier Sirchal II, auspiciado como una continuidad del anterior Atelier celebrado en la gestión pasada,

vienen a cumplir una necesidad de diálogo, consenso y participación en la decisión acerca del proyecto que habría de ser implementado en tan estratégico lugar de la ciudad. Situado a poca distancia del casco histórico de la ciudad y cercano al proyecto de puerto turístico.

Esta posición de La Chocolatera la articularía a un eje o circuito cultural y turístico de sin igual valor para el empuje del desarrollo económico de la ciudad y sus entornos, tomando en consideración que Puerto Plata es la ciudad emblemática de la costa norte, por demás de altísimo potencial turístico y ecológico, como parte de una necesaria diversificación de la oferta turística del país y a cuyos propósitos podría vincularse perfectamente el proyecto de La Chocolatera, visto en su conjunto.

Rodeada de barrios populares y marginados, La Chocolatera tiene un compromiso social de proyectar una visión de arte público dirigida principalmente a sus vecinos y a toda la población en primera instancia y al sector turístico como parte de un plan de turismo cultural que la inserte en un circuito de la ciudad, planificado y diseñado con tales fines.

En su interior La Chocolatera puede aprovechar el espacioso lugar para instalar un centro cultural de multiuso y en su parte exterior otros espacios como tiendas, anfiteatros y parques de diversión y recreación, además de ecológico.

Su gestión debe integrar además de la sociedad civil de Puerto Plata, al sector privado (compromisorio con el impulso de las grandes inversiones iniciales y aliado estratégico) y por supuesto las instituciones del Estado ligadas a la naturaleza del proyecto, entiéndase el Ministerio de Estado de Cultura, pero también turismo y el Ayuntamiento local, sin olvidar el Ministerio de Estado de Educación.

En todo momento, debemos defender el criterio de autogestión y eficiencia administrativa que genere la confianza en el proyecto que a la vez debe aupar iniciativas de financiamiento con organismos internacionales que posibilite la ejecución

de planes y proyectos alcanzables y con resultados concretos, tanto para las comunidades aledañas como para la ciudad.

Los propósitos iniciales: misión, alcance, objetivos, público, deben ser definidos en función de la propia naturaleza de la institución, sin divorciarse mucho de su compromiso comunitario y como parte de un plan de desarrollo provincial, de lo contrario, corremos el riesgo de crear un proyecto que aborte su propio potencial. En esta cruzada debemos sumar aliados no restar, por tanto, merece mayor atención aquellas iniciativas que contemplen integrar y sumar ideas y consensual propuestas que nos permita acometer este deseado proyecto cultural de La Chocolatera y que podría ser una realidad, siempre y cuando actuemos con inteligencia y diplomacia, nunca apegados a fundamentalismos y esquemas.

De todas maneras, si no actuamos ahora, otros lo harán por nosotros. Nuestra incapacidad de actuar puede ser interpretada como ausencia de interés o indefinición, y otros podrían tomar iniciativas y desfigurar lo que ha sido concebido como una buena alternativa cultural para la costa norte. El valor del terreno y la incompreensión de ciertos sectores importantes de la ciudad, podrían aprovechar la falta de vocación de hacer del sector cultural y desplazarlo por otros caminos en esta vorágine en que se ha convertido la competencia en el mundo moderno. Discutamos bien, con paciencia y consenso, pero jamás con dejadez, atomización y perturbación porque entonces cuando llegemos a un consenso, entonces, podría ser tarde, muy tarde.

La gestión pública en cultura

Recientemente se suscitó en el país una polémica a propósito del cobro realizado por la Dirección del Museo del Hombre Dominicano al artista Ezequiel Jiménez, dominicano residente en los Estados Unidos y quien mostró cierta insatisfacción al respecto, procedió a dar algunas declaraciones de prensa.

Estas declaraciones provocaron a su vez un reportaje de la periodista Ivonne Francisco que tenía por finalidad una aclaración con respecto al uso de los espacios públicos: cobro de sus salas, políticas de manejo de las mismas, presupuestos de las instituciones, medidas y reglamentos de estos lugares públicos, entre otros temas derivados.

Ciertamente que la gestión pública hoy se debe concebir como eficiente y técnicamente de calidad. Esta combinación obliga a los nuevos gestores de instituciones culturales, sean estas públicas, privadas o de administración combinada, a ser eficientes en el manejo de las mismas y presentar resultados tangibles de la gestión. Sobre todo se agrega a dicha visión la capacidad de autogestión de los nuevos gestores culturales, dado el hecho de que en la mayoría de los países, la cultura no es una prioridad de Estado y si hablamos de la participación privada, con mayor razón encontramos el criterio de eficiencia, autogestión y calidad de la oferta.

Obviamente que en las instituciones públicas lo comercial estará o debería estar siempre supeditado a lo cultural. Primero porque es una institución pública que, como tal, cumple una misión de otro tipo, que en todo caso no será nunca de carácter económico y, por otro lado, partimos de que posee un presupuesto (en la mayoría de los casos inexistente), que podría habilitar espacios y facilitar el manejo de sus iniciativas y programas.

Sin embargo, lo del presupuesto es una quimera y a la vez una odisea que comienza por negar el derecho a su manejo, quedando los recursos en manos de la institución matriz, en el caso tratado, el Ministerio de Estado de Cultura. Por otra parte, a pesar de ser instituciones públicas, no se contraponen a la racionalidad, la eficiencia, la autogestión y a los criterios que en función del tipo de institución, habrían de establecerse o en un momento determinado, definirse.

En el caso del Museo del Hombre Dominicano, su definición viene de la colección que posee y de su misión, sin embargo creemos que la gestión moderna de este tipo de institución cultural y sobre todo en países como los nuestros, obliga a un manejo abierto, más como centro cultural, que como espacio muerto.

De igual manera, toda actividad que allí se haga siempre redundará en beneficio del hecho cultural. No obstante, cada una de estas actividades encierra un costo al momento de ser usado el espacio: luz eléctrica, ascensores, uso de los distintos servicios, personal, etc. Por tanto, el criterio de eficiencia depende de igual manera, de la capacidad de conjugar estas variables a veces contrapuestas.

Naturalmente, si la actividad sugerida encierra una iniciativa comercial o con fines comerciales, el cobro debería ser algo natural. El alquiler de los espacios es algo normal en la mayoría de los museos del mundo y de los centros culturales afines y esto no invalida la función social de cada una de estas instituciones. Ahora bien, si la solicitud hecha es para una

actividad sin fines de lucro, que aunque no guarde mucha relación con la naturaleza de la institución ayuda a su promoción y a la vez a facilitar el espacio para que la misma se realice, no hay problemas.

Tal vez, el mal entendido surge cuando se trata de actividades con fines monetarios y que al hacerse en una institución pública debe asignarse algún tipo de pago. El trueque de cuadro por espacio público como una vez se hizo en el Museo del Hombre Dominicano, pues llegó un momento en que sobrepasó su misión; sobrecargó los espacios y produjo como consecuencia el abandono y la subutilización de los cuadros, perdiendo por tanto interés y operatividad esa vieja práctica. Desde el punto de vista de la eficiencia en el manejo de este tipo de relaciones cuasi contractuales, lo correcto era buscar otro medio más idóneo, que sin afectar al artista o trabajador cultural, permitiera hacer más eficiente el acto.

Verbigracia, el intercambio por cuadro es también una forma de pago. Lo correcto es que se establezca un acuerdo en base a los resultados de la actividad en cuestión, independientemente de que sea una actividad comercial o no. En este tipo de espacios públicos, no se puede cobrar, sin saber el nivel de venta o beneficio obtenido por el artista. En estos casos se establece un por ciento en base a las ventas, que era la manera más expedita de abrir el espacio a los distintos artistas y ofrecer el local para que sirviera como lugar de encuentro a una actividad cultural importante.

De todas maneras, las nuevas reglas de gestión cultural obligan a la eficiencia, la calidad y la gestión propiamente de los lugares que ponen en manos de los especialistas o bien de los gestores culturales. El gestor público debe rendir cuentas a alguien, que vaya más allá del partido político: su público, la sociedad misma. Por tanto, hay que pensar la gestión pública de los espacios culturales como una responsabilidad social, que debe ejercerse de manera eficiente, técnicamente bien y con sentido democrático y abierto.

Es lógico que en esta forma de ejecución se confronten pareceres y puntos de vista de cómo gestar estos lugares, pero en estos países, desde el Estado se administra pobreza, y qué decir de la cultura; por tanto a veces debemos ser menos censores hacia determinadas medidas tendentes a elevar la autogestión de espacios públicos, sin que ello implique su privatización, elitización o clausura. Tan sólo pregonamos por espacios dinámicos, participativos, competitivos, eficientes, de calidad y de uso racional. Pues el Estado somos todos y por tanto alguien cubre los costos de estas instituciones.

Si bien es cierto que estas instituciones públicas están para servir al pueblo que los paga con sus impuestos, no menos cierto es que quienes pagan con sus impuestos estos lugares, es decir la población, quisiera que la gestión fuera lo más racional y eficiente posible. No olvidemos que con sus recursos se sostienen estas instituciones. Por ello, toda actividad que encierre un gasto para estas instituciones y un beneficio para sus promotores, debe implicar algún tipo de acuerdo de pago que permita que la misma se haga sin afectar a la institución anfitriona, pues de lo contrario, no somos ni justos, ni racionales.

El derroche, lo gratuito, la ausencia de austeridad en el manejo del Estado es que lo ha convertido en una atomización, en una arrabalización y una inconsecuencia. No creo que sea este el interés de las justas quejas del artista dominicano residente en los Estados Unidos, tal vez él no sea más que portavoz de toda una opinión generalizada, por cuyas razones es válida esta aclaración que hacemos, siempre como parte de un debate de alcances mayores.

Un guavaberry en honor a Linda

Venidos como consecuencia del desarrollo de la industria azucarera que convirtió a la ciudad de San Pedro de Macorís en anfitriona, los ciudadanos llegados de distintas islas del Caribe: Saint Kitts, Tórtola, Nevis, Barlovento y otros puntos de la región, se asentaron en la zona Este del país, en especial en La Romana y San Pedro de Macorís donde contribuyeron a la consolidación económica, a la redefinición social y a la identidad cultural de estos pueblos.

Conocidos como cocolos, estos grupos provenientes de las islas controladas por Inglaterra, vinieron para quedarse, siendo nuestro país el lugar que mejor conjugó estas culturas, que lograron alcanzar un sitio de privilegio en la cultura nacional.

Es un error pensar que el aporte de estos grupos llamados cocolos (en sus orígenes era un apelativo despectivo) hoy asumido como una denominación natural, se haya centrado en la economía a través de la industria azucarera en momentos en que la venta del producto internacional alcanzaba niveles altos de precios, pero en el reconocimiento a esta minoría étnica es sobretodo lo cultural culinaria, la lengua, el béisbol, la música, la danza y otras expresiones culturales peculiares: logias, iglesias protestantes de diferentes órdenes, sociedades mutualistas, por sólo mencionar algunos de estos aportes.

Prendidos al complejo cultural (teatral, musical y danzario) de los guloyas, esta población hizo de esa tradición su símbolo cultural más característico, que a su vez se transformó en su cédula identitaria integrada de forma entusiasta al carnaval nacional, sin mencionar la lista de peloteros nacionales que llegaron a Grandes Ligas oriundos de San Pedro de Macorís y de apellidos y nombres ingleses, pero de color negro, es decir los cocolos.

La UNESCO nomina como Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad al Teatro Popular Danzante de los Guloyas en el 2005. Este hecho recupera el patrimonio cultural de la nación de una tradición, que aunque de un sector pequeño de la población, colocó la cultura dominicana en la agenda del mundo, pudiendo llegar a la conclusión que su fundador, Teofilus Chiverton –El Primo– y Donald Hullester Warner Henderson –Linda–, su continuador, no fueron más que instrumentos espirituales de una cultura materna que ha sabido conjugarse con la cultura nacional haciendo de la tradición familiar un eje existencial que les ha permitido vivir en suelo dominicano sin dejar de ser étnicamente distintos y claramente establecido una perfecta unicidad entre lo nacional y lo étnico.

La desaparición de Donald Henderson conocido con el apodo de Linda usado en su oficio de vendedor de helados en la ciudad petromacorisisana, provoca la quiebra de un liderato sólido asumido después de la muerte de uno de los símbolos más fuertes de los guloyas, el de Chiverton o el Primo. Sin embargo, le tocó a Linda el timón en medio de una gran tormenta en que muchas tradiciones del país se debilitaban, los guloyas propiamente estaban algo dispersos y el factor económico impactó negativamente a los grupos portadores, y por tanto era necesario asumir con entrega y desprendimiento ese compromiso, que Linda supo interpretar con grandeza y humildad. Esa es su virtud.

Los guloyas como institución cultural sufren una pérdida entrañable con la de Linda. La herencia de este liderazgo

no tiene el mismo contexto que acompañó a Henderson a la muerte de Chiverton. La designación del sucesor no debe ser arbitraria ni mucho menos impuesta de dedo, tampoco por asignación institucional antojadiza.

Establecer un marco legal, popular y natural de la herencia del liderato que representó Linda en estos momentos, se coloca en la agenda de los guloyas a tal punto, que un error perceptivo, podría poner en peligro la tradición que ya no es propiedad de los grupos portadores o de San Pedro de Macorís como ciudad, ni mucho menos del país, sino de la humanidad, de ahí su valor e importancia y la delicadeza con la que debe ser tomada en consideración la continuidad de tan apasionante celebración.

Henderson –Linda–, entendió su momento y las circunstancias que lo llevaron a conducir las riendas del grupo en medio de la tormentosa realidad de ese momento, y en sus manos no pereció el barco sino todo lo contrario, se llegó a puerto y más aún se logró el importante reconocimiento de la UNESCO y del mundo como Patrimonio inmaterial, y este logro es de todos los guloyas comprometidos por convicción con la tradición. A quien le correspondió conducir el grupo, dirigir su accionar y cohesionar sus participaciones y mantenimiento del hecho cultural lo hizo lo más apegado a la autenticidad del legado transmitido.

Un líder es un timón en las tormentas y los triunfos, los logros son de todos, las derrotas cargan sobre el mando primario, por lo que el balance histórico del compromiso de Linda como guía y su relación con la hermosa y contagiosa tradición de los guloyas, arroja un balance positivo y eso cuenta a su favor. Hoy, una vez desaparecido, cumplidos sus objetivos, alcanzados sus logros y sobre todo, por mantener cohesionada y viva esta centenaria tradición, lo hace grande.

Duerme tranquilo tu sueño, Linda, que descanse en paz tu alma, que tu espíritu no dejará de bailar cada 25 de diciembre en las calles del barrio de Miramar, en las presentaciones que

resaltan los valiosos componentes rítmicos, danzarios y escénicos del grupo. Los continuadores sabrán cosechar de ti, tus mejores frutos. Brindo en tu honor con guavaberry, yaniqueque, torta y bizcochos, con domplín, fungis, calalú o sancocho verde como también se le conoce y el molondrón en sus distintos usos. Cumpliste tu cometido, que tu conciencia se vaya en paz.



Linda Guloya carnaval dominicano en San Pedro de Macorís, tradición declarada Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad. Fuente: Odalís Rosado.

Pío Brazobán acompañado de Kalunga

Con una vida de trabajo, compromiso familiar de continuar la hazaña que ya sus padres habían iniciado y que a su vez habían recibido de sus antepasados en una cadena que se pierde en el tiempo, Pío Brazobán se despide con sus 107 años dedicados a forjar lazos identitarios, afectivos, familiares, en una hermandad que delegó en él la presidencia encarnada de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de la comunidad de Mata los Indios, de Villa Mella, cuya responsabilidad compartió con Sixto Minier, quien fuera su capitán ya fallecido.

Transmisión recibida de sus padres, Pío Brazobán hizo suyo lo que sus antepasados tenían como convicción de fe, responsabilidad familiar y social y entusiasta manera de servirle a los demás en los momentos que se requiere mayor solidaridad: cuando la muerte nos conmina a dejar este mundo. Los cofrades sienten un deber y una forma peculiar de solidarizarse con sus miembros o cualquiera que así lo desee, acompañándolo en sus últimos días en la tierra y junto a familiares y amigos hacer la despedida lo menos traumática posible, con el quejido de los tambores como fondo musical y de despedida.

Hoy le toca a Pío Brazobán despedir este mundo terrenal para juntarse con su viejo compañero y sobrino Sixto Minier y viajando con la botella de Kalunga que coronará su túmulo,

atravesar el mar y viajar hacia el mundo de lo desconocido donde le esperan sus demás familiares y allegados. Conforme con el servicio prestado a la comunidad que le vio nacer y donde compartió con muchos de sus amigos cantos, fiestas, bailes, rezos, dolor, risa y momentos de felicidad, Pío Brazobán nos abandona en uno de los peores momentos que vive la organización por la cual luchó, presidió y a la que entregó una parte importante de su vida.

Agentes contaminantes han desvirtuado lo que ya ni siquiera es pertenencia exclusiva de los moradores, adeptos y cercanos a la cofradía, para serlo de la humanidad como producto del reconocimiento que la UNESCO depositara en ese grupo de dominicanos que por convicción, tradición y responsabilidad familiar y comunitaria, supieron conservar como tesoro local, nacional y finalmente mundial este importante legado cultural. Posiblemente ha sido este hecho valorado por este organismo internacional y acaecido en el 2003, el que impulsó un conjunto de cambios acelerados hacia dentro de la tradición socioreligiosa que tal vez explica muchas de sus laberínticas agonías de hoy.

Obviamente soy de los que creen que fue de gran significación la atención y premiación que le hiciera la UNESCO a esta y otras expresiones de la cultura popular, que sólo de esa manera trasciende los límites que le impone el prejuicio, la exclusión y el desinterés de la gente y los gobiernos.

No obstante, los advenedizos que suele atraer la miel, y las expectativas que despiertan en muchos este tipo de reconocimiento quiebra, por momentos, la espontaneidad y autenticidad que caracteriza a estas prácticas culturales. En muchos otros países, ha sucedido lo que hemos tenido que sufrir en carne viva muchos de los que nos acercamos a compartir experiencia, conocimientos y tradición, nunca con el interés ni de sustituir, ni de igualarnos y mucho menos de desconocer el protagonismo de quienes por décadas han sido los responsables de mantener una manifestación cultural heredada de

antaño y que no han tenido nunca representantes o intermediarios que los administre.

En este estado de postración deja a la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella, Pío Brazobán, su presidente. Su muerte enluta a sus familiares, a los cofrades, amigos, compueblanos que lo vieron siempre junto a la cofradía acompañando sus recorridos por poblados de la región y frente al Parque Central de Villa Mella, en donde hoy su humilde casa se viste de dolor y pena al no tenerlo entre nosotros.

Fiel a su responsabilidad administrativa y de continuidad de una tradición centenaria, Pío Brazobán, correspondía con rapidez los compromisos delegados. El sostén espiritual, emocional y conceptual, lo era tanto Sixto Minier como su anciano acompañante Pío Brazobán, por tanto ese eje no podía desarticularse sin afectar a la cofradía y su vieja tradición, más que familiar, lo era también comunitaria.

El orgullo con el que Pío Brazobán hablaba de la manera en que recibió de sus padres la continuidad de la tradición, de sus compromisos para con ésta, de su relación con Sixto Minier, portador directo del legado cultural y de su cumplimiento cada vez más intenso con las ceremonias de la cofradía y demás funciones propias de su jerarquía, hace suponer un grado alto de convicción de lo que hacía y de lo que tenía entre manos.

No era, pues, Pío Brazobán un improvisado sino uno de sus principales soportes y cuya muerte afectará grandemente este patrimonio oral e intangible de la humanidad que esperamos sepa sobreponerse a las adversidades del momento y extirpar sus escollos y vencer sus desavenencias. Paz a los restos de quien en vida nos enseñó, que con sapiencia, humildad y persistencia, es posible construir un espacio social que sirva de marco cultural, afectivo, familiar, social, recreativo y profundamente reverencial y sagrado a la vez.

Una sentida desaparición

A pesar de la lejanía en que le tocó vivir después de haber producido una de las obras más importantes del folclore dominicano, doña Edna Garrido de Boggs, se despide dejando un legado bibliográfico, que no puede ser ignorado por aquellos que se preocupan de los pueblos y de sus manifestaciones culturales esenciales. Esa es la herencia que nos deja esta mujer infatigable y entregada al folclore como única vocación.

La grandeza de esta mujer fue más allá de su propia obra intelectual y de investigación, para serlo también social y de vanguardia en una época en que la mujer no solo se atrevía poco sino que la sociedad le permitía poca movilidad y protagonismo social.

Sus obras son consulta obligatoria para expertos y estudiosos del folclore dominicano. *Versiones dominicanas de romances españoles* (1946), *Folclore infantil de Santo Domingo* (1955), *Panorama del folclore dominicano* (1961) y la más reciente compendiada por el Ministerio de Cultura y la Dirección Nacional de Folclore: *Reseña histórica del folclore dominicano* (2006). Este es el legado que deja doña Edna Garrido de Boggs para que sirva su estudio y conocimiento al fortalecimiento de la memoria social del pueblo dominicano.

La escuela dominicana tiene en su poder un magnífico documental bibliográfico para ser trabajado en sus aulas como

material de apoyo en el proceso de consolidación del eje transversal de la identidad. Reproducir estas obras para manejo y dominio del profesorado que ha de ingeniársela para utilizarlo como material de apoyo y consulta, queda como una tarea pendiente de la escuela y su Ministerio.

La salida de doña Edna Garrido de Boggs a los Estados Unidos en los años de la década 50 del siglo pasado con su esposo Ralph Boggs, quien ejercía como docente en la Universidad de Carolina, interrumpió un rico estudio de campo que había iniciado en los años de 1947 después de sus estudios hechos en norteamérica. Sus vínculos con el país luego serían más distantes y esporádicos, por cuyas razones sus obras más importantes datan de un período limitado en el tiempo. La calidad, proyección y rigor de las mismas han permitido eternizar su obra, convertida hoy en legado de gran significación para el país.

Ciertamente que una parte importante de su obra centra el enfoque en el llamado folclore hispánico, entre otras razones por la época en que le tocó salir al campo a registrar e inventariar nuestras manifestaciones culturales más populares para ese momento. Ella acusa una ausencia marcada del llamado «folclore afrodominicano» en las zonas rurales donde había comenzado sus investigaciones y grabaciones.

Estas confesiones hechas en conversaciones con el autor de este artículo no se divorcian mucho del momento político que vivía la nación bajo la férrea dictadura de Trujillo y sobre todo, por el esfuerzo del régimen por presentarnos como un país blanco, hispánico y católico, sin mencionar el antihaitianismo como doctrina del régimen. Es posible que muchas expresiones culturales populares de raigambre afrodescendiente, fueran menos evidentes aunque no necesariamente ausentes. El vudú dominicano fue legalmente restringido por una ley de 1943 por solo referirnos a una de ellas.

En su opinión no encontraba en los recorridos que hacía en los diferentes campos del país manifestaciones afrodominicanas como las que le sorprendían al visitar al país en los años poste-

riores a la década 80 del siglo pasado. La sorpresa la llevaba a veces a dudar la dominicanidad de muchas de estas manifestaciones culturales, lo cual la confrontaba con una parte de los nuevos investigadores del folclore dominicano con enfoques más diversos.

No obstante, el respeto a su obra y a la persona misma de doña Edna Garrido, nunca estuvo en dudas pues el reconocimiento de la trascendencia de su obra radica en la calidad académica del estudio realizado, el aporte metodológico y la fuerza que representó, el trabajo de campo.

En mi caso, establecimos una amistad que no tuvo fronteras ni en la edad ni en el marco teórico. Destacó con orgullo sus aportes al estudio de las manifestaciones espontáneas del dominicano, sintonizados además con los más avanzados enfoques de la época.

Hasta sus últimos días el folclore fue su gran preocupación y su pasión. Consejera, asesora, maestra, amiga y un gran ser humano. Doña Edna Garrido de Boggs, siempre será recordada por su pueblo, familiares, investigadores y amigos sinceros que compartieron con ella más que una amistad, una enseñanza permanente llena de humildad, desprendimiento y sabiduría.

Una ausencia dolorosa

Con súbito asombro y pesadumbre recibí la noticia del fallecimiento del intelectual cubano Joel James Figarola, director de Casa del Caribe y fundador-responsable del Festival del Caribe de Santiago de Cuba, debido a padecimientos de salud graves. En vida fue una persona dedicada a la investigación de la cultura popular en Cuba y de sus expresiones mágico-religiosas, historia y sociedad, además de ser un enamorado de la literatura y de todos los temas culturales, en general, como pueden dar testimonio los que le conocieron y compartieron, aún fuera, un breve sorbo de tiempo con tan especial personaje.

De figura encorvada, pantalones bajo el cinto, informalidad en sus maneras de vestir y trato, barba blanca y desaliñada, pelo rizo y lentes con sujetadores, pero de cándida y calurosa comunicación. Intensa su vida como intensos sus aportes al conocimiento de la cultura y la mentalidad del pueblo cubano, sus distintos escritos testimonian fielmente la forma en que escudriñaba los símbolos y signos de la identidad cubana, sea por la vía de los ensayos como el tema vedado de los dioses y la muerte, o los distintos ensayos y escritos sobre la cubanía vista a través de una interpretación metafórica que sólo la abstracción intelectual lo permite, para hacernos llegar esas pincladas que nos acercan a la Cuba mulata, a la cuba afroamericana,

en fin al difícil lenguaje de los símbolos y las representaciones. Entre sus obras contamos con: *Cuba 1900-1928*; *Sobre dioses y muertos*; *El vodú en Cuba*; *José Martí en su dimensión única*, entre otras.

Caribeñista militante, desde La Casa del Caribe y del Festival del Fuego, se atrincheró en Santiago de Cuba, para desde allí potenciar un Foro para el encuentro de intelectuales, artistas, trovadores, culturólogos, para que juntos encontráramos un medio de interlocución capaz de vencer las fronteras del prejuicio, los bloqueos de las lenguas coloniales y las diferencias coyunturales del momento y darnos un baño de pueblo, sumergidos entre los tambores Batá, la Rumba y el Son Montuno; así puertorriqueños, dominicanos, jamaquinos, haitianos, norteamericanos, cubanos, martiniqueños, barloventinos y de otras islas y pueblos hermanos, también la música, el diálogo cultural y la danza, como únicos idiomas.

Con este gran esfuerzo y aporte, puede el amigo y trabajador incansable, retirarse tranquilo a su última morada. En vida nos recibía para dar acogida en el cálido ambiente de Santiago de Cuba, a lo más cercano a Santo Domingo que tiene el Caribe. Sus gestos y ademanes siempre nos recuerdan un ser humano de extraordinario valor, de cualidades excepcionales, que conocía las distintas historias y problemas caribeños con cierta base, llegando a pensar que su interés por el Caribe era una pasión que trascendía el mero encuentro cultural para ser parte de una inquietud intelectual delirante por las realidades de los sistemas religiosos de la región o por las diferentes manifestaciones de la cultura popular, el carnaval o los carnavales, encuentros de intelectuales y artistas, Ferias culturales, investigaciones y trabajo de campo sobre tópicos del mundo religioso como el vodú y demás expresiones afroamericanas, por mencionar parte de sus inquietudes.

Tu visión de un Caribe integrado, al menos desde una perspectiva cultural, se convirtió en una tarea, en un bregar que nos unía a todos. Tus cualidades te hicieron responsable por

mucho tiempo del trabajo cultural de tu ciudad querida y tus compañeros en ti depositaron todo el esfuerzo. Para ellos también tu ausencia es una gran pena, pero sólo del dolor surge la vida. Otros continuarán tu quijotada vida.

Recientemente envié saludos especiales y un mensaje a Joel con el arqueólogo cubano residente en nuestro país Jorge Ulloa quien me visitó en el Instituto de Antropología de la UASD, donde le confirmaba, a través del distinguido mensajero, la publicación de su obra: *La brujería en Cuba*, que me fuera entregada personalmente por él en un viaje que realizara al país con motivo de una de las Ferias Internacionales del Libro en la gestión pasada.

Esa vez asumimos el compromiso de publicar su obra en conjunto, pero debido a que tenía dos versiones, una más extensa que otra, quedamos pendientes de manejar eso y terminar los pormenores burocráticos. Precisamente acabo de conversar con la Editora de la UASD y se procederá a publicar la obra en coauspicio con Casa del Caribe y el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la UASD –INDIA–, esta vez en homenaje póstumo, lamentablemente.

Creo que de todas maneras recibió en vida el mensaje de parte del colega Ulloa, por tanto siento la calma de que con esta noticia quedaría parte de su interés resuelto: publicar una obra en coauspicio con nuestro país. Que tu obra en vida, te conduzca por el camino que sólo los desprendidos transitan. Descansa en paz.

Don Ricardo Alegría: un patrimonio del Caribe

Recordado siempre entre montones de libros, tanto en su viejo despacho del Colegio Universitario del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, importante morada donde recibió como Rector los más excelsos intelectuales e investigadores del mundo; como en su modesto y bien ubicado despacho actual, en la parte de atrás de la referida institución docente.

En todo caso, siempre rodeado de libros, revistas especializadas, documentos, cartas personales, piezas museográficas, detalles de artesanía americana y una que otra importante publicación en inglés, pues sus avatares independentistas, nunca opusieron formación académica y mundo político. Sabe muy bien este quijote caribeño, cuan difícil le ha resultado batirse contra el Coloso del Norte, optando por una de las más sofisticadas de las armas: la defensa del patrimonio cultural de Puerto Rico, su adorada isla, su inequívoca pasión, su anhelada fantasía, su amor quinceañero.

Cultura y política, van de las manos en un hombre que ha dedicado más de 60 años a la historia, cultura y realidad social de su pueblo, pero que al mismo tiempo ha sido de los últimos mensajeros de la trilogía: Betances, Martí y Luperón. Sin pesar en sus continuos esfuerzos por un Puerto Rico integrado al

concierto de Naciones Libres de América, don Ricardo ha conjugado investigación, docencia, escritura, reflexión y meditación intelectual en procura de forjar un pensamiento propio, que le ayude a encontrar el mejor camino para explicar las circunstancias de su pueblo. La antropología, la arqueología, la historia, el arte, la literatura han sido los instrumentos que le acompañan en su oficio de escultor de la puertorriqueñidad.

Puerto Rico es explicado por don Ricardo desde cualquier ámbito de la vida y el pensamiento. El arte es fuente nutricia de descripción de esta cultura, cuya pasión lo llevó a fundar el Museo de las Américas. La historia y la arqueología es el mejor de los medios por él usados para llegar a grandes públicos en un lenguaje llano y didáctico. La política es instrumento para los eruditos del tema, sabiendo delinear lo partidario y la pasión de la razón nacional de un pueblo socialmente complejo. La artesanía y el coleccionismo, son pasiones constantes en su vida y donde Puerto Rico está presente y sirve para explicar a todo el mundo el sentir popular y nacional a través del arte.

En sus manos el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y en su defecto, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, se convirtieron en anfitriones permanentes de oleadas constantes de investigadores e intelectuales que hicieron posible una mayor apertura de la isla con el mundo, siendo este Centro por mucho tiempo el símbolo de la caribeñidad puertorriqueña, inspirado en la filosofía antillanista de su Fundador, guía y mentor: don Ricardo Alegría.

En el Caribe se familiariza estrechamente con Cuba y Santo Domingo, además de sus anhelos hacia la República de Toussaint Louverture, Haití, a quien nunca abandona en sus análisis del Caribe. Sin embargo, es obvio sus amores por Dominicana como le dice a la República de su amigo Juan Bosch, donde pasó momentos como arqueólogo en los tiempos de Oro del Museo del Hombre Dominicano o cuando fue consultado como asesor en la recuperación de la ciudad colonial de Santo Domingo, donde también hizo muchos amigos.

Su insistencia aún en un Caribe intercomunicado, fluido, solidario y hermano, sigue siendo como en los viejos prohombres del Caribe, parte de sus inquietas y persistentes angustias que nos contagian a pesar de su improbabilidad, a pesar de su incierta cristalización, pero como toda utopía, don Ricardo Alegría la vive intensamente y es capaz de irradiarla con la misma vitalidad que la siente.

Hoy nos visita como resultado de una necesaria distinción, el Doctorado Honor y Causa, que acaba de otorgarle la Universidad Autónoma de Santo Domingo por sus grandes aportes al conocimiento de la realidad cultural puertorriqueña y del Caribe. En su estadía en el país fue acogido por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la Academia de Ciencias de la República Dominicana, la Academia Dominicana de la Historia, la Unión Latina, la Secretaría de Estado de Cultura, el Centro León de Santiago de los Caballeros, viejos amigos y colaboradores en una importante visita de contacto que augura prometedores intercambios entre ambos pueblos, teniendo al doctor Alegría como un gran embajador.

Crónica de un viaje inolvidable

En su reciente viaje a Santo Domingo, para participar en la puesta en circulación de su último libro: *Reseña histórica del folclore dominicano*, publicado por la Dirección Nacional de Folclore que dirige la periodista Xiomara Pérez, bajo los auspicios de la Secretaría de Estado de Cultura, la señora Edna Garrido de Boggs nos acompañó a la ciudad de Santiago de los Caballeros en una visita al Centro León donde fuimos recibidos por su director general, el doctor Rafael Emilio Yunén.

En el viaje conversamos distintos tópicos con doña Edna incluyendo aspectos de su vida personal, del pasado familiar y de la sociedad en que le tocó vivir. Fue un baño de historia, recuerdos, relatos, estampas y referencias de esa sociedad cerrada, pueblerina aún y poco dada al estudio de sus signos identitarios populares y fundamentales en la definición de la nación.

Nacida en Azua en 1913, de donde se traslada unos años después –1923– a San Juan de la Maguana (tierra materna), se radica en sus años mozos en la pequeña ciudad de Santo Domingo, que en sus referentes urbanos, San Miguel, San Carlos y Villa Francisca, eran barrios de la capital cuyos linderos era la llamada muralla colonial. Lo que estaba más allá, eran las afueras de la ciudad, por tanto su espacio social aunque limitado, no impidió el conjunto de actividades e iniciativas que le

fueron familiares desde muy temprano como haberse graduado de Maestra Normal en 1934, ejerciendo el magisterio por más de 10 años en dos tandas, matutina y vespertina y de cuyas jornadas se trasladaba luego a jugar tenis con sus amigas, hasta leer intensamente en las noches y asistir con cierta frecuencia a los cines Olimpia, Élite y Capitolio entre otros.

Según sus palabras, no pasó nunca unas vacaciones en la capital, aprovechando sus lazos familiares para trasladarse o bien a Santiago, a San Juan de la Maguana o Constanza-Jarabacoa, pues más que el mar le gusta la montaña. En esos viajes entraba en contacto con las costumbres y tradiciones regionales y frecuentaba fiestas locales donde conocía otras amistades. A veces solía estar presente en fiestas organizadas en distintos pueblos, confirmando el placer que le producía el baile y los encuentros sociales.

Sin embargo, por una amiga se entera del curso de folclore a impartirse en el antiguo local de la Universidad de Santo Domingo en la vieja ciudad colonial incentivado por ella decide participar, lo que cambia completamente el rumbo de su vida, pues hasta ese momento, el tema como motivación particular no era de su interés.

Su fresca memoria a los 93 años, nos trasladan a los momentos en que San Juan recibe el primer automóvil que tenía la función de uso público, la llegada de la electricidad al pueblo y los primeros bloques de hielo. En esos momentos de los años 20 del siglo pasado, San Juan era a penas una villa, común de la provincia de Azua. Para esos tiempos, nos relata la biblioteca andante de doña Edna y que por demás es excelente conversadora, que el traslado a Santo Domingo desde San Juan se hacía en los años de su niñez, en barco desde Azua, pues el llamado Número (complejo montañoso entre Baní y Azua) imposibilitaba todo contacto terrestre con el resto del sur.

Desde sus formas de diversión, las formas de galanteos de la época, que no pasaban de una simple mirada en los lugares públicos o encuentros sociales de los novios o como ella pre-

firió definirlos: «enamorados», lo estricto del control familiar de sus padres, el tiempo para el deporte y el ocio (formando el primer equipo de volibol femenino del país junto a su hermana Cecilia), hasta llegar a su primera inclinación profesional, el derecho, tal vez heredado de su padre quien fue un destacado abogado y literato, su juventud recorrió como ave migratoria cargada de esperanzas y tenacidad, todos esos momentos

En esos tiempos de restricción social para la mujer, doña Edna hizo apremios de rupturas con el esquema y logró muchas cosas a pesar de las limitaciones que la sociedad del momento imponía. Después del curso de folclore que la convulsiona en su rutina y preferencias profesionales, otras cosas comienzan a ser parte de su vida, entre ellas el contacto con la cultura popular.

Una beca obtenida para estudiar folclore en la Universidad de Carolina del Norte en los Estados Unidos en 1946, sellan la vocación a la que se le agrega la inusitada aparición del hombre que habría de marcarla para el resto de su vida y con quien se casa en 1948: *Ralph Boggs*, folclorista norteamericano quien fuera su profesor en ese curso fortuito de folclore en el año de 1944. Sus investigaciones en los años de 1947 y los que le siguieron hasta su viaje a los Estados Unidos de nuevo, hicieron posible, su importante obra *Folclore infantil de Santo Domingo* (1955) y *Versiones dominicanas de romances españoles*, este último de gran demanda en esos momentos. Fue llamado por ella como el gran *Best Sellers* porque reunió 2,000.00 dólares para trasladarse a estudiar fuera del país. También de esa época son los ensayos reunidos en esta obra de reciente publicación: *Reseña histórica del folclore dominicano* y que incluye un CD con música de palos o atabales reunidos en la ocasión.

Este viaje a la ciudad de Santiago resultó poco para relatar toda la conversación que con ameno entusiasmo y deseo de contar, nos acompañó entre comentarios al margen, fe de erratas, remembranzas, quejas, satisfacción de haber nacido en esa época y haber aprovechado sanamente el momento,

risas y reconocimiento de que hoy vivimos otra sociedad, otro momento.

Así mismo nos recordó que en su época cuando salió al encuentro de la cultura popular, las manifestaciones africanas eran poco visibles, las razones no se explicitaron, pero admitía esas ausencias dejando entrever que las frecuencias con que esas manifestaciones están presentes en la cotidianidad dominicana de hoy, puede ser el resultado de influencias externas, lo que trajo consigo algunas interpretaciones y comentarios encontrados pero igualmente enriquecedores en la plática fluida que sostuvimos en la ruta más culturalmente representativa de nuestra riqueza identitaria: Carretera Duarte de Santo Domingo a Santiago de los Caballeros, una tarde lluviosa, en familia, entre dos generaciones y con deseos de servir y encontrar senderos que nos conduzcan al único encuentro posible: la dominicanidad.

Patrimonios culturales y desagravios

La pasión cultural

Nuestro país consta en estos momentos con dos patrimonios inmateriales: El complejo sociocultural de la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Villa Mella y el Teatro Popular Danzante de los Guloyas de San Pedro de Macorís, además de la ciudad colonial de Santo Domingo, patrimonio monumental e histórico, entre otras potenciales manifestaciones culturales de gran significación social y cultural entre quienes convierten su practica en un motivo de vida, un referente identitario y recurso de la memoria social del grupo y por qué no, de la sociedad en su conjunto.

Desagravio al patrimonio viene del hecho que como país no hemos dimensionado la significación que tienen estos reconocimientos. Para muchos de nosotros es una manifestación de grupos afroamericanos sin ningún valor, para otros, es la expresión de grupos socialmente marginados, y por el contrario, otros consideran que en el país existen mas expresiones culturales de mayor impacto y para colmo, las instituciones oficiales no han prestado la debida atención material, institucional, de colaboración y divulgación a estos patrimonios, de tal manera que se siente por momento que el país no ha valorado la importancia de estas declaraciones de la UNESCO.

En estos momentos debió haber programas visitas organizadas desde la escuela nacional, estudios concretos auspiciados por los profesores universitarios para sus estudiantes de manera continuamente, promociones turísticas destacando estos premios de la UNESCO. Pero igualmente el diseño de políticas estatales desde el Ministerio de Cultura, en procura de no solo difundir y proteger estos patrimonios, sino ayudar a sus principales portadores para que permitan traducir estos reconocimientos en una mejor calidad de vida de muchos de sus representantes, así como hacer una inversión en infraestructura que potencie el orgullo de pertenencia de sus miembros, y la nación toda se empodere de estas manifestaciones de la cultura popular hoy parte del listado de patrimonios culturales universales.

Sin una coalición institucional que comprometa al Ministerio de Turismo, al de Cultura, Obras Públicas, Educación, el Gobierno Municipal y el sector privado, es poco lo que se puede lograr y mostrar como impacto social de estos patrimonios tanto hacia dentro del país, o como producto cultural turísticamente vendible, sin que ello distorsione su naturaleza.

Sin embargo, mas preocupante podría ser el estado actual en que estos patrimonios se desenvuelven, no solo frente a las precariedades materiales, sino a programas de fortalecimiento, consolidación y protección de su acervo cultural y la necesaria obligatoriedad de articular las comunidades concernientes y las nuevas generaciones, con la necesidad de valorar el sentido emblemático, identitario y de soporte de la memoria social de los grupos concernientes. Tal vez en esta reflexión, lo más preocupante es el estado actual en que estos patrimonios se reproducen y sobreviven a las adversidades.

Ciertamente que antes de estos reconocimientos, ni les impactaba la propagada, ni el dinero, ni la publicidad, ni lo comercial. Todo ello es válido. La estrategia es salvar la tradición de la inercia y la desintegración, a contrapelo de las fuerzas centrífugas que les pueden influir hoy, en un escenario y en

una realidad social distintas, para profundizar en los programas de colaboración, apoyo institucional y reconocimiento oficial de estos patrimonios.

Contribuir a su fortalecimiento, institucionalización, protección, colaboración, recursos, reconocimiento y respeto como patrimonio universal que son y además, como expresión de hechos culturales de significación para sus portadores y participantes, hace que se vean como un compromiso de los sectores, instituciones públicas y privadas, gobiernos municipales y gestores culturales, valorando que estas manifestaciones culturales son importantes, más que por el reconocimiento internacional, por su significación y validación social entre la gente que los hace suyos como parte de su identidad y de su cotidianidad.

CAPÍTULO III

La cultura popular. una alegoría

Cultura popular: algunas consideraciones

Los valores de representación de la identidad en muchas de las sociedades latinoamericanas se fundamentan en la cultura popular, que es el producto de las manifestaciones y el imaginario de los sectores campesinos y de los grupos marginados y pobres de las ciudades, los cuales recurren a este recurso para inventar cada vez y en cada situación, valores que posibilitan su supervivencia y aligeran su cotidianidad, con frescura, talento y sentido de terapia social.

Ante tanta apertura producto de la imposición de la globalización, estas expresiones de la cultura popular se convierten en escudo ante el torbellino que borra las identidades o al menos intenta neutralizarlas. La recuperación del protagonismo de la cultura popular, obliga a repensar la manera en que estas potencialidades de la gente, puede alcanzar un sitio primordial en la nueva reingeniería social.

Los efectos del impacto arrollador de la globalización, debilitan por momentos el accionar de la cultura popular en sus diferentes manifestaciones. A ello, se suma la modernización que se bate activamente con las formas tradicionales en una lucha por articular el pasado y el presente implicando una crisis de identidad, aunque no como único imperativo.

Recuperar el sentido de la esencia cultural que nos distingue y lidiar con los valores culturales importados, es una tarea inmediata de la gestión cultural, sea privada o pública, cada quien en sus fueros propios. Reafirmarnos al mismo tiempo que nos abrimos al mundo, sin que ello inspire la tenebrosa consecuencia de una deculturación. La cultura popular puede recomponer el rompecabezas identitario sin que se pierda el referente de la dominicanidad, debido a que si somos capaces de asumir y valorar nuestros componentes culturales más auténticos, podemos estar en la mejor de las condiciones de interactuar con otras culturas sin el riesgo de diluirnos en el otro.

Entiendo sin embargo, que nuestra identidad ha sufrido una laceración histórica no superada, respecto al reconocimiento de nuestros valores culturales y los aportes de la identidad que han hecho los sectores pobres urbanos y campesinos. Esto sin tomar en consideración, que el desprecio de grupos importantes del país, respecto de las herencias constitutivas del mapa étnico dominicano, se convierten por igual en obstáculo catalizador de un encuentro sano con nuestros componentes culturales, debido a que una parte de estos provienen de esas herencias, pendientes aún de un desagravio nacional.

Todavía hoy, en los inicios del siglo XXI, nos avergüenza reconocer aspectos y manifestaciones importantes de nuestra identidad que tienen que ver con los aportes africanos. Tal vez de lo que se trata no es de una sobredimensión maniquea de estas viejas oposiciones o una retórica acerca de la génesis de nuestras bases culturales, sino más bien de un interés por escudriñar en estos componentes de la cultura popular, sus vínculos y flujos con la dominicanidad, como categoría cultural no política.

El enfoque de una dominicanidad política, nos remite casi de inmediato a una polémica de tipo ideológico, selectiva y excluyente, mientras que el tratamiento cultural de la dominicanidad, obliga a incluir, para explicar o al menos

comprender que somos como pueblo de múltiples herencias y procesos integradores provenientes de momentos y situaciones históricas de diversas motivaciones.

La cultura popular es como una especie de eje definitorio de la nación desde el punto de vista cultural, y obviamente de sus grandes hitos políticos que contribuyeron a dar forma al proyecto nacional. Ha sido espacio para expresar los sentires más importantes del alma nacional, de sus afectos, de sus apegos, de sus símbolos, de sus sueños, tristezas y momentos de jolgorio, creando formas particulares de diversión, goce y deleite que alimentan el espíritu.

Pero, es igual que sus iconos visuales más significativos: una materialidad cultural que acompaña su cotidianidad, una creatividad que le ha ayudado a definir el suelo, el territorio y los instrumentos que le sirven de ajuar, la vivienda que lo abriga y las innumerables maneras de expresar sus necesidades a través de cosas que la naturaleza le proporciona como materia prima, y el pueblo le añade su talento creativo para transformarlo en signo identitario propio.

Sin ser los únicos en el tejido de la dominicanidad, puesto que otros sectores sociales también contribuyen a organizar el rompecabezas cultural dominicano, la cultura popular sin embargo, aporta en demasía con su plasticidad de respuestas a las adversidades de la vida, en su relación con el medio natural y recomponiendo las herencias ancestrales y construyendo, sin proponérselo, nuevas maneras de ser, sentir y hacer. Muchas de las cosas que nos reconocen como dominicanos, provienen de los ámbitos de la cultura popular, creándonos un sentido de pertenencia; con raíces históricas, referentes geográficos propios y procesos socioculturales particulares que han contribuido a definir la identidad, que por nuestra propia fuente de alimentación multicultural, nos permite definirnos como dominicanos y ciudadanos del mundo.

La autoría en la cultura popular

La UNESCO le ha prestado atención aunque no necesariamente con regulaciones claras y jurídicamente incuestionables, al derecho de autor de la producción generada en la cultura popular y las manifestaciones folclóricas de los pueblos. Como sabemos, la dificultad de entrada que se presenta en el adcentamiento y la manera de regular estas creaciones de la cultura popular, radica en el anonimato de muchas manifestaciones populares, no de todas.

Somos partidarios en consecuencia de que se elaboren los marcos legales que permitan establecer canales que faciliten la identificación de exclusividades que particularizan el hecho cultural en determinadas manifestaciones de grupos portadores, manifestación a la que cada grupo logra darle identidad propia, haciendo posible una apropiación particular de la misma.

La ausencia de autoría en las manifestaciones populares y del folclore nacional, genera la duda de quién es el autor primario. Cada grupo portador hace suya una interpretación singular de la manifestación cultural, le da fisonomía, estilo, le impregna un ritmo contagioso y la populariza más que otras versiones que acompañan el repertorio de grupos de igual tradición.

El detalle radica en saber cuál versión es usada en un proyecto con fines comerciales o artísticos, y conocido este elemento

se podría proceder a establecer una autoría, al menos, de la interpretación o la versión de un grupo determinado, en cuyo caso este grupo se hace portador exclusivo de esa interpretación o versión y usada por otra persona o institución, debe pagar derecho de autor a ese grupo portador que ha logrado popularizarla.

Tal vez sea esto lo que debe ser legalmente formalizado y que permita, una vez regulado, que el producto cultural por estos grupos interpretados pueda convertirse en un resultado económico. Es decir, lograr que la cultura popular sea generadora de recursos y medios de vida a partir de su talento y creatividad, pero esta vez amparados en un marco legal.

Este marco legal elaborado en base a los criterios de la UNESCO, las consultas de nuestras leyes nacionales, de los grupos portadores, de otros agentes y consultas que permitan establecer un acuerdo consensuado con los diferentes sectores que inciden en el manejo de estas expresiones culturales, de seguro iría en beneficio de los genuinos representantes de la cultura popular dominicana.

La oposición de manera radical a estos hechos de la cultura o la conversión del hecho cultural en un producto comercializable, en base al desarrollo de una industria cultural potencialmente explotable, y en una forma de redistribuir beneficios que se generan a partir de su comercialización o usos con fines económicos y por tanto, parte de la llamada industria cultural, favorece por igual al principal protagonista de la cultura popular: los portadores, y de esa manera también se engrandece la identidad cultural dominicana.

Por mucho tiempo este hecho se ha dejado a la interpretación antojadiza de quienes interactúan, o simplemente a consideración de una de las partes que defina un pago o retribución, pero sin ningún marco legal que lo norme.

Todo se debe a que como muchas de estas tradiciones culturales no tienen un autor personal o determinado, y que estas expresiones culturales se transmiten de generación en

generación a través de la oralidad, cada grupo portador asigna un estilo propio a muchas de estas expresiones: cánticos, toques musicales, salves populares, formas danzarias y otras manifestaciones folclóricas y populares que pasan a caracterizarlo pero sin patentar su uso.

Sin embargo, en algunos casos, muchas de estas diferencias son variantes regionales en la manera de representar cada hecho de la cultura, pero para reclamar derecho de autor, no se trata de variantes regionales, sino más bien del sello particular que un grupo portador impregna a una manifestación cultural que termina popularizando y masificando. Es bueno destacar que esta interpretación particular que hace ese grupo de una tradición, es una creación del grupo y por tanto, ha de ser tomada en cuenta y respetarla como una autoría propia, al menos de esa interpretación usada en determinados contextos.

Si se logra regular jurídicamente estos pasos, se podría revertir el ordenamiento de los beneficios derivados, lo cual es una forma de reconocer e importantizar la cultura popular, valorizarla como medio de vida y capital agregado. Pero también controla el abuso que en muchos casos se comete contra muchos portadores que usados en televisión, grabaciones discográficas millonarias, entrevistas y otras formas de producción de riqueza, siguen viviendo en la más absoluta miseria, lo cual no es justo pues es doble moral reconocer la importancia que tienen como producto cultural y explotarlo en consecuencia, y al mismo tiempo minimizarlo y negarles a estos portadores los beneficios económicos que de dicha actividad se desprenden.

El perico ripiao se vistió de gala

La música popular dominicana ha alcanzado en los últimos años elevados reconocimientos internacionales, no sólo por la proyección de muchos de sus más destacados artistas, como es el caso de Juan Luis Guerra, quien sin dudas es el más completo artista dominicano. También en ese camino ascendente de éxitos se destaca el impacto y entusiasmo que nuestros géneros musicales han tenido entre grandes públicos de regiones del mundo distantes y distintas de la nuestra.

Todo ello ha de llenarnos de regocijo y orgullo nacional. Somos hoy portadores de ritmos musicales que divierten a públicos diversos. La bachata y el merengue han logrado la más alta demanda de público internacional nunca vista. Nuestra pasión danzaria, como titulara Darío Tejeda su obra *El merengue=The merengue* acerca del merengue y la música popular dominicana, es hecho incuestionable y por eso vemos cómo contagiamos con nuestra pasión por el baile a otras latitudes.

Pero siendo como somos, un pueblo muy musical, no hemos logrado importar más que estos dos ritmos mencionados. Otras diversas expresiones musicales, que también nos caracterizan y cuya rítmica es de tanta elocuencia musical y danzaria como el merengue y la bachata, aún son desconocidas. De todas maneras, son los grupos humanos que se enamoran de

determinadas manifestaciones culturales, a veces por encima de la intencionalidad del otro.

A un país pueden llegar, por efecto de los medios de comunicación y la comercialización disquera, un sinnúmero de géneros musicales, sin embargo, no todos llegan a envolver contingentes de gentes, alguna particularidad expresa la música y la danza que termina por alucinar a multitudes.

Recientemente, y a propósito de estos comentarios, recibimos con beneplácito el reconocimiento que hiciera la disquera Smithsonian Folkways Recordings, y celebrado recientemente con regocijo en el Patio Caribeño del Centro León. Smithsonian Folkways busca, a través de la difusión de grabaciones de audio y materiales educativos, reforzar el compromiso del pueblo con su propio patrimonio cultural y mejorar su conocimiento y aprecio del patrimonio cultural de los demás.

Para nuestro país es motivo de alegría que un ritmo de la tradición popular, con sus propias particularidades como el perico ripiao, alcance la estatura de un reconocimiento hecho por una de las instituciones de trabajo sobre el folclore del mundo con mayor prestigio. La India Canela, Merengue típico from Dominican Republic, como se titula el disco, forma parte de una serie de 25 discos compactos de música latinoamericana, y de los que esta merenguera popular es la única representante de la República Dominicana.

Este disco de Lidia María Hernández López, la India Canela, constituye el umbral sobre el cual se asienta la música popular dominicana de proyección mundial y que logra una distinción de gran valía. Es más que la pasión por el baile, es más que el contagio que producen nuestros ritmos musicales, es la valoración, dentro de otras tantas músicas del mundo, de que una música nuestra sea escogida para formar parte de esa gran antología de la música popular del mundo y acompañada del rigor de Daniel Sheehy, director del Smithsonian Folkways Recordings.

Son estos reconocimientos y detalles que ayudan a elevar la autoestima dominicana, bastante vilipendiada por aquellos que

desdeñan estas manifestaciones populares como expresión de vulgaridad, populacho o simplemente inservibles. Desde Washington, Estados Unidos, nos recuerdan que estos merengues típicos como también se les conoce, son parte de la musicalidad dominicana, son expresión genuina de creatividad popular, arte popular, medio de catarsis e icono de identidad de una dominicanidad que se debate entre el referente extranjero y lo autóctono, sin que aún se haya perdido la guerra.

Felicitemos igualmente, a la única institución del país que destacó con un homenaje merecido esta distinción a la música popular dominicana, el Centro León. Lamentamos que otras instituciones, sobre todo estatales, que tienen que ver con el trabajo cultural, ni se inmutaron. Todo indica que aún en nuestro propio país debemos desarrollar una cruzada de concientización, valoración, respeto, protección y reconocimiento de estas tradiciones, que como el perico ripiao se ven tan fuertemente amenazadas por la propia indiferencia de sus gentes e instituciones, que llama a preocupación y, como siempre, tiene que venir de fuera que venga ese reconocimiento y distinción.

Esperamos que sea el perico ripiao el que abra caminos en tan destacada institución cultural de renombre internacional por la calidad, cuidado, rigor científico y prestigio profesional, para que otros de nuestros importantes y valiosos géneros musicales populares sean igualmente tomados en cuenta y se incluyan en tan valiosa antología.

El reggaetón: algunas analogías

El reggaetón, convertido en un ritmo de gran popularidad y demanda entre los jóvenes y el público general, ha devenido en una polémica insulsa como otras tantas de las que hemos tenido en tiempos pasados alrededor de ritmos y manifestaciones culturales populares en nuestros países, en los cuales la identidad se debate entre una necesidad sentida y reprimida al mismo tiempo y una clonación vulgar de modelos extraños y prejuiciados que encuentran cabida en mentes e ideas estrechas, inquisidoras y «puras».

De procedencia indefectiblemente puertorriqueña, el reggaetón ha llegado para quedarse en el gusto de la gente de hoy. Independientemente del contenido, a veces descompuesto y subido de tono de muchas de sus letras, que es obvio que son el reflejo también de un mundo social del cual no puede escapar este género musical y danzario, que por demás expresa formas de vida, angustias y esperanzas de grupos sociales marginados, tanto en los Estados Unidos, de donde es originalmente oriundo, como en las ciudades donde ha calado, Panamá y República Dominicana, por citar algunos de sus países satélites.

Igual que otros tantos ritmos y géneros musicales, el reggaetón ha pasado por el tapiz de la censura, más que artística, clasista, étnica y de las élites que ven en él una amalgamada manera de sentir el ritmo, de expresar la poesía social que le

rodea y de juntar ritmos, aún usando los recursos de la alta tecnología musical, para sacar una música, que si bien divierte, también provoca las mentes puritanas a desatar una campaña de censura hacia una forma musical profundamente caribeña, contagiosa y alegre.

Sus manchas, si podríamos así considerar algunos de los contenidos de sus letras, son por igual el mundo de la televisión, de la sociedad, de la violencia social que mantiene estos grandes abismos en los beneficios y acceso al bienestar que nos avergüenzan a todos, como nos enrojecen algunas canciones de este atrevido ritmo.

Si pasáramos revista, esta historia es análoga a otras historias que tienen como protagonistas los mismos sectores, los mismos argumentos, las mismas exclusiones, los mismos justificativos del pasado y que afectaron al Tango de Argentina, la Samba de Brasil, el Merengue nuestro, la Bachata nuestra, el Rock norteamericano en sus inicios (considerado una música de locos y ensordecedora), por mencionar las más cercanas a nosotros.

Sin omitir lo fuerte que suenan algunas de sus letras, debemos valorar que se trata de un género musical, más que poético. Incurrimos con frecuencia en un error al exigir, sobre todo después del fenómeno musical de Juan Luis Guerra, que toda la música popular para ser socialmente aceptada, debe mejorar la calidad poética de sus letras. Convertido esto en un error de enfoque, sólo ha servido para atropellar la creación popular que se inspira sobre el mundo social que le es familiar, y que con las metáforas que tiene a mano construye un guión al que luego le pone música.

Es notorio destacar que con esto, no promovemos el empobrecimiento musical de los pueblos; de lo que se trata es de dar un contenido de carácter antropológico y sociológico, además del poético y artístico-musical, a la manera de enjuiciar y abordar fenómenos, que por su propia naturaleza desbordan el marco estricto de su representación, en este caso lo musical,

para entrar en consideraciones de tipo social, que podrían al menos explicar la violencia de algunas de sus canciones, aunque no por ello, la justifiquemos.

Las analogías con otros géneros, vienen como parte de una reflexión que permite profundar en las razones que, a veces, mueven a determinados grupos de la sociedad a confrontar con cierta virulencia a ciertos géneros musicales que viniendo del mundo popular, terminan ganándose el corazón de la gente.

En Argentina el tango, proveniente de los puertos y del llamado bajo mundo expresado en su insinuante baile, fue motivo de rechazo hasta que finalmente se ha convertido en su símbolo musical, luego de que lo exaltara la figura siempre recordada e ida a destiempo de Carlos Gardel. A tan alto nivel llegó el tango, que hoy se lo disputan Argentina y Uruguay.

El merengue nuestro, hubo de pasar varios exámenes en la historia musical y la literatura nacional para finalmente ser aceptado como emblema del país, algo que fue una instrumentalización del régimen de Trujillo, pero así fue su historia y hoy, tanto ha irradiado, que los puertorriqueños lo han asumido como de ellos, siempre respetando su origen quisqueyano.

La bachata tiene un historial traumático, a tal punto, que oírlo en los años 60 del siglo pasado era una blasfemia. Sólo Radio Guarachita se atrevía a sonar sus canciones. Despectivamente era considerada como canción de «amargue» o de «guardia». Igual que el reggaetón, nacida en zonas marginales urbanas, refleja en sus contenidos una pobreza de vida, un desamor y una ausencia poética fruto de la propia marginalidad social que le acompañaba. Exigirle más es un contrasentido y una arrogancia propia de aquel que se cree superior social y humanamente.

El reggaetón es un género que refleja una realidad, dura, amarga y difícil de digerir, pero es el resultado de estas sociedades urbanas, con grandes contrastes y problemas de identidad en un mundo que ensaya un nuevo modelo de globalización,

intentando borrar los localismos. En la lucha por sobrevivir, buscamos interlocutores que nos representen y nos reafirmen, entre otras razones, porque esta generación no tiene las utopías de antaño. Al opinar, pues, sobre estas maneras de rebeldía, como lo hicieron los Beatles en su momento, debemos mirarnos en un espejo y preguntarnos ¿Qué hacemos para que todo sea distinto y esperanzador, en vez de condenarlo al ostracismo social y a la desautorización pública?

La cultura no es parte de la agenda nacional

Es obvio que lo político satura los temas nacionales. Por tanto se induce que la cultura sería determinante en una agenda nacional de desarrollo, tarea por cierto que parece no ser de interés de la clase política y dirigente nacional que se bate por cuestiones de intereses particulares, inmediatistas y sectoriales.

Siendo así, lo cultural es relegado a los espectáculos, las sociales y los grandes acontecimientos literarios o de masificación como los congresos, encuentros, la feria internacional del libro, entre otras manifestaciones, que si bien pertenecen a la esfera de la cultura, se quedan en los linderos de la llamada cultura académica o formal, sin que ello tenga ninguna implicación ni peyorativa, ni simplista, ni de indiferencia. También estos espacios han sido sacrificados por los intereses que hoy mueven la mayoría de la gente, por los temas que hoy son debatidos en la opinión pública y por los centros de convocatorias regulares.

La sobresaturación de lo político en la cotidianidad dominicana (radio, televisión, paneles, seminarios, talleres, y otras formas distintas de encuentros y reuniones en lo que se habla sobre los problemas nacionales) es evidente. Nos llaman los extranjeros el país más politizado del planeta. Es cierto que somos una sociedad con múltiples necesidades materiales. Es

verdad también que tenemos un rosario de temas, obras y precariedades acumuladas. El inmediatismo de nuestra realidad, nos obstruye la proyección, el porvenir y al resto de las sociedades, creyéndonos el ombligo del mundo.

Creemos que nuestros problemas y su itinerario, son los únicos que existen y por los únicos que debemos desvelarnos como país. Pero, cuando miramos al resto del mundo nos damos cuenta, que los nuestros son parte del conjunto de prioridades que vive la humanidad hoy, sólo que en cada país se vive la experiencia diferente o con vivencias y matices particulares.

Sin embargo, de lo cultural como totalidad de la existencia humana, y en especial de los problemas relativos a la identidad, el patrimonio cultural, la memoria histórica, los cambios culturales, la apertura social y sus implicaciones en las mentalidades de la sociedad, los conflictos entre modernidad y tradicionalidad, relaciones interétnicas, consecuencia de ser una sociedad que es parte de una diáspora, de un conflicto histórico-cultural con un país vecino, de todo ello nos olvidamos o nos obligan a hacerlo. La agenda del debate diario la fijan los medios de comunicación y la clase dirigente nacional. No por ser un país plagado de necesidades materiales, reduzcamos nuestra existencia a ello.

Debemos ser capaces como nación, de ampliar los temas de comentario, diversificar la agenda de las discusiones en los programas televisivos, radiales, las universidades, los partidos políticos, las reuniones sociales, las esquinas y los colmadones y convertir lo cultural como parte de una necesidad de búsqueda, de encuentro, de reafirmación, de diversidad, que nos permita ver más allá de las fronteras que nos impone el otro y ampliar los temas de necesidad de la sociedad, que también deben incluir lo cultural, no como problema, sino como solución que ayude a un distensión interior ante tantas angustias.

El mundo lúdico

Con el tiempo hemos entendido que el ser humano no sólo es trabajo, sacralidad, martirologio, lamentaciones y sufrimientos, sino que a pesar de tales realidades, somos alegría, vitalidad y distracción convertida en necesidad de vida. Por esta razón el estudio de la cultura nos lleva a importantes encuentros con nuestras necesidades inmateriales sentidas, pero que por una tendencia al sacrilegio, los seres humanos reprimimos o relegamos.

Como parte de una de las complejidades de la naturaleza humana está el llamado mundo lúdico: ocio, recreación, diversión, festividades, risa, contemplación, catarsis, humor. Tan importante ha resultado en las personas y las culturas esta necesidad, que ha obligado a una atención especial en la ciencia que estudia la cultura: la antropología del ocio o del mundo lúdico.

Nos hemos esforzado por condenar el divertimento, el jolgorio y el ocio considerándolo dañino y contrario a la construcción sana de los pueblos. Sobre todo el mundo medieval, apoyado en la impronta eclesiástica, pecaminó todo esfuerzo por entretener la vida al margen de los cánones reprimidos de la pureza y la virtud, como expresión impoluta de la conducta humana.

Esta visión del hombre y la mujer son parte de la cosmogonía de occidente, aunque no parece un rasgo exclusivamente

occidental, sino más bien parte de la propia construcción de la naturaleza humana, tal vez por todo el esfuerzo y sosiego que ha significado en el individuo, crecer y separarse de su antigua condición animal, lograda en base al sacrificio y al desafío constante.

Así las cosas, lo lúdico ha ganado un lugar a pesar de las detracciones y acusaciones y a pesar de los infundíos del pensamiento místico que ha sacralizado la relación no sólo con las deidades y lo espiritual, sino que ha trasladado al mundo de los hombre y las mujeres, a la realidad factica del ser, a su existencia misma, la mismicidad divina y convierte en pecado todo lo que resulta ser de naturaleza terrenal, multiplicando por demás, las ya largas prácticas de autoflagelación de los vivos.

Por esa razón la historia está cargada, de luchas, sacrificios, trabajos y espacios de diversión. Estos bacanales son parte de la naturaleza humana, a veces la propia historia los enjuicia con el prisma del tribunal inquisidor, sin permitir la necesaria pausa que, como terapia social, inventan las culturas para jugar con el destino y las pruebas que sobre el camino les esperan.

Los llamados vicios humanos son parte de esa debilidad intrínseca del ser, que encuentra la manera de hacerse presente en la conducta humana con algo interior y propio, que es combatido desde la frontera de las doctrinas que entienden la necesidad de buscar un hombre perfecto. En esa búsqueda se han quedado no sólo las doctrinas del pensamiento, sino también las sagradas, que han llegado como fue el caso de la católica, a construir un mundo invertido como le denominara Carlos Marx, ese gran filósofo alemán en su obra *la ideología alemana*, a la manera como la religión occidental y todas en esencia, conciben la otra cara soñada o idealizada del ser humano, desde una óptica puramente imaginaria, pero contraria a la realidad de este nuestro mundo.

Lo lúdico, emerge con fuerza ante los embates de la vida y de la cotidianidad y a veces se impone como pieza obligatoria del juego, capaz de compensar abismos, entretener multitudes,

sosegar ímpetus, adocenas mentalidades, calmar ansias y equilibrar emociones y desesperanzas. Este es el reto interpretativo de lo lúdico en la naturaleza humana, de ahí su importancia en las culturas, utilizado como recurso terapéutico, o contraembalse emocional.

La danza de la melancolía bailada por los negros esclavizados que cruzaban el Atlántico era parte de una permisión venida desde la dirección de los barcos negreros para atenuar las tensiones y evitar de esa manera liberar rabias y resistencias que se acumulaban y estallaban a veces de mala manera en conatos y rebeliones. Esta danza permitía una complicidad entre el esclavizado que la sentía como necesidad de libertad en su imaginario y los negreros como fórmula alternativa que les aliviaba conflictos.

Los carnavales, los festivales, la diversión, el baile, el canto, la música siempre será una terapia que alivia las penas, reduce tensiones, equilibra emociones y es portadora a su vez de esperanza, es una especie de revitalización del alma. Por eso el carnaval dominicano como expresión neta de la parte lúdica nuestra y la de mayor convocatoria, se convierte en el principal distensador, la mejor de las terapias y válvula de escape a la sufrida y triste historia de un país, que como dijera nuestro poeta nacional don Pedro Mir: «no merece el nombre de país, sino de tumba, féretro o sepultura...».

Por todo ello, la gente se interesa en saber las fechas festivas, los días de carnaval, las fiestas y demás formas de diversión, a pesar de que una parte de nuestra intelectualidad juzgó mal esta conducta, sobredimensionando el sacrificio a la existencia. Desde que el cronista de Indias, Las Casas, acusara de haraganes a los aborígenes que encontró Cristóbal Colón a su llegada a la isla de Santo Domingo en 1492, nos ha bautizado un estigma que confronta trabajo a diversión, alegría a dureza y firmeza de espíritu, y nos vemos como un pueblo bullanguero, parte de cuya acusación se fortalece en la existencia de una cierta indisciplina social que todo lo reduce al chiste. De todo

nos burlamos o nos reímos y cualquierizamos todo, no obstante, el derecho a lo lúdico se erige hoy como parte de los derechos humanos fundamentales para cualquier sociedad o grupo humano.

El café orgánico como excusa

Bajo el amparo de su gente, la vegetación exuberante y el clima agradable de la lejana comunidad de Polo en Barahona, un grupo de trabajadores de la cultura, activistas, artistas, intelectuales, investigadores y mucha gente interesada en la convocatoria, acompañó los días del fin de semana del primero al tres de junio, a los organizadores de lo que se ha institucionalizado bajo el nombre de Festival del Café Orgánico, con la agradable presencia como anfitrión de José Roldán.

El tema como excusa: café orgánico, el lugar como distancia y lejanía: Polo, el Sur olvidado, se convierten en curiosidad en sí para explorar este nuevo ensayo por recuperar un espacio de encuentro de la identidad y la cultura popular, articulando esta vez a la comunidad como anfitriona y partícipe del proyecto, alrededor de unos de sus bienes de vida: el Café y no cualquier café, el orgánico, demandado y apreciado como alternativa comercial y de salud en el mercado internacional.

Romper esquemas es también un desafío del arte y la cultura. Las instituciones comprometidas con tal iniciativa arriesgan al futuro, no pierden la esperanza en la necesidad de reorientar el norte, no solo de la producción y los hábitos tradicionales de cultivo, sino apostando a la cultura como interlocutora genuina de esta aventura.

De lo que se trata cuando hacemos contacto con este tipo de esfuerzo cultural, es preguntarnos cómo podemos cambiar el

rumbo, cómo podemos dialogar una nueva visión del desarrollo sostenible integrando a la gente y sus valores de referencia. ¿De qué manera contribuir con una redefinición de la relación entre desarrollo y cultura?

Pero también, se trata en este esfuerzo, de seguir como don Quijote en el camino trazado a pesar de las limitaciones, a pesar de las dificultades y los escollos del camino, para vencer el miedo, la desidia, la morosidad del pensamiento, la comodidad de la modernidad, la pesadez del alma, la indiferencia ante la cotidianidad de la pobreza que ya nos parece común. Nos sacude este esfuerzo y nos pone a pensar cuan distantes estamos de alcanzar objetivos colectivos de progreso. Nos remite a la letanía en que a veces se convierte el trabajo cultural para alcanzar muchas veces, resultados esencialmente pequeños pero no por ello, irrelevantes.

Ya se nos ha olvidado el Festival de Cultura Campesina de Salcedo, el Festival de Luperón organizado por el doctor Rafael Cantisano, y otros encuentros de familiar motivación. Nos quedan otras iniciativas que luchan como titanes por no desaparecer del escenario público y que el vendaval de la globalización, la modernidad, la dejadez y la acriticidad en que nos hemos bautizado como ciudadanos, nos retan a diario.

Héroes son también los hermanos Guillén de Yamasá, Darío Solano de Nigua, Sixto Minier y su Cofradía declarada Patrimonio oral e intangible de la humanidad por la UNESCO o los Guloyas también Patrimonio oral e intangible, el remolino cultural de la Chocolatera de Puerto Plata, el grupo de artistas y artesanos de Miches, además de José Roldán, que con un ejército de soldados sin rostros y sin armas continúan la batalla para que nuestra memoria social no se borre de nuestro inconsciente.

A contrapelo de la apertura y los fantasmas que le acompañan, seguimos luchando entre globalización y glocalización, es esta la batalla a vencer. El Festival de Café Orgánico de Polo, Barahona, es un nuevo pelotón en esta batalla. Apoyemos el esfuerzo.

Artesanía nacional y competitividad

La artesanía de un país es como su rostro identitario ante el visitante, y en el exterior. Es la artesanía una especie de cédula de identidad que se puede convertir en un referente obligatorio en el momento de pensar en el país.

Lamentablemente no siempre se logra este peldaño en la búsqueda de rasgos particulares de la identidad de un pueblo a través de su artesanía. No olvidemos que ella refleja en sí, los problemas inherentes a los conflictos de identidad que le son propios a un país.

El artesano sin quererlo, teje los perfiles y huellas que marcan de manera definitiva los componentes más emblemáticos de la cultura de un pueblo, trabajado con maestría, elegancia, estética y creatividad por el talento de algunos artistas populares que se convierten en portadores de una forma, de un referente cultural, de una manera de ser que hace posible encontrarnos en una vasija, un objeto de manualidad, una pieza de decoración, un ajuar doméstico, un objeto utilitario, teniendo todos en común la intervención manual, artesanal del artista y por tanto, transformada en pieza de arte a la vez que utilitaria.

Aparentemente la artesanía nuestra atraviesa los inconvenientes de muchas de las manifestaciones populares que se desvanecen en el olvido de quienes deben importantizarla,

valorarla y justipreciar el esfuerzo y la calidad estética de lo que el pueblo es capaz de producir con su imaginario creativo. Pero también, la dispersión del sector, la ausencia de criterios organizativos o gremiales, la indefinición de iconos incuestionables que permitan andar los senderos de la identidad acompañados de estos símbolos presentes en nuestra artesanía. Obviamente que esta turbulencia no es exclusiva de la artesanía, también la encontramos en los demás espacios o escenarios propios del discurso identitario.

La artesanía por sí sola posee sus obstáculos particulares, sin embargo no son exclusivos a ella. De lo que se trata es de ver de qué manera, se relanza la artesanía como parte de una industria cultural que permita atenuar, parte de la crisis de empleomanía al poder integrar en su red toda una industria familiar capaz de generar medios, bienes y un mercado que valore el esfuerzo colectivo y produzca beneficios.

En el estado actual en que se encuentra la artesanía nacional es poco lo que se puede esperar. En estos momentos se procura un proyecto de ley que la convierta en competitiva y motorizadora del desarrollo. Para alcanzar este peldaño, necesitamos producir un marco legal que, ante los avatares de la globalización, la integración comercial, la liberalización de fronteras mercantiles, la artesanía además de competitiva, y de calidad, genere una producción que pueda responder a las exigencias del momento.

Los artesanos quieren que la ley proteja al sector y que los beneficios se quede entre ellos, pero la ley es una articulación como medio de regulación y como parte de una totalidad, implica consensuar sectores e intereses y ordenar procedimientos por años usados, que necesariamente obligan al cambio de políticas, visiones y modos de hacer y que retan por igual al artesano a modificar patrones de comportamiento que lo hagan más eficiente, creativo, diestro en los negocios, gestor en la promoción del producto, administrador y competitivo a la vez.

En estos momentos se necesita más unificación de los interesados de manera que podamos producir una ley incluyente, ágil, rectora y equitativa. Por tanto, los artesanos tienen una oportunidad de promover y participar de un proyecto que los involucra, les concierne y les pertenece. Sin confrontación árida, podemos lograr un buen marco legal que impulse la labor de esta industria cultural, tan necesitada de un referente que conduzca su ritualidad creativa.

Los gestores, promotores, asesores y demás componentes orgánicos de este proceso, contribuyen desde ángulos diferentes, a consolidar el destino de nuestros artesanos y sus nuevos desafíos modernos, globalizadores y competitivos, convocando una vez más al talento nacional, a un nuevo capítulo en el tejido social que nos hace presos de recetas y fórmulas, a muchas de las cuales no podemos escapar y menos ignorar.

Las muñecas de trapo

El imaginario popular se manifiesta desde distintos ángulos de la vida y la creatividad del pueblo. Con él se acompaña la desgracia, el devenir y la esperanza, el dolor, la sacralidad, la alegría, el desamor, la desventura, la soledad, nuestro sentido gregario, la soberbia, el humor y lo lúdico.

En cada caso el pueblo con su sentido creativo, picaresco y a veces sarcástico, aborda los temas de la cotidianidad que le resultan familiares, no por adhesión a ellos, también puede serlo por adversidad o rechazo, encontrando maneras de expresar estos estados del alma.

El piropo, es una creación popular, es talento y una forma de inteligencia en que se manifiesta ese imaginario, a veces cargado no sólo de morbo sino también de una ideología machista decididamente negativa en algunos casos y que arremete iracundo la privacidad de la mujer. Sin embargo, no podemos negar que algunos piropos provocan la sonrisa a la más indiferente de las mujeres, precisamente por su ingeniosidad y talentosa manera de seducir. Es esto creatividad e imaginario popular.

En el mundo lúdico, se ha volcado un imaginario creativo que se expresa de múltiples maneras, encontrando en los juegos infantiles maneras diversas de hacerse representar: trompos, caballitos de madera, trencito de cartón, carros de

desechos, chichigüas, fufú y la muñeca de trapo en los cuales los infantes son los protagonistas.

En el caso de *las muñecas de trapo*, el imaginario popular se traduce en una particular manera de configurar una identidad muy caribeña, y muy nuestra.

Posiblemente sean estas muñecas las más auténticas representación de la figura femenina nacional. Hechas de trapos, retazos y trenzas de algodón y otros desperdicios de telas, las muñecas de trapo han cumplido un papel importante en el mundo lúdico de nuestra infancia.

Su confección simple no impide la calidad del producto terminado. Su flexibilidad que le viene de los materiales usados, le confieren una perdurabilidad que además de fácil de manipular, permite que su deterioro sea lento y menos traumático para las niñas sobre todo, que son sus destinatarias finales.

De antiquísima fabricación, las muñecas de trapo en nuestro país fueron el emblema en muchos hogares hasta que fuimos invadidos por modelos y muñecas seriadas, que además de romper el referente estético y cultural nuestro, disparó su costo e introdujo una segregación clasista que ha trastocado los valores referenciales de nuestros niños y niñas, acercándolos a nuevos criterios selectivos al momento de escoger la muñeca. Entre otros, el exorbitante precio el material plástico y sintético y referentes estéticos divorciados de nosotros como caribeños.

Pero indudablemente que el mercado y la modernidad han hecho posible esta dislocación, hoy vista como algo natural.

En el caso de las muñecas de trapo, conservan una manualidad, un referente fenotípico afroamericano y una simpleza que la hacen al mismo tiempo más afectivas y tiernas, convertidas en muchos casos, en el acompañante nocturno de nuestros infantes o en simples piezas decorativas, por conservar cualidades y rasgos muy nuestros.

Son estas muñecas, verdaderas expresiones de criollidad e identidad y a pesar de los avasallantes vientos de la

globalización y la apertura comercial, podemos todavía encontrar espacios para su producción, su comercialización (aunque reducidos) y de gran demanda ente turistas y visitantes extranjeros. Muestra de que ella –la muñeca de trapo– es una especie de icono de la juguetería nuestra y símbolo de una identidad que se bate hoy en agonía por sobrevivir al modernismo, el esnobismo, las sustituciones, la cursilería y la despersonalización social que sufren muchas de nuestras sociedades.

En la artesanía nuestra, las *muñecas de trapo* han alcanzado un sitio de preferencia y modalidades regionales y hasta estilos artesanales impregnados por aquellos que con sus manos, habilidades y talentos propios, hacen posible que nuestros niños sigan acariciando la pelusa de sus tejidos, y la cantidad de afectos y añoranzas que emanan de estas *muñecas de trapo* nuestras, verdaderas representantes de una marca-país, del arte y la creatividad popular del pueblo dominicano.

La creatividad popular en navidad

La Navidad es un espacio para la reflexión, el recogimiento espiritual y para algunas personas, la fiesta para la creatividad. Esto así porque las viviendas, patios, salas y jardines son decorados expresamente para la ocasión y con motivos alegóricos a la ocasión.

En muchos casos nos esforzamos en presentarlos mejor que el vecino o el familiar más cercano, en una especie de competencia sana, pero provocativa. Nos gusta que nos admiren y dirijan bellas palabras hacia el esfuerzo, que en muchos casos envuelve toda la familia.

Pero también este deseo de lucir bien en Navidad ha contagiado en los últimos 30 años a barrios completos, calles y comunidades haciendo de la celebración un momento de encuentro, trabajo colectivo, solidaridad y cooperación entre miembros de una misma comunidad. Esta vez el llamado se le hace a los vecinos para que, aprovechando las festividades navideñas, alegren su rincón, calle, vivienda individual o sector con motivos navideños, poniendo a prueba su ingenio, creatividad, originalidad y capacidades múltiples de aprovechar cualquier desecho y convertirlo en una verdadera obra de arte.

Es cuando la iniciativa, adquiere una trascendencia más allá del encuentro y los valores que esta movilidad fortalecen entre sus participantes. Esta convocatoria espontánea de algunos

de los ciudadanos más protagónicos de su barrio, compromete al conjunto de la comunidad para que el visitante quede impactado con lo llamativo, hermoso, original y alegre de la decoración.

Naturalmente que sin la participación entusiasta de la gente y el sentido de solidaridad que implica, no es posible alcanzar obras de arte. La majestuosidad de una decoración barrial consiste más que en el derroche de recursos, en la capacidad creatividad de sus gentes y la originalidad de sus inventivas, desafiando en todo momento el ingenio popular, el hacer una cosa bien hecha, aunque no se haya comprado en la ferretería más cercana.

De un botellón plástico de agua, cortar su parte superior y pintarlo y unirlo a otros con lazos de funda plástica crear un campanario, usar alambres, varillas para dar formas a figuras humanas o escultóricas, papel funda de varios colores para crear techos multicolores, un nacimiento verdadero con niños, maderas viejas para construir figuras y ambientes, integrar tarros y árboles (sin que sean maltratados) al conjunto de la decoración, así mismo, usar elementos de la tecnología como motores para producir movimientos, papel maché para presentar personas y animales, reproducir con distintos elementos una cena navideña incluyendo el lechón asado, es creatividad y arte a la vez.

Esta iniciativa barrial ha ido acompañada en los últimos tiempos de concursos convocados por importantes empresas que le han impregnado mayor movilidad y participación de la gente, lo cual dinamiza y multiplica los barrios participantes haciendo de la Navidad un momento de festividad y tranquilidad que todos deseamos. Quizás sea oportuno destacar aquí que más que la participación por ganar, lo más importante es la participación por integrar y desarrollar valores de participación y solidaridad carentes en nuestra sociedad de hoy.

Precisamente y siguiendo la tradición, compartimos el esfuerzo de importantes instituciones privadas que han visto

otra forma de involucrarse en la Navidad sin alterar el medio ambiente, la paz y la tranquilidad ciudadana y promoviendo valores sanos de convivencia a la vez que provocan la musa popular a través de concursos y otras formas originales de participación que despierten en nosotros el artista dormido o el artesano inquieto que tal vez muchos tenemos dentro y no hemos descubierto. Así lo hicieron Orange y el Centro León en Santiago de los Caballeros con su convocatoria: *Mi barrio está en Navidad*, lo cual fortalece la ya tradicional iniciativa de los barrios santiagueros.

Carnaval como espectáculo. El divertimento

La dimensión mimética de la cultura encierra una de sus más extrañas manifestaciones. Como la cultura es una estructura de símbolos, toda actividad humana va acompañada de una relativa funcionalidad operativa que es, a su vez, una expresión de validación social.

Esta dimensión figurativa, de gran contenido semiótico que envuelve al hecho cultural, convierte su accionar en una escenificación, en un juego de complicidades, en un gran escenario en que actores y públicos se entremezclan para un fin necesario: la reafirmación del ser y la catarsis.

Esta catarsis, desahogo, terapia o función del hecho cultural es parte de un espacio de vida que hace posible la existencia del ser humano. Lo contrario transforma la cotidianidad en una pesada carga y aburrido tránsito por la vida, por tanto los momentos de ocio son aquellos en los cuales el ser humano se distancia de la obligatoriedad social para entregarse a la espontaneidad, la libertad creadora, la contemplación, el ocio propiamente, lo lúdico, además del arte.

La antropología del ocio y del mundo lúdico, surge como necesidad para explicar por qué en la mayoría de las culturas humanas está presente el divertimento por llamarlo de manera distinta sin que suene molesto. El tiempo que el ser humano

dedica al ocio y lo lúdico ha variado según los tiempos y las culturas, pero lo cierto es que acompaña la actividad humana siempre.

El carácter simbólico de la cultura la hace más frágil en el momento de racionalizar acerca de su necesidad en el ser humano, pues a veces sus explicaciones desbordan lo estrictamente necesario para serlo, subjetivamente oportuno. Sin olvidarnos de que la cultura es un recurso de vida, un medio para sobrevivir.

A pesar del dolor, las precariedades, las ausencias, el trabajo como alineación social según lo definiera hace tiempo Carlos Marx, las guerras y la lucha por la vida, a pesar de todo ello, el ocio y lo lúdico como placer interior, la risa, el goce y disfrute de la vida como contrapeso, constituyen una especie de equilibrio emocional para la vida humana.

En todo este tránsito cultural, el montaje de la vida no solo como un melodrama, sino como un espectáculo convierte la cultura en un guión que hace de la vida, y del hecho cultural un teatro en que se cuenta una historia y jugamos un juego de simulaciones, roles, complicidades, representaciones, historias, realidades, verdades, por qué no, mentiras funcionales, leyendas, personajes, mitos, inventos, fe, esperanzas y pasiones propias de la naturaleza del ser.

Lo anterior nos remite a tratar de entender la cultura como un espectáculo acompañada de actores, públicos, escenarios, guiones, escenificaciones, actuaciones buenas y malas, dramas, tramas, desenlace.

De eso se trata, no de ver el hecho cultural con la sobriedad con la que suele aparecer en la cotidianidad, pues en su intimidad, en la mismicidad del ser, nos burlamos de sus códigos y normas y en monólogos y en la más estricta soledad del ser, nos convencemos de su irremediable invalidez pero también de su incuestionable validación social, único recurso que mantiene la cohesión social y la propia integridad del individuo y de su reproducción social.

Es decir que a pesar de la fuerza que emana de la teatralización de la cultura, el hecho cultural se produce, se crea para cumplir un objetivo, muchas veces arbitrario pero al mismo tiempo operativo y funcional. Su permanencia en el grupo es su propia validación social. Su repetición y reiteración lo convierte en parte de la memoria del grupo, su aceptación es parte de un consenso y muchas veces de una complicidad social.

El valor de la cultura como recurso de memoria y también como catarsis, hacen del hecho cultural, un medio comunicativo que obliga a su actuación, su teatralidad, que afirme la memoria social, la identidad del grupo y su reproducción.

El carnaval como teatralización de la realidad

Como escenario de gran popularidad y masiva participación, existen manifestaciones culturales que se inclinan más que otras a una representación escenográfica, entre otras razones por las características melodramáticas que les son propias: danza, música, carnaval, muchas festividades religiosas. Casi siempre el escenario del mundo lúdico es el mejor de estos espacios. A ello no escapa el carnaval. Su estructuración y carga temática supone un guión previo.

La carga escenográfica se hace evidente en los personajes que lo conforman (comparsas), el escenario (la calle), la música de compañía, el tema (el guión propiamente), vestuario, colorido, coreografía, creatividad, imaginación e ingenio. Los espectadores son también por momentos, actores pero sobre todo al estar distantes del escenario y no autoincluirse con el vestuario y demás atuendos, se autodistancian, creando una relación de oposiciones entre actores y públicos.

La actuación escénica en el carnaval

EL ACTOR EN SU VIDA COTIDIANA, PRIMERA DUALIDAD DE LA OBRA DE TEATRO

¿Quién es este actor? El portador o carnavalero. Mayormente hijo del pueblo, proveniente de barrios populares, pues en sus inicios el carnaval era eminentemente urbano de sectores de capas medias y altas, que en oposición hacían un carnaval elitista, opuesto al que se expresaba en los barrios populares y tradicionales, no necesariamente los llamados hoy barrios marginados y surgidos después de la muerte del sátrapa Trujillo en los años de 1961.

Estos actores del carnaval suelen ser gentes comunes, personajes pintorescos, albañiles, carpinteros, mecánicos, zapateros. Muchos pasan desapercibidos en sus comunidades, otros son en si mismos folclóricos.

Una vez disfrazados y en plena acción, embriagan a su público y contagian a los demás con sus jocosas y animadas actuaciones.

EL AFÁN DE LA PARAFERNALIA Y LA PASIÓN DEL ACTOR

El atuendo, su decorado, cuidado de diseño, secreto en su divulgación, empeño en su preparación, exclusividades y particularidades se convierte en la agonía del carnavalero días antes de la obra, es decir, del desfile.

El valor de estas pequeñas y grandes cosas es más que material, afectivo, y también ritual porque en muchos casos suelen ser bautizados los trajes y demás usos o atuendos, antes de salir al ruedo público.

Es para el carnavalero su traje, como el vestuario del vestíbulo, para el actor de teatro.

LA IDENTIDAD DEL ACTOR CON EL PERSONAJE, MUY CERCANO A LA
DRAMATURGIA FORMAL

El hecho de que hay en nuestro carnaval, como en otros, personajes con más de 40 años identificados con el, supone una identidad profunda, un dominio exacto del escenario por parte del actor, pero sobre todo un dominio de la idiosincrasia del personaje asumido para la representación escénica que ha de incluir gestos, maneras de hacer, movimientos y cadencias que despiertan en su público entusiasmo y risa.

LA REPRESENTACIÓN ANTE SU PÚBLICO

Una vez en el escenario, el actor se ocupa de impresionar a su público, ¿con cuáles recursos? La actuación propiamente, los gestos, la palabra, la danza, la música y todo recurso que le parezca impactante. Es cuando el carnavalero se hace actor de un espectáculo en el que él es el protagonista principal. En ese momento nadie es más importante que él y su actuación.

LA ADHESIÓN AL PERSONAJE Y LA INTERACCIÓN CON SU PÚBLICO

Sin público no hay espectáculo. Pero sin la validación del público no hay éxito en la actuación. Es una especie de diálogo.

El contagio con el público lo ha de transmitir el carnavalero. Cuando los *Alí Babá* llegan, el bullicio lo arranca en el público el carnavalero. No es al revés.

ESCENARIO Y PÚBLICO

Los escenarios son determinantes para que se produzca la interacción. Aquellos escenarios muy estrechos limitan la

expresión del carnavalero. Los muy abiertos, lo dispersan. No obstante, en el fragor de la multitud, en los roces humanos, en el calor, en el sudor, es cuando se producen los más intensos diálogos y experiencias entre los participantes.

EL GOCE COMPARTIDO

Es obvio que en esta actuación ambos se divierten, el uno porque le gusta lo que ve, oye y siente y por el otro lado, el carnavalero que lo hace porque le gusta, lo vive, lo sabe hacer y sobre todo, lo sabe transmitir para crear el contagio.

LA FINALIZACIÓN DEL CARNAVAL

Luego como dice la canción del cantante español Joan Manuel Serrat, cada quien vuelve a su lugar social y la vida continua. Esa permisión social de la cultura sólo se da durante el carnaval, por lo que su dimensión psíquica y de catarsis tanto social como individual, es incuestionable, guardando una profunda analogía con la dramaturgia, el actor y su público una vez terminada la obra de teatro.

La diversidad del carnaval dominicano

Es obvio que la República Dominicana presenta una variedad inmensa de manifestaciones carnavalescas que abarca casi la totalidad del territorio nacional. La mayoría de los pueblos celebra carnaval. No tenemos un carnaval nacional sino más bien carnavales por provincias.

Este hecho es revelador de la diversidad cultural dominicana y la dimensión lúdica alcanzada por el carnaval entre los dominicanos, de tal manera que cada provincia busca un símbolo, un referente histórico, una razón cualquiera que le permite justificar su carnaval. En esa búsqueda, se vuelven creativos, imaginativos, fantasiosos y auténticos, lo cual les impregna una particularidad a cada uno de ellos y aún guardando ciertas semejanzas uno unos y los otros, resalta el esfuerzo por la diferencia que es donde se expresa lo identitario, lo diverso y el talento popular.

No podemos acusar este esfuerzo de «una fiebre de carnaval», aunque bien podría pensarse. Más que todo es un interés por crear una forma de diversión propia de algo que ya es nacional. Los pueblos no construyen en laboratorios los hechos culturales. Son la resultante de procesos naturales que fluyen espontáneamente. Por tanto, descartar estos esfuerzos por descubrir un carnaval propio, contraviene elecciones a que

tienen derecho los pueblos. Nadie es culpable ni responsable del auge y entusiasmo que ha originado el carnaval. El hecho mismo de que seamos uno de los pueblos americanos con mayor variedad carnavalesca por regiones y de mayor cantidad de carnavales, nos da una singularidad que no puede ser omitida al momento de estudiar el impacto que ha tenido el carnaval en la sociedad dominicana.

La lucha por reafirmar una identidad propia entre los carnavaleros de cada provincia, en vez de hacerle daño al carnaval como manifestación festiva, le hace bien en la medida en que lo convierte en un reto creativo, de investigación, de originalidad y de signo identitario propio. Lógicamente que esta empresa amerita la integración de gran parte de la población para que tenga un sello de pueblo, de esfuerzo colectivo y no de dos o tres «vanguardistas».

Sabemos que cuando los pueblos son sustituidos por quienes se creen portadores del conocimiento y la verdad, atropellando la sabiduría popular y el acervo de experiencia de la gente común, estas experiencias abortan y terminan frustrando lo que pudo haber sido originalmente algo natural, creado a partir de una necesidad del colectivo y no por pareceres particulares, de cuyo vicio debemos cuidarnos.

Puede el carnaval dominicano erigirse como el más extensivo e intensivo, además de variado y diverso en toda América, sin sonrojo. San Juan de la Maguana, Azua, Cabral, Barahona, Baní, San Cristóbal, la Capital, San Pedro de Macorís, La Romana, Bonao, San Francisco de Macorís, Tenares, Cotuí, La Vega, Santiago, Constanza, Navarrete, Río San Juan, Salcedo, Monte Cristi, Samaná, Puerto Plata y San José de Ocoa, entre otros, son de los que podemos recorrer en una romería que puede tomarnos dos meses y más, pues cuando termina el desfile de uno, comienza el otro. Ya hoy no es posible hablar de que febrero es el mes del carnaval, se ha quebrado la propia fecha de la festividad y es posible encontrar desfile de carnaval hasta después de Semana Santa. Esta anarquía que registra el

carnaval nuestro rompe claramente el marco histórico y conceptual de los orígenes iniciales del carnaval ligado al período precuaresma.

No obstante, el ordenamiento del pensamiento estructural de los pueblos, a veces, no actúa con el racionalismo clásico, lo cual obliga a una relectura de la dimensión que tiene esta festividad en estos pueblos mitad occidentales y mitad orientales desde el punto de vista de la llamada cosmovisión, del pensamiento y las mentalidades propiamente. Solo esto podría explicar la distribución espacial y temporal del carnaval dominicano y que nos confronta a una especie de posmodernidad del carnaval, si es válido el término.

El carnaval como catarsis social

Como parte de una necesidad lúdica, el carnaval constituye un espacio de liberación de tensiones, angustias cotidianas y relajamiento físico que lo convierte en terapia y desahogo de presiones interiores. Su antigüedad lo sitúa antes del período histórico de la Edad Media, como parte de una festividad pagana de los antiguos celtas y a su vez, tomada de otros pueblos anteriores.

Una vez en Europa, el carnaval encontró un marco social de reproducción que hicieron de su festividad, una masiva forma de diversión que finalmente originó una oponibilidad sacra: La Cuaresma y su Semana Mayor. Por la naturaleza pagana y secular de los pueblos europeos, se extiende rápidamente el carnaval entre sus gentes y debido al hecho de que el Imperio en Roma había terminado cristianizado, se inició un proceso de sacralización de la vida social europea y el carnaval era considerado muy desenfrenado.

Sin embargo, en el fondo estamos ante dos necesidades, esta vez confrontadas innecesariamente: lo sagrado y lo secular. Las necesidades lúdicas son esenciales a la condición humana y por tanto, su omisión no resuelve el problema. De lo que se trata es de saber ¿qué papel juega el carnaval en las sociedades? ¿Por qué su reiteración como parte de un ritual secularizado, qué persigue los pueblos con su celebración, cuál es su impacto

en el equilibrio social, personal y psíquico? Y finalmente su relación inequívoca con la identidad cultural.

Es decir, al momento de estudiar su trascendencia humana, el carnaval obliga a una lectura múltiple que va más allá de una simple receta de divertimento y lo implica en una red de hábitos y costumbres, y también en un medio terapéutico para liberar energías interiores y encontrar un momento para subvertir el orden social y contraponerlo a otro esquema anárquicamente sugerido con sentido de sátira social, humor picaresco, crítica social y diversión sana; siempre a partir de un código normado por el esfuerzo creativo, la originalidad y el talentoso esfuerzo popular.

En medio de los angustiantes temas de la agenda nacional dominicana, el carnaval es un momento para distanciarse de la rutina y liberar el alma, alimentar la imaginación y el goce, olvidando las letanías del mundo real y abriendo la ocasión para la risa, la alegría como catarsis que ayuda al equilibrio emocional y libera las tensiones. Un relajamiento necesario para la vida y la salud.

Cargado de trabajo, negaciones, prohibiciones y exclusiones, el ser humano ve en el carnaval un momento para la libertad de hacer y de vivir sin los tapujos sociales y las restricciones a que la sociedad encierra la condición ciudadana. Vivimos de problema en problema, de queja en queja y de tragedia tras tragedia; de no construirse un espacio que libere al individuo de tan tormentoso calvario, marcharíamos hacia los suicidios colectivos, los holocaustos sociales y otras formas de violencia, sin que ello anuncie sombríos presagios fatalistas.

Por algunas razones, estas convocatorias se han adueñado de las grandes mayorías, cuyos grupos encarnan las formas más evidentes de flagelación social. Ausentes de opciones, solo quedan los pequeños momentos de diversión. La vida, en la cotidianidad de esta madeja social, se reduce al trabajo, los sacrificios, el cumplimiento normativo de las leyes, el deber social cumplido, el alma como depositaria de penas y

melancolías. Si a esta dramática cotidianidad, se le puede agregar como condición especial y pasajera, un momento lúdico que contribuya con el desequilibrado desbalance, entonces sí tiene sentido la vida entre el sufrimiento y el disfrute pleno. No hemos venido al mundo solo al sacrificio, también a la diversión, la cual no es pecaminosa, sino parte constitutiva del ser humano. La disciplina, el rigor y la austeridad, son en todo caso en esta reflexión, intermediaciones entre las oposiciones ya mencionadas.

Las culturas de autoflagelación de la conducta humana desarrollada en algunas sociedades y sobre todo entre ciertas corrientes religiosas, no contribuyen al esclarecimiento de la compleja condición humana, que no es solo conducto de lo sagrado, también lo es del divertimento y la alegría, sin que ello viole ninguna ley, transgreda ninguna pureza o manche «reputaciones».

El carnaval es una necesidad para el equilibrio emocional de la gente, es una manifestación de reafirmación de la identidad cultural, no le hace daño a nadie, acelera la actividad comercial de los pueblos, es un momento para la creatividad y el arte popular, es parte de la tradición del pueblo y un encuentro social que desbloquea las oposiciones de clase, de raza y de credo; por tanto su celebración beneficia a quienes la han convertido en una manera de diversión y de identidad. Aunque no sea de interés individual, hay que respetarlo como una manera sana y divertida de contraponer las obligaciones del mundo: sacrificio y diversión. Lo contrario nos conduciría al abismo y la desventura social.

Fotografía y carnaval

Representación escénica en el carnaval de Santo Domingo. Recientemente salió a la luz pública el libro: *Carnaval popular dominicano*, bajo los auspicios del Banco Popular Dominicano y la firma de dos reputados profesionales: Dagoberto Tejeda Ortiz y Mariano Hernández. De altísima calidad editorial, esta obra pasa a engrosar el conjunto de libros y foto-documentos acerca de una de las grandes pasiones dominicanas: el carnaval, que junto a la danza y la música, el béisbol, y en la acera del frente, la política y la fe, constituyen nuestras más excelsas pasiones como pueblo.

El carnaval ha logrado un sitio definitivamente extraordinario en la cultura popular dominicana. Masificado en su convocatoria, intenso en su disfrute y extenso en sus celebraciones, ha sido el escenario de investigación de especialistas y expertos sobre cultura popular, teniendo en Dagoberto Tejeda una de sus figuras clave y quien ha producido más de cinco libros acerca del carnaval dominicano desde distintos enfoques y escenarios.

Esta vez se juntan dos apasionados del carnaval y cuentan su historia: una desde la iconografía de la imagen y la otra desde la racionalidad del discurso social y antropológico para encontrarse en un producto de sin igual significado para la historia testimonial del carnaval dominicano. Dagoberto Tejeda y Mariano

Hernández unieron pasión, profesionalidad, esfuerzo, calidad estética y documental para entregarnos este importante libro que trasciende, junto a otros de la misma categoría y resultado documental, la historia gráfica además de textual, de esta masiva celebración popular.

Tal vez este libro *Carnaval popular dominicano*, no produjera el contagio que se siente una vez entramos en contacto con él, si el carnaval dominicano no fuera una fiesta de colores, ingenio popular, personajes, creatividad, ocurrencias con sentido artístico o que se presta a ello y otras mil formas de representar el momento en que el dominicano disfruta y vive su carnaval y que el lente de Mariano Hernández registra con una majestuosidad y elegancia propia de los más altos niveles de profesionalidad y búsqueda del «otro yo» que se esconde detrás de todo aquel que convierte el carnaval en una manera particular de disfrute y de la transformación de la personalidad, la intervención de un rasgo facial, una vestimenta que transmuta la persona o simplemente un disfraz cuya magnificencia no puede ser ignorada por nadie, mucho menos por un artista del lente.

Este trabajo fotográfico es una especie de historia iconográfica del carnaval dominicano y lo sitúa en un valor testimonial acerca de la manera en cómo hoy celebramos y representamos el carnaval desde distintos ángulos: comparsas, individual y el público que observa, en lo que el artista de las cámaras quiso sugerir como el carnaval en sus orillas, en sus márgenes, donde también se celebra, se vive y se asume con una distancia y una complicidad igualmente embriagante.

Arte y cultura se conjugaron en esta obra para entregarnos un resultado de magnífica fuerza estética y textos refrescantemente sugeridos para la historia, el conocimiento de la complejidad de tan enraizada tradición y reflexiones sugerentes acerca de sus cambios y matices actuales, en una perfecta articulación entre imágenes y discursos, entre lecturas y fotografías, que además de obra de arte en muchos casos, también es testimonio de un carnaval que es identidad y festividad,

desenfreno y ritualidad de vida, costumbre y criticidad social, que encuentran en el carnaval, un momento para destapar las inhibiciones, las más jocosas figuras de la vida social hechas con la sátira que solo el pueblo en su espontaneidad natural, sabe representar.

La antropología del arte encuentra en esta obra de Dagoberto Tejeda y Mariano Hernández, una forma de validarse. El texto hace del libro un documento de investigación e información, pero las fotografías validan su fuerza testimonial. Por cierto, preocupación recientemente debatida con el fotógrafo santiaguero Fausto Ortiz, con quien conversaba acerca de las fronteras entre obra de arte y testimonio documental de la fotografía o la fotografía debatiéndose entre esos mundos. ¿Cómo se puede lograr una obra de arte en fotografía, conservándola como foto-documento sin intervenir la realidad para que no pierda su autenticidad? Ambos procesos pueden ser usados, sin embargo, la conjugación de calidad estética de la fotografía y fuerza testimonial, no requiere de grandes alteraciones de la realidad para que trascienda como obra de arte, logros obtenidos precisamente en este libro de dos profesionales. Invitamos a su lectura.

CAPÍTULO IV

El alma sagrada

Herencia y discontinuidad en la cultura

Uno de los problemas más difíciles a enfrentar y vencer en las tradiciones culturales, es el relativo a la forma en que habría de producirse la herencia o transmisión de los valores culturales de una generación a otra, de un miembro de la familia a otro o sencillamente de una persona a otra. En los hechos este es el anillo de ruptura o unión en la continuidad de una tradición cultural, sea de proyección local o nacional.

Es cierto que los factores de la modernización, los cambios sociales como resultado de la apertura que vivimos en estos momentos, la globalización propiamente y la situación de encarecimiento económico de todo lo que forma parte de una celebración cualquiera, además de la expansión urbana, los procesos de flujo migratorios entre otros, afectan grandemente estas tradiciones; sin embargo, podríamos confirmar que más que lo anterior, el delicado hilo conductor de la herencia y la transmisión y a la vez la aceptación de estos referentes culturales en el grupo portador de la tradición, se convierten en el más frágil de los retos.

Este vínculo hereditario puede o no ser sanguíneo, en cuyo caso se hace responsable del mismo a un hijo o familiar cercano para que siga con el compromiso familiar, pero también puede ser socialmente delegado a un amigo cercano o a un conocedor

de la tradición que pueda reunir las condiciones requeridas. Hablamos de una persona –que puede ser un hombre o una mujer– con condiciones de liderato, dominio y cualidades personales y prendas morales por todos reconocidas.

Resulta que llegado el momento inesperado (el fallecimiento o inhabilitación del líder), los grupos o las familias se encuentran ante un dilema ligado a esta desaparición inminente del árbol o tronco familiar responsable de llevar sobre sus hombros el peso de una tradición, sea el cuidado de un santo familiar, una velación anual en honor a una virgen o santo, un ga-gá, un altar de vudú y sus implicaciones (consultas, festividades, mantenimiento y adecuación del altar, preparación y organización de las distintas ceremonias, por sólo mencionar algunas de las responsabilidades).

No siempre se tiene claro el sucesor del «trono». Es la decisión más difícil para quien ha dedicado toda una vida por convicción, fe y compromiso familiar o de grupo, a mantener una tradición por años. A veces, en la solución de ese dilema le llega la muerte y entonces los demás tienen que decidir y no siempre lo hacen adecuadamente y es cuando una mala decisión diluye el esfuerzo, las buenas intenciones y puede impactar a una familia, grupo local o manifestación de envergadura nacional.

Lo grave de este complejo proceso de continuidad cultural es que puede ser una tradición familiar: un altar de la familia cuya madre era responsable de hacer consulta, celebrar una festividad anual o a un santo a los dioses de la familia, pero que todo el esfuerzo conllevaba un apego casi continuo al altar, centro de invocación y energía vital de las fuerzas espirituales con las que se trabaja. Su cuidado es parte de un deber del dueño del mismo, por tanto, la desatención es motivo más que suficiente para despertar la ira de los dioses. Todo ello implica un sacrificio y una dedicación.

Igualmente, nos encontramos con tradiciones del grupo y que descansan a su vez sobre un responsable: el ga-gá por

ejemplo, o una cofradía, en cuyo caso, aunque pueda descansar sobre una familia, su discontinuidad afectaría a una parte del grupo social, que mantiene cierta adhesión a la misma. Su pérdida resultaría en un gran vacío identitario para el grupo y un conflicto existencial para la familia portadora de la tradición.

Así mismo, existen manifestaciones, que aunque locales, por exclusividad, son parte de un patrimonio nacional como el caso de los Guloyas. Su desaparición como tradición nos arropa a todos y nos afecta a todos. Lógicamente, cualquier tradición que se pierda va mermando los cimientos de nuestra identidad, no obstante, su impacto va en proporción a la irradiación que la misma tenga dentro del espectro nacional, de ahí la gradación pues en esa misma proporción se expresa su repercusión sobre el país.

Sin embargo, en cada uno de los casos, la herencia es un tema a definir y sobre ella reposa la continuidad de la tradición. El celo del portador de la misma, se convierte en un escollo. Muchas veces en aras de preservar la tradición, la obstaculiza. Pero también se producen equivocaciones al momento de escoger, y una vez en ejercicio, el sustituto puede perder el rumbo y disgregar la tradición, terminando en su dispersión completa.

Por demás, no es axiomático que un familiar reúna a la vez todas las condiciones requeridas para ponerse al frente de una tradición cultural, que exige además de sacrificios, dedicación y condiciones particulares para ello. Este hecho tal vez sea de los más importantes al momento de analizar el impacto que se produce en una tradición amenazada de perderse en caso de desaparecer su principal responsable.

Muchas veces se negocia la continuación con personas lejanas al grupo o a la familia, para que no se pierda, pero si el nuevo compromisario tampoco logra concitar la simpatía del grupo o de la familia, también se pierde. La lucha de muchas familias, en los casos en que no es posible dar continuidad

sanguínea, es detectar quién puede hacerlo, para de esa manera mantener la tradición y evitar reacciones iracundas de sus familiares desaparecidos o en su defecto, los dioses. En estos casos las limitaciones son mayores dado que no cuentan con alguien de dentro que se haga responsable y a veces los esfuerzos no dan fruto, aunque exista el interés.

Todo ello implica lo complejo que es el tema de la herencia en nuestra tradición y que muchas veces escapa a los grupos. La tendencia hacia el desarrollo de lideratos centralizados por parte de los cabezas de estas prácticas culturales, impide aún más la salida armoniosa. En muchas ocasiones «ni lava, ni presta la batea», como dice el refrán popular.

No es tan fácil que estas tradiciones *per se*, desarrollen programas de transmisión que facilite el puente de enlace ante el traumático momento de la desaparición del líder. Por tanto, el reto de las organizaciones responsables de este tipo de acción es colaborar con estas tradiciones, antes de que suceda lo inesperado, para que al producirse, la encuentre en condiciones para proponer los cambios sin que se ponga en peligro el hecho cultural.

Los tiempos modernos y todo lo que ello implica, no son los mejores aliados de estas tradiciones, por lo que debemos estar más que en alerta y preparados, aún y a pesar de que la cultura es y será un hecho cambiante. Como teoría está bien, como realidad, no deja de preocupar.

Herencia y reproducción cultural

Ante el estado de agonía en que vive el legendario Capitán de la cofradía de los Congos del Espíritu Santo, señor Sixto Minier aquejado de una enfermedad fulminante, preocupa y entristece su salud y los sufrimientos y padecimientos físicos de quien mantuvo en sus hombros una tradición que se abre caminos por más de 200 años, siendo uno de sus más consagrados portadores en los momentos actuales.

Una de las grandes dificultades de la cultura popular radica en describir los medios y procedimientos para definir la herencia de la tradición. Una mala selección perturbaría la continuidad de prácticas culturales, muchas de ellas, centenarias. Partimos del criterio normativo de que estas culturas son parte de la tradición oral y que lo concerniente a la transmisión de la tradición se soporta en este mecanismo que tiene en la palabra su manera de vitalidad y fuerza viva de representación del grupo.

Sin embargo, la palabra por sí misma no es suficiente para cohesionar y acertar en lo relativo a la transmisión de la herencia cultural, pues otros elementos subjetivos habría que considerar cuando la decisión se asume. Estos elementos subjetivos podría estar presentes hoy en la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo de Mata Los Indios, pues entre otras cosas Sixto como capitán no tuvo la oportunidad que le

dieron a él de ser designado por su abuela y su madre como continuador de la tradición familiar, en su caso la enfermedad obstaculizó ese proceso natural y no hubo oportunidad para que así fuera.

Por otra parte, los grupos y la cultura crean mecanismos propios que permiten que, en ausencia de este proceso natural, se produzcan otros medios de selección como podría ser una decisión del grupo reunido con tales fines. Pero igualmente, podría ser una decisión verticalista que puede afectar la dinámica, espontaneidad y fluidez del grupo.

Tal vez sea esta la mayor preocupación respecto al estado de la cofradía hoy. Cómo seguirá su funcionamiento, su relación con la comunidad que permita crear y hacer surgir los nuevos cofrades de entre sus propias gentes. Es posible crear un liderazgo colegiado que permita repartir compromisos y responsabilidades, pero todo este esfuerzo no opacaría de ninguna manera, la importancia que para este tipo de tradiciones tiene una transmisión que respete ciertos criterios culturales usados a través del tiempo y dados como buenos y válidos por el grupo de pertenencia. Nos referimos al hecho, no siempre posible, de que el designado de continuar con la tradición sea aquel a quien el portador principal considera con las mejores condiciones para ejercer ese liderazgo, y en cuyos criterios entran los aspectos de autoridad, dominio de la práctica, responsable, humilde, desprendimiento (prendas personales), diestro en el verbo, portador de una memoria envidiable y conocimiento de algunas de las ejecuciones del hecho cultural.

En estos momentos cruciales de la salud de Sixto Minier, pareciera un contrasentido escribir de estos temas, pero no olvidemos que lo más próximo a la vida del Señor Sixto, lo fue precisamente la cofradía: su música, sus cantos a los difuntos, su compromiso social con los cofrades, su solidaria manera de relacionarse con muchas de sus gentes, la organización cada año de una tradición que lo obligaba a disponer muchos de sus propios recursos económicos para que se hiciera y

sólo recibir como compensación, la satisfacción de sus ancestros y de la comunidad, última destinataria del esfuerzo.

Su liderazgo ha sido incuestionado, entre otras cosas por sus dotes personales de líder conocedor y consagrado con la tradición, recibida de su familia y por más de 70 años llevada como lenguaje de comunicación ancestral, con las divinidades y convicciones católicas en su relación con la virgen del Rosario y como parte de una necesaria presencia afroamericana ante los difuntos y familiares que así lo solicitaran al momento de fallecer.

Un gran liderazgo como el de Sixto Minier deja su impronta y opaca las personas que, dentro de la cofradía, pudieron haber mostrado condiciones, a veces sin quererlo. No olvidemos que los liderazgos fuertes y sólidamente implantados, irradian una energía difícilmente ignorada. Pero la convicción entre sus miembros de que la cofradía desempeña un papel de primer orden en la continuidad del grupo, en la solidaridad de sus miembros y como medio de fortalecimiento de su memoria social e identitaria y espacio de interacción y acción de fe y compartición con familiares, amigos y relacionados. Su valor cultural y afectivo es fundamental por lo que la validación del grupo, hoy más que nunca, legitima su función social y su necesaria continuidad.

A pesar de lo sonoro que resultó en sus momentos la nominación de la UNESCO como pieza del patrimonio oral e Intangible de la Humanidad en el 2003, todavía la sociedad no aquilata la dimensión universal y la proyección que debe tener este reconocimiento. Posiblemente sus últimos días se conviertan en anunciación de una necesaria reorientación de la manera en que la sociedad y las instituciones responsables han abordado este compromiso que por demás, implica una responsabilidad institucional y de Estado, que va más allá de la UNESCO como institución auspiciadora de esta declaración.

Queda por ver cómo la Cofradía de los Congos del Espíritu Santo logra continuar sin la familiar presencia de su guía y

conductor por más de siete décadas. Cómo los miembros de la misma logran encontrar un canal de conducción y un liderazgo emergente que haga posible la continuidad, que una vez validada socialmente, permita darle vitalidad.

En todo este momento difícil, los agentes contaminantes deben mantenerse alejados hoy más que nunca del curso de los acontecimientos que se puedan producir, que no sea como consultores, colaboradores y apoyo de todo tipo a que la tradición no sucumba o se vea afectada de tal manera que perturbe su continuidad. La madurez alcanzada por sus miembros augura salidas airoas a pesar de la incertidumbre que le acompaña hoy.

La asiduidad de los hermanos Guillén

Con una persistencia envidiable, los hermanos Guillén han seguido, no sólo la tradición de guardar el Santo familiar, en este caso san Antonio, sino y sobre todo, transformar dicha tradición en una convocatoria sociocultural más allá de sus motivos iniciales.

Tal vez es en este ingenioso proceso creativo que radica la originalidad de la propuesta cultural de los hermanos Guillén que, por demás han demostrado retribución y agradecimiento para con su gente y el país. Su capacidad de gestores culturales no se cuestiona, debido al hecho de que cada junio, Yamasá es centro innegable de convocatoria en los terrenos familiares de los Guillén que, bajo el pretexto del novenario a san Antonio, cuyo compromiso viene desde principio del siglo xx entre sus padres y más tarde transferido al mayor de los hermanos, han logrado orquestrar una festividad cultural que reúne todo un fin de semana a una diversidad de expresiones culturales de todo el territorio, haciendo del lugar una verdadera feria y festival de la cultura popular: artesanía, presentación de grupos portadores, promotores culturales, investigadores, artistas, instituciones que trabajan con el tema cultural tanto estatales como de la sociedad civil, así como representantes de organismos internacionales que

coinciden en intereses, con la pasión por la cultura dominicana de los hermanos Guillén.

Pero por si fuera poco, los Guillén constituyen en estos momentos una muestra de lo mejor de nuestra artesanía, sobre todo aquella inspirada en el tema taíno. Su vocación de servicios los ha comprometido con talleres y una escuela de artesanía que funciona en sus tierras de Yamasá donde tiene lugar el festival, que aunque se hace acompañar de peregrinaciones, rezos, misas, y otras formas de devoción religiosa, la motivación original se desborda con una extensiva, solidaria e intensa reunión de grupos portadores de todo el país que se apropian del lugar para mostrar sus tradiciones: atabales, ga-gás, pri-pri, perico rí-piao, tonadas del Cristo de Bayaguana, salves, palo de muerto, congos, balsié, guloyas, decimeros populares, juegos tradicionales, comida típica y otras manifestaciones de la cultura popular.

El costo hoy de una convocatoria de ese tipo supone un gran compromiso con la tradición familiar y el público que ya se han identificado con ello. La diversidad de los convocantes sugiere un esfuerzo organizativo y una comprensión de la autenticidad de este encuentro para distanciarse de otros y adquirir fisonomía cultural propia.

El esfuerzo de los hermanos Guillén en mantener esta convocatoria en medio de tantas limitaciones nos permite pensar en lo complejo de esta preparación que podría implicar una planificación todo el año para que las cosas queden medianamente bien pues a los grupos convocados hay que cubrirle los gastos, así como parte de la comida que se expende. En todo caso debe evitarse la dependencia institucional porque le hace perder autonomía y autenticidad. Sin embargo, ello no impide que se colabore desde distintas instituciones con parte de los costos incurridos en el festival. Sabemos que una parte de la tradición de la cultura popular se ve hoy, más que nunca, amenazada por los embates de la crisis económica y las nuevas prioridades de gobiernos, instituciones y organismos internacionales, muchas veces distantes de los intereses que motivan estos encuentros.

Sin embargo, destacamos una gran capacidad de gestión en los hermanos Guillén, porque han sabido mantener la tradición por encima de las dificultades, perturbadas por la limitación económica, la indiferencia de mucha gente, así como por instituciones estatales comprometidas con este tipo de acciones pero que no asumen su papel.

A pesar de todos esos escollos, los hermanos Guillén continúan incólumes como los grandes gladiadores y hay que estar en una de estas convocatorias para vivir la intensidad y la fuerza que de ellas emana en cada rincón del gran patio familiar, en cada grupo portador participante o entre los propios organizadores.

Parecería como si fuera una gran familia que se une a sus celebraciones y que en sus inicios ancestrales, la tradición se transmitía de padres a hijos y hoy se ha convertido en un compromiso de los Guillén con su comunidad, y de su comunidad con el país. La raigambre que teje la ermita de san Antonio, devoción de estos hermanos, irradia tanta energía, que nos contagia a todos con una particular manera de celebración.

La cultura en tiempos de crisis

Los tiempos actuales no son nada halagüeños para el fortalecimiento o relanzamiento de los valores culturales tradicionales. Si la crisis afecta todos los ámbitos de la vida y reduce en extremo el poder adquisitivo de la gente, encarece el costo de todo y acrecienta el desempleo y oportunidades de supervivencia de la gente, es obvio que la cultura tradicional verá grandemente disminuidas sus posibilidades.

Pensemos un momento que cualquier actividad o celebración popular va acompañada regularmente de un andamiaje que es parte de su ritualidad misma, por llamarlo de alguna manera. El carnaval no sólo es el traje o disfraz, son además los componentes y detalles que le dan esplendor, colorido y gracia. Sin contar con otros elementos que le son propio, como careta, zapatillas y hasta guantillas, con poco esfuerzo anda entre un traje modesto de 20,000.00 pesos, a uno más barroco que puede andar por 60,000.00. Pero lo mismo se puede decir de las celebraciones tradicionales que suelen hacerse por costumbre y promesa familiar o de una comunidad, muchas de las cuales son la esencia misma de estas comunidades y grupos. La celebración de los hermanos Guillén, la Dolorita entre los Morenos de San Felipe en Villa Mella, Los Congos en Mata Los Indios también en Villa Mella o la fiesta anual de Enerolisa en esa misma comunidad cada fin de año.

El festival del Club Sol Poniente en Sainaguá de San Cristóbal, o el Festival Cimarrón de Nigua y otras celebraciones, festividades, encuentros y actividades ligadas al imaginario popular, son fuerza sostenedora de la cohesión social y las tradiciones de estos grupos.

En todas estas celebraciones, dentro de una lista que no tiene fin, pues hay muchas que son promesas personales y conllevan compromisos individuales con impacto social, pero que al momento de estudiar el tejido social y el mantenimiento de las tradiciones y los valores culturales de la identidad, son entes constitutivas de un todo, de una membrana social que se apoya en esas manifestaciones particulares, que se integran a la totalidad del hecho cultural. Muchas de estas manifestaciones culturales se acompañan de comida, bebidas alcohólicas, presentación de grupos musicales, además de todo el marco ritual que conlleva un costo, cuya parafernalia se adquiere en las Botánicas de los mercados.

Aunque es costumbre en estas celebraciones compartir los gastos, y la contribución o ayuda, valor de solidaridad que cada vez más se pierde en la sociedad moderna, es lógico pensar que los responsables de la convocatoria son finalmente quienes asumen gran parte de los gastos que implica un encuentro que podría tener de 20 a 100 participantes, a los que hay que darles comida, bebidas alcohólicas, café y otros brindis, y animar con música, a cuyos músicos hay que pagarles o cubrirles los gastos, alquilar sillas y acondicionar el lugar, en muchos casos por un par de días. Hablemos de sumas entre 50,000.00 pesos a 60,000.00 pesos.

Tan sólo imaginémosnos lo que este tipo de celebración podría implicar en términos de desembolsos de dinero. Todo lo que allí se mueve es con dinero y la calidad de estas festividades se mide entre los propios participantes a partir de este marco de referencia, lo cual desdice mucho por estos parámetros de medición usados, pero al fin y al cabo, el entusiasmo, la atención a los visitantes, la organización, la militancia con

la causa de la cultura, tiene tanta importancia como la calidad del lugar, el liderazgo del convocante y el motivo mismo de la convocatoria.

La queja hoy entre portadores, circula alrededor del tema del alto costo de la vida, lo cual tampoco es óbice para negar la tradición, porque termina por imponerse la fuerza de la tradición, el peso de la cultura. Es decir que si bien es cierto que atravesamos un momento crítico para el mantenimiento de la tradición por el impacto negativo que podría acarrear la crisis económica que nos agobia a todos, también es cierto que muchas de estas expresiones culturales se crecen en medio de la debacle, porque se entienden como una alternativa salvadora, como una especie de terapia necesaria y un escape espiritual, altamente ritualizado que termina contraviniendo los factores negativos que le rodean como nos ha mostrado la historia nuestra en el caso del liborismo del Sur (1910-1922) en medio de la Ocupación norteamericana y la desventura del campesinado de la región; o más tarde y también ligado a éste, el resurgimiento fortalecido de la tradición en manos de los Mellizos de Palma Sola, en medio del gran vacío político y la incertidumbre vivida como resultado de la matanza del tirano Trujillo en 1962.

A pesar de todo, no es correcto omitir la realidad actual en el momento de analizar de qué manera impacta en la sociedad y la cultura la crisis económica. En el estudio de la historia de la humanidad hemos encontrado cómo determinados hechos de la realidad, lo político, lo migratorio, lo económico, los fenómenos naturales, entre otros tantos, modifican ciertos patrones de comportamiento. Está claro que esos grandes abismos distorsionan aspectos de la vida social de los pueblos, entre ellos, las prácticas culturales. Por tanto, afirmar en estos escritos el peligro que puede representar la crisis económica a las tradiciones populares, no es más que una observación para ser tomada en cuenta por aquellos que inciden sobre las políticas culturales oficiales.

En tal sentido y como consecuencia de la crisis, advertimos de sus implicaciones para colaborar cuando podamos, ayudar siempre y contribuir en los casos posibles para convertir muchas de estas tradiciones en unidades autogestionarias, potenciando estos valores culturales como medio de vida, es decir, la cultura como parte de un producto cultural, comercializable, pero preservando su esencia noble, su función intrínsecamente social como ente aglomerador, fuerza espiritual y equilibrio emocional de los pueblos. Sabemos que en estos momentos conjugar estos componentes, podría salvar del colapso, muchas de estas tradiciones culturales de sin igual valor en el fortalecimiento de la memoria social y la identidad cultural dominicana, sobre todo hoy, al filo de la despersonalización cultural.

La salve dominicana

Contexto

De origen eminentemente europeo, católico y de profunda devoción, la *salve* pasó a América a través de los españoles y encontró lugar para su estadía y reproducción entre los pobladores del Nuevo continente.

Viniendo del mundo eclesiástico y apoyado en la *Salve Regina*, de donde le viene el nombre, este género se expande rápidamente en América como soporte de las distintas convocatorias religiosas, velaciones de santos, peregrinaciones y otras manifestaciones de carácter sagrado y secular con derivaciones en la religiosidad popular y de contenidos de la cotidianidad.

Tipos

En nuestro país estos cantos adquirieron en breve tiempo un desdoblamiento que ha llevado a una clasificación de estas salves en dos tipos:

- Por un lado la llamada salve sagrada o de la Virgen, y
- La llamada salve secular.

En el caso de la primera encontramos una presencia importante de componentes sagrados y una simetría o unicidad con el motivo religioso, a cuyo patrón textual se le puede improvisar poco. Ausente además de toda forma musical, se convierte la salve sagrada en vocal y antifonal por ser un canto de un solista y un coro que le responde, bajo un estricto formato basado en el rosario católico. Las improvisaciones se consideran alteraciones inadecuadas de los cantores.

En el segundo caso, el carácter secular se expande a diferentes realidades de la vida, tanto el mundo de lo sagrado popular, como de otras formas de la vida social.

Características

- El *canto responsorial* que le es propio, tampoco es exclusivo nuestro, es más un rasgo universal, por tanto este aspecto no es particular. En tal caso, tanto en la tradición africana como en la europea, lo responsorial acompaña muchas formas vocales. Por su parte, la salve secular se particulariza por la improvisación de sus letras, la instrumentalización musical y la polirritmia musical. Tiene un carácter más abierto el motivo de convocatoria. Aunque presente esta última en distintas formas de manifestaciones religiosas, su carácter secular le brinda mayor cobertura social de expresión, aunque no deja de ser una representación religiosa y parte del género ligado a la convocatoria sagrada.
- Normalmente la salve sagrada es acompañada de palmadas, mientras que la salve secular posee una variedad de instrumentos que van desde los panderos por lo que también se le conoce como *salve de panderos o pandereta*, siguiendo con los atabales y terminando con el balseo o tambor de un parche, a los cuales se agrega el güiro.

- La *improvisación* en la salve secular se presta para impregnarle a ésta un carácter festivo, popular y mundano o terrenal. En el vudú dominicano se emplea la modalidad de la salve vuduista que acompaña las distintas festividades y ceremonias de éste. Famosas son las salves al Barón del Cementerio, a San Miguel, a Anaísa, a Tinyó o San Santiago, a Santa Martha, entre otras tantas.
- Igualmente importantes, son las *salves liboristas* cantadas en las celebraciones religiosas del culto mesiánico desarrollada en el sur y que se convirtieron en una expresión particular de invocación al mesías Liborio Mateo.
- En otras prácticas religiosas populares como el *culto a los muertos*, las *Horas Santas*, el *reponso* y los *despojos* encontramos estas formas peculiares de salves que la han convertido en una de las formas representativas de la vida sagrada y del mundo espiritual y popular dominicano, contrario a las formas de la salve sagrada cuya delimitación la hace restringida, entre otras razones, por lo estricto de su base textual.
- El *canto repetitivo* como centro de la melodía lo convierte en un componente de alto contenido emotivo, radicando en él, el carácter envolvente del canto. Mientras más se repite la salve y su coro, más embriagados e identificados con ella están los participantes.
Tanto para el caso de la salve sagrada como para la salve secular, este aspecto no pierde interés alguno, por el contrario, es éste el elemento determinante para producir la intensidad del canto, y la satisfacción de los participantes en la actividad y al mismo tiempo lograr un estado de frenesí capaz de acercar los adeptos con los fines para los cuales son convocados: una verdadera experiencia mística.

- La *música* es parte del aporte africano a la salve, debido a que ésta vino desde Europa sin música y aquí al criollizarse hace que la salve se monte sobre cualquier ritmo: los palos, el merengue, y el balse. Por tanto, este elemento es parte del enriquecimiento en las transformaciones que éste género sufre una vez en territorio nuestro.
- En el mundo de las *religiones protestantes*, en la *Evangélica*, se manifiesta por igual un tipo de salve al Espíritu Santo, también de altísimo contenido emotivo que en muchos casos provoca el éxtasis de los participantes.
- En las *ceremonias de vudú* dominicano se afirma que estas salves son cantos que identifican a determinadas deidades y un medio de invocación a las deidades y por tanto, formas de inducir a la posesión ritual.

La situación actual

A pesar de ser una forma musical bien extendida en el país y del nivel de aceptación popular que le caracteriza, no ha alcanzado la popularidad y masificación del merengue.

Por ser, sobre todo, una música estrictamente, aunque no exclusivamente, sagrada, no ha podido aún romper las fronteras del gusto popular y convertirse, como lo hiciera una vez la *samba* brasileña de origen *Candomblé*, en una música de diversión que de por sí es ya contagiosa y salir del plano sagrado y pasar a ser una música festiva, que sería entonces cuando alcanzaría un nivel de comercialización singular e importante.

Tal vez, esto sea precisamente el margen de diferencia en términos de popularidad, entre la salve sagrada y la secular, que una se ha quedado en los linderos de lo sagrado, mientras

que la salve secular ha traspasado las barreras sagrada y ha incursionado en el mundo secular cotidiano.

Con excepción de parte de la región sur, tanto los palos o atabales como las salves propiamente no son bailadas. En el resto del país se queda la salve en espacios sagrados, restringiendo los referentes lúdicos que pueda conducir.

El impacto comercial

Ciertamente la salve ha pasado al mundo del canto popular de algunas solistas como expresión de un género autóctono de nuestra música popular llamada también *salve folclórica* con contenido de lo cotidiano, para la diversión yailable, sin embargo a pesar del esfuerzo de importantes cantantes como Elenita Santos considerada un símbolo en este género de canto, no ha podido impactar de tal manera que pueda romper fuentes y masificarse como forma musical.

En el caso de algunos cantantes del merengue y grupos auténticos como *Enerolisa Núñez*, los discos han sonado incluso hasta en la radio, pero aún así no hemos podido crear un estilo de gusto popular que lo demande más allá del impacto de su salida inicial y por tanto su esfera de comercialización es limitada.

Singularidades

Sin embargo, este género musical de la cultura pervive hoy como parte de un componente fundamental de la cultura dominicana y de su identidad sagrada. Como sabemos no todo el mundo puede cantar salve, entre otras cosas por dos razones principales:

1. Hay que aprender los cantos o las salves.
2. Hay que tener ciertas condiciones vocales y artísticas populares para poder pegar como cantante de salve, entre otras cosas porque el tono conocido como subido que en una parte del canto se produce, es para determinadas condiciones vocales. También se sabe que se debe entrar al canto en un determinado tono, que no atropelle al canto mismo.

Estos factores imposibilitan que la salve se cualquierice y por tanto forma parte de las especializaciones que se producen en la cultura popular, que también tiene sus niveles de exigencias y criterios de selectividad.

Es pues en estas expresiones de la salve secular donde encontramos una mayor presencia africana en la música y los elementos de la cotidianidad presentes en sus improvisados versos. Por todo ello, es frecuente tropezarnos en los caminos y senderos del país con peregrinaciones y desplazamientos de gente, que acompañados de salves, recorren el país por todos los costados, teniendo como medio de comunicación espiritual el canto de salve, que además de aliviar el alma, alegra el espíritu.

La agüita de Liborio Mateo en Maguana Arriba

Recientemente realicé un par de visitas con estudiantes míos y acompañado de otros investigadores a la comunidad de *Maguana Arriba*, en la provincia de *San Juan de la Maguana*, con motivo de unas investigaciones de religiosidad popular que hacía en esos momentos. Como parte del viaje incluí la visita a la *agüita*, centro de peregrinación importante de los *Olivoristas* del Sur.

La sorpresa al llegar al lugar donde se inicia el recorrido a pie, es decir, donde está el calvario, fue encontrar una pequeña y rústica carretera o camino transitable, obra realizada por un funcionario de la localidad comprometido con la tradición y cumpliendo un viejo deseo.

Otras obras realizadas en el interior de la agüita, han acomodado al visitante y remodelado el lugar. Es tal vez, de las pocas veces que se hace una inversión pública en un escenario de representación de la cultura popular, lo cual felicitamos y apoyamos.

El lugar como siempre, estaba frecuentado por peregrinos de distintos lugares del país, que hacían sus peticiones, tanto en el lado de la ermita, como en cada posada de las cruces o calvarios que entornan su recorrido. Pero, también esta visita se corona con el baño en la agüita o arroyo natural que se encuentra en el lugar.

Resulta todavía más extraordinario saber, la frecuencia y la cantidad de gente que allí va a encontrar alguna explicación a sus desventuras y desafueros personales. Es obvio contactar que varias décadas después del enfrentamiento con esta vieja *tradición mesiánica, la memoria social*, no sólo retiene su valor como referente sagrado, sino que recurre a el como apelativo alternativo ante los grandes sufrimientos humanos.

El Barón del Cementerio

Como una reiteración tediosa y violatoria a la libertad de culto que estipula la Constitución dominicana, las autoridades del Cementerio Nacional de la Máximo Gómez, prohibieron las prácticas al Barón del Cementerio en los más de tres lugares dedicados al culto, constituido como el de mayor presencia y militancia de estas creencias en el país.

De estrecha relación con el vudú, el culto al Barón del Cementerio se erige como el de más asiduidad entre creyentes y practicantes de esta religión y de muchos dominicanos que sin ser devotos fieles del vudú, comparten con estas creencias y devociones en la tumba del primer muerto enterrado en el campo santo. En el caso del Cementerio de la Máximo Gómez, construido en la época de Trujillo, la primera tumba se encuentra justo a la entrada frontal del cementerio y posee la cruz más alta del lugar transformado por el imaginario sagrado popular en punto de peregrinación, devoción, ensalmos, ronso, despojos, ofrendas, peticiones, promesas y otros ritos de veneración.

La creencia asigna poderes divinos a este primer muerto y la gente se apropia del espacio sin importar el parecer de los familiares del difunto allí enterrado. El imaginario popular convierte el lugar en sagrado y frecuentado por mucha gente todos los días y a cada momento. Las razones de la visita

tienen diferentes motivaciones pero al fin y al cabo es bajo la convicción de que una petición al Barón del Cementerio, sería respondida por éste y como resultado, se le cumple con promesas.

Así mismo, se tiene la firme creencia que su poder divino ahuyenta los malos espíritus, aclara el camino, atrae el bien, bendice los cuerpos, espanta las energías negativas y por tanto, la fuerza de convocatoria de esta deidad, cabeza de la familia de los guedeses en el panteón vudú (cuya especialidad es el mundo de los muertos), se ha transformado en la única manifestación pública abierta de este culto en nuestro país, de singular significación para los depositarios de la tradición entre quienes, dicha manifestación cultural adquiere un valor significativo y emocionalmente funcional, expresión de un patrimonio inmaterial vivo para estos grupos practicantes.

Su prohibición y restricción es una medida indebida y antidemocrática, violatoria por demás de los principios de libertad de credo y de la diversidad cultural que caracteriza nuestra sociedad, mestiza, múltiple no sólo en lo racial sino en lo cultural. Transgresora de preceptos constitucionales y convenios internacionales sobre el patrimonio cultural inmaterial de los que hemos sido signatarios, la decisión debe ser seria y críticamente ponderada.

Esta diversidad cultural nuestra se hace eco en lo sagrado, donde también expresaría una espiritualidad múltiple, por eso la decisión de la Sala Capitular del Ayuntamiento del Distrito Nacional o de la Oficina Administrativa del Cementerio de la Máximo Gómez amparada en supuestas acciones delincuenciales, desordenes y otras acciones de inconductas, no es indicativa por deducción, a los practicantes y al culto mismo, lo cual no omite acciones indelicadas que puedan producirse en determinados momentos en un lugar público pero bajo ninguna circunstancias, son relacionables de manera automática con un culto que por demás ha visto pasar muchos administradores y síndicos sin que hayan hecho desaparecer las prácticas

al Barón del Cementerio que como expresión genuina de una tradición cultural arraigada en la gente no se elimina, ni por decreto, ni por desconsideraciones prejuiciadas.

Lamento esta reiterada acción de abierta discriminación que trata de envolver en el mismo ambiente, las prácticas y creencias al Barón del Cementerio, con actos deliberadamente antisociales, en un lugar que por la desatención de las autoridades, ha quedado en el más penoso abandono y desorden, pero sobre todo huérfano de gestión pública. El descuido es visible desde el momento mismo en que nos acercamos al lugar a compartir con nuestros difuntos un momento interiormente espiritual.

Todos sabemos que se han vendido en dicho cementerio hasta las aceras. Encontrar una tumba en este cementerio, es una laboriosa tarea, debido a que los caminos y pasillos para transitar el campo santo, se han convertido en tumbas y nichos desproporcionalmente intervenidos por familiares sin que nadie imponga autoridad, regulación, orden y control de la seguridad del lugar.

Ante tanta desorganización administrativa, lo más cómodo de ésta y otras administraciones es cargar a otro la deficiencia. Somos partidarios del orden, la seguridad ciudadana del lugar y el ordenamiento del mismo, sin embargo rechazamos que se haga prohibiendo una creencia, que aunque para muchas gentes del país, es expresión de atraso, hechicería o ignorancia; al mismo tiempo, es espacio de paz espiritual, meditación, ejercicio de bien, bendiciones, encuentro espiritual y esperanza ante la desventura de la cotidianidad, para otra parte de dominicanos.

Este hecho es suficiente para que sea respetada esta manifestación cultural no sólo por cualquier ciudadano distante, sino y sobre todo, por las autoridades nacionales, elegidas por muchos de esos ciudadanos para que regulen la vida social, garanticen su seguridad y derechos civiles.

Por lo tanto, esperamos que la medida sea prontamente revocada para tranquilidad de los creyentes y practicantes

quienes han visto limitados sus derechos democráticos con acciones que coartan sus libertades y elecciones religiosas.

Entrado el siglo XXI y ante los avances que hemos logrado en el mundo moderno, pareciera un contrasentido que se recurra a argumentos baladíes para reprimir expresiones culturales del pueblo que siempre han tenido adversarios en distintos estamentos del poder y en otras ocasiones, cuando de cultura popular hablamos, siempre aparecen los abogados y defensores de una moralidad y una identidad cultural pura, opuestos a integrar estas manifestaciones, como parte del entramado cultural de la nación.

La fiesta anual del vudú

Con motivo del fin de año los seguidores de la religión vudú en nuestro país suelen reunirse y festejar en despedida de año, a sus dioses. Festividad que se inscribe dentro de un calendario diferente al católico, el cual festeja el nacimiento del Niño Jesús para esta fecha.

En distintos días del mes de diciembre, pero casi siempre al final de mes, los correligionarios de la hermandad o sociedad vudú, compran los componentes de la ceremonia: es común el gallo negro, que se le dedica al Barón del cementerio, palomas y otros elementos ceremoniales. A estos ingredientes se agrega el maíz, ajonjolí y el maní, los cuales son tostados el día de la ceremonia y colocados en un plato llamado «plato ceremonial», por eso el dominicano llama al vudú, *fiesta de maní*. Se adorna el altar con distintos componentes desde flores, papel crepé, guirnaldas, y hasta suele aparecer uno que otro símbolo de la Navidad, como la manzana y los dulcitos navideños, además del ron, bebidas y símbolos sacros.

El motivo principal de la convocatoria es celebrar la despedida de año al «ser o misterio» que protege al oficiante o caballo de misterio, familia y seguidores. Dar gracias por los beneficios obtenidos durante el año o simplemente adelantarse con la actividad, para solicitar que el año entrante le sea de dicha y bienestar.

Para esta fecha y como resultado de las creencias que acompañan estas manifestaciones, los creyentes acuden a las botánicas populares de los mercados, a comprar los ingredientes del *baño de la buena suerte*, sugerido como parte de los despojos, en este caso hechos por los propios practicantes, que consiste en hacerse varios baños con agua florida, flores como rompezaragüey entre otras, y aguas como viní-viní, abre caminos, arrasa con to'. A la que le agregan el *jabón de los baños de la buena suerte*, adquirido igualmente, en esos centros de apaciguamiento del espíritu, en que se convierten estas botánicas populares.

Por tanto, esta actividad está fuera de un calendario específico y aunque coincide con la fecha cristiana de la Navidad, tiene otro motivo y puede ser realizada del 20 al 26 de diciembre, inclusive antes del 20, pero no muy temprano, porque entonces pierde el sentido de despedida del viejo año y bienvenida al nuevo.

Tampoco es una tradición exclusiva al vudú, pues en muchas partes del mundo, el fin de un año y la llegada del otro, es motivo de diferentes reacciones por parte de las culturas humanas. Desde un baño en la playa con el agua salada considerada depositaria en ese momento de la buena suerte (esto a las doce de la noche del año nuevo), y con tres zambullidas de espaldas, pidiendo en cada caso, parabienes. Así como, el lavado de la casa el mismo 31 o primero de enero del nuevo año, con agua florida, rosas, olores varios y aguas de las botánicas, de manera que el mal salga y de paso al bien, y también la celebración de amanecida de los liboristas (del 31 al 1 de enero de cada año, en la comunidad de Media Luna, Las Matas de Farfán), entre otras formas de celebraciones.

Así encontramos como es de diversa y compleja nuestra realidad cultural, pues el fin de año puede ser celebrado o asumido desde distintas influencias culturales, y que ya en nuestro país se debe tomar en consideración estas distintas herencias conjugadas en nuestro Caribe tórridamente humano, abierto y múltiple.

El gagá. Un culto a la fertilidad

Hace mucho que las culturas humanas rinden culto a la tierra como portadora de vida. Los incas le llamaron Pacha Mama y las viejas culturas europeas, asiáticas y africanas la tienen como referente simbólica de procreación, fertilidad y fuente de vida.

Los taínos tienen en las potizas acorazonadas una excelente representación de la fertilidad en los cuellos fálicos y los círculos con puntos céntricos, que significaba la fertilidad femenina, así como los globos laterales de estas potizas, configuración de los senos de la mujer y portadores de los nutrientes indispensables para la vida.

De igual manera en las culturas africanas se celebran festividades próximas a la primavera al entrar el mes de abril, tenido como inicio de la estación del año donde las plantas reverdecen, las flores anuncian la multicoloridad de la naturaleza y las cosechas dan sus mejores frutos.

Esta relación intrínseca entre tierra, cultivo, cosecha, lluvias, florecimientos y producción agrícola, ha inclinado a la mayoría de las culturas del mundo a organizar ritos mágicos, cultos, ceremonias y festividades en homenaje a la tierra y su fertilidad y a su vez transferir, en términos simbólicos, estas convicciones a la fertilidad femenina, la reproducción biológica del grupo y la importancia que en la misma tiene la sensualidad y lo

erótico en estricto apego a una secularización despojada en todo caso, de la morbosidad con que muchas veces interpretamos estos hechos producidos en las culturas tradicionales.

En la sociedad dominicana encontramos un culto de igual perfil: el gagá. Si bien es cierto que los investigadores lo han concebido como un culto sociorreligioso y hasta con matices carnalesco, no menos cierto es que conserva un conjunto de componentes que podrían ser incluidos como parte de los cultos a la fertilidad celebrados entre los africanos entrando la primavera.

En el caso de la fiesta de la cosecha o *harvest*, del enclave de los negros libertos de Samaná, se celebra fuera de fecha, en julio, y se hace con la intención de festejar el rendimiento de la cosecha y en agradecimiento, más que todo, a los resultados de la producción agrícola de donde proviene una parte de su feligresía, es decir, es una expresión a posteriori, más que una petición, aunque entre dentro del complejo ritual de estos cultos a la fertilidad.

Aparecido durante la Semana Santa con la cual no guarda similitud alguna, el gagá celebra con sus miembros, un culto muy particular y que aunque está ligado al vudú no es un culto vudú propiamente. Esto así porque, presenta elementos que a la vez que lo acercan y le sirven de base litúrgica, lo distancian y convierten en una festividad con enormes manifestaciones seculares.

Independientemente de esto, este culto escenifica la más compleja representación de la lucha entre el bien y el mal encontrado entre los cultos de la religiosidad popular nuestra. Los ritos que preceden el inicio de las actividades de la Semana Santa (iniciados unos 15 días antes), van acompañados de peticiones hechas al Barón del Cementerio, donde se solicita la fuerza de un espíritu para que proteja el gagá en su recorrido y ejecuciones del Jueves Santo.

Igualmente, en un macuto, se guarda simbólicamente la tierra considerada portadora del poder divino delegada por el jefe de la División de los Guedeses y confiado en ella.

En estas celebraciones se entregan cuatro días al canto, la música, la danza, la bebida, comida y la fe, recuperando el ordenamiento social el lunes, cuando es devuelta la fuerza espiritual tenida como protectora durante esos días de alegría, peticiones y sacralidad al mismo tiempo.

El Jueves Santo es el día más importante de su componente sagrado, que es cuando se inicia la festividad propiamente que duraría toda la noche. Al otro día, desayunan fuerte y bien temprano hacen camino hacia otras localidades y bateyes a mostrar la fuerza de su gagá. Sostenido éste por tambores rítmicos, sonidos de vientos contagiosos (los bambús), una clave de metal o cencerro, un catalié o tambor pequeño, una trompeta de metal o tatúa; reinas y mayores se adueñan de calles, caminos, carreteras y trechos del cañaveral para el deleite y regocijo de su público, en algunos casos desconocido para el grupo de gagá y viceversa.

Los cánticos, una vez fuera del batey de origen se convierten en composiciones amalgamadas entre creol y español, entre santos y luases y temas de la vida cotidiana, haciendo alusión a palabras descompuestas, obscenas, y fuera de tono en muchos casos. El baile, que desde sus inicios es un espectáculo de sensualidad y movimientos cadenciosos muy sugerentes, en las calles y caminos pierde la sobriedad y control sagrado de la enramada, para invitar a su embriagado movimiento.

Así mismo, los tambores son el corazón mismo del gagá, su enfriamiento se considera el resultado de un guanguá y se cuida como la niña bonita. Debido a que en el batey queda la fogata, una vez desplazados, la fuerza mística la encarna el tambor que, a pie, encabeza la banda musical.

Se agradece por el bienestar del año, los participantes se embadurnan con un brebaje preparado técnicamente por un especialista del grupo que combina cualidades de plantas y raíces para producir la llamada «botella mágica» que les acompañará durante todo el trayecto de los días viernes, sábado y domingo de resurrección.

El luá (misterio o ser) más importantes entre otros lo constituye Gan Bois, cuyo lugar de reverencia es un árbol de los más viejos y emblemáticos de la comunidad, alrededor del cual se hacen varios ritos durante la noche. Extrañamente encontramos ese árbol como centro de invocación, que podría guiarnos, con el valor y la fuerza del símbolo en la cultura, a la tierra y su fertilidad.

No olvidemos que estas celebraciones están estrechamente relacionadas con las áreas productoras de azúcar y los campos aledaños, en todo caso guardando la distancia, pues esta vez estamos ante destinos de la producción diferentes: mientras que allá en África se trata de la producción de la comunidad, aquí el beneficiado de la producción lo sería el colono productor de caña. Sin embargo, es importante cómo encontramos una parafernalia simbólica curiosamente familiar a estos cultos a la fertilidad de la tierra.

Por su desconexión con las ceremonias de la Semana Santa católica, llegamos a la conclusión que a lo que más se parece el gagá es a los cultos de la fertilidad en el mundo africano, en los cuales el canto, la música, la máscara (es decir el símbolo, el referente), la sensualidad de sus danzas, la obscenidad de sus letras, la tierra, la naturaleza y la liturgia se entrecruzan para tejer una petición a los dioses implorando buena cosecha y bienestar para el grupo. Algo muy parecido a los fines que se persigue en nuestro gagá.

Una ceremonia hindú en el Caribe

Asistí como invitado a una ceremonia de agradecimiento el domingo 15 de julio de 2007, a la diosa negra del panteón hindú, en una comunidad del este de la isla Guadalupe, en un festival dedicado al tambor y la identidad caribeña y guadalupeña. Hubo más de una convocatoria en la isla para la misma fecha.

Una antigua zona azucarera, hoy dedicada al turismo y la ganadería, la comunidad de Mule, es el escenario de tan impresionante experiencia que he vivido como investigador y caribeño. Bajo la cobertura de un templo hindú, los manifestantes, más de 100 personas, mayoritariamente hindúes, mestizos descendientes de estos residentes en la isla desde épocas finales del siglo XIX, acompañados en sus ritos y ceremonias por otros guadalupeños blancos, mulatos y negros, se entregaron a una festividad sagrada que duraría todo el día.

A la comunidad llegamos acompañados del etnomusicólogo, coreógrafo, músico e investigador hindú Ragunahd y de inmediato nos arropó tan distante tradición religiosa en tierras caribeñas.

Impactados por la naturaleza de la actividad sagrada, conversamos con nuestro colega acerca del motivo de la celebración y nos afirma que se hace en agradecimiento a las deidades que han hecho posible el bienestar del grupo en el

año, por agradecimiento a los hindúes de la diáspora y quizás esto sea de los aspectos medulares de la ceremonia, pero también, la potabilidad del hinduismo como religión de apertura.

Más de 25 vehículos de buena marca, expresaba el nivel de prosperidad de este grupo étnico, de sin igual valor en los componentes identitarios de la isla. Los rostros y rasgos fenotípicos convertían a los hindúes en dominantes en la convocatoria del culto, pero no eran exclusivos, también les acompañan otros.

El templo de construcción reciente, denota la fuerza del grupo y sus tradiciones, que a pesar de no entender mucho de los contenidos de sus cánticos ancestrales a las deidades, la función de éstos era suficiente para conservar en ellos viejos referentes y ataduras con un pasado ya marcado por el tiempo, la distancia y las adaptaciones inevitables a nuevas realidades en las que han echado raíces y sueños.

Iniciada la festividad religiosa en las primeras horas de la mañana de ese día, nuestra llegada se produce cerca del mediodía y ya habían sucedido algunos ritos de consagración, bendición y reverencia a dioses, y sacrificios de animales sagrados, sobre todo el gallo y la cabra.

El sacrificio de es necesario para purificar el alma de los participantes y venerar las deidades que son honradas con estos animales sagrados, previo a lo cual se bañan, perfuman y veneran, para ser luego sacrificados en la parte delantera del templo uno por uno, primero las cabras y luego los gallos, a los cuales se les corta la cabeza con una especie de espada preparada para tales ocasiones y de filoso corte.

La sangre sagrada de esos animales sacrificados es depositada en un recipiente que se introduce en el templo para la bendición de los participantes. La carne, luego es llevada para su preparación, cocción y posterior ingerencia. A un lado de la entrada del templo, se colocan las cabezas decapitadas de cabras y gallos. Los cuerpos de los animales son retirados al final para su preparación. Contamos 13 cabezas de cabras grandes y 12 cabezas de gallos, igualmente grandes.

En el interior del templo, los altares adornados con un conjunto de elementos rituales que van desde flores principalmente blancas, recipientes de distintos tipos para los incienso, bebidas, cofres, guirnaldas, frutas, comidas ceremoniales, esfinges, pinturas y esculturas de las deidades a las cuales se les construyen altares (algunos de tres peldaños). Los feligreses, tocan, cantan y entonan plegarias en lengua sagrada hindú. En los entornos del templo predomina el creole guadalupeño, por tanto la lengua queda en el estricto marco sagrado, tradición que se transmite oralmente de generación en generación, aunque el contexto explicativo y mítico se ha perdido con el tiempo. Las banderas blancas y rojas, se colocan en el patio a todo alto, anunciando el momento festivo que los convoca.

Vestidos de blanco, hombres y mujeres, conducidos por un sacerdote, entonan los cánticos y rezos tradicionales, que a la vez, son respondidos por los acompañantes. Cada cierto tiempo se reúnen en el interior del templo como parte de la ritualización del encuentro. Con la ceniza de los incienso se colocan un punto en la frente para resguardo y purificación, la vestimenta por su parte, está manchada con sangre, como parte del ritual. Dentro del templo todo el mundo está descalzo.

Entre tanto, observamos el desempeño de los asistentes que consistía en funciones variadas: aquellos que sacrificaban los animales, los que preparaban la carne, los que cocinaban, los que tocaban los distintos instrumentos, en una palabra muy pocas personas estaban ociosas, cada quien hacía algo relacionado con el culto.

En un momento, asistimos por igual a otro rito de agradecimiento a los hindúes convertidos al islamismo venidos a América, en un templo contiguo y diseñado como un barco, que insinuaba el traslado de estos hindúes fuera de la India y que se convirtieron al islamismo, pero el hecho de ser hindúes le confiere un respeto y una atención especial de la religión ancestral. Por ello la consideramos una religión muy potable y no excluyente.

Una particularidad pudimos notar respecto a las formas del sacrificio de los animales (5 en total) en este momento de la ceremonia, y en las ofrendas de comida hecha con guineos y clavo dulce, además del azafrán y del coco. Esta vez el animal era sacrificado por el cuello sin corte alguno, ellos llaman a esta forma de sacrificio «el estilo musulmán», que no decapita, como sucede en la tradición hindú. Así mismo, quien dirigió el canto y las plegarias fue otro sacerdote con otros toques de pandereta y sonajeros de metal.

Una vez dentro del templo, pudimos observar que la comida depositada en reverencia a las deidades, el sacerdote se la repartía a los participantes y en los varios altares que adornaban engaladamente el templo en su interior. Se trasladaban de un lugar a otro en reverencia a los dioses que encabezaban uno u otro de estos altares.

Al final nos retiramos debido a que la continuación de la ceremonia quedaba a la espera de la cocción de los alimentos en grandes recipientes y luego (en la noche) regresaban los que se habían retirado de la primera jornada, para volver a la hora de la comida ritual. Al retirarnos, pudimos comprobar que las cabezas de los animales sacrificados eran colocadas sobre brazas, ya sin pelos, para ser luego ingeridas también, bajo el principio del gran Mahatma Gandhi, de que todo lo que se corta (de la naturaleza) debe ser ingerido.

De enorme impacto social, los hindu-descendientes influyen por igual en la comida y otros aspectos de la vida de la isla. Es cierto que los componentes sincréticos entre estos cultos y las creencias religiosas del resto de la Guadalupe, es poquísima, sin embargo, no deja de tener interés cómo estos enclaves étnicos han podido preservar por más de 100 años sus tradiciones, a sabiendas que los aspectos afrodescendientes son dominantes en los discursos de una parte importante de la gente que tiene cierta posición en la isla.

Es obvio que cuando conocemos estas realidades diversas del Caribe, confirmamos que estamos ante una síntesis de la

cultura universal con la riqueza y rearticulación creativa que le dan más vitalidad a la cultura humana, que permiten su readecuación e innovaciones capaces de proyectarlas en otras latitudes del mundo con originalidad y personalidad propia. Al mismo tiempo el Caribe nos transfiere a historias y mundos distantes, geográfica y temporalmente hablando.

Así mismo esta experiencia vivida en Guadalupe reafirma en nosotros el principio de la diversidad en un Caribe convergente y divergente a la vez. Estas identidades son la resultante de estos mestizajes sin los cuales no se puede explicar el Caribe.

También nos permiten acercarnos a los conflictos identitarios que permean la región. La existencia de estos grupos hindúes se debate entre una diversidad discursiva y una cotidianidad excluyente o confrontada. Los grupos se acomodan, pero, a veces, destilan supremacías banales, como sucede en otros espacios de la región, *verbi gratia*, Trinidad y Tobago entre malayos, hindúes, musulmanes y los grupos afrodescendientes.

No obstante, en otros Caribes, los fantasmas son diferentes. El compás interétnico, lo pautan otros componentes, igualmente conflictivos, pero que al fin y al cabo conviven tejiendo identidades múltiples y diversas, en este Caribe complejo y diverso.

Quizás la ceremonia hindú aquí narrada sea una excusa para repensar el Caribe en su dimensión multicultural, pero que, a la vez, es creador de nuevos escenarios culturales propios. No olvidemos que los hindúes aquí tratados hoy, no se recuerdan ya de muchas cosas de sus antepasados, hablan creole, la culinaria, conserva sus trazos sagrados originales, visten a la usanza de sus referentes culturales maternos, sin embargo, su mentalidad ya no puede ser definida enteramente asiática o hindú, so pena de pecar de un juicio absolutista. Son guadalupenos, han bordado el mundo social de la Guadalupe junto a los demás grupos y se sienten, extrañamente lejanos de su tierra mítica.

Por todo ello el tema identitario en el Caribe es conceptualmente complejo. Al margen de los sentimientos y afectos que nos embargan en su abordaje, su teorización racional no deja de implicar grandes esfuerzos por acomodar historia y cultura, sociedad y mentalidad, paradigmas y realidades.

El encuentro obliga a una reflexión desprejuiciada, que acomode en la maleta, todas estas asimetrías para encontrar una explicación de eso que Alejo Carpentier lo llamó «real maravilloso», hermosa metáfora en la que finalmente se convierte toda esta leyenda figurada, toda esta ficción, que es, a la vez, historia y cultura y crisol del mundo como afirmara Édouard Glissant, o síntesis de la humanidad, en voz del fallecido caribeño cubano Joel James. El Caribe conjuga una realidad fantástica, intensa, que con ribetes profundamente universales, conserva su particularismo localista único y singular.

Capítulo V

Tras los pasos de la negritud

A propósito de esclavitud en América

Tal vez sea el tema de la esclavitud, la Trata Negrera o el llamado Comercio Triangular, el de mayor repercusión en la vida y sociedades americanas. No resulta extraño hoy que poblaciones de ascendencia africana soliciten una especie de compensación histórica por las causas y consecuencias en que la esclavitud afectó a sus ancestros, que según la opinión tímida de algunos autores, ronda la cifra de 15 millones de africanos trasladados a América en los más de tres siglos de esclavitud.

El interés puesto por los vecinos de la isla de Santo Domingo en el azúcar como medio de producción de riqueza, después de 1510, cuando declina la importancia del oro como moneda de cambio y pierde su valor referencial a lo que se sumó el hallazgo de las grandes minas de Potosí y México, todo lo cual crea las bases de la sustitución de un modelo de explotación por otro.

El empuje de la industria azucarera colonial se acelera como consecuencia de la primera Licencia autorizada por la Corona en 1517 (previo a lo cual existía la Real Cédula de 1513) y ya para 1521 contábamos con más de 20 ingenios y trapiches construidos y en vía de terminación, muchos de ellos con préstamos venidos de España.

La inversión azucarera produce un auge económico en la isla y un crecimiento acelerado de la población africana esclavizada, que pasa en ese momento a encabezar el puntaje demográfico de la colonia, situación que se mantiene hasta los años de 1550 y posteriores a esta fecha, siendo afectada el predominio de esta mano de obra, al desplomarse la industria azucarera colonial después de los años de 1585. El caso de Santo Domingo constituye una particularidad regional, pues su industria azucarera colonial fue temprana en el tiempo, como igualmente temprano su declive, a pesar de la importancia inicial de la isla para el proyecto colonial americano.

Entre los temas discutidos de nuestra esclavitud está el relativo a las formas llamadas patriarcales, que le dieron una debilidad estructural al sistema esclavista nuestro contrario a lo sucedido en otras partes de América, sobre todo en las colonias bajo dominio inglés o francés, en cuyas plantaciones coloniales primó una explotación intensa.

El modelo de explotación esclavista de Santo Domingo, tuvo sus particularidades en cuanto a las relaciones de producción y las consecuencias en que estas se reflejaron entre los grupos interactuantes. Ciertamente que nuestro sistema esclavista no fue, en todo caso, más bondadoso con el esclavo que otros de la región.

Lógicamente que en esas nuevas condiciones y acompañadas de una reducción drástica de la demanda de mano de obra africana para el trabajo en las plantaciones, la esclavitud en la colonia de Santo Domingo tomó otro camino distinto al que se produjo en otras islas del Caribe, que aunque más tardía, la esclavitud protagonizó el modelo de explotación colonial, constituyéndose en el renglón de mayor importancia en las economías de estas islas.

Santo Domingo se transformó en un lugar de tránsito en el comercio de los esclavos y el sistema esclavista tampoco desaparece en la isla como consecuencia del cambio de modelo económico, de una economía azucarera a una economía hatera, único caso en América.

En cada momento de esa historia, el negro desempeñó funciones que definieron su papel social y económico, desde una esclavitud doméstica en los primeros años de 1501 cuando llegan los primeros esclavos acompañando el séquito de sus amos, venidos esta vez a trabajos diversos como cocheros, caldereros, cocineras, nanas y otras funciones domésticas, pasando por compartir también el espacio de las minas con los indios que allí laboraban.

Más tarde vemos que se acrecienta su importancia como mano de obra al aprobarse las licencias de importación por parte de la Corona española en los años de 1517. Este hecho cambió radicalmente el panorama del negro en la isla de Santo Domingo otorgándosele a partir de ese momento un valor singular dentro del sistema productivo y convertido en el centro de la producción de caña de azúcar, producto que pasó a desplazar al oro.

Por más de cinco décadas, la economía azucarera colonial reinó en la isla, el impacto social, económico, político y hasta demográfico del esclavo africano fue determinante en esos momentos. Por su parte, las páginas dedicadas a la etapa del hato ganadero van perfilando la criollización de la población negra, blanca y mestiza en el contexto de esa sociedad colonial.

Obraje y esclavitud en México

El libro de la profesora Aracelis Reynoso: *Esclavitud y trabajo en los obrajes de Coyoacán, siglo XVII*, nos adentra a otra lectura de la esclavitud en América, no solamente poco abordada por los especialistas del tema sino en muchos casos, desconocida.

Esta obra enfoca un complejo sistema de obrajes en México, es decir el desarrollo de una empresa con características de proto industria que se inició en el siglo XVI en México, extendiéndose por cerca de tres siglos con resultados económicos acertados y beneficiosos tanto para los obrajeros (que eran los comerciantes e inversionistas en la rama textil), como para la propia Corona española que se beneficiaba a través del pago impositivo generado por esta actividad económica y comercial.

Pero igualmente esta obra se centra con excelentes resultados, en describir y caracterizar el tipo de economía que se desarrolla en estas fábricas precapitalistas como las denominan algunos expertos estudiosos del tema, y también el interés puesto por la autora en destacar el papel jugado en la consolidación de esta ingeniosa empresa colonial por parte de la mano de obra esclavizada procedente del continente africano, además de los grupos aborígenes, inicialmente portadores del esfuerzo físico en el lanzamiento del negocio, así como otras

modalidades y procedencias étnicas en la selección de sus operarios y trabajadores.

Con un dominio incuestionable del tema de la Trata Negra, el negocio triangular, la comercialización, venta y destino de los esclavizados en tierra mexicana, la profesora Aracelis Reynoso desarrolla una capitulación temática que no deja dudas acerca del protagonismo de la mano de obra esclavizada de origen africano en la fase de apogeo y declive de estas formas particulares de fábricas de producción de lana, tejidos y paños para el mercado español, así como para la demanda interna.

¿En qué consistía realmente el negocio de los obrajes? con una exquisita escritura y rigurosa documentación, el texto *Esclavitud y trabajo en los obrajes de Coyoacán, siglo XVII*, nos explica la naturaleza de estas particulares empresas, su diferencia con los talleres artesanales y con los tejidos hechos en el entorno familiar. El uso de implementos técnicos, maquinarias y otras tecnologías preindustriales, le suponen a estas empresas una dinámica productiva más intensa que la manufactura artesanal.

De procedencia española, estas microempresas trasladaron unas técnicas de trabajo, tecnologías y patrones de producción y organización del sistema laboral especializado en la producción de paños y otros tejidos que pudo conjugarse con formatos productivos autóctonos como la lana y la producción de tejido que permitió suplir una demanda de un mercado interno que articulado con la exportación, generó un negocio rentable.

Como dice la autora, el espacio del obraje sería para nosotros en lo que se transformó la plantación en muchas zonas de América. Lugar de intensa producción de caña, algodón o cacao y café, espacio de habitabilidad, áreas de producción y escenario de convivencia social de distintos grupos étnicos en lo que se desarrolló no sólo un modelo de producción que en el caso que nos concierne, lo fue la producción de tejidos, lana, paños y otros derivados, sino que también creó las condiciones para que los grupos portadores de este modelo de

explotación ingeniaran formas y maneras de interactuar, reproducirse, conflictuar, reafirmarse, relacionarse en lo afectivo, lo amistoso y lo sexual, a pesar del imperativo que imponían las condiciones de sobreexplotación a que eran sometidos.

En una excelente forma de contarnos la historia, Aracelis Reynoso en esta obra nos narra la manera en que es sustituida la mano de obra indígena por la africana en los obrajes a partir de las Ordenanzas de 1602, que es cuando el indígena comienza su alejamiento de estos espacios laborales dejándole el camino no tan solo al negro esclavizado que forzosamente entra en este entramado productivo a contrapelo del obrajero que lo veía como una mercancía costosa y no cualificada. No obstante, se impuso el poder y estos esclavos se fueron haciendo indispensables, expertos y eficientes en el negocio siendo la mano de obra dominante en todo el siglo XVII, que es el período seleccionado por la autora.

Esclavitud y trabajo en los obrajes de Coyoacán, siglo XVII, es una lectura necesaria para conocer otros procesos de articulación de la economía colonial en el continente, para comparar formas y modelos de explotación acaecidos en América con modalidades especiales. Creadores estos obrajes de nuevas economías que a la vez de eficientes se convirtieron en complejos sistemas productivos, de organización del trabajo y con exigentes niveles de disciplina laboral, regulación administrativa y flujos financieros recurrentes.

Condición social del negro en el México colonial

Compartieron el espacio laboral, como bien nos informa el libro de la profesora mexicana Aracelis Reynoso, con reos, mestizos, y asalariados libres, los negros esclavizados y fueron creando una cultura de adaptabilidad que se amalgamó con otras culturas oprimidas, de las que nacieron nuevas identidades al fragor de la resistencia, el trabajo y la convivencia social.

La red social que se desprendía de los obrajes, envolvía por igual a los obrajeros, quienes con matrimonios cerrados y operativos sistemas de compadrazgos y castas, crearon una oligarquía que reprodujo un modelo económico de explotación que, a la vez, recurría a estas formas de ritualidad social para proyectarse en el tiempo, que dio como resultado la ceración de una verdadera cultura del obraje bifurcada entre dueños y operarios, cada uno con sus microsociedades.

La condición social del negro esclavizado y demás grupos étnicos involucrados se homologa a los procesos vividos en estas tierras del Caribe y plasmados como disposición de la Corona para sus dominios de ultramar. En cuanto a los derechos y disposiciones de los negros en la sociedad mexicana y en los obrajes, era evidente la inclusión de acciones correspondientes al marco de esas experiencias a través del Código Negro.

Desde la vida familiar, las catequesis, los días feriados y otras formas de vida, al negro le fue limitado su condición social a la de esclavizado sin ninguna participación social relevante, solo aprovechándose de algunos espacios permisibles en los que pudo colar deseos y sentimientos como en los carnavales, el Día de Reyes y la Semana Santa.

Los niveles de maltratos, castigos y grados de explotación no se distancian de los sufridos en las plantaciones cañeras del Caribe. Sin embargo, a diferencia de nuestra colonia, y estableciendo esta vez algunos paralelismos, la economía ganadera en esas tierras mexicanas desarrolló un verdadero y próspero comercio de la carne y el ganado.

En oposición a lo sucedido en la colonia española de Santo Domingo en donde tempranamente la economía del azúcar fue sustituida por el hato ganadero, debido a un conjunto de hechos que se sucedieron y que desplomaron nuestra industria del azúcar. Sin embargo, este comercio del ganado en nosotros fue deprimido y se basó en un intercambio ilegal con bucaneros y filibusteros al margen de una regulación metropolitana y su impacto en el devenir de esta sociedad colonial fue negativo, desandando los caminos del México colonial.

Apoyada la autora en fuentes documentales fiables como archivos parroquiales, actas de defunción, matrimoniales y de bautismo, registros de nacimientos, y recursos de oralidad transcritos, a lo que agregamos un rigor de análisis, un dominio conceptual y una muy buena organización temática, escribe su obra: *Esclavitud y trabajo en los obrajes de Coyoacán, siglo XVII*, un valioso instrumento para conocer otras maneras en que el modelo colonial español se implantó en América, y que además agrega al esquema clásico de las plantaciones, el obraje como forma económica de explotación que se impuso, aunque parafraseando a la autora, siempre por debajo de las plantaciones cañeras y las minas, en el caso de México.

La diplomacia con los pueblos africanos: un desagravio

Es evidente el movimiento diplomático que se siente en los últimos años desde nuestro país con distintos Estados africanos, en procura de establecer un vínculo diplomático que no sólo permita conocer las ventajas comerciales y de otro tipo, sino también completar un compromiso de orden histórico con quien constituye, junto a España, cimientos de identidad. Esta deuda para con nuestros ancestros, no es tan sólo de orden diplomático sino también cultural, histórico, humano en el más amplio sentido de la palabra. Establecer relaciones diplomáticas con algunos de los más importantes países del continente africano, también es parte de un reto necesario para el encuentro con una parte de nosotros. Es pues una especie de desagravio ante tanta amnesia, ante tanta lejanía intencional o no, pero evidente.

En ese tenor, es saludable la cercanía que ya se siente con África, cada vez más próxima a nosotros, sea con intercambios diplomáticos, culturales, y comerciales, pues contrario a como nos han vendido de manera deformada, el continente africano posee una gran riqueza natural y una vieja tradición comercial y de productos autóctonos, que dinamizan cualquier plano de las relaciones comerciales que con ellos se establezcan, desde nuestro país, y al mismo tiempo podemos

ofrecer a ese virgen mercado productos venidos desde las tierras donde una parte de sus hombres y mujeres echaron raíces y crearon formas culturales diferentes, pero con altísimos referentes ancestrales.

Hoy es posible recibir una visita de un embajador itinerante, sobre todo desde Cuba, país caribeño que entendió tempranamente que África era estratégicamente importante en su política internacional y ha establecido un cuerpo diplomático efectivo que mantiene una articulación con el viejo continente, que sirve para actualizar la visión y los esquemas distorsionados que sobre África nos han vendido.

Nuestro país tiene una ocasión espectacular para establecer con rigor de prioridad un diseño de política exterior hacia el continente africano, ejecutado por etapas, pero dentro de un objetivo claro de instalarse en dos o tres de las más importantes naciones, como por ejemplo, Nigeria o Sudáfrica. Unas por razones de geopolítica y otras por razones de vínculos históricos, que en este caso, debería ser bien sopesado como parte de la propia estrategia de definición diplomática. De ahí lo de desagravio. El interés que debería primar en el diseño de estas políticas no podría ser tan sólo comercial o de la geopolítica propiamente, lo que no deja de ser importante. De lo que se trata sin embargo, es de potenciar lo cultural como puente comunicativo que nos lleve a los demás planos del intercambio diplomático como lo comercial, y lo político, que son innegablemente fines en toda política internacional, pero no únicos.

La presencia de grupos culturales africanos y del Caribe en una actividad de los países de África, el Caribe y el Pacífico (ACP), celebrado recientemente en nuestro país, fue suficiente para conocer la calidad artística de muchos músicos y cantantes de esa otra parte del mundo. Es precisamente a ese tipo de intercambio que nos referimos cuando tocamos las relaciones diplomáticas, bajo el principio de que no existe un libro rojo de la diplomacia o una biblia, sino que más bien las prioridades se establecen en función de las necesidades y

las llamadas razones particulares que cada Estado tiene de entablar relaciones con un país o conjunto de países, en cuyas *razones* también entra lo cultural o lo histórico, que es el caso que nos concierne al referirnos al continente africano.

Es oportuno destacar la agresividad diplomática de los africanos que han entendido muy bien que la diplomacia es parte de la política y en todo caso, de la buena política. Sin embargo, es notorio comprobar la inclinación de esta política diplomática por los pueblos de la diáspora. Eso es lo que llamamos un criterio no convencional en la elaboración de las estrategias de política internacional, en que no todo es intercambio comercial y ventajas políticas para los gobiernos, tenemos también que pensar en los pueblos sobre quienes recae el peso económico y político de los desaciertos y beneficios de los gobernantes en la implementación de sus relaciones internacionales.

Esta cercanía diplomática con África, nos puede granjear beneficios como parte de los bloques de las naciones pobres. Hay una especie de solidaridad por igualación social, que nos haría parte de los beneficios circunstanciales a los que tampoco debemos renunciar. A pesar de las diferencias entre los gobiernos y pueblos africanos, en los organismos internacionales se presenta una cierta unicidad entre ellos, que en las definiciones y el diseño de estas políticas diplomáticas nuevas en que necesariamente debe entrar el país, serían en todo caso provechosas.

El dispendio clientelista de nuestra política exterior, no refleja en absoluto una aceptación de los desafíos de los nuevos tiempos, por el contrario parecemos andar en pañales, mientras África la prioriza con una atención de gran nación. En estos momentos de grandes precariedades, debemos priorizar el establecimiento de estos vínculos diplomáticos, pero prestando debida atención a los aspectos culturales como parte de las nuevas estrategias, debido a que, para los africanos, esto es más importante que cualquier otra cosa en este tipo de relaciones.

Por otra parte y finalmente, este renglón (cultural) debe ser cuidadosamente tratado, pues es sumamente susceptible en ellos y podría generar conflictos su manejo inadecuado, por tanto los diplomáticos enviados como representantes, deben tener comprensión, dominio, sensibilidad y alto sentido de las implicaciones históricas y antropológicas del tema africano en la sociedad dominicana y en su pobre relación con África, muchas veces pautado por el prejuicio y el estereotipo. De ahí lo del desagravio y al mismo tiempo, el reto que significa abrir ese capítulo en la Cancillería dominicana. Las relaciones diplomáticas con África, son más necesidad identitaria, que intercambio comercial, sin que necesariamente el uno omita al otro.

Africanía y caribeñidad, un encuentro para la historia

En el Centro Cultural Eduardo León Jimenes en Santiago de los Caballeros, se llevó a cabo recientemente (17 de marzo), un encuentro preparatorio para la gran cita de la República de Sudáfrica que tendrá efecto en julio de este año con el tema: II Conferencia de la Diáspora Africana, y en cuya convocatoria participó directamente como convocante, la Embajada de Sudáfrica para Cuba y República Dominicana.

El evento surgió como iniciativa de la señora embajadora de Sudáfrica en Cuba Excelencia Thenjiwe Mtintso, con la idea de dar seguimiento a algunas tareas contempladas en la Declaración de Kingston, Jamaica, donde se había celebrado la I Conferencia de la Diáspora Africana. Concebido como un encuentro preparatorio, esta jornada incluiría aspectos de la primera conferencia y desafíos de la segunda, de ahí su importancia. Pero tal vez, más importante resultó haber seleccionado a la República Dominicana y en especial al Centro León como escenario para el encuentro, por la importancia que reviste para nosotros como país, desplegar una labor cimera para resituar la africanía en nuestro pueblo.

Convocado un público diverso, académicos, estudiantes, especialistas nacionales e internacionales, investigadores, artistas y otras personalidades, el encuentro se convirtió en un

pulmón donde respiró la africanía nuestra y la del continente africano.

Con estos debates, originados en los tres paneles que le acompañaron y a los que se le sumó una conferencia magistral del experto cubano doctor Rafael López Valdez y la puesta en circulación de la obra *La ruta del esclavo*, de la Comisión Nacional Dominicana de la Ruta del Esclavo, se creó un ambiente interesante y de intercambio académico y cultural.

Los ponentes abordaron distintos aspectos de la problemática de África y su relación con el Caribe y nuestro país en particular, comenzando con un marco histórico, pasando por las formas concretas de esa africanía hoy en nuestro país hasta llegar a las estrategias diplomáticas, de gran interés hoy para el gobierno de la República de Sudáfrica.

Para el encuentro dominicano, se acordó el tema aglutinador de Hacia la unidad de acción de los africanos en la diáspora y en África: El caso del Caribe. La delegación africana manejó sobre todo un enfoque diplomático del tema convocante, incluyendo la excelente exposición del embajador de Antigua y Barbuda señor Bruce Goodwind. Por su parte, los ponentes dominicanos y el invitado especial, doctor Rafael López Valdez lo hicieron sobre tópicos académicos del Caribe y dominicanos.

Al finalizar la actividad, terminó como toda fiesta afroamericana, con música y danza, animada por Xiomara Fortuna y su cuarteto interpretando un repertorio de música tradicional con fusión, en su concierto llamado *Pa'lo bonito* de sin igual contagio.

De los debates en la plenaria surgió la propuesta de constituir a partir de esta experiencia, una asiduidad en estos intercambios cada año, entre las instituciones convocantes a los que igualmente podrían sumarse otras.

Lo importante fue el público diverso que allí estuvo, la manera entusiasta con que se identificó y la organización que primó durante el desarrollo de tan importante actividad.

Finalmente, resultó de sumo interés el acento puesto por muchos de los participantes en la necesidad de que este tipo

de discusiones y debates sean publicados, traducidos y difundidos no solo fuera, sino en las escuelas del país, pasando a fortalecer los contenidos curriculares que sobre identidad y africanía tiene la educación nacional, principal transmisora de valores culturales, además de la familia. La participación en el Encuentro del Centro León, de una representación de educadores y funcionarios medios de el Ministerio de Estado de Educación, supone que parte de esas preocupaciones encontrarán eco entre nuestros funcionarios educativos. Así mismo, sucedió con la importante delegación diplomática de Cancillería, respondiendo a la naturaleza de una parte de los convocantes. En horabuena este Encuentro sobre África y su diáspora en el Caribe.

Haití: el ángulo antropológico

Lamentamos mucho el nivel alcanzado hoy en las relaciones entre Haití y la República Dominicana. Todos los análisis se han hecho con relación al tema migratorio: las consecuencias políticas del problema, el impacto en la economía del país, las implicaciones jurídicas, la necesidad de establecer una política migratoria clara y sin ambages, las razones ideológicas, el lastre histórico en su tratamiento y hasta algunos han opinado de sus resultados en la base de la identidad cultural nuestra.

Muy bien, pero las opciones a veces no las elegimos nosotros, nos llegan. La inmigración haitiana no es una elección nuestra, aunque está ligada a viejas prácticas de enriquecimiento de grupos importantes de poder en ambos países. Pero de lo que se trata hoy es de los niveles de complejidad y fricción en que este tema, que debió ser hace mucho parte de la agenda nacional –que no tenemos–, y que ha llegado a un plano en que las pasiones se desbordan y ponen en peligro la estabilidad de las relaciones de vecindad.

Como decimos, de todas partes en que de este engorroso problema nacional, se ha hablado, quedan algunas voces aún que, dado el laberinto del conflicto, deben ser oídas, no como tabla salvadora, sino como parte de la solución posible, no se si la ideal, que tampoco la vislumbro en el panorama, pero al menos, la que las circunstancias obligan.

A todo esto, nosotros no presentamos como país, el problema de cohabitación étnico clásico de Centroamérica, la región Andina, México, Colombia, etc. Donde lo étnico es parte de la definición nacional. La necesidad de repensar la nación a partir de la integración de los grupos tradicionales aborígenes que habitaban el continente a la llegada de los españoles, forma parte de la agenda de esos países y en aquellos países donde el tema ha sido excluido, las circunstancias históricas lo incluyen de forma abrupta como en México con los zapatistas, en Brasil con un conjunto de legislaciones que regulan estas participaciones étnicas por no usar el deformado y manipulado concepto de minorías. También están los casos recientes de Ecuador, Bolivia (país que está al borde de elegir un presidente de descendencia indígena), y en el mismo Perú.

En Nicaragua, en plena Revolución sandinista, hubo de consultarse al antropólogo dominicano Héctor Díaz Polanco, para buscar una salida al espinoso conflicto de los misquita, grupo de ascendencia indígena que exigía autonomía. Rigoberta Menchú, Premio Nóbel de la Paz, es descendiente de los grupos mayas, cuya lucha en defensa de sus correligionarios le merecieron tal distinción. En Colombia por igual ha tenido que legislarse a partir de esos nuevos sujetos sociales que irrumpieron de manera sorpresiva para muchos, en el escenario social, y que nunca contaron como parte del beneficio, disfrute y representación de la nación. En estos casos, su presencia como problema nacional, no es una elección, es una realidad social que obligaba al discurso oficial y a los sectores de poder, a repensar la nación, esta vez incluyéndolos, bajo el eslogan: «O jugamos todos o se rompe la baraja».

Nuestro país no tiene lo étnico como parte de un problema nacional. Aquí lo étnico se ha diluido en lo nacional y primero nos asumimos dominicanos y después el otro apellido. Lógicamente, esto no implica una asimilación justa de la identidad. La ideologización de lo cultural ha empañado el necesario esfuerzo de respetar las distintas herencias y vernos en un país

diverso y múltiple. Sin embargo, por razones de vecindad, históricas (aunque sean conflictivas), algunas similitudes en cuanto a los antepasados culturales –la africana– y el difícil proceso migratorio, Haití gravita sobre nuestro país de forma particular.

La omisión del hecho, no resuelve el conflicto. La confrontación directa lo enciende con consecuencias impredecibles que a nadie le convienen, la pasión ciega, queda sólo la razón. Como todos los diagnósticos que han sido dado al paciente, queda manejar el antropológico, que si bien tiene que ver con los demás, puede manejar el que atenúa la llamarada: las relaciones de convivencia interétnicas, basadas en el respeto, la tolerancia, la cohabitación al mismo tiempo que seamos capaces de defender nuestras identidades particulares. En este caso una cosa no interfiere ni anima la otra.

Sostengo que el tema haitiano tiene una arista poco tratada y de gran valor en estas deformaciones imaginarias que alimentan el conflicto, que hace que dos pueblos vecinos, con grandes diferencias hoy sociales, económicas, políticas y culturales, no puedan convivir en paz y armonía, sin perder sus fueros, autonomías y referentes identitarios. De lo que se trata es de que en Cancillería debe haber un departamento de asuntos culturales dominico-haitiano, pero no para trabajar los intercambios de grupos e intelectuales, sino las raíces culturales de ambos pueblos y la manera de hacerlas cohabitables, bajo el principio del respeto de las diferencias. Esto, en lo que le buscamos una salida menos traumática al desborde actual del problema.

Sin una participación de los especialistas en las áreas de lo cultural, como parte también del conflicto, no es posible llegar a una salida, que pueda comenzar a ver, que en este conflicto, también hay un enfoque étnico, como parte de una realidad a la que no debemos escapar. Los Estados Unidos, incluye como parte de su agenda el tema étnico, que ellos llaman de «minoría», no por elección propia, sino como un resultado que

ellos no pueden ignorar, y ya hoy este tema es parte de su presupuesto, de sus políticas de Estado, de sus programas de inversión, es decir es parte de la nación. Por eso el nacionalismo ideológico nuestro debe calmar sus voces, este es un problema de envergadura ni inmediateista ni coyuntural.

No pienso que República Dominicana, que es un país pobre, pueda manejar con tanta capacidad de recursos y de esa manera, el problema migratorio, sin embargo, no se hace esfuerzo por buscar salidas con determinación en los organismos internacionales, a partir de una definición estratégica de una política de solidaridad y colaboración internacional y apoyando en todo momento los esfuerzos de institucionalización y democratización internos en Haití. Nos enclaustrarnos también en nuestros propios fantasmas. Este no es un problema sólo nuestro, pero en la determinación de que no se convierta en un dragón que nos coma a todos, debemos actuar a tiempo con razón y justicia, no cuando sea ya tarde. Aún estamos a tiempo.

El informe de los comisionados de la ONU

Recientemente el país fue tocado en su orgullo propio respecto a uno de los temas más delicados en la sensibilidad social dominicana: el tema racial, identitario o étnico. Dos expertos de la Organización de Las Naciones Unidas (ONU): Gay McDougall y Doudou Diène, prepararon un informe acerca del racismo, la discriminación y las relaciones étnicas en nuestro país.

Es importante destacar que estos comisionados vinieron invitados por el Estado dominicano y que por tanto tampoco podemos hablar de que su visita fuera una imposición directa de estos organismos internacionales preocupados, a veces muy puntualmente, por los problemas que nos aquejan en estos temas comunes y reiterados en los países, de los que tampoco escapamos como nación.

No vamos a tapar el Sol con un dedo. Este es uno de los temas más difíciles de tratar y dialogar en nuestro país cargado de intolerancia y posturas excluyentes. Una sociedad, por cierto, poco dada a manejar las diferencias como parte del juego de las ideas y base fundamental sobre la cual se sostiene una nación democrática que ausente de disensión, pierde el rumbo y se enclaustra en posicionamientos autoritarios y absolutistas, alejándose del principio de que donde

no hay oposición de ideas, donde no hay disidentes, y no se construye democracia, podrá construirse cualquier otro modelo societal, pero jamás el libre juego de las ideas que da equilibrio al marco democrático.

Todo ello lo decimos porque parece que la reacción a la relatoría preparada por los Comisionados de la ONU produjeron una avalancha de reacciones que más que fundamentada en argumentos de debates, respondieron a viejos laberintos y esquemas de autodefensa de la parte dominicana ante un hecho con más aristas y complejidad que la presentada en el informe en cuestión. Sin embargo debemos reconocer que el manejo de los especialistas respetó también verdades sociales, históricas, políticas y antropológicas que responden a la realidad de esta madeja ideológica y perceptiva de la dominicanidad como categoría conceptual, que se ha construido en negaciones y afirmaciones y encuentros y desencuentros permanentes.

El marco histórico presentado por el Informe como proclive a conflictos étnicos que matiza la región caribeña, es una interpretación correcta de un pasado colonial marcado por el racismo y la exclusión social del afrodescendiente en su condición de esclavizado o proyección histórica de éste. Así mismo, las razones históricas, desgraciadamente manipuladas por grupos de poder, han convertido lo racial y lo étnico en nuestro país en un problema recurrente y de Estado (hacemos referencia a la problemática dominico-haitiana), a todo lo cual se ha sumado la conversión e instrumentalización en distintos momentos de la historia política nuestra, el tema racial y haitiano, como parte del discurso nacionalista de reafirmación nacional y recurso político que esconde a la vez, otras deficiencias internas en el esfuerzo por definir un proyecto nacional, convertido este entablado histórico y socio cultural, como escapatoria y excusa por algunos intelectuales y en base argumental de algunas expresiones del poder fáctico nacional.

De lo leído respecto al Informe de relatoría preparado por los expertos, observo una ligera confusión que le resta

complejidad al mismo cuando se excluye del marco conceptual de esta red de interpretaciones y situaciones presentes en el imaginario del dominicano, lo concerniente al prejuicio racial y cultural y entonces sí podemos confundir comportamientos que, en los hechos, tienen alcances más tenues que los pronosticados en la relatoria de estos expertos que con seriedad abordaron el espinoso tema.

El refranero popular, la oralidad dominicana, la propia percepción con las que nos manejamos entre nosotros mismos y respecto a los demás, no necesariamente es expresión de racismo, más bien es una carga de prejuicios que pauta las relaciones y percepciones entre los dominicanos, exceptuando de esto las relaciones entre dominicanos y haitianos, donde se hace más complejo el proceso perceptivo, los valores construidos y las actitudes que nos relacionan.

El dominicano común, la gente de la calle no posee argumentos para justificar expresiones del lenguaje coloquial que se repite como algo natural y a veces mecánico: «el negro si no la mete a la entrada, la mete a la salida» o «no puedes negar que eres negro», en ambos casos quien emite la opinión podría ser tan negro como el que recibe la descarga, pero ni al uno ni al otro lo ofende el tema, y peor aún, si lo cuestionas tampoco te argumenta por qué razón lo dice o sobre qué se basa para afirmarlo. Esto es prejuicio.

Otros argumentos, más bien reflexionados, argumentados, justificados y teorizados, que norman las diferencias entre Haití y nuestro país, hechos por intelectuales y otros conocedores, sí son expresiones evidentes de racismo, debido a que se argumentan constituyendo un marco teórico justificativo de las diferencias entre ambos pueblos. La doctrina trujillista basó parte de su ideología de Estado antihaitiana, en estas supuestas diferencias raciales, culturales y sociales entre ambos pueblos, fundamentando una teoría y un racismo de Estado.

Sin embargo, el telar obliga a tejer una pieza más compleja, debido a que las razones históricas han permeado una con-

ciencia nacional negadora del pueblo haitiano de quien nos separamos en 1844. Proyectado el hecho histórico con intencionalidad maniquea, se ha convertido en un malestar en las relaciones de respeto y convivencia pacífica que habrían de normar los vínculos de ambos pueblos y cuya epidemia es extensiva a una parte también de la intelectualidad haitiana.

Tal vez para un extranjero esta parte del guión, le resulte el más difícil de entender, pero sin él no es posible tampoco terminar de explicar la película. Es todo muy complejo, como difícil resulta el tema tratado en cada país del Caribe incluyendo la propia Haití, o las islas bajo dominio francés, o las islas excolonias inglesas, donde el orgullo de la metrópolis fue trasferido como marca-país y no deja de provocar escozor en los diálogos caribeños.

Es importante, desde el punto de vista del análisis del discurso, estudiar las distintas posturas frente al documento de la ONU, para también entender cómo cada quien se posiciona en función de su interpretación de patria como la ha ido definiendo. No es oportuno que el Estado como tal lo asuma como ofensa nacional, es bueno a veces que el otro te diga tus desventajas, para que te ayude a crecer, algo que creo nos hace falta como país.

Debido a lo engorroso del tema, no hay en estos momentos foros disponibles para el tratamiento del delicado asunto, y como todo está prefabricado, los epítetos no nos ayudan a encontrar un camino de avenencia, respeto y altura académica que desapasione el enfoque, ni siquiera las universidades llamadas a convertirse en espacios de reflexión para toda la nación, son hoy escenario para un diálogo nacional que obligue a incluir este tema como parte de la agenda nacional, que aunque no existe, aspiramos a que algún día podamos ponernos pantalones largos como nación moderna y dar el salto. Ya es hora, para que desde fuera, no sigan evidenciando nuestras debilidades, que aunque nos duela, son nuestras, como dijera el poeta cubano José Martí: «el vino es amargo, pero es nuestro vino».

Haití, un minuto de silencio

Portadora de grandes páginas de gloria para la historia nacional y universal, Haití fue la primera nación de América Latina que obtiene su independencia esta vez de Francia en 1804 previo al inicio de una Revolución muy sangrienta y única: la primera y exclusiva revolución esclava que logró su objetivo en la historia de la humanidad.

Boukman, sacerdote de vudú celebró una ceremonia para augurar éxitos a esta sublevación de los esclavos en contra de una de las oligarquías azucareras más espigadas, la francesa. Particularmente intensa fue la explotación en la colonia francesa de Saint Domingue llegando a siete años el promedio de vida de un esclavo en las plantaciones modelo de esta colonia Caribeña.

Con más de 500,000 esclavos para 1750, la colonia de Saint Domingue se convirtió en el modelo de explotación colonial más importante de su época. En apenas 100 años esta colonia encabezaba la producción azucarera de mayor demanda en Europa. La Revolución francesa de 1789 influyó a los revolucionarios haitianos, quienes entusiasmados con las ideas jacobinas de la metrópolis, en 1792 desataron un movimiento en procura de su libertad y en contra de los amos blancos propietarios de las extensas plantaciones de caña de azúcar.

Toussaint Louverture, un esclavo de servidumbre, no de plantaciones, rápidamente se convierte en el principal ideólogo

de la revolución. Jefe político y con grandes destrezas como estratega militar, se convierte en el símbolo de esa nación fundada en enero de 1804. La derrota de las tropas élites del ejército napoleónico en 1802, proyecta a Toussaint como jefe de la revolución haitiana, aunque no pudo ser su primer presidente debido a que había sido hecho prisionero y murió antes de la proclamación de la independencia su lugarteniente Jean Jacques Dessalines, fue el primer presidente.

Tal vez el mayor error embrionario de esta joven nación y sus líderes, fue la conversión de las extensas plantaciones cañeras en minifundios a través de la repartición de tierras que transformó a los esclavos en campesinos. Esta acción democratizó el régimen de tenencia de tierras, pero al mismo tiempo desangró el principal medio de riqueza que podía potenciar la nueva república.

Sus grandezas van más allá de su historia, por su propia dimensión universal como revolución esclava. También grandes son sus aportes culturales al mundo de la música, la religión, su arte naif de profunda naturaleza popular y su grandeza danzaria.

El desinterés de sus grupos dominantes y la fragmentación de su clase política, aíslan a Haití de los programas de desarrollo, de la búsqueda de un camino viable que permita un nivel mínimo de estabilidad a pesar de la pobreza que merodea estos predios sociales del Caribe, Centroamérica y otras regiones del mundo.

Abandonada a su suerte y viviendo su peor momento histórico después de las dictaduras de los Duvaliers, el pueblo de Toussaint Louverture es además sometido al castigo de fenómenos naturales que adquieren dimensión multiplicadora por la fragilidad de sus instituciones, su débil estructura social, su gran pobreza y la impiedad de la madre naturaleza.

Hoy, y en medio de este cuadro desolador, de nuevo la naturaleza se manifiesta con fiereza. El terremoto del pasado 12 de enero que en una escala de 7 grados de intensidad, con una

duración por encima de los 30 segundos y con un epicentro terrestre urbano en el principal centro de población: Puerto Príncipe. Su zona de mayor concentración poblacional fue devastada. Muerte, destrucción, impotencia, desolación, dolor, abandono, hambre y penurias de todo tipo se hicieron de inmediato parte de su cotidianidad.

La solidaridad del pueblo dominicano y de la comunidad internacional, se baten con el desplome institucional, social, económico y político de una sociedad orgullosa de su pasado, que se reafirma en sus basas identitarias, pero carente hoy de una salida salvadora inmediata. Sin embargo, de los escombros puede emerger el porvenir. La esperanza es un reto sobre el cual depositar un mañana cargado de cambios, proyectos, progreso y superación de las trampas históricas y sociales que han impedido los saltos al desarrollo y la democratización trampas, que se han hecho cómplices de tanta pobreza, desventura y atraso social.

Tal vez, y sólo tal vez, de las cenizas de los cuerpos aun calientes, los escombros por doquier y de toda naturaleza, el olor apocalíptico de una sociedad que respira la muerte y el dolor, a pesar de todo ello, crecerá la hierba, la flor y el fruto de vida que refleje un mejor mañana, un porvenir distinto, y otro Haití, al que yo apuesto.

CAPÍTULO VI

Temas de sociedad y cultura

La cultura, última frontera del desarrollo

Hoy, en que la cultura se agenda en muchos países del mundo como parte de los planes de desarrollo y eje importante de los programas y acciones para mejorar la calidad de vida y enfrentar la pobreza y los nuevos retos del desarrollo, la República Dominicana no se despierta del letargo institucional, gubernamental e intelectual de sus principales agentes gestores de cultura, para de una vez y por todas, situarla en el peldaño que los nuevos tiempos le tienen reservada.

A veces, vamos más lejos en la valoración y consideramos la inversión en programas e iniciativas de apoyo a la cultura como un gasto y no precisamente como lo que hoy es considerada en los nuevos parámetros de medición del hecho cultural: un capital agregado de los pueblos, que debe potenciarse para impactar en las políticas de desarrollo y empleo como otro sector de la economía y las fuerzas sociales motorizadoras de la economía.

Quizás esta apreciación resulte a los lectores descabellada, en el sentido de que lo cultural no puede perder su sublimación ante las garras del inmediatismo de la acumulación de bienes materiales y comodidades que, han de conducir a los pueblos y grupos humanos a alcanzar el bienestar pleno.

Sin embargo, no es posible alcanzar la plenitud y el bienestar social sin la contraparte espiritual que representa la cultura.

Pero por el componente de capital agregado que le es propio, es la cultura la última frontera del desarrollo. Es como si fuera una fórmula imbatible para alcanzar el desarrollo pleno.

Obviamente que no hablamos de la desnaturalización de su esencia, de su autenticidad misma, no, simplemente hablamos de pensar la cultura también como un recurso de vida, como un medio de subsistencia inventado por los grupos humanos para respuestas concretas a situaciones y necesidades concretas. Toda intelectualización del hecho cultural, es materia del especialista, el estudioso que se ocupa de las razones, las complejidades y demás explicaciones, muchas de ellas académicas pero de sin igual importancia en su comprensión y el conocimiento de su funcionalidad social.

Ante las imposibilidades de alternativas de desarrollo eficaces, la cultura debe ser un objetivo de atención de los gobiernos y los grupos alternativos para convertirla en matriz transformadora y plataforma de relanzamiento de grupos y comunidades valiéndose de los medios con los cuales puede luchar: la creatividad popular, las particularidades identitarias viables de generar riqueza social, el talento popular germinador de valores e íconos de gran contagio social y un medio posible de valorar lo cultural como parte de los programas de desarrollo con los cuales es factible articular alternativas de empleos, comercialización y fuentes diversas de supervivencia, sin que ello encierre una distorsión de lo cultural y su función espontánea y de natural fluidez.

Lo pecaminoso es cuando se materializa lo cultural y entonces deja de asumir y de cumplir la función para la cual fue creada por el grupo portador, o cuando todo el accionar del grupo portador se reduce a lo económico. Se puede perfectamente ejecutar el hecho cultural, al mismo tiempo que se tejen formas y maneras de incursionar en el mercado de la llamada industria cultural sin romper la originalidad, la autenticidad y la funcionalidad que le dio origen y trascendencia. Tal vez este sea el mayor de los riesgos pero también el mayor de los retos.

Sabemos que hoy muchas de las más importantes manifestaciones culturales del país se sienten profundamente amenazadas por el impacto económico y el costo que representa celebrar ceremonias o festividades culturales o cumplir con la tradición en el caso que así fuere. Convertido en una realidad de la modernización y los hechos actuales, no podemos sostener un discurso fundamentalista que niegue toda apertura y modalidades de articulación de estas tradiciones con la sociedad actual, que también comienza a valorar estas expresiones culturales como parte de una realidad que tiene un público, una demanda específica y un interés particular al que se puede relacionar sin perder su naturaleza.

Las industrias culturales como bien lo ve la UNESCO, es parte de ese nuevo reto en el trabajo y la concepción de la cultura y su vínculo estrecho con el desarrollo. Una nueva reprogramación del turismo nacional pasa necesariamente por una reflexión profunda acerca de los alcances de esta visión de la cultura, que, necesariamente, agregue ofertas culturales a los paquetes turísticos, no solo como innovación, sino, y al mismo tiempo, como valoración objetivamente positiva del ser nacional que lo ayude también a elevar la autoestima dominicana tantas veces vilipendiada.

Por tanto, lanzamos estas ideas para que sirva de medio de reflexión, debate y enfoques posibles a esa nueva visión entre cultura y desarrollo, industrias culturales y naturalmente la cultura como última frontera del desarrollo en esa dimensión holística en que la vemos y la asumimos. Ya los pueblos Europeos se nos adelantaron Francia y España, aportan a su balanza de pagos, gran parte de las finanzas procedentes del turismo. Qué buen ejemplo de articulación a imitar.

La cultura relegada

Como tema reiterado, la cultura sigue siendo la cenicienta de las prioridades del país. Los temas de agenda de la sociedad se reducen a la farándula, la política y otras urgencias que retratan la desnudez que prima en el diálogo de sordos que acompaña la cotidianidad nacional.

No pienso que la cultura deba ser el tema central de agenda, pues obviamente que con ella no se come, tan solo se alimenta el espíritu, pero al menos aspiro a que no desaparezca de las preocupaciones que arropan los temas de agenda de un país que se engaña con fantasías discursivas, obras faraónicas e inmediateismos materiales, que sólo sirven para una precaria existencia en que a penas podemos detenernos a mirar hacia el porvenir.

La improvisación es algo común, y peor, de ello nos sonreímos. A veces la frugalidad con la que asumimos los problemas nacionales deja que pensar por la manera olímpica con la que los temas serios los cualquierizamos, y hacemos de un debate una algarabía. No escuchamos al otro, vociferamos ante de que inicie su plática.

Sin embargo, es evidente de que la cultura no es tema de importancia dentro de la programación o estrategia de desarrollo de nadie, ni de un bando ni de otro. No creo en los maniqueísmos. No soy partidario de que todo se reduzca a una simple

valoración entre buenos y malos. El desinterés es de todos, en especial de los medios de comunicación, las universidades, y los gobiernos (no digo el gobierno). Tan sólo pienso que estas iniciativas potencian y recolocan la cultura como recurso esperanzador y fuente de reanimación espiritual, como sucediera después de la Segunda Guerra Mundial, usada como medio de relanzamiento social y utopía para enfrentar los nuevos retos de la postguerra.

La necesidad de retomar la cultura en la agenda nacional, obliga a diversificar las expectativas y a reorientar la confianza en el mañana, bastante nebuloso por cierto, y además desplazaría a los voceros de la demagogia y las falsas esperanzas que solo contribuyen con la manipulación de la libertad, el enclaustramiento de las ideas, la ligereza del juicio y el simplismo como enajenación, sólo que el recurso cultura, ayudarían a salir de esta trama social tan pesada y laberínticamente cerrada.

La cultura liberada de sus promotores instrumentalizados, de la burocracia estatal, de la verticalidad partidaria, logra de hecho una primera ventaja en su accionar social. La competitividad con los temas de la agenda nacional discutidos a diario, al menos reorientan los intereses de la gente y rompen el monopolio temático.

Sigo creyendo pues, que la cultura como tema de agenda sigue relegada, e insisto en la necesidad de relanzar el país amparado en una recuperación de la cultura ante tanta desventura y angustiantes expectativas, sin que ello convierta lo cultural en una sublimación de la realidad o en su evasión, por el contrario, contribuir desde la cultura a una mejor interpretación de esa convulsiva y confusa realidad social.

Naturaleza y cultura. Un grito por los Haitises

En su esfuerzo por sobrevivir, el ser humano ha prestado atención a su relación con la naturaleza que le proporciona fuentes de alimentación, abrigo y ayuda para hacer más llevadera la vida y la cotidianidad.

Es obvio que estas relaciones tampoco han sido del todo armoniosas y, por tanto, se presentan conflictos y acciones que proviniendo del ser humano, agreden y depredan el medio natural y viniendo de la naturaleza misma, impactan con fiereza la vida y los medios culturales creados, y al individuo mismo.

Esta relación dicotómicamente dependiente, obligó al individuo tempranamente, a comprender el papel de la naturaleza en su existencia y la necesidad de respetar sus leyes. Por un lado, construyó un mundo sagrado que tuvo a la naturaleza como centro y por el otro, la cortejaba con su ritualidad y reverencia.

Pero igualmente entendió la importancia que para su existencia implica la naturaleza como fuente generadora de riqueza, materia prima, alimentos y medios tecnológicos. Entendida esta relación como interdependiente, la convivencia ser humano-naturaleza construye lo que llamó el antropólogo eslavo nacionalizado inglés, Bronislaw Malinowski: medio ambiente

artificial. Más tarde el norteamericano Melville Herskovits, bautizó la cultura como la obra humana, testimonio de su presencia y de su capacidad de transformación del entorno natural, con obras de cultura, dejando sus huellas como representación fiel de su existencia.

Esta presencia de lo cultural modifica la relación conflictiva en lo que llamó la antropología alemana natura-cultura, es decir, la ubicuidad entre la existencia humana cuyos medios provee la naturaleza, y la necesidad de conservarla, reverenciarla, sacralizarla e inmortalizarla en deidades con capacidad de destruir todo lo humanamente creado. Por tanto esta relación fue también, de sumisión y miedo a la vez.

Esta interacción se ha proyectado en el tiempo y sigue la naturaleza jugando su papel en la vida humana a pesar de que el desarrollo y la modernidad, la confrontó con la fuerza de su tecnología, de manera descarnada. Esta lucha hasta el último combate, nos ha llevado a una despiadada relación de exterminio de los más sanos lugares de la tierra que además de reservas de biodiversidad, significan pulmones de respiro, ante el deterioro en que hoy sobrevive el planeta.

Si fuéramos a ver cuál de las civilizaciones que han vivido hasta el momento en la historia humana ha depredado en mayor grado de intensidad y degradación la calidad del planeta, se hace evidente que la vida en los últimos tres siglos ha sido la de mayor negatividad. Por cierto, el período en el que la naturaleza humana ha alcanzado el más alto nivel de inteligencia, experiencia y madurez, pero no los ha puesto al servicio de la calidad de vida, sino del despilfarro, la arrogancia y el dispendio, sin que ello omita, los grandes logros de la modernidad, pero el precio pagado ha sido tristemente doloroso para el futuro de las nuevas generaciones y de nosotros mismos, que ya comenzamos a sufrir las reacciones bravías de la naturaleza.

Naturaleza y cultura son, a la vez, parte de un mismo eje de supervivencia. De lo que hablamos es la manera desproporcional en que uno de los protagonistas de este equilibrio

se ha comportado. Todo por el desarrollo es posible, según sus defensores a ultranza, aunque conlleve un sacrificio para muchas personas y poblaciones y para el futuro de la humanidad. La generación actual es coyunturalista y sólo piensa en las ventajas que da el momento vivido, el presente, por no contar con el individualismo que acompaña los estilos de vida hoy. Comportamiento, actitud e indiferencia que caracteriza a gran parte de las sociedades modernas.

El sacrificio de importantes áreas protegidas y de conservación del medio ambiente, el empobrecimiento de los ríos, la convulsiva reacción climática, debido entre otras cosas al deterioro de la capa de ozono y otras no menos desconcertantes situaciones, han de preocupar a los gobiernos, instituciones y organismos que deben velar por un desarrollo sostenido con equidad, sin fundamentalismos y pasiones románticas, pero firmemente decididos a producir una mejor relación entre el ser humano y la naturaleza.

Los gobiernos y técnicos responsables tienen en esta jornada de rescate del medio ambiente, un papel protagónico en la toma de decisiones. Sin embargo, son las comunidades y los individuos que empoderados de estos nuevos sujetos, sean capaces de torcer decisiones y acciones indebidas, chocar con los más grandes intereses, pero con la firmeza y convicción de defender la naturaleza para que le siga sirviendo a la humanidad, sin el peligro de que ésta desaparezca, lo que también implica la extinción de la especie.

La lección de los jóvenes

A pesar de la desidia que ha caracterizado al país en los últimos años, los jóvenes cambiaron la nota y se han puesto al frente de las más importantes luchas de la sociedad en procura de establecer una mejor nación.

En el marco del vacío existencial e ideológico que vive no sólo el país, sino el mundo, es halagador. Varios movimientos se han formado encabezados por jóvenes: la Revuelta, la Multitud, Toy Jarto y otros más, unos con fines sociales, otros más políticos, pero todos con sentido crítico, valoran y observan el desvío de 180 grados que vive el país y se asumen con responsabilidad en las acciones y protestas, creando una voz de alerta y crítica pero con participación ciudadana, que cada vez más adquiere un protagonismo por lo inusual de estos movimientos en nuestro país y de sus formas de funcionamiento.

Sin distinción de clase, raza, ideología y adhesión política o militancia, los jóvenes enseñan a la clase política y a la sociedad toda, cómo podemos unirnos alrededor de temas comunes. Sin causar muertes, ni usar métodos tradicionales de lucha, los jóvenes de estos movimientos han conquistado un espacio social, con respeto y a contrapelo del boicót de los medios de comunicación. La Multitud, la Revuelta, Toy Jarto, se han ganado el corazón del pueblo.

Nos hemos pasado un tiempo largo llamándole a la generación posterior a la década de los 80 del siglo pasado, la generación atomizada y sin utopías, vaga e insulsa en sus propósitos sociales.

Las décadas perdidas de los años 60 y 70 del siglo xx, nos llevaron a condenar la generación que comienza a surgir en las décadas de los 80 y 90, considerada una juventud sin presencia pública y sin protagonismo social en lo político y lo social. La atomización de tan importante segmento de la población era un hecho evidente. Este descuido afectó el interés de los jóvenes hasta por el tema de la cultura popular y de la identidad.

Sin embargo, hoy no podemos decir lo mismo. Los jóvenes, sorpresivamente y en el mejor momento de la historia social dominicana, inician un despertar que ha obligado a adultos mayores y otros más envejecientes a articularse a estas convocatorias, de tal manera que, esta vez la iniciativa viene de un sector social atípico que debe ser tomado en cuenta, sobre todo en una sociedad de jóvenes, pero con mentalidad gerontocrática.

Estos jóvenes también tienen una agenda de protesta fuera de lo tradicional: la corrupción, la impunidad social, la desinstitucionalización, la protección del medio ambiente, los indultos preferenciales, la modorra de la clase política nacional, la confrontación con la vieja clase política nacional sin banderías y, esto último, tal vez sea su originalidad.

Siempre hemos creído que sin una juventud crítica, sin una universidad crítica, sin una prensa crítica, sin partidos de oposición críticos, sin intelectuales críticos, sin ciudadanos críticos, no se construye una democracia madura, no se institucionaliza una nación y no cambian los modelos y esquemas de hacer política.

Son los jóvenes los portadores del cambio, son el germen de la esperanza y por naturaleza han de ser menos conservadores que aquellos, que ya aplanados por el acomodo social, por el

temor al riesgo de cambiar la red de compromisos y ataduras. El joven sin necesidad de anarquizar el modelo social, siente menos compromiso con lo establecido, está más excluido del sistema de facilidades y conveniencias que las sociedades van creando como oligarquías de favores.

Su compromiso con el cambio hace de los jóvenes, fuerza revolucionaria por esencia. Su compromiso con el progreso, la equidad y el bienestar social, los convierte en vector de cambio y sobre todo, en sociedades como las nuestras, donde la población con menos de 25 años es mayoritaria.

Una sociedad como la dominicana, que no conoce el retiro como digna posición del ejercicio público y el deseo de transmitir confianza y mando a los jóvenes, dificulta la transición generacional. Por ello celebramos el esfuerzo de estos jóvenes organizados en distintos movimientos. Nos alienta y los alentamos a ellos a continuar la marcha que nunca será mejor y saludable para el país.

A su manera, y con otros referentes utópicos, el joven dominicano busca y trata de encontrar otro mecanismo dialógico de hacerse presente para corregir este grave malestar social a que nos han llevado los dirigentes de la nación, tanto en el plano social, político y empresarial, Dejémosles pues que tejan estos movimientos, la madeja a su manera, ya que nosotros fuimos incapaces de sacar este país del estercolero en que hoy vive, y si existiera alguna solidaridad, que nunca traspase las barreras de consejeros.

La crisis de valores

De forma simplificada los valores sociales son aquellos referentes que conducen a los grupos y conglomerados alrededor de un conjunto de verdades socialmente dadas por buenas y válidas o como dicen algunos, correctas; pero no olvidemos que estos referentes por llamarle de una manera, son construidos en un momento histórico, bajo la impronta de los ideales dominantes en ese momento, influenciados por otros referentes internacionales que pautan al conjunto de pueblos vecinos o de aquellos que, sin serlo, dominan con su poder un área geográfica, como pasa con los grandes imperios que muchas veces terminan imponiendo sus valores.

Como hemos visto, los valores sociales no son tan subjetivos que no se puedan analizar ni tan objetivos que le nieguen su carácter sublime. Valores para la gente es sinónimo de algo correcto, impoluto y venerable. No olvidemos que ciertamente estos criterios se van tejiendo en función de los intereses que la sociedad va considerando como dominantes en un momento determinado.

Sin embargo, creo que estos valores en ocasiones son relativos porque responden a los postulados que se levantan en una sociedad y que son asumidos como válidos. Sucedió, por ejemplo, durante el modo de producción esclavista, en el cual el esclavo era normalmente considerado como una cosa, no una

persona o un ciudadano con derechos. Tan normal era todo ese discrimen, al menos considerado hoy como discrimen, que el que más esclavos tenía era el que más poder social podía enrostrar al otro.

Era un valor social porque se consideraba algo natural, bueno y deseado además de imitable. A nadie se le ocurriría cuestionar esa condición social en ese entonces. Por el contrario, el éxito era convertirse en amo de una gran cantidad de esclavos. Nadie lo cuestionaba, era un valor social correcto, correspondiente con los objetivos e intereses de esa sociedad. Por esto hemos destacado el relativismo de los valores sociales. Incluso los grandes filósofos de la Grecia clásica, tampoco lo vieron mal, lo incluían en su retórica como algo normal.

Podría decirse que de lo que se trata en todo caso es de encontrar valores no sólo universales como se ha podido demostrar con los Derechos Humanos surgidos de la Revolución francesa, sino eternos, lo cual no deja de ser una ilusión, dado el hecho de que cada contexto social o coyuntura histórica trae consigo sus referentes de éxito, y de sus utopías, como bienestar, riqueza, desarrollo, crecimiento, calidad de vida (postulados de la sociedad burguesa), incluso valores ya creados y dados por correctos, pueden ir variando su propia definición.

La democracia, que es un valor social, es interpretada en determinados países como una inclinación hacia el conservadurismo o hacia el liberalismo político. Depende de la óptica de los grupos gobernantes. Es decir, un país democrático con fuertes tendencias al conservadurismo, produce una democracia tenue, una defensa particular de los derechos civiles y ciudadanos, una ferviente motivación por un endurecimiento de acciones para reordenar la propia democracia, que al fin y al cabo, no tiene clara sus fronteras de ejercicio desde el poder y por tanto se presta a múltiples manejos.

Ante la delincuencia y en una sociedad democrática, unos optan por endurecer medidas aunque afecten el estado de derecho y otras, sin conciliar con este mal social, sugieren refor-

zar mecanismos, fortalecer la vigilancia y usar los organismos de seguridad e inteligencia de Estado, pero sobre todo atacar la enfermedad en el paciente no en la sábana, inyectando recursos en políticas sociales que disminuyan las causas de este mal social. Ahí vemos dos maneras, desde la democracia que tiene sus propios valores, de enfocar este problema: la percepción que sobre el trato a un ciudadano, sea este o no un delincuente, es un valor social, pero con múltiples aristas.

La sociedad dominicana ve transformarse en los últimos 30 años los valores de éxito y de ciudadano ejemplar. Este gran valor guiaba la conducta de los ciudadanos y orientaba la formación integral de los individuos. Hemos visto cómo hoy al éxito no se le mira el colmillo como dice la sabiduría popular. Sin embargo, la gente mide hoy estos resultados de éxitos, de conducta ciudadana, en función del beneficio económico, importando poco la forma como se logran los mismos.

Esta transformación va generando un choque entre viejos y nuevos valores, que es la crisis por la que atraviesa la sociedad dominicana hoy. La corrupción generalizada se ha convertido en algo normal. Más bien se sanciona o se burla a la gente que ha ocupado un puesto público y no hace uso de malversación de fondos. Lo contrario es celebrado y cuando no, la impunidad se encarga de borrar la acción como una mancha social.

Es así como encontramos un debate que no termina, entre quienes creen protagonistas de la descomposición social a la familia o quienes entienden que es la sociedad que anda por mal camino: sus instituciones, líderes, criterios de éxitos, valores éticos que han perdido consistencia y entonces ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿La sociedad o la familia? y en tal caso ¿Qué fuerza tiene la familia para enderezar los valores enseñados en su seno, cuando la sociedad se los cambia? ¿Quién pesa más al momento de moldear la pieza humana?

Por tanto, debemos defender los valores que en esta sociedad moderna se consideran no sólo universales, sino también creíbles, perennes y obligatorios para toda sociedad o conglomerado

moderno. Esto augura una batalla larga, actualmente desigual pero no necesariamente perdida, pues la condición humana siempre se ha debatido entre dos ambigüedades: lo idealmente perfecto y lo realmente posible. Somos buenos y malos al mismo tiempo o según el principio dialéctico, algo de uno y otro a la vez.

Una cultura de la palabra

Es indudable el papel que juega la palabra en la comunicación humana y como transmisora de enormes contenidos entre las culturas humanas. Su fuerza se convierte en portadora de la verdad, del poder, de la herencia cultural y la identidad de los pueblos.

Gran parte de la tradición cultural de los pueblos se conserva en la memoria social, y se vehiculiza a través de la palabra o la oralidad. En los pueblos tradicionales donde la modernidad aún no ha descompuesto sus formas convencionales de interacción social, la palabra es medio de socialización y portadora del devenir, comprometida estrechamente con los valores referenciales del grupo al que le sirve como vocero y representante pública. Es la palabra garantía de validación social y gestora en sí misma del hecho cultural.

Con el tiempo, los cambios la hacen presa de sus limitaciones y la enclaustran en un silencio cómplice y, una vez en su laberinto de imposibilidades, es sustituida por otros interlocutores sociales que lentamente apagan la antorcha de luz que la hacía útil y depositaria de la verdad del grupo, de su identidad, de su pasado y de sus virtudes.

La radio, la televisión, los medios de comunicación escritos y otras formas alternativas de intercomunicación, usualmente sustituyen en algunos casos, la fuerza que otrora tenía la

palabra, reduciéndolo todo a la impersonalización de la comunicación, provocando con ello desagregación social, desestructuración y cierta desubicación coyuntural de los sujetos sociales que, por mucho tiempo, poseían la representación social del grupo.

Es obvio que los procesos no se detienen y que la tecnología se convierte en el medio por excelencia en la relación contradictoria entre hombre-naturaleza, sin embargo, estos son momentos de grandes angustias, sobre todo entre los grupos primarios que ven desaparecer sus tradiciones como resultado de la invalidación que imponen los nuevos tiempos al papel que para ellos ha jugado la palabra.

Así la radio, considerada la más masiva e impactante de los medios de comunicación de masas, pasó a sustituir las conversaciones usuales de los distintos espacios públicos, pues todo campesino en los años 30 y 40 del siglo xx tenía un «radito» transistor con pilas.

Este medio de comunicación le acompañaba al conuco, en los amaneceres, al final de la jornada y antes de dormir. Con el tiempo esta tecnología comunicativa fue imponiendo un tema de conversación, posiblemente relegando otros al mundo circundante del nuevo oyente. Tal vez, en ese momento no estudiamos con detenimiento el impacto que vendría a producir en la mentalidad rural y de toda la población que comenzaba a hacerse adicta al extraño aparato de comunicación.

Pero si fuerte ha sido lo de la radio, complejo y contagioso ha resultado la televisión. De años más recientes, finales de los 40 e inicios de los 50 del siglo pasado, ha llegado a los hogares dominicanos para desconectar la ya poca comunicación existente. Para jóvenes, adolescentes y niños, además de amas de casa, este medio comunicativo se ha convertido en el interlocutor por excelencia entre el individuo y la sociedad.

Asimismo, después de la muerte de Trujillo, los periódicos y noticiarios radiales, se definieron como poder alternativo de la llamada sociedad civil, y hoy son ellos, los partidos y las

organizaciones de la sociedad, las instancias de intermediación con el poder fáctico.

Ahora bien, ante tanto protagonismo de los medios masivos de comunicación, la palabra no ha perdido protagonismo, todo lo contrario se han multiplicado sus medios expresos de transmisión. Somos una sociedad de la palabra. Todo el mundo opina de todo. Los programas interactivos sacan del anonimato a la gente para que exprese cualquier queja, pero también se expresa cualquier cosa. Todos luchan por dejarse oír, por entrar a través de la radio o la televisión al escenario social. El celular lo usamos para cualquier conversación que se nos ocurra, casi nunca para las necesarias que le dan razón de ser a este equipo de comunicación electrónico.

La intelectualidad nuestra es de la palabra en gran medida. Dificulta sentarlos a organizar ideas para definir un pensamiento sea a través de artículos, ensayos o investigaciones sistemáticas. Es más fácil opinar que escribir, lo cual requiere cierta disciplina mental, y rigurosidad de las ideas. Esto no niega la validez de su pensamiento, pero no lo eterniza. Las ideas y el pensamiento solo se proyectan en el tiempo cuando se plasman en un escrito.

Oír la radio dominicana por las mañanas es sumar una carga de angustias a la ya existente en cada uno de nosotros. La competencia es la palabra, quien dice más, no importando cómo lo dice, tanto el conductor como el oyente a quien le inmutan mis preocupaciones, consideradas, tal vez, como mero ejercicio intelectual.

En las reuniones, conferencias y debates académicos, al tomar la palabra como expositores o como público, se nos olvida el tiempo del otro. Una conferencia de más de 30 minutos se repite, bate el cobre sobre lo mismo y cansa a sus receptores. Una pregunta se puede formular en dos minutos. Los tiempos en que un Presidente, un funcionario y/o un académico se explayen por más de una hora de exposición, en este mundo digital y de la imagen, su retórica se revierte y el mensaje se

diluye en el cansancio del otro que espera una capacidad de síntesis.

En fin, la palabra, en nosotros, es más que un medio de transmisión de valores y tradiciones, sigue siendo primaria en la comunicación, potenciada hoy por los propios medios de masificación. Sin embargo, carecemos del silencio para escuchar, la atención para reflexionar y el necesario momento de organizar las ideas en la escritura. Al fin y al cabo, lo que necesitamos son resultados, y estos se obtienen con el trabajo y el esfuerzo, donde la palabra es tan sólo un medio más.

Pedro Francisco Bonó, un pensador cibaño

Nace el 18 de octubre de 1828 en Santiago, donde reside por un tiempo considerable, para fijar luego su residencia en una humilde vivienda de San Francisco de Macorís, donde pasó sus últimos años. De temperamento estoico y aguda visión de la realidad, Pedro Francisco Bonó desempeñó distintos cargos públicos, lo cual significaba su compromiso con el país y con sus mejores causas.

Su nobleza de espíritu, su ética pública y sus cualidades intelectuales, le hicieron merecedor del respeto de la ciudadanía, de los grupos de poder, de los intelectuales de su época y la inclinación reverencial de algunos de los Presidentes de entonces.

Hijo intelectual y político de la Guerra de la Restauración, Bonó se opuso al papel protagónico de los caudillos surgidos de esta guerra, acusándolos de ser responsables de la desagregación social del país y la falta de institucionalidad. Sus críticas reiteradas a la ausencia de un proyecto de nación, se convirtieron en el centro de su atención social, agregándole también la necesidad de una vía que permitiera la gobernabilidad social. Llamó la atención sobre la importancia del tabaco en el desarrollo nacional, y otros temas que se hicieron parte de la agenda de discusión de su época.

Guardando las distancias, muchas de las preocupaciones de este agudo pensador, son parte de nuestras preocupaciones de hoy. De ahí la fuerza de su pensamiento, lo certero de su visión intelectual y lo oportuno de algunas de sus ideas. Todas estas condiciones y cualidades lo convierten en fiscal de Santiago, senador de la misma provincia, diputado, procurador del Tribunal de Primera Instancia, juez de la misma Instancia, ministro de la Suprema Corte de Justicia, Defensor del Pueblo (Figura jurídica que, por cierto se, discute entre nosotros hoy), ministro de Relaciones Exteriores, secretario de Estado de Justicia e Instrucción Pública, regidor del Ayuntamiento de San Francisco de Macorís, comisionado del Gobierno Revolucionario y miembro de la Constituyente de Moca.

A toda esa intensa vida pública se le suma una intensa vida intelectual, habiendo producido una importante obra a través de ensayos, artículos y una novela a mediados de siglo pasado, publicada en Francia: *El Montero*. Una visión de la sociedad dominicana del momento, marcada por la montería y la influencia de la ruralidad en la cotidianidad nuestra.

El gran historiador dominicano Emilio Rodríguez Demorizi, compendió una parte sustanciosa de la obra y el pensamiento de este hombre: *Papeles de Pedro Francisco Bonó*. Austero en su dispendio, rígido en su vida personal y pública, de restricciones casi sacramentales, pues ni siquiera llegó a casarse, siendo invitado varias veces a presidir el solio presidencial por personalidades de la categoría del arzobispo Meriño, Ulises Francisco Espaillat (otro gran santiaguero), Gregorio Luperón, su gran admirador y hasta el convexo liberal y posterior dictador, Ulises Heureaux –Lilís–. No obstante su respuesta en todo momento fue la misma, negarse.

No podemos acusar tal actitud de irresponsable, debido a que ocupó un rosario de cargos y responsabilidades públicas, pero la Presidencia siempre le pareció un regalo envenenado por las inconductas de la corrupción administrativa a la que se opuso firmemente, así como el clientelismo, las distorsiones

que desde el poder se engendran y se generan. Su bondad, su hombría de bien, le hacían temer ante este desafío.

Su pensamiento intelectual, podemos considerarlo ecléctico, integrando al mismo las más variadas teorías contemporáneas, pero su vocación por la emergente ciencia de la sociología se hace presente en el manejo constante de muchas de las categorías y conceptos usados por él para analizar la realidad dominicana, sin olvidar que la emersión de esta disciplina fue simultánea a su agitada vida pública e intelectual.

Sus viajes por Europa y los Estados Unidos, le facilitaron medios de contacto con las teorías más actualizadas de ese momento, las cuales supo integrar con creatividad e inteligencia para que le sirvieran como instrumental para analizar esta otra realidad distinta y diferente, la dominicana, pero conservando algunos puentes de similitudes y simetrías sociales en el enfoque, y sin querer, se inaugura como el primer sociólogo dominicano, por cuyas razones el 18 de octubre de cada año, se festeja en su honor el Día Nacional del Sociólogo Dominicano.

José Ramón López, otro pensador cibaño

De tradición algo más severa en sus juicios que las de otros pensadores liberales, José Ramón López nacido en Monte Cristi (1866) y fallecido en Santo Domingo (1922), se caracterizó por sentenciar conclusiones lapidarias sobre muchas de las manifestaciones del ser nacional y, de cómo muchos de nuestros esfuerzos por definir la nación se diluían en la incapacidad de articular esfuerzos, tenacidad, disciplina y equidad.

Sus ideas se plasmaron, en su mayor parte, en la prensa local desde donde aquilató un agudo pensamiento, crítico y rebelde ante hechos de la cotidianidad social y que le merecieron estigmas tal vez descontextualizados, como el de pesimista que sin querer le hemos asignado, a quien sólo vio y vivió con preocupación inusitada los retos de una sociedad marcada aún por el ruralismo del siglo XIX, la disgregación de sus grupos dominantes y la indiferencia de una parte importante de sus pensadores hacia la necesidad de complejizar la sociedad para encontrar de esa manera, su posible solución.

En su ensayo: La alimentación y las razas, nos acusa de invalidez social como resultado del tipo de alimentación que nos acompañó hasta finales del siglo XIX, sobre todo una dieta basada en víveres. Esta alimentación producía para él mentes débiles, incapaces de profundas y desafiantes reflexiones

sobre tópicos de gran complejidad estructural y mental. Tal vez exageró el pensador, pero todavía se dice por aquí a manera de chanza, que «el mal comio no piensa» y no olvidemos que el gran pensador alemán Carlos Marx decía algo parecido refiriéndose a cómo la miseria social era, a su vez, un caldo de cultivo para reproducir la ausencia de una conciencia crítica.

De todas maneras, no se quedaron ahí sus abstracciones teóricas acerca del proyecto de nación, tanto el militarismo de su época (sobre todo a inicios del siglo xx), la paz social, la vieja polémica entre autoridad y ley, la necesidad de introducir una reforma a la Constitución que permitiera a su vez alcanzar estadios de desarrollo institucionales y sociales que nos relanzaran como nación, también acompañaron su agenda temática. Como un marco conceptual actualizado para su momento, abrazaba este pensador cibaño, el concepto de sociedad, lo más cercano posible a la emergente ciencia de la sociología, a pesar de que no llegó a cursar una carrera universitaria.

Su contemporaneidad hostosiana, lo hizo preso de un marco teórico positivista que, a veces, lo distanciaba de expresiones culturales populares como a otros tantos pensadores nuestros decimonónicos. Aunque en reiteradas ocasiones acusaba a los grupos dominantes y la clase política de la falta de un proyecto nacional, que encaminara el esfuerzo de todos hacia un rumbo definido en términos sociales, institucionales y económicos. Preocupación por cierto recurrente igualmente en Pedro Francisco Bonó, también cibaño y antecesor del ensayista, periodista y pensador José Ramón López.

Su preocupación por el campesinado se entiende en función del peso social, político y demográfico de este sector en la sociedad dominicana de finales del siglo xix. En ese tenor se alejaba de aquellas voces que acusaban a nuestros hombres del campo de haraganes y bullangueros, sugiriendo formas alternas de inserción del campesinado en el proyecto de desarrollo por él sugerido, y entre cuyas propuestas encontramos la creación de cooperativas agrícolas, el apoyo del los bancos

agrícolas a estas iniciativas y evitar gravar con impuestos los productos y la producción agrícola, de manera que se generara más bien un incentivo a la producción nacional agrícola, considerada por este eminente ensayista, como portadora indefectible del desarrollo económico, en ese momento.

Como todo pensador impoluto, acusaba a los partidos políticos de fomentar el personalismo y el individualismo a través de dádivas o lo que hoy conocemos como clientelismo político, por demás considerado por esta pléyade de pensadores liberales de finales del siglo XIX, como un mal social que corroía las bases de la moralidad y la ética ciudadana, convertida en factor epidémico enemigo del adecentamiento público y la decencia cívica.

Su visión del estado se hace presente en su artículo: «Carenza en el Ejecutivo de criterio económico», articulando brillantemente la relación entre economía, sociedad y marco jurídico, dejando claramente establecidas las fronteras de un orden de derecho, democrático y pautado por leyes que dan la debida confianza en el necesario esfuerzo de construir una sociedad justa, con equidad y transparencia. Estas, todavía siguen siendo, parte de nuestras preocupaciones de hoy.

Quizás su artículo: «Quiénes somos étnica y moralmente», destila un pensador preocupado, algo pesimista ante la posibilidad de crear un proyecto nacional a partir de la materia prima que la historia y la cultura nos han legado. Se distancia con parca argumentación de las cualidades de los principales grupos constitutivos de la nación: aborígenes, europeos y africanos. A cada uno le asigna un estigma prejuiciado, que lo coloca al margen de la moderación y el buen juicio. A pesar de que concluye con una valoración ecuánime al definir culturalmente un pueblo, como la sumatoria de todas sus identidades y conjunciones, considerados por él como la base de «sus impulsos volitivos».

Fue senador de la República, Director de Estadística y de la Escuela Normal de Montecristi, su pueblo natal. Escribió en

varios periódicos: *El Tiempo* y el *Progreso* (Venezuela), y en el país su pluma circuló por *El Renovador*, *El Dominicano*, *Pluma y Espada*, el *Listín Diario* y *El Teléfono*, entre otros. El Archivo General de la Nación, honra su pensamiento con la compilación, de reciente publicación y en tres volúmenes, de su majestuosa obra que sólo necesitó de un periódico para eternizarse y ser parte de nosotros hoy. Su agudeza y grandeza no consistió en extensos manuscritos, muchas veces diluidos en subtemas, sino de la simpleza y complejidad a la vez, de la brevedad de las ideas, muchas veces más complicados sus niveles de abstracción, que un extenso tratado académico.

El arte como filosofía

El arte siempre ha sido una visión no solo vanguardista en las sociedades, sino que en muchos casos, es una propuesta conceptual del artista o de un movimiento artístico como fueron los casos del renacentismo, el cubismo, el realismo socialista, el arte pop, el modernismo, o el arte abstracto, para continuar con propuestas más innovadoras como el performance, las instalaciones, el graffiti o el video arte en el llamado arte contemporáneo.

Alejandro Cabral en su Exposición *Otras formas de lectura*, nos propone su visión del cosmos con los instrumentos y medios que como artista le son propios: el pincel, la tela, los trazos y lineados además de la combinación de colores.

Desde los inicios mismos de la necesidad estética en el ser humano, cada obra de arte rupestre o de las demás etapas y períodos de la humanidad, conjuga un discurso dialógico entre el artista, el medio natural y su sociedad.

La obra de arte permite, con la libertad que juega su creador, formular interpretaciones estéticas que aun respetando los cánones culturales de su sociedad, pueda gozar de la autonomía suficiente para que su musa inspiradora construya una propuesta estética, que a la vez de propia, lo sea colectiva.

Otras formas de lectura de Alejandro Cabral, es precisamente eso, un discurso pictórico trabajado a partir de las líneas,

las figuras circulares, romboides, cuadradas, semicuadradas, convexas, recuadros, el punto y colores que transitan el lienzo como los cuerpos estelares el cosmos.

Esta exposición de Alejandro Cabral que es su manera de filosofar con el mundo que nos rodea, se cuestiona acerca de nuestros posibles vecinos, semejantes o no a nosotros pero compañeros de estancia en este universo infinitamente grande y a veces, solitario. Con ella el artista se formula lo que por años la ciencia especula y estudia: la complejidad del cosmos.

Como sabemos, la teoría del caos que nos viene de la geofísica, sostiene que el universo es un verdadero desorden o caos, donde los cuerpos interestelares y la materia existen como si fuera en el viejo oeste, sin ley ni orden; sin embargo, también se asume que ese mundo desconocido y profundamente enigmático se rige por un orden atípico, fuera de nuestros parámetros humanos de orden. Por ello el universo se mueve, camina, cambia y se construye cada día.

Este sugerente y complicado tema ha roto las fronteras de la ciencia pura para implicar de filósofos, teólogos, pensadores y artistas que, como Alejandro Cabral, se inspiran en el movimiento, formas, colores y posibles teorías sobre esos otros mundos distantes y de dimensiones espaciales múltiples, logrando sus cuadros, ante la presencia impertérrita de sus curiosos espectadores, descubrir que ciertamente en *otras formas de lectura*, el artista logró por momentos, trasladarnos al caótico y ordenado cosmos, con un gran dominio de las técnicas del pincel y una bien lograda conjunción geométrica y de colores.

Dos noticias en contrapunto

Dos hechos recientes han conmovido mis fibras y obligan a profundas reflexiones para montar el vuelo por encima de las nubes, volar alto muy alto, por encima de las nimiedades y los distanciamientos condicionados por la palabra manipulada, y transformada en discurso y convertida en prejuicio, hechas hoy añicos por el devenir histórico en un lado del mundo y estacionada por el envilecimiento condicionado en pueblos vecinos y distanciados forzosamente por la historia, la política, los intereses económicos y los grupos de poder que se mueven en ambos lados de «una isla colocada en el mismo trayecto del sol» parafraseando, al Poeta Nacional Pedro Mir.

El contrapunto viene del hecho en que, al mismo tiempo que nacionales dominicanos y haitianos se enfrentaban entre sí por razones sociales de pobreza, acciones sociales que dañan la imagen de muchos por hechos de pocos y reacciones indebidas de muchos por inducción de pocos, en Estados Unidos se producen acontecimientos que cambian parte de la historia hasta ahora conocida. Como sabrán, nos referimos a los hechos acaecidos en Neiba en el sur del país y en pueblos de la línea noroeste, acompañados de violencia entre militares dominicanos y civiles haitianos, resultado de una compleja madeja social que teje debilidades institucionales, corrosión ética de los individuos, distorsiones sociales en el trato a

ciudadanos haitianos por parte de dominicanos, acciones indebidas de ciudadanos haitianos en su supervivencia en la vida dominicana y todo ello alimentado, por un auge preocupantemente desmesurado del conservadurismo en una sociedad desventurada y dirigida por una agenda social de grupos de poder que postergan cada vez más, temas de Estado, como las relaciones domínico-haitiana, el tema migratorio y otros que afectan estos vínculos de vecindad.

Estos conflictos tienen un asomo de xenofobia o agresión física de un grupo étnico sobre otro, en el que el rechazo se hace de manera evidente y física. Obviamente ante ciertas acciones desmedida en el comportamiento de ciudadanos de procedencia haitiana, produjo igualmente, una respuesta desmedida de la parte dominicana. La justificación de acciones agresivas de masas por la población dominicana hacia la haitiana, es preocupante. La violencia socializada en estos, como cualquier otro caso por encima de la acción judicial, desdice mucho de nuestro estado de derecho. Dejar que las masas o pobladas tomen en sus manos la justicia, ha de preocupar a todo ciudadano que vela por una sociedad democrática y de respeto a los derechos civiles.

Estos hechos recientes, son acopio de otros ya sucedidos entre ambas poblaciones. Su reiteración era más que suficiente para que se le prestara la debida atención. El fortalecimiento de estas ideas conservadoras, se encarnan ideológicamente en una readecuación y endurecimiento del nacionalismo que ha tenido en el antihaitianismo su mayor confrontación, sin que este sea el único. La historia nos enseña también que, en algunos momentos, hemos tenido nacionalismos antinorteamericano y antiespañol. Además el propio nacionalismo conservador nuestro, también lo ha sido en tiempos de la Primera Ocupación de 1916, igualmente antinorteamericano, el cual celebramos.

El contrapunto radica en el hecho evidente de que contemporáneo a estos acontecimientos tristes y dolorosos de las

relaciones haitiano-dominicanas, un mulato norteamericano se crece por encima del discurso convencional de la historia de su país y se constituye en el primer Presidente de ascendencia mulata del mismo. Un país que ha tenido una historia de traumas y exclusiones que ha llevado a diferencias étnicas, que permitieron por mucho tiempo limitar el acceso del negro a la vida pública, reduciendo su protagonismo a algunas áreas de la vida social, como el deporte y la música.

Todo ello no fue suficiente para que el candidato y hoy presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, se creciera por encima de la pobreza conceptual, la discriminación y la intolerancia, para decir que este proceso no era una confrontación de colores, sino de ideas. Maravillado he quedado por el significado de tan impactante y populoso resultado. Aunque, es un líder nuevo, sabemos que se moverá en las aguas fangosas de un sistema político igualmente debilitado y profundamente cuestionado

Es contrapunto un suceso de otro. En la medida que vemos cómo se crece una nación al vencer los prejuicios e ignorar las razones del maniqueísmo ideológico de una clase política que desvirtuó de tal manera el tema de la minoría afroamericana hasta convertir el tema en objeto de debate en otros momentos o simplemente dar como un hecho consumado la exclusión del negro de la lucha por el poder. Así negros, blancos, y otros grupos étnicos o de las llamadas minorías, contribuyeron a romper el cuadro del ajedrez político del país, y creo que al mismo tiempo, manda un mensaje al mundo acerca de la crisis de los liderazgos tradicionales, los líderes que marchan de espaldas a las sociedades que dirigen, y a los viejos esquemas de hacer política, pero sobre todo, a las políticas de segregación étnica y las posturas del rancio nacionalismo y a los posicionamientos racistas, discriminatorios y prejuiciados.

Son contrapuntos ambos procesos, porque de un lado se avanza y del otro retrotraemos la historia. Es contrapunteo porque una historia niega la otra, una historia obliga la

revisión de la otra, una realidad repiensa el marco de análisis de la otra. Naturalmente que la una es los Estados Unidos y la otra son las relaciones entre la República Dominicana y la República de Haití.

Barack Obama, tendría a su favor el casarse con la gloria simplemente cumpliendo los puntos esenciales de su Programa. No tiene que ser revolucionario, no tiene que ser más liberal que nadie, simplemente sintonizar con las expectativas de su generación sin grandes espavientos, sin muchos discursos, sin líneas trazadas de confrontación, sin retorcimientos, ni maniqueísmos, ni fundamentalismos de ningún tipo, pero convencido de su tiempo, caminando junto a sus votantes y con los sueños y utopías de su generación.

De este lado, tenemos otro contrapunto, atenuar las pasiones, definir las políticas migratorias, redefinir las relaciones diplomáticas entre ambos pueblos, consolidar una política de respeto a la autodeterminación, fortalecimiento de la convivencia y distensión pacífica, desafiar los retos del porvenir, ajustar los discursos, evitar que las políticas de las relaciones internacionales las tracen desde fuera del Estado e institucionalizar de una vez y por todas, el marco de las relaciones de intercambio entre ambos pueblos y gobiernos.

El contrapunto de las noticias produce efectos diferentes en un lado y otro de los países envueltos. La de los Estados Unidos alegró a gran parte del mundo, la nuestra difundida con intención manipulada o no, entristeció una parte importante del mundo sensible y del concierto de naciones democráticas del mundo. Es ahí la diferencia del contrapunteo entre un país que respeta sus instituciones y de una nación con fallas estructurales de sus instituciones.

¿Choque de civilizaciones?

Se entiende como choque de civilizaciones los conflictos de variada naturaleza que se han presentado entre naciones después de la finalización de la Guerra fría, sobre todo en ciertas regiones del mundo.

Tal vez la ausencia de ideologías en las últimas décadas del siglo xx, abrió el camino para que las confrontaciones que antaño se le asignaban a las luchas por el dominio entre los bloques del Este y del Oeste, pasaron a ser reducidas hoy a una conflagración sino religiosa, al menos cultural.

A simple vista parece un reduccionismo maniqueo, sin embargo las razones argumentadas no dejan de tener verdades a medias. Para muchos sociólogos y politólogos, es cierto que el factor religioso así como las formas culturales diferenciadas que distancian a estos nuevos bloques de confrontación, no deja de ser una realidad. No obstante, en el fondo hay viejas razones ideológicas, y sobre todas las cosas, problemas de geopolítica y de intereses económicos que se esconden detrás de tan preocupantes conflictos.

Ciertamente que las diferencias culturales y de cosmogonías son muy marcadas entre los pueblos de ascendencia árabe y los de occidente. Unos marcados por la fe islámica que también permea sus formas culturales y la lengua y, el otro pautado por el catolicismo y la influencia grecoromana, lo que produce mentalidades distintas. En tal sentido, si partimos puramente

de esta distancia de mentalidades, obviamente que se pueden reducir los conflictos actuales a problemas de civilización.

Sin embargo, la presencia del petróleo en la región Oriental, las enemistades de gobiernos árabes con los Estados Unidos y otros países occidentales, el antiguo vínculo de muchos de estos pueblos con lo que fuera la Unión de Repúblicas Socialistas soviéticas (URSS) y el trasiego de armas, y otras formas de irregularidades, sin contar con el hegemonismo norteamericano que junto a los fraccionamientos territoriales creados por los anteriores imperios europeos en la región, ha creado un cóctel molotov, sin contar con las viejas rencillas internas.

Esta vez, la excusa es el terrorismo, ya no el comunismo. Esta es la parte maniquea del problema, todo reducido a una diferencia religiosa, cultural o a un acto terrorista. Estas soluciones de receta no conducen a nada. No es cierto que todo se pueda simplificar en lo religioso o lo cultural en sentido general. Si no hubiera petróleo dudo que existiera tanto interés en la zona y sus gobiernos.

Por tanto, son los intereses de orden político o bien económico los que han alimentado estos choques, porque igual diferencia podríamos afirmar con respecto a la China, la India, Japón, Taiwán u otros pueblos del mundo oriental, muchos de los cuales son aliados incondicionales de los Estados Unidos como es el caso de Israel, y también culturalmente distanciadas de las costumbres anglosajonas. Sin embargo, vemos que en estos casos no se usan los mismos argumentos justificativos.

Como vemos, estamos ante un manejo del discurso que tuerce la verdad, condiciona los hechos y justifica acciones intolerantes de pueblos y culturas que inducidos por gobernantes y grupos internos, llevan la acción política a medidas extremas. De un lado y de otro, pues las ideas fundamentalistas que norman muchas sociedades islámicas bajo ningún concepto pueden enarbolarse como salvadoras y liberadoras de la condición humana. Muchos de estos gobiernos son intolerantes con sus pueblos, son negadores de libertades ciudadanas, y ampara-

dos en una fe sin límites, actúan sobre los demás con pasión y agravios.

De lo que se trata es de no fundamentar acciones desde el llamado mundo occidental con razonamientos retorcidos y maniqueístas que clasifican los hechos en función de los intereses de quien los motiva. Muchos gobiernos árabes y radicalmente fundamentalistas por ser aliados coyunturales del poder norteamericano, no se les critica sus estilos y mecanismos de ejercicio del poder ni la manera de reproducción política de sus élites gobernantes. Pareciera como si en esos casos no existiera el choque de civilizaciones. Los estigmas y oposiciones absolutistas, son medios de la propaganda política para actuar y encubrir acciones y hechos desmedidos de intolerancia o simplemente excesos de poder.

Por tanto, lo de choque de civilizaciones para explicar algunas de las conflagraciones que registra el mundo de hoy, más que una manera de contribuir a una solución, complica la interpretación y fanatiza en todos los escenarios, el conflicto.

Por esa razón creemos que todo acercamiento de información o simple conocimiento que envuelven posturas asumidas *per se*, ha de hacerse desde una lectura crítica y entre líneas que evite el sesgo y la manipulación, debido a que si bien las diferencias culturales son parte de la realidad misma, lo ideológico, político y económico, lo son también y por tanto, el olfato, sobre todo en las explicaciones que el llamado mundo occidental produce, ha de hacerse con el mayor sigilo, obligando a que cada lector se preocupe en conocer muchas verdades históricas y antropológicas contadas a medias, que rodean a estos pueblos y su pasado para no dejarse coger de conejillo de indias.

Una modernidad sesgada

La modernidad una vez mencionada, nos remonta indudablemente a la fase inicial de la sociedad burguesa como paradigma conductor del proyecto social. Basado en la ciencia y la tecnología como instrumentos y la inteligencia como arma orientadora, la modernidad se propuso superar las deficiencias del antiguo modelo medieval y alcanzar logros ostensibles en el plano material, social y económico, como parte de sus propósitos iniciales ligados a la llamada Revolución Industrial de finales del siglo xvii.

Transcurridos tres siglos y comenzando el cuarto siglo, la utopía burguesa se tambalea en el logro de sus objetivos primarios y las carencias de todo tipo. Limitaciones materiales, atrasos tecnológicos y científicos, marginalidad social y económica arrojan las dos terceras partes del mundo cuestionando el impacto que ha tenido el modelo sobre el conjunto de la población mundial, no necesariamente sobre las comunidades beneficiadas de tales fines, en este caso los llamados países industrializados.

El sesgo viene por el hecho poco analizado, de que en sus orígenes el paradigma encerró profundas contradicciones propias del sistema o modelo político de dominación, el capitalista y este cáncer de origen habría de ser en cualquier momento su propia negación.

Con ello no negamos los alcances y logros ni de la ciencia, ni de la tecnología, pero es indudable que las desigualdades están a nuestra vista. No se trata de aceptar que modernidad como paradigma implicaba el desarrollo y progreso de algunos en detrimento de otros, no fue de eso que se habló, o de poner la ciencia y la tecnología al servicio del poder y del capital. Una utopía cuando se formula supone un proyecto colectivo, un sueño generacional que envuelve en igualdad de posibilidades a todos sin distinción, aunque entendemos las asimetrías y oportunidades que la historia encuentra a determinados grupos con relación a otros.

Precisamente, es ese el nudo gordiano que cuestiona los resultados hoy de la modernidad si partimos del enunciado de que como paradigma, la modernidad, se dio objetivos de alcances que una vez puesta en marcha atacaría como blanco, no en una región del mundo, ni en un país, sino en todos los rincones del planeta. Que tenemos, un mundo profundamente desigual, sectores y grupos que se han aprovechado del paradigma en detrimento de grandes contingentes de población y un modelo de desarrollo injusto e inhumano.

La transferencia de tecnología a los países pobres es un mito. Los organismos internacionales de regulación de la vida económica, laboral, migratorio y otros son un fiasco que responde al final a los intereses de los grupos y países poderosos. Los préstamos para el «desarrollo», son verdaderos enredos que muchas veces no contribuyen mas que a enriquecer a la clase política intermediaria, con pleno conocimiento de los jefes y tecnócratas, cómplices muchas veces de esta perversidad. Pero mas grave resultar saber que son poderosos grupos económicos que juegan y disponen de la economía mundial como si fuera la suya propia, priorizando temas, sectores y áreas de la economía en un mundo determinado, como las de interés para facilitar los préstamos, atando las políticas de desarrollo de los países pobres a los focos de atención y acumulación capitalista de estos grandes capitales transnacionales.

Es la modernidad hoy, un fiasco porque la clase política la secuestró, convirtiéndolo en parte del discurso demagógico de control de los pueblos y sedante para atenuar la incapacidad de llevar a sus pueblos por senderos transparentes, efectivos y beneficiosos de un desarrollo y progreso, no solo con rostro humano, sino con equidad y democráticamente distributivo.

En ese carro se ha montado la teoría política de todas las ideologías, encontrándose el mundo actual en una profunda encrucijada que, por el momento presenta pocas opciones de salida. Muchos se escudan en esta ausencia de alternativas para dar riendas suelta a sus apetencias y embriaguez por el poder y la riqueza, sembrando aún mayor desesperanza en los pueblos, atomizados por una especie de anomia social que estalla con furia cuando la tuerca es insensiblemente apretada por quienes conducen los procesos sociales y sus pueblos.

Modernidad. Cada vez que la oigo en cualquier esfera de la actividad social, me produce una ojeriza. Es mucho lo que ha instrumentalizado el postulado, es mucho el abuso que se ha hecho de sus implicaciones. No obstante, y que valga la aclaración, ni me opongo a los cambios, muchos menos al progreso, ni tampoco al avance de la ciencia y la tecnología o los desafíos del porvenir, por el contrario eso cumple una función en la compleja mentalidad humana de avanzar y dejar atrás su estado animal. De esa manera la inequidad es la resultante de los contrastes sociales y su secuela de contradicciones. De algo debe servir el pensamiento crítico a la humanidad. No podemos dejar pasar las cosas sin cuestionar por qué suceden y a quién benefician.

Una teoría social tiene la lapidaria censura de que no es un ejercicio para alimentar el ego intelectual, sino que su apropiación colectiva la transforma en revolucionaria y social, dejando atrás el o los promotores para serlo de un colectivo. Esa fuerza termodinámica hace que su enunciado irradie a mucha gente, creando una sinergia positiva, siempre poniendo acento en el bienestar social. Obviamente que existen teorías igualmente

válidas, que ponen acento en grupos sociales reducidos, para justificar las inequidades sociales con argumentos.

La cultura en este mundo de abstracciones racionales y abstractas es un contrapeso, un contrapunto entre lo tendencialmente material y lo espiritual o sublimemente interior de la naturaleza humana, por lo que el trabajo cultural, el esfuerzo intelectual será siempre una necesidad en el necesario equilibrio del ser.

Hablar, pues de modernidad en sociedades aún sin satisfacer necesidades primarias de finales del siglo XIX, es una burla a la inteligencia de los pueblos. Es cierto que el inmediatismo en que nos ata la vida cotidiana, imposibilita la sumersión en debates teóricos, sin embargo, es evidente que no es el camino para alcanzar el desarrollo y el progreso, por el que nos conducen nuestros grupos dominantes. Aliados grupos económicos, clase política y poder fáctico, trillamos un sendero resbaladizo en que hasta los propios esfuerzos de construir ensayos democráticos socialmente validados, se ponen en peligro.

Separar modernidad como propósito de bienestar pleno, del discurso es un favor que nos haría la clase política, en el entendido de que modernidad es más que una obra de infraestructura, una pieza del rompecabezas, casi siempre en la dirección de impactar a todos los agentes comprometidos para dinamizar la economía y la vida social de un país. No es moderna una obra divorciada del conjunto del desarrollo o cuyo costo o retorno de capital, implique un sacrificio social. Tampoco es modernidad, atender obras grandilocuentes, en detrimento de aquellas pertinentes en el ordenamiento y la consolidación de necesidades básicas como salud, educación, servicios, empleo, electricidad y agua potable, símbolos superados a finales del siglo XIX en la mayoría de las sociedades tomadas hoy como modelo de desarrollo en el mundo, que en un momento determinado entendieron que desarrollo y progreso pasaba primero por resolver esas urgentes prioridades de la mayoría social, y entonces continuar la marcha hacia el desarrollo pleno.

Las redes sociales y los nuevos tiempos

Es innegable el poder de convocatoria desarrollado por las redes sociales a través de las distintas direcciones de la Internet y más categórica resulta la dependencia generada entre las generaciones por esta forma impersonal de comunicación.

Al principio, las redes sociales parecieron un medio expedito de ampliar el espectro de relaciones humanas y sociales permitiendo estos medios extender hasta límites impensables los contactos personales, dialógicos y culturales.

Igualmente interesante resulta saber que estas formas modernas de socialización, han coartado otras maneras tradicionales de encuentro e intercambio humano. Sin embargo las nuevas generaciones, contrario a los pronósticos fatalistas de su posible capacidad alienante, ha ido sacando capital a la tecnología, reduciendo los esfuerzos, las distancias, las nacionalidades, los prejuicios en los criterios normativos convencionales para crear verdaderas redes sociales, capaces de convocarse más en el mundo.

Las muestras de la fuerza de estos nuevos mecanismos de comunicación, son visibles en los últimos acontecimientos acaecidos más allá de sus usos iniciales, para ser, también extrapersonales e impersonales al mismo tiempo.

Los resultados no se han hecho esperar y los movimientos sociales sucedidos en la franja del mundo árabe, se han movilizados gracias a las redes sociales. Vimos como los gobiernos afectados enfrentaron su nuevo adversario, limitando y censurando la información suministrada y convirtiéndose en nuevos sujetos sociales tan importantes que uno de sus protagonistas, el joven responsable de Facebook, fue el invitado de honor a la última reunión del G8 en Francia en mayo 2011.

Limitar el alcance de las modalidades de las redes, consultar los expertos para buscar salidas de control a estas modalidades nuevas de comunicación, fue parte de la agenda de esos gobernantes poderosos, dueños del mundo, pero no se ha analizado que, a pesar de ello, hubo de citarse a uno de los subversivos modernos pues ya el otro, Wikileaks, esta detenido por haber socializado información secreta de la diplomacia internacional que convulsionó el mundo político y hasta las relaciones entre los países.

Ese reconocimiento obliga a nuevas valoraciones acerca del impacto y la influencia de estas redes sociales que cuestionan a la vez la pasión y dispersión que se origina como parte de un uso abusivo de los públicos y en especial los jóvenes, aquellos que mantuvieron en jaque a la clase política española en medio del proceso electoral recién pasado y que se reunieron en las distintas ciudades a través de las redes sociales, el teléfono celular y la computadora.

Subestimarla como expresión de nuevos sujetos sociales es un error, censurarla resulta peor el medicamento que la enfermedad, de lo que se trata es de montarse en la ola para avanzar con los intereses y códigos comunicativos de estas nuevas generación portadora de esperanza, y, tal vez de, una nueva utopía y por qué no de un paradigma, más que ideológico, tecnológico.

Gestualidad y dominicanidad

La cultura es una manera particular de expresar un estilo de vida de un grupo humano determinado. Sus hábitos alimenticios, danza, música, lengua, creencias, mundo lúdico, vestimenta y adornos, entre otras cosas, son la cédula de identidad que los distancia de unos grupos y los acerca a otros.

En todo ese inventario de detalles encontramos los gestos y formas de participación corporal en la interacción humana. Así pues, la risa, la salutación, el enojo, las formas de caminar, bailar, conversar, comer, discutir o simplemente expresar una reacción o estado anímico ante un hecho acaecido, formaría parte de un rasgo de identidad particular de una población.

Arrastrar los pies al caminar, se convierte sin quererlo en un signo distintivo de la mujer dominicana. El cuadro o postura estilística al caminar, es un esfuerzo que se gana desde temprana edad entre los hombres dominicanos como parte de un estilo propio de impresionar al otro (sobre todo a las mujeres), al mismo tiempo que se define la personalidad adulta, que debe ir acompañada de un estilo varonil y seductor a la vez.

El enfado nuestro, se representa en una gesticulación violenta de manos y brazos, pasando por un gruñido de las cejas, un movimiento brusco de cabeza, hasta la no menos expresiva extensión de labios.

La indiferencia o el desinterés, se hace evidente encorvando los hombros hacia arriba, con los brazos caídos; pero si por el contrario, los brazos están abiertos y hacia arriba, es expresión de enfado, desafío o esperanza, según exprese el rostro.

Una conversación normal, se lleva a cabo en compañía de manoteos, movimientos de brazos, más cercano a una confrontación, que a lo que realmente es, una conversación. Así mismo, el contorneo del cuerpo en la mujer dominicana, nos refiere más a un concurso de pasos y cuadros (esta vez femeninos) que a una necesidad de desplazamiento natural, sin contar el altísimo contenido seductor y sensual que le acompaña.

La alegría y el dolor, se hacen presentes como en otras culturas, pero bajo el impresionante manto del gesto de manos, cruce de éstas y toque de hombros con las manos; sabemos que en otras culturas, al saludarse se intercambian dos besos de mejilla (los franceses) y en otras partes del mundo, los hombres se abrazan y se dan sendos besos de mejilla, cosa que aquí causaría furor en el mundo masculino.

La melancolía y la preocupación se suele relacionar con el constante deslizamiento de la mano sobre la cabeza. Así como la mano en la cintura, le transmite al niño, un castigo con el cinturón (pela), el levantamiento del dedo pulgar es éxito, pero al revés es fracaso.

Las dos manos sobre la cabeza, espanto, asombro, estupor y casi siempre acompañada de otras expresiones de la cara.

Otros gestos y movimientos de manos, brazos, ojos, insinúan códigos eróticos, inadecuados o simplemente vulgares.

Sin embargo, el gesto particularmente nuestro y que nos caracteriza a propósito de la relación entre gestualidad y cultura, es aquel que hacemos, cuando algo nos da igual o somos indiferentes, se mueve al mismo tiempo la cabeza hacia arriba y algo arqueada y los labios hacia delante.

Es por todas éstas razones y otras tantas que aquí no están, pero que existen, que la antropología presta atención a

los gestos como parte de un código visual de comunicación empleado por los seres humanos y a los cuales cada cultura impregna su signo propio de identidad, como es notorio en la cultura dominicana.

Bibliografía y fuentes

a. Libros

- Alba, Orlando. Editor. *El español del Caribe.*, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra PUCMM, 1996.
- Amaro, Isaías. *Mi carnaval de Santiago.* (Fotos) tomos I y II, Estados Unidos, 2007.
- Andújar Persinal, Carlos. *La presencia negra en Santo Domingo. Un enfoque etnohistórico.* 2da. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ed. Universidad de Adultos, 1997.
- . *Identidad cultural y religiosidad popular.* Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora Cole, 1999.
- . *De cultura y sociedad.* Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora Manatí, 2001.
- Apalategui, Joxemartin. *Introducción a la historia oral.* Barcelona, Anthropos, 1987.
- Aracena, Soraya. *Los inmigrantes norteamericanos de Samaná.* Ira.2 edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Asociación Suiza para la Cooperación Internacional (HELVETAS), 2002.
- Arrón, José Juan y García Arévalo, Manuel. *Cimarrón.* Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dom., Editora Amigo del Hogar, 1986.
- Augé, Marc. *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines.* Barcelona, Editorial Gedisa, 2003.

- . *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. 1ra. edición, Barcelona, España, Editorial Gedisa, 1998.
- . *Non-lieux. Introduction a une anthropologie de la surmodernité*. París, Senil, 1992.
- . *Por una antropología de los tiempos modernos*. Barcelona-España, Gedisa Editorial, 1998
- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- Bastide, Roger. *Les Ameriques Noires*. París, Payot, 1967.
- Bosch Gaviño, Juan Emilio. *Composición social dominicana*. 8va. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora Alfa y Omega, 1978.
- Cassá, Roberto. *Historia social y económica de la República Dominicana*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Alfa y Omega, 1994.
- Chantada, Amparo. *Del proceso de urbanización a la planificación urbana de Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora San Juan, 1998.
- Coiscou Weber, Rodolfo. *Historia de la cultura dominicana*. tomo I, 3ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Casa Weber (Colección Antología de Nuestra Voz), 2001.
- Cordero, Walter y Otros. *La discriminación: orígenes y manifestaciones*. 1ra. edición, Santiago, Rep. Dominicana, PUCMM, 1998.
- Cruz Brache, José Antonio. *Del folclore dominicano*. 1ra. edición, Santo Domingo, Editorial Galaxia, 1988.
- Cruz Méndez, Manuel. *Historia social dominicana*. 4ta. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Impresora Soto Castillo, 1998.
- Darmann, E. *Les Religions de L'Afrique*. París, Payot, 1978.
- Jesús Domínguez, Jaime de. *Historia dominicana*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, ABC Editorial, 2001.
- Deive, Carlos Esteban. *Vudú y Magia en Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Museo del Hombre Dominicano, Cochón Calvo, 1979.

- Castillo, José del; García Arévalo, Manuel. *Carnaval en Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Fundación García Arévalo, Amigo del Hogar, 1987.
- Despradel, Alberto. *La inmigración japonesa hacia la República Dominicana*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora de Colores, 1996.
- Díaz Polanco, Héctor. *Autonomía regional, la autodeterminación de los pueblos indios*. 2da. edición, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- Díaz, Nelson E. y González C. Silverio. *Fundamentos de historia social dominicana*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, 1998.
- Dionisio López Cabral. *Elementos permanentes del carnaval de Santiago*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ediciones Posibles, 2002.
- Duarte Jiménez, Rafael. *El negro en la sociedad colonial*. Cuba, Editorial Oriente, 1988.
- Ellen Davis, Martha. *La otra ciencia. El vudú dominicano como religión y medicinas populares*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Universidad Autónoma de Santo Domingo UASD, 1987.
- Espinal, Edwin. *Historia social de Santiago de los Caballeros. 1863-1900*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Banco Popular Dominicano, 2003.
- Fernández Valledor, Roberto. *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora Corripio, 1993.
- Franco Pichardo, Franklyn J. *Los negros, Los mulatos y la nación dominicana*. 7 ma. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Alfa y Omega, 1984.
- García Arévalo, Manuel A. *Santo Domingo en ocasión del quinto centenario*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Colección Quinto Centenario, 1992.

- García Canclini, Néstor. *Cultura y comunicación: entre lo global y lo local*. Buenos Aires, Ediciones de Periodismo y comunicación, Universidad Nacional de La Plata, 1997.
- . *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo Grupo Editorial, 1990.
- . *La globalización imaginada*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2000.
- Guerrero, José. *Carnaval, cuaresma y fechas patrias*. 1ra. edición, Santo Domingo, República Dominicana, Editora de Revistas, 2003.
- Iain, Chambers. *Migración, cultura, identidad*. 1ra. edición, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1995.
- Julián, Amadeo. *Bancos, ingenios y esclavos*. 4ta. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Colección Banreservas, 1997.
- Larrazabal Blanco, Carlos. *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ediciones La Trinitaria, 1998.
- León, Argeliers. *Tras las huellas de las civilizaciones negras en América*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2001.
- Liriano, Alejandra. *Identidad nacional: algunos elementos para su comprensión*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Centro Poveda, 1989.
- Lizardo, Fradique. *Cultura africana en Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ed. Sociedad Industrial Dominicana, 1979.
- Lizardo, Fradique. *1930-1997, y el carnaval dominicano*. Santo Domingo, 2002.
- Malagón Barceló, Javier. *Código Negro Carolino (1784)*. Santo Domingo Rep. Dominicana, Editora Taller, 1974.
- Mead, Margaret. *La antropología y el mundo contemporáneo*, Argentina-Buenos Aires, 1982.
- Meyer, Jean, *Esclavos y negreros*. 1ra. edición, Madrid, Aguilar Universal, 1989.
- Moya Pons, Frank. *Breve historia contemporánea de la República Dominicana*. 1ra. edición, impreso en México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

- Murray, Gerald. *El colmado. Una exploración antropológica...* Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, FONDO-MICRO-ONAPLAN, 1996.
- Ortiz Read, Manuel Alexis. *Cimarrón, Maniel y Ocoa*. Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Lotería Nacional, 1986.
- Ortiz, Fernando. *Etnia y Sociedad*. Ira. edición, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
- . *Los negros esclavos*. Ira. edición, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996.
- Phillip Kottak, Conrad. *Antropología, una exploración de la diversidad humana, con temas de la cultura hispánica*. 6ta. edición, Madrid, McGraw Hill, 1994.
- Puig Ortiz, José Augusto. *Emigración de libertos norteamericanos a Puerto Plata en la primera mitad del siglo XIX*. Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, editora Alfa y Omega, 1978.
- Pujadas, Joan Joseph. *Etnicidad identidad cultural de los pueblos*. Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, 1993.
- Román, Alejandro. *Escritos sobre La Restauración*. Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, 2002.
- Taylor Bogdan, R. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Paidós, 1996.
- Sáez, José Luis. *La iglesia y el negro esclavo en Santo Domingo. Una historia de tres siglos*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Colección Quinto Centenario, 1994.
- . *Apuntes para la historia de la cultura dominicana*. Ira. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, editora Búho, 1997.
- Silié, Ruben; Inoa, Orlando y Antonin Arnold. *La República Dominicana y Haití frente al futuro*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, FLACSO, 1998.
- Sillió, Ruben. *Economía, esclavitud y población*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1976.

- Sobreli, Juan José. *El asedio a la modernidad*. 7ma. ed., Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1992.
- Tejeda Ortiz, Dagoberto. *Cultura popular e identidad nacional*. Ira. edición, tomos I y II, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Consejo Presidencial de Cultura, 1998.
- . *El carnaval dominicano. Antecedentes, tendencias y perspectivas*. Rep. Dominicana, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Organización de los Estados Americanos (OEA), 2008.
- . *Los carnavales del carnaval*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Comisión Nacional de Carnaval y Instituto Dominicano de Folclore, 2003.
- Tejeda, Darío. *La pasión danzaria*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Academia de Ciencias de la República Dominicana. 2002.
- Thomas, Louis-Vincent. *Anthropologie de la Mort*. París, Payot, 1975.
- Utrera, Cipriano. *Dilucidaciones históricas. Santo Domingo 1927-1929*. Ira edición, 2 vol. Santo Domingo, Rep. Dominicana, 1995.
- Vargas, Tahira. *De la casa a la calle. Estudio de la familia y la vecindad en un barrio de Santo Domingo*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Centro de Estudios Sociales Juan Montalvo. 1998.
- Varios autores. *Historia de la sociología del siglo XIX, comienzo del XX*. URSS, Editora Progreso, 1979.
- . *Antología urbana*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Ciudad Alternativa. 1996.
- . *Anuario 2*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, UNPHU, 2002-2003.
- . *Carnaval y sociedad*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Comisión Nacional de Carnaval, 2003.
- . *Identidad cultural en América Latina*. París, UNESCO, 1986.

- _____. *Negritude et Amerique Latine*. Colloque de Dakar, 1974.
- Velásquez, Carlos; Ureña, Alejandro. *De Santo Domingo al mundo. El merengue y la bachata*. New York, EE. UU., Galos Publishing, 2004.
- Veloz Maggiolo, Marcio. *Antropología portátil*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Banco Central de la República Dominicana, 2001.
- _____. *Barril sin fondo. Antropología para curiosos*. Santo Domingo, Rep. Dominicana, Editora de Colores, 1996.
- Veloz Maggiolo, Marcio; Delgado Malagón, Pedro y Castillo, José del. *El Bolero. Visiones y perfiles de una pasión dominicana*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, CODETEL, 2009.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Ortega, Elpidio. *La Fundación de la Villa de Santo Domingo*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Colección Quinto Centenario, 1992.
- Vera Estrada, Ana. *La oralidad ¿ciencia o sabiduría popular?* (compiladora), 1ra edición, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2004.
- Walter Palm, Edwin. *Los monumentos arquitectónicos de la Española*. 1ra. edición, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2002.
- Zea, Leopoldo. *América Latina en sus ideas*. (Coordinación e introducción), México, UNESCO, Siglo XXI., 1986.

b. Artículos, revistas y periódicos

- Cela, Jorge. «Sincretismo afroamericano: introducción a un estudio comparado». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Revista Estudios Sociales*, año VI, no. 3, 1973.

- León, Sobieski de. «Liborismo y los americanos». Ponencia La Ruta Hacia Liborio, Santo Domingo, Rep. Dominicana, Secretaría de Estado de Cultura, 2002.
- Espín, Orlando. «Religiosidad popular: un aporte para su definición y hermenéutica». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Revista Estudios Sociales*, año VII, No. 58, 1984.
- James Figarola, Joel. «Sociedad y nación en el Caribe». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Revista del Caribe*, año V.
- Jiménez Lambertus, Abelardo «Aspectos históricos y psicológicos del culto a los luases en República Dominicana». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 15, 1980.
- Lemur, Francisco J. y Marty, Rolando. «Iniciación al estudio de la religiosidad popular en la República Dominicana». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Revista Estudios Sociales*, año VIII.
- Morel, Tomás. «Carnaval de Santiago». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Biblioteca Popular Dominicana*. No. 3.
- . «Las caretas de los lechones del carnaval de Santiago». *Cuadernos Populares del Museo Folclórico de Tomás Morel*. Santiago de los Caballeros, Rep. Dominicana, 1973.
- . «Los lechones del carnaval de santiago». Santiago de los Caballeros, Rep. Dominicana, serie *Biblioteca Popular Dominicana*, colección folclore, Vol. 2.
- Morse, Richard. «La cuestión de la Identidad». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Revista del Caribe*, año VI, no. 16-17, 1990.
- Núñez, Manuel. «Imágenes de lo dominicano en las plásticas». Santo Domingo, Rep. Dominicana, *Órgano Informativo del Museo de Arte Moderno*, año 2, No. 2, 1999.

c. Otras fuentes

Ponencia «Santo Domingo, capital cultural afroantillana Iberoamericana», Ministerio de Cultura, 2010

Entrevistas a más de 30, a creyentes, practicantes, portadores intelectuales, profesionales, ciudadanos urbanos, funcionarios públicos.

Trabajo de campo con estudiantes de la materia Introducción a la antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Recinto San Juan de la Maguana. CURO. Septiembre-octubre 2010.

Índice onomástico

A

Alba, Orlando 79
Alegría, Ricardo 311, 312, 313
Amado, Jorge 64
Andrade, José 88
Andújar Persinal, Carlos 17, 18,
19
Apalategi, Joxemartin 125
Aracena, Radhamés 76
Arizpe, Lourdes 62
Augé, Marc 77, 169

B

Bajtín, Mijaíl Mijáilovich 68
Balaguer Ricardo, Joaquín 141
Balcácer, Ada 181
Bastide, Roger 191
Betances, Ramón Emeterio
311
Bidó, Cándido 147, 181, 213
Blades, Rubén 211
Blanco, Dionisio 147, 181

Boggs, Ralph 89, 304, 317
Bolívar, Simón 25, 33, 35, 59
Bonó, Pedro Francisco 479,
484
Borges, Jorge Luis 64
Bosch Gaviño, Juan Emilio 36,
64, 312
Boukman –sacerdote 451
Brazobán, Pío 299, 300, 301

C

Cabral, Alejandro 487, 488
Camilo de Cuello, Lourdes
287
Cantisano, Rafael 348
Cão, Diogo 190
Caonabo 51
Carpentier, Alejo 64, 175, 209,
422
Carrasco, René 87
Casas, Bartolomé de las 345
Cassá, Roberto 14, 39
Castro Ruz, Fidel 29

Chantada, Amparo 73
 Chiverton, Teofilus (El Primo)
 296, 297
 Colón, Cristóbal 51, 190, 345
 Colson, Jaime 181
 Comte, Auguste 151

D

Deive, Carlos Esteban 145
 Desangles, Luis 181
 Dessalines, Jean Jacques 452
 Díaz Polanco, Héctor 444
 Diène, Doudou 447
 Domínguez, Asdrúbal 181
 Duarte y Díez, Juan Pablo 25,
 97
 Durkheim, Emile 251
 Duvalier, François 29
 Duverge Duval, Antonio 39

E

Espaillet, Ulises Francisco 480
 Espinal Estévez, Piero 187

F

Fanon, Frantz 252
 Figuereo, Leopoldo 126
 Fortuna, Xiomara 440
 Foster, George M. 164
 Francisco, Ivonne 291

G

Gama, Vasco de 190
 Gandhi, Mahatma 420
 García Márquez, Gabriel 64,
 183
 Gardel, Carlos 339
 Garrido Cecilia 317
 Garrido de Boggs, Edna 85, 87,
 88, 89, 90, 303, 304, 305, 315,
 316, 317
 Georg Wilhelm, Friedrich He-
 gel 64
 Glissant, Édouard 45, 422
 Goodwind, Bruce 440
 Guacanagarix 50, 51
 Guerra, Juan Luis 333, 338

H

Harnecker, Martha 156
 Henríquez Ureña, Pedro 64
 Hernández López, Lidia María
 334
 Hernández, Mariano 377, 378,
 379
 Herskovits, Melville 464
 Heureaux, Ulises (Lilís) 480

I

Izquierdo, Federico 181

J

James Figarola, Joel 45, 307,
 309, 422
 Jiménez, Ezequiel 291

L

Larrazabal Blanco, Carlos 72,
145
Lavoe, Héctor 211
Leander, Birgitta 57
Lebrón Saviñón, Mariano 67
Ledesma 181
León, Sobieski de 121, 126
Lévy Bruhl, Lucien 161
Lévy Strauss, Claude 161
Lizardo, Fradique 145
López, José Ramón 141, 483,
484
López Valdez, Rafael 440
Lora, Silvano 181
Louverture, Toussaint 312, 451,
452
Lugo, Américo 141
Luperón, Gregorio 311, 480

M

Maestre, Alfonso 166
Malinowski, Bronislaw 463
Martí, José 311, 450
Marx, Carlos 151, 344, 484
Mateo, Oliborio -Liborio- 121,
126, 127, 128, 129, 131, 132,
133, 134, 135, 136, 137, 139,
405
Matsuura, Kōitsirō 87, 276
McDougall, Gay 447
McKinney, Pablo 218
Menchú, Rigoberta 444
Meriño, Fernando Arturo 480
Minier, Sixto 268, 299, 301,
387, 388, 389

Mir, Pedro 345, 489
Morel, Yoryi 147, 181, 213
More, Thomas 157
Moya Pons, Frank 39
Mtintso, Thenjiwe 439

N

Nolasco, Florida de 87
Núñez Cedeño, Rafael 79
Núñez, Enerolisa 268, 403
Núñez, Manuel 147

O

Obama, Barack 171, 491, 492
Oliv, Gustavo 13
Ortega, Elpidio 75
Ortiz, Fausto 379
Ortiz, Fernando 78
Ovando, Nicolás de 32

P

Pacheco, Claudio 182, 183
Pacheco, Johnny 211
Paniagua, Ramón 19
Peña Batlle, Manuel A, 141
Peña, Cuquito 147
Pérez, Guillo 147, 181
Pérez, Xiomara 315
Polengard, Pedro 147

R

Reynoso, Aracelis 430, 431,
433

Rivera, Danny 222
 Rodríguez Demorizi, Emilio
 480
 Roldán, José 347, 348
 Rosario, Fausto 13
 Rosenberg, June 145

S

Saavedra, Miguel de Cervantes
 182, 252
 Sánchez Martínez, Fernando
 145
 San Martín, José de 25
 Santacruz, Nicomedes 35
 Santana Familia, Pedro 30, 39
 Santos, Elenita 403
 Serrat, Joan Manuel 368
 Severino, Jorge 147, 181
 Sheehy, Daniel 334
 Solano, Darío 348
 Sosa, Sammy 251, 252, 253
 Spencer, Herbert 43

T

Tejeda, Darío 333
 Tejeda Ortiz, Dagoberto 69,
 145, 377, 379
 Thomas-Vincent, Louis 117
 Tolentino Dipp, Hugo 145
 Toribio, Ricardo 181
 Touraine, Alain 163, 170
 Trujillo Molina, Rafael Leoni-
 das 49, 73, 89, 141, 269, 304,
 339, 366, 397, 407, 476

U

Ulloa, Jorge 309
 Ureña de Henríquez, Salomé
 146
 Uribe, Ramona 137
 Utrera, Cipriano de 31

V

Vallverdu, Jaume 161
 Veloz Maggiolo, Marcio 75, 76
 Vera Estrada, Ana 124
 Victoria Ramos, María del Car-
 men 124, 131

W

Walcott, Nadal 235, 236, 238
 Warner Henderson, Donald
 Hullester (Linda) 296, 297
 Weber, Max 43, 169
 Woss y Gil, Celeste 181

Y

Yunén, Rafael Emilio 186, 315

Z

Zaglul, Antonio 145
 Zaiter, Josefina 145
 Zea, Leopoldo 62

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.

- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi, edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi, edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia).* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino, traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, yanquilinarias. Félix Evaristo Mejía, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y discursos. Félix Evaristo Mejía, edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales. Manuel de J. Galván, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y controversia histórica. Manuel de J. Galván, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, ministerios y misiones diplomáticas. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo I. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961). Tomo II. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670). Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916). María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas. Hipólito Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos. Hipólito Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.*

- Vol. LXXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Ángel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras*, tomo I. Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*, tomo II. Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas.* Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica.* Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente.* Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición.* Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907.* Rafael Justino Castillo, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932.* Rafael Justino Castillo, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931.* Rafael Justino Castillo, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos.* Américo Lugo, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías.* Bernardo Correa y Cidrón, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CIX *Escritos pedagógicos*. Malaquías Gil Arantegui, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación*. Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos*. Gregorio B. Palacín Iglesias, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana*. (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.), edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología*. José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana*. José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950*. Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril*. Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861*. Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad*. Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición*. Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo I. Octavio A. Acevedo, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo II. Octavio A. Acevedo, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXXXVI *Años imborrables* (2^{da} ed.). Rafael Albuquerque Zayas-Bazán, edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I. Antonio Zaglul, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II. Antonio Zaglul, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Nuñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXLII *Memorias de Juanito: Historia vivida y recogida en las riberas del río Camú.* Reynolds Pérez Stefan, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos.* Tomo I. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos.* Tomo II. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos.* Tomo III. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal.* Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial.* Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575).* Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida.* Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863).* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007
- Vol. II *Heroínas nacionales.* Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín.* Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX.* Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps. (siglo XIX)*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2010.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán. Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó. Santo Domingo, D. N., 2010.

Esta primera edición de
Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad,
de Carlos Andújar Persinal,
se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de Editora Búho, S. R. L. en el mes de enero
de 2012 y consta de mil ejemplares.

